

Secuela de la novela Forajida

LA DECISIÓN DE ELAINE



Mar Fernández

La decisión de Elaine



Mar Fernández

La decisión de Elaine

Copyright © 2019
Mar Fernández Martínez

Todos los derechos de esta obra están reservados. Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Corrección: Violeta Triviño
violetamtcorreccion@gmail.com
Portada y Maquetación: Valerie Miller
Imágenes: © <http://es.123rf.com/>
Artyom Bondarovich
nº: 108912027

All Rights reserved
1ª edición Octubre 2019

Safe Creative : 1907311592844
ISBN: 9781086782479
Independently published

“Hay amores tan bellos que justifican todas
las locuras que hacen cometer.”

Plutarco

INDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

[Mar Fernández](#)

[Otras obras de la autora](#)

Prólogo

Este libro que tienes entre las manos no trata de una historia corriente, de esas que pasan desapercibidas y quedan relegadas a los pocos minutos en alguna parte recóndita de tu mente; esta historia es algo más. Es lo que le ocurre a una mujer en pleno apogeo del siglo XIX.

Elaine sobrevive a uno de los conflictos militares más cruentos de la historia de los Estados Unidos, la Guerra de Secesión, entre los años 1861 y 1865.

Los conflictos militares suelen dejar a su paso tristeza, miseria, sueños rotos e historias inacabadas o deshilachadas. Allá donde mires habrá miedo y dudas. A Elaine la guerra le robó la esperanza y el hecho de saber que no volvería a ver jamás a su esposo y que su pequeña crecería sin padre.

No será fácil levantar una vida de la nada, pero ella lo hará. Así que este testimonio le pertenece por entero a ella, a una protagonista que luchará contra las adversidades, el infortunio y las murmuraciones de otras mujeres, que no entienden lo que son la empatía o la solidaridad.

Es la vida de una mujer que vuelve a darle otra oportunidad al amor porque algunas aún creemos que el destino siempre guarda un as en la manga, que los nuevos tiempos nunca se acaban. Es una protagonista que no te dejará indiferente, que luchará contra los estereotipos, cuya belleza interior te conquistará y que tiene mucha prisa por mostrarte que el feminismo no es una moda de ahora.

Aquí empieza todo, aquí comienza una historia, un lugar donde habitan personajes de ficción que dan cuerpo y sentimientos a esta novela. Que entran en tu vida con sigilo, con prudencia, para quedarse para siempre en tu corazón.

¿Te atreves a pasear con Elaine? ¿Conocer su historia?

Ven, dame la mano y caminemos juntos por la posguerra americana.

Bienvenidos.

A ti, Mar, muchas gracias por tu mágica pluma, por este paseo por los sentimientos. Gracias por darme la oportunidad de formar parte de esta preciosa novela.

Siempre contigo.

Yolanda Revuelta.

Capítulo 1

Rocky Meadow, Kansas, 1866.

Elaine acostó a la pequeña y la arropó antes de besar su frente y desearle dulces sueños. La niña sonrió y le lanzó un beso con la mano, cerrando los ojos. Salió del dormitorio y cerró la puerta con sumo cuidado.

Ya en la cocina se acercó a la chimenea. Movi6 los troncos con una vara para avivar el fuego. A pesar de que el sol había desaparecido en el horizonte, aún le quedaban tareas por hacer antes de acostarse. Se acercó a la alacena donde guardaba los escasos víveres que había conseguido un par de días antes y cogió un pequeño saco de harina que llevaba tiempo atesorando. Su intención era hacer unas hogazas de pan para el domingo, después de varios meses sin probarlo. La guerra había logrado que hasta el alimento más cotidiano en los hogares se convirtiera en un manjar.

Estaba amasando con esmero cuando un sonido en el exterior la alertó. Su corazón se detuvo por un instante en su pecho antes de reaccionar. Se apresuró al armario de dónde sacó el viejo rifle Winchester de Carter y lo cargó con un movimiento diestro antes de aproximarse hasta la ventana junto a la puerta, donde oteó el exterior en busca de algún intruso. No era la primera vez que se encontraba en una situación parecida. Unas semanas antes, un grupo de soldados desarraigados y muertos de hambre habían invadido la granja de los Stewart arrasando con todo a su camino y dejando a la pobre Jenna arruinada. Ahora vivía junto a sus cuatro hijos en casa de su hermana, situada en el pueblo.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron y quitó el seguro del arma antes de recuperar la respiración.

—Elaine, abre, soy yo —se escuchó una voz en el exterior.

Las manos de la joven temblaron antes de dejar el arma en una esquina y abrir la puerta con movimientos bruscos para quedar frente a un hombre al que apenas fue capaz de reconocer. Por su voz sabía que era su hermano, pero su rostro demacrado no parecía el mismo.

—¡Justin! ¿Eres tú? —preguntó mientras se frotaba las manos con

nerviosismo.

—Sí, soy yo, o al menos lo que queda de mí —expresó Justin con cierto humor—. ¿Puedo pasar?

—¡Por supuesto! —respondió Elaine, apartándose para que su hermano entrara. Luego cerró la puerta y echó el pestillo antes de girarse y volver a clavar su mirada nuevamente en el hombre. Las ropas sucias y ajadas colgaban de su cuerpo, evidenciando la alarmante pérdida de peso.

—Deja ya de mirarme y dame un abrazo —la increpó Justin, que disfrutó cuando la mirada de su hermana se iluminó y se lanzó a sus brazos.

Durante varios minutos ambos permanecieron así, abrazados fuertemente, disfrutando del calor mutuo que se prodigaban. Justin apoyó la mejilla sobre la cabeza de su hermana y aspiró su aroma. Elaine a su vez dejó que su rostro se sostuviera sobre su pecho y se sintió protegida como hacía tiempo que no se sentía.

—Creí que nunca volvería a verte. —Elaine expresó sus peores temores, aquel miedo que cada noche encogía su corazón. No podría haber soportado una pérdida más, y en aquel momento dio las gracias al Señor por haber atendido a sus ruegos.

Justin tragó el nudo que se formó en su garganta. Cassie, a la que se había encontrado a su llegada al pueblo, le había hablado de la muerte de Carter. Unos meses antes, Elaine había recibido una carta del gobierno informándole de la muerte de su esposo. Las palabras de Cassie se clavaron en su corazón como un cuchillo, desgarrándolo un poco más si aquello era posible.

Había sido testigo del enamoramiento que surgió entre Elaine y su mejor amigo. Se sintió pletórico cuando dos de las personas más importantes de su vida se unieron en santo matrimonio. Carter era un buen hombre y nunca tuvo dudas sobre él. Se notaba que amaba a su hermana más que a nada en su vida y cada día la colmaba de alegría. Pero ahora estaba muerto, enterrado en cualquier agujero en el campo de batalla, como cientos de soldados. Las cruentas imágenes de las que había sido testigo a lo largo de aquellos cuatro años se le aparecieron nuevamente para atormentarle, y dispuesto a expulsarlas sacudió su cabeza antes de reconstruir una sonrisa en sus labios y apartar a su hermana de su pecho para clavar su mirada en su rostro.

—¿Me puedo dar un baño? —solicitó, esperanzado—. Hace meses que mi piel no toca una gota de agua.

—Por supuesto, pero antes te pondré algo de comer —dijo resueltamente

Elaine mientras se apartaba de su cercanía y se dirigía a la cocina de hierro, donde reposaba una olla del mismo material.

Justin salivó con la sola idea de comer algo caliente. Lo último que se había llevado a la boca era un poco de cecina que había intercambiado por su navaja a otro soldado que se encontró en el camino.

—¿Eso qué huelo es estofado? —preguntó acercándose para echar un vistazo al interior de la olla.

—Sí, estofado de conejo con algunas verduras envasadas. Lo cazó ayer Emerson —explicó Elaine mientras cogía un cubo de agua y lo vertía en la gran cazuela de hierro colgada en la chimenea.

—¿Emerson? —preguntó Justin sorprendido.

—Sí, me ha ayudado mucho todo este tiempo —relató Elaine, incómoda.

Justin no pudo evitar fruncir el ceño al recordar al vecino de su hermana. Nunca le había gustado aquel hombre, y mucho menos cuando se libró del ejército por la leve cojera de su pierna derecha y que siempre sospechó era fingida. Iba a expresar su opinión cuando la puerta del dormitorio se abrió para dar paso a una pequeña vestida con un camisón blanco. Su cabello rubio estaba revuelto y se frotaba los ojos con los puños.

—Mamá, he tenido una pesadilla —expresó la niña antes de percatarse de la presencia de Justin. Sus ojos azules se clavaron en él y se abrieron ampliamente antes de hablar—. ¿Quién eres?

Justin era incapaz de pronunciar palabra, desconcertado ante la aparición de la niña en la estancia. ¿Quién era? ¿Qué hacía allí?, se preguntó confuso.

—Faith, este es tu tío Justin, del que tanto te he hablado —dijo Elaine llanamente, disfrutando de los cambios de expresión en el rostro de su hermano.

—¿El que se comió dos tarros de miel que le había robado a la abuela? —preguntó la niña, interesada, acercándose al desconocido.

—Sí, ese mismo —respondió Justin más recompuesto.

Varios meses después.

Cassie tiró de las riendas y obligó al tiro de caballos que arrastraba su carro a cambiar de dirección e internarse en el camino de entrada del rancho

Gallagher. Aparcó frente a la casa y descendió del mismo. Después rebuscó en la parte trasera hasta dar la cesta de mimbre que buscaba, colgándola de su brazo antes de caminar con brío hasta la casa. Llamó a la puerta, pero al no recibir respuesta insistió, segura de que Elaine no podía andar muy lejos, ya que la pequeña Faith jugaba con su perro. La niña le lanzaba un palo y el jugueteón animal lo rescataba y corría hasta ella para devolvérselo.

—Elaine —la llamó, en un último intento, y finalmente la puerta se abrió.

—Cassie, no te esperaba —dijo Elaine con una sonrisa. No aguardaba la visita de su amiga y ahora cuñada. No había sido una sorpresa cuando su hermano Justin le confesó que amaba a Cassie y pocos meses después se casaron—. Menos mal que eres tú —añadió, aliviada.

Cassie arrugó su frente al escuchar sus palabras, y finalmente pronunció la pregunta que surgía en su cabeza mientras entraba en la casa.

—¿A quién esperabas? —indagó, mientras dejaba la cesta sobre la mesa y clavaba su mirada en Elaine, que comenzó a frotarse las manos con nerviosismo.

—A nadie —mintió, no quería preocupar a Cassie.

—Elaine, no se te ocurra mentirme, nos conocemos bien.

La aludida pensó que no tenía sentido seguir negándolo, el ceño fruncido de Cassie se lo impidió. Derrotada, se dejó caer sobre una silla y colocó los codos encima de la mesa para apoyar su barbilla sobre las palmas de las manos.

—Se trata de Emerson. Últimamente se presenta en el rancho con cualquier excusa —confesó pesarosa.

Cassie abrió los ojos ampliamente y tomó asiento frente a su amiga. El tema de Emerson no era nuevo. Aquel hombre había ayudado mucho a Elaine en los peores momentos. En tiempos de guerra eran pocos los hombres que se habían librado de ir a batallar. Emerson era uno de ellos debido a su cojera y durante lo que duró aquella contienda fue gracias a él que el rancho sobrevivió. A Cassie nunca le gustaron las libertades que ese hombre se tomaba respecto a su amiga.

—Elaine, siento decirte que te lo dije. No debiste aceptar su ayuda. Ese hombre lleva mucho tiempo enamorado de ti.

—¿Y qué querías que hiciera? —interpeló Elaine frunciendo el ceño.

Cassie sabía que en el fondo Elaine tenía razón, pero también sabía que

su amiga no sentía nada por aquel hombre, aunque estuviera muy agradecida con él por la ayuda que le había prestado. No le gustaría estar en su piel, pensó con tristeza.

Elaine se sentía frustrada con la situación. En aquel entonces no había tenido demasiadas opciones con su marido muerto y Justin desaparecido. No le había quedado más remedio que aceptar la ayuda de su vecino porque no podía pensar solo en sí misma, una niña pequeña dependía de ella. Pero la aceptación de aquella ayuda por su parte tenía consecuencias. Nunca había alentado los avances de Emerson, pero él creía erróneamente que tenía ciertos derechos sobre su persona.

—Elaine, entiendo la encrucijada en la que te encuentras, pero deberías dejarle las cosas claras antes de que aparezca por esa puerta —dijo señalando la entrada de la casa—, con una propuesta de matrimonio.

Elaine se frotó la frente y cerró los ojos por unos instantes. Estaba demasiado cansada y los problemas se acumulaban, pero no quería preocupar a su hermano y su cuñada. Se merecían disfrutar de su nueva vida como marido y mujer. Parecían tan felices..., cosa difícil en los tiempos que corrían tras una larga guerra que había truncado las vidas de muchas personas. No quería enturbiar con sus problemas la nube en la que se encontraban.

No podía confesarle que Emerson, más que visitarla, la acosaba y se comportaba como si fuera su marido y tuviera derecho sobre ella. No era fácil tratar con esa situación, y en un par de ocasiones había intentado besarla, por lo que procuraba estar siempre con su hija para que él se coartara.

—Lo sé —expresó finalmente—. ¿Quieres un café? —ofreció, deseando cambiar de tema.

Cassie clavó su mirada en el rostro cansado de su cuñada. Sabía que había algo más, pero no quería presionarla. Más tarde ya hablaría con Justin sobre el asunto.

—Claro, no me vendría mal —respondió, dibujando una sonrisa en sus labios—. He traído pan y un bizcocho —dijo mientras quitaba el paño que cubría la cesta y comenzaba a sacar viandas.

—No tenías por qué molestarte —dijo Elaine mientras colocaba la cafetera sobre el fogón.

—Claro que sí, además, sé que a Faith le encantan mis bizcochos.

—Sí, es verdad —asintió Elaine con una leve sonrisa—. No está muy acostumbrada a los dulces —añadió con cierta tristeza. El dinero con el que

contaba era escaso y no podía gastarlo en fruslerías.

—Había pensado que este domingo podríais venir a comer a casa —dijo Cassie esperanzada, porque Elaine siempre encontraba alguna excusa para declinar sus invitaciones—. Es mi cumpleaños —añadió, consciente de que Elaine estaba a punto de rechazar su propuesta.

Elaine quería negarse, le incomodaba estar con su familia, aunque eso a la vez la hiciera sentirse culpable. Estar rodeaba de tanta felicidad cuando ella se sentía en un continuo estado de tristeza, la asfixiaba. Por no hablar de que temía que su hermano, al que intentaba evitar a toda costa en los últimos tiempos, leyera en sus ojos lo que pretendía ocultar. Justin parecía tener la habilidad especial para leer las emociones en los rostros de los que le rodeaban. Suponía que se debía a su profesión de médico.

—Eli, por favor, hazlo por mí —rogó Cassie, mostrando aquella expresión que derretía a cualquiera.

—Está bien —aceptó finalmente, consciente de que no podía negarse—. A Faith le encantará ver a tu padre. ¿Cómo se encuentra?

—Bueno, ahora que ha dejado el consultorio en manos de Justin está más relajado. Ha preparado un pequeño huerto en el terreno detrás de la casa y parece que disfruta cultivando verduras. ¡Quién lo iba a decir! —expresó Cassie con humor.

Elaine sonrió al imaginar al anciano trabajando con la tierra. Estaba a punto de soltar un comentario gracioso, de esos que solo se hacen las amigas que se conocen demasiado bien, pero se vio interrumpida por la intempestiva llegada de Faith, que al ver a Cassie corrió hasta ella y se tiró a sus brazos.

—¡Tía Cassie! —exclamó mientras besaba su mejilla—. No te he visto llegar.

—Estabas muy entretenida con Toby —replicó la aludida besando la coronilla de la niña.

Faith frunció el ceño y se cruzó de brazos, haciendo un mohín.

—¿Qué pasa, cielo? —preguntó su madre, preocupada al ver su expresión.

—Ese perro es muy desobediente. Le he pedido que suba conmigo a la casa del árbol pero no ha querido.

Elaine y Cassie no pudieron evitar estallar en sonoras carcajadas al escuchar las palabras de la niña.

Capítulo 2

Rocky Meadow, Kansas, 1869.

Tres años más tarde.

Elaine comenzó a despiezar la gallina que previamente había desplumado. Recordó con cierta pena el enfado de su hija al descubrir que una de las gallinas que con tanto cariño cuidaba cada día sería su cena. Le costó un mundo hacerle entender que para eso se criaban y cuidaban ciertos animales, cuyo fin era alimentar al ser humano. Que así era la cadena alimentaria.

El aroma del pan recién hecho la instó a lavarse las manos, secarlas con un trapo, y acercarse rauda al horno para sacar las hogazas para que no se quemaran. Finalmente dejó la bandeja sobre la mesa y estaba a punto de ponerse a pelar y cortar las verduras para el guiso cuando escuchó en el exterior que un carro se aproximaba en la lejanía. «¿Quién puede ser?», se preguntó con cierta inquietud.

Desanudó el delantal que rodeaba su cintura para dejarlo sobre una silla y cuadrándose de hombros se dirigió a la puerta para averiguar quién había entrado en el rancho. Ya en el exterior, esperó pacientemente la llegada del vehículo apoyada en la balaustrada de madera del porche.

—¡Dios santo! —exclamó mientras se cubría los labios con dedos temblorosos. «Es Justin», se dijo, por miedo a que su vista le estuviera jugando una mala pasada. «Sí, es él», afirmó cuando el carro se detuvo a pocos pasos de su persona. Ni siquiera prestó atención a sus acompañantes. Simplemente salió corriendo, agarrando con ambas manos su falda para elevarla y así evitar tropezar, y tras bajar los dos escalones del porche se lanzó en los brazos de su hermano, que la esperaba con el alma en vilo, temiendo su reacción.

—Te he extrañado tanto —dijo Elaine, mientras enterraba su rostro en el pecho masculino y aspiraba su familiar olor.

—Y yo a ti, cielo —replicó Justin mientras besaba su coronilla y la apretaba fuertemente contra su cuerpo.

Elaine disfrutó de ese instante, donde se sintió abrigada como hacía tiempo que no se sentía. Pero tras el momento inicial la ira que había atesorado durante largos meses explotó. Se apartó de su pecho y clavó la mirada en su rostro con intensidad.

—¿Dónde demonios has estado? —explotó, deseando golpearle—. ¿Por qué te fuiste sin decir una palabra? —le reprochó.

Justin apretó la mandíbula, dispuesto a soportar su reprimenda estoicamente porque se merecía sus palabras cargadas de frustración y dolor. Cien veces se había torturado pensando en cómo se encontrarían Elaine y la niña, acuciado por la culpabilidad de haberlas dejado solas y desprotegidas. Pero la imperiosa necesidad que había surgido en lo más hondo de su ser de encontrar al asesino de Cassie había sido más fuerte que la coherencia.

—Justin, contesta —le exigió Elaine, expectante.

—Tengo un objetivo que cumplir —explicó intentando justificar sus acciones, pero su hermana cortó sus palabras con un gesto de mano y él obedeció.

—¿Te refieres a la venganza? —preguntó Elaine. En su voz se podía translucir el desprecio que sentía ante esa palabra—. ¿Acaso es más importante ese sentimiento ciego que la poca familia que te queda en este mundo? —preguntó con angustia.

—Elaine —dijo Justin, cogiendo a su hermana por los brazos con delicadeza y clavando la mirada en su rostro, intentando que ella pudiera leer en sus ojos el sufrimiento que le invadía y que necesitaba descargar—, te prometo que cuando todo esto acabe no me separaré de tu lado, pero deja que alcance mi objetivo, solo entonces podré descansar en paz.

—Ah, ¿todavía no has acabado? —indagó Elaine.

En ese momento se escuchó un gruñido sordo y la mujer desvió su mirada posándola en el carro. Entonces se acordó de que su hermano no había llegado solo y prestó atención a los dos desconocidos que le acompañaban. Uno de ellos, el que parecía más joven, permanecía en el pescante y ocultaba el rostro bajo el ala de su sombrero. El otro iba tumbado en la parte trasera. Sus ojos permanecían cerrados y su piel cetrina le indicaba que no se encontraba bien. Elaine elevó la mirada y volvió a clavarla en el rostro de su hermano.

—¿Quiénes son y por qué los has traído aquí?

Ni él mismo tenía respuesta a esa pregunta, pero un nuevo gruñido por parte de Caleb le hizo tomar una decisión.

—Elaine, ahora no hay tiempo para eso. Ese hombre no se encuentra bien y necesita un sitio donde descansar en condiciones.

Elaine bufó audiblemente y deseó mandar al cuerno a su hermano, pero tras clavar nuevamente la mirada en aquel pobre hombre se sintió culpable por él, a pesar de no conocerle de nada.

—Está bien —aceptó finalmente—. Dile al muchacho que te ayude a llevarlo a mi dormitorio. Estará más cómodo allí.

—Gracias, Eli —le agradeció Justin cuando pasaba a su lado, aferrando a Caleb por las axilas.

—No tan pronto —susurró Elaine, dispuesta a abrir la puerta de la vivienda para facilitar el traslado—, tú y yo tenemos una conversación pendiente. Tienes que darme unas cuantas explicaciones.

Shannon se sintió agradecida cuando dejaron el pesado cuerpo de Caleb sobre la cama. Siempre había pensado que su primo era demasiado delgado, pero realmente pesaba una tonelada.

—¡Eh, chico! —le espetó Elaine contrariada—. Quítale las botas, van a arruinar la colcha.

La aludida frunció los labios, molesta por el tono de aquella desconocida. Antes de seguir sus indicaciones se quitó el sombrero y se secó con la manga de la camisa el sudor de su frente, fruto del esfuerzo.

—Claro, señora —replicó Shannon con cierto tono burlón, ganándose una mirada furiosa por parte de aquella mujer, cuyo rostro de pronto demudó de color.

—¡Dios santo! —exclamó Elaine, nombrando a Dios en vano por segunda vez en menos de una hora y persignándose.

Volvió a mirar incrédulamente a la joven, parpadeando varias veces, intentando asimilar lo que sus ojos tenían ante sí. Aquel muchacho..., bueno, muchacha, era la viva imagen de Cassie. Se sentía al borde del desmayo. «¿Qué está sucediendo aquí?», se preguntó confusa y estaba a punto de verbalizar sus dudas en voz alta cuando Justin apareció a su lado y la cogió del brazo antes de susurrar en su oído unas palabras.

—Mejor lo hablamos fuera —dijo, aunque realmente no tenía ni idea de lo que le iba a contar a Elaine. Se maldijo por no haber previsto aquella situación. Lo peor de todo era que no tenía respuesta para las preguntas que su hermana le haría.

—Shannon, ocúpate de que Caleb esté cómodo. Ahora vuelvo y le reconoceré. Tengo que conversar con mi hermana unos minutos.

Agradeció cuando la aludida asintió sin rechistar y se sintió aliviado por no tener que discutir con ella en aquel momento. Ya tenía bastante con tener que enfrentarse a una mujer furiosa: su hermana. Cerró la puerta a su espalda y se encontró con la mirada espantada de Elaine.

—Mejor lo hablamos en el porche —solicitó Justin, temiendo que Shannon pudiera oírlos desde el dormitorio.

Elaine aceptó y se dirigió hasta la puerta, saliendo al exterior. Aún se encontraba en estado de *shock* y agradeció la tenue brisa que insufló aire fresco a sus pulmones. Ver el rostro de aquella mujer había sido como encontrarse con el fantasma de Cassie, y en un acto reflejo se persignó, como si con aquel gesto pudiera espantar la desazón que la recorría.

—Elaine, ¿estás bien? —preguntó Justin, preocupado al ver la palidez de su piel—. Te he traído un vaso de agua —le ofreció tendiéndoselo.

Elaine ni siquiera se percató de su presencia hasta unos segundos después de que él hablara. Giró su rostro y clavó la mirada en su hermano. Finalmente cogió el vaso que le ofrecía y bebió ávidamente antes de hablar.

—Justin, ¿qué significa todo esto? ¿Quién es... esa mujer? —dijo mientras dejaba el vaso en una mesa cercana y volvía su atención a su hermano.

—No lo sé —confesó Justin con sinceridad—, solo te puedo decir que cuando la vi por primera vez me sentí tan desconcertado como tú.

—Pero, ¿dónde la encontraste?

—En un *saloon* en Denver —recordó Justin, como si hubiera sucedido un siglo antes—. Estaba buscando a Jasper Bradley y por casualidad acabé sentado en una mesa del local jugando una partida de cartas. Me desplumó —rememoró con humor, volviendo a visualizar el rostro triunfal de Shannon mientras guardaba en la pequeña saca de piel sus ganancias.

—¿En un *saloon*? —preguntó Elaine, más confusa aún, si aquello era posible—. ¿No es demasiado peligroso para una joven? —indagó, llevándose una mano al pecho e intentando mitigar los alocados latidos de su corazón.

—Shannon se hace pasar por un muchacho, es más seguro para poder moverse en ciertos ambientes.

—¿Y por qué una joven como ella lleva ese tipo de vida? —insistió Elaine con la imperiosa necesidad de comprender.

—Busca venganza, como yo. Bradley mató a su madre cuando tenía pocos

más años que Faith —respondió Justin mientras se frotaba la frente con los dedos pesadamente.

—¿Y el herido?

—Es Caleb Henderson, el primo de la joven. Lleva mucho tiempo acompañándola con la única intención de protegerla del mundo, y sospecho que de ella misma. Según me ha contado, ha intentado convencerla de que la venganza contra Bradley no la va llevar a ninguna parte, pero es demasiado cabezota para su propio bien.

—¿De veras? —preguntó Elaine más repuesta, mientras elevaba una de sus cejas significativamente—. Me parece que esa joven y tú tenéis más cosas en común de lo que puedas pensar. Ese tal Henderson parece un buen hombre y tiene razón en que la venganza no os llevara a ningún lado, y mucho menos os devolverá a vuestros seres queridos —añadió, aunque no se atrevió a pronunciar el nombre de su cuñada en presencia de su hermano, sabía cuánto le afectaba.

—Oh, por favor, no he venido aquí para que me sermonees.

—Entonces, ¿para qué lo has hecho? —indagó Elaine, furibunda, mientras cruzaba los brazos sobre el pecho denotando así su enfado.

—Necesito que te ocupes del señor Henderson mientras nosotros seguimos con nuestra búsqueda.

—¡Justin! —exclamó ella, sorprendida por su petición—. No tienes ningún derecho a pedirme eso.

—Lo sé, pero necesito que me ayudes con esto. Te prometo que si no encuentro a Bradley en este último viaje lo dejaré para siempre.

Elaine se frotó la frente con los dedos y se sentó en una silla cercana. No quería que Justin siguiera desperdiciando su vida en aquella absurda venganza, pero a su vez no podía negarle lo que le pedía si existía la más mínima posibilidad de que dejara esa vida errante y peligrosa. Tras unos segundos de duda, habló.

—¿Me juras que lo dejarás si no encuentras a ese hombre?

Justin se acuclilló frente a su hermana y cogió su mano entre los dedos antes de clavar la mirada en su rostro. Sabía que había sido un egoísta cuando se marchó y podía ver en las facciones de Elaine el sufrimiento vivido. Las ansias de venganza eran grandes, pero ahora comprendía que su familia le necesitaba y les estaba fallando.

—Te lo juro —prometió con intensidad. Elaine se merecía vivir tranquila

tras lo sucedido en los últimos años. Demasiados seres queridos se habían ido para no volver y él no pensaba aumentar el número de bajas en la familia.

—¿Y cuándo piensas marcharte? —preguntó Elaine, preocupada. No estaba del todo segura de que su hermano fuera a cumplir con su palabra, pero no le quedaba otra opción que creer.

—Después de comer nos iremos.

—¿Nos? —repitió la mujer, sospechando de antemano a que se refería.

—Shannon y yo. No quiero que nadie del pueblo la vea y empiece a hacer preguntas.

—¿No deberíais descansar algo?

—No podemos.

—¿Por qué no? —insistió Elaine, aunque no estaba dispuesta a confesar que la incomodaba la idea de quedarse sola con un desconocido—. Aunque sea una sola noche...

Justin se levantó y se apartó de su hermana unos pasos antes de hablar.

—Elaine, no insistas. No quiero que Faith vea a Shannon, haría preguntas para las que no tengo respuesta. No he hablado a Shannon de su parecido con... mi esposa, y preferiría que siguiera siendo así hasta que no encuentre alguna respuesta a esta «casualidad».

—Está bien —aceptó Elaine, antes de abandonar la silla y aproximarse a su hermano—. Y por favor, acaba con esto cuanto antes y vuelve. Te necesito —confesó sintiéndose vulnerable.

Las cosas no iban bien desde la marcha de Justin y el cerco que había levantado su vecino a su alrededor se estaba estrechando. Cada día le era más difícil evitar sus insinuaciones y malas prácticas. Su única intención era casarse con ella para unir ambos ranchos, pero Elaine no quería, se negaba cada vez que él se lo proponía. Sentía una repulsa incontrolable por aquel hombre que ya se creía su dueño y al que llevaba años intentando parar los pies. Necesitaba a Justin a su lado, pero si tardaba mucho más no sabía si podría soportarlo y temía acabar rindiéndose a las pretensiones de Emerson.

Justin fue consciente de la expresión tensa de su rostro y sintió cómo su corazón se oprimía tras escuchar sus palabras y notar la angustia en su voz. Lo único que pudo hacer fue estrechar a su hermana entre los brazos durante largos minutos. Finalmente se separó y besó su frente antes de hablar.

—Lo haré, te lo he jurado. Y ahora debo ir al pueblo, tengo que hablar con Rafferty antes de partir.

—¿Y qué hago con ella? —interpeló Elaine en alusión a Shannon. Se sorprendió cuando una tenue sonrisa se dibujó en los labios de su hermano.

—Podrías convencerla para que se dé un largo baño. Llevamos varios días durmiendo al raso —dijo Justin, antes de despedirse con un gesto de mano.

Capítulo 3

Varias horas más tarde

Caleb abrió los ojos con esfuerzo y al moverse sintió un dolor lacerante en el hombro. Un gruñido escapó de su boca y cuando finalmente consiguió enfocar la mirada descubrió que se encontraba en una habitación extraña. Sin pudor oteó a su alrededor y descubrió las sencillas paredes de madera, una cómoda y una silla situada junto a la ventana que daba a unos amplios pastos.

«¿Dónde demonios estoy?», se preguntó confuso, intentando incorporarse sin demasiado éxito. Sin poder evitarlo volvió a soltar un sonido gutural mientras su mano derecha se posaba sobre la quemazón, que parecía no querer abandonarle. Intentó mover también sus piernas, pero otro dolor, menos agudo, le hizo detenerse.

—No debería moverse, podría abrir la herida —dijo una voz femenina proveniente de la entrada de la estancia.

Caleb giró el rostro y clavó su mirada en la mujer que permanecía en el quicio de la puerta. No era muy alta, o al menos eso le pareció a él, que medía cerca de metro noventa. Su cabello, de un castaño claro, iba recogido en un moño en su nuca y su piel parecía curtida por el sol.

—¿Quién es usted? —preguntó directo.

Elaine frunció ligeramente los labios al escuchar la pregunta, y su voz, que denotaba cierta prepotencia, contestó.

—La señora Gallagher, la propietaria de esta casa y del lugar —replicó para dejar claro a aquel hombre con quién estaba hablando.

Los labios de Caleb formaron una sonrisa al ver el porte regio de aquella hermosa mujer. No podía negar que parecía tener arrestos, y eso le gustó, pero no respondía a la docena de preguntas que poblaban su cabeza.

—Señora Gallagher —repitió él—, ¿podría decirme que hago aquí? —preguntó más amablemente.

—Le traje mi hermano —replicó Elaine. Podía entender el desconcierto del señor Henderson, que era como le había indicado Justin que se llamaba.

—¿Y quién es su hermano? —Caleb cada vez se sentía más confuso.

Elaine resopló sin poder evitarlo.

—Mi hermano fue el médico que le atendió cuando le tirotearon en Denver. ¿Recuerda algo de eso?

Caleb cerró la boca, que había mantenido abierta durante unos instantes, antes de fruncir el ceño. Durante largos minutos intentó recordar, y pequeños fragmentos de imágenes se presentaron en su memoria. Ahora recordaba lo sucedido y sin poder evitarlo su cuerpo se tensó.

—¿Dónde está Shan? —preguntó con angustia.

Elaine se preocupó al notar el nerviosismo del herido, que nuevamente intentaba incorporarse. Con paso firme se aproximó hasta él y le obligó a volver a recostarse sobre las mullidas almohadas a su espalda. Una vez logrado, se percató de que la tela de la camisa que cubría su pecho tenía una ligera mancha en la zona del hombro.

—¿Ve lo que ha hecho? —le amonestó desabrochando los botones con pericia—. Le dije que no se moviera.

Caleb atrapó su muñeca antes de que Elaine pudiera llegar a la herida. No necesitaba los cuidados de aquella mujer, necesitaba saber dónde estaba su prima.

—Le he preguntado que dónde está Shan —insistió antes de apretar los dientes cuando el dolor volvió a atravesarle.

—Supongo que se refiere a la joven que acompañaba a Justin —dijo Elaine deshaciéndose de su agarre, molesta por su actitud.

Él se sintió confuso. ¿Cómo sabía aquella mujer lo de su prima? se preguntó sin hallar respuesta. Cerró los ojos y forzó a su mente a recordar lo sucedido, aunque después de unos minutos supo que no tenía sentido. Era como si esos recuerdos se hubieran borrado de su cabeza.

Elaine dejó de prestar atención al señor Henderson y se centró en la herida que acababa de dejar al descubierto. Aproximó su rostro y comprobó que solo había sangrado un poco, pero los puntos no se habían soltado. No supuraba y parecía que curaba bien. Se sintió agradecida, ya tenía bastantes problemas como para añadir uno más si la herida de ese hombre se infectaba.

Caleb eligió aquel momento para abrir los ojos. Para su asombro, descubrió que el rostro femenino estaba a escasos centímetros del suyo. Por unos segundos se quedó sin aliento, con la mirada clavada en sus maravillosos ojos verdes ribeteados por largas pestañas negras. La mujer, de la que ya no recordaba ni el apellido, se sobresaltó y dio un paso hacia atrás mientras sus mejillas se teñían de rubor.

— Bien, parece que todo está en orden —declaró Elaine, deseando alejarse de aquel hombre que no dejaba de observarla.

—Disculpe, señora... —indicó Caleb, quien ahora tenía la imperiosa necesidad de saber su nombre.

—Señora Gallagher —repitió Elaine, con su apellido era suficiente. No quería decirle su nombre de pila para que no existiera ningún tipo de cercanía entre ellos. Solo deseaba que el herido que había llevado su hermano a su puerta se repusiera y desapareciera cuanto antes.

Caleb se sorprendió al sentirse decepcionado cuando ella no le reveló su nombre, pero borró ese sentimiento y se centró en averiguar qué hacía allí. Y lo más importante: dónde se encontraba su prima Shannon.

—Señora Gallagher —pronunció con voz suave—, gracias por acogerme en su hogar y cuidar de mí —dijo, leyendo la sorpresa en el semblante de ella—. No quiero incomodarla, pero necesito saber dónde está mi prima Shannon y si se encuentra bien.

Elaine frunció el entrecejo y observó al hombre unos minutos antes de contestar. Podía entender su desazón y ella no tenía por qué ocultarle lo poco que sabía, que no era demasiado. Aún estaba enfadada con su hermano y su intempestiva aparición para poco después volver a desaparecer dejándole aquel «regalito».

—Su prima se encuentra perfectamente —dijo Elaine mientras se frotaba las manos. No sabía por qué, pero intuía que lo que tenía que decirle al señor Henderson no le gustaría.

—¿Podría decirle que venga? —preguntó Caleb, deseando interrogar a su prima.

—Se ha ido —contestó Elaine escuetamente.

—¡¿Qué?! —exclamó Caleb, incrédulo. Notó que el corazón se aceleraba en su pecho, y nuevamente sintió la urgente necesidad de levantarse.

—No se le ocurra incorporarse —le ordenó Elaine, apuntándole con el dedo.

—Y usted no me trate como si fuera un niño —replicó Caleb, molesto, aunque el dolor punzante volvió a su hombro al intentar moverse.

—Pues no se comporte como tal.

—No lo comprende, señora —dijo Caleb con frustración—, tengo que ir tras mi prima. No puedo dejar que vaya por ahí sola.

—No está sola, se ha ido con mi hermano.

—¿Y quién demonios es su hermano? —exclamó con voz huraña.

—Mire —dijo Elaine mientras se frotaba la frente. Estaba cansada y tenía un millón de cosas por hacer en el rancho—, lo único que sé es que mi hermano apareció aquí esta mañana con usted en un carro y una extraña joven. Al parecer ambos tienen el mismo objetivo: encontrar a un tal Jasper Bradley. Es todo lo que sé, se lo juro.

Mil preguntas se formularon en la cabeza de Caleb.

—¿Y por qué su hermano busca a ese hombre? —indagó.

—Porque fue quien mató a su esposa, y ahora, si no le importa, tengo cosas que hacer.

—Espere, tengo muchas preguntas...

—Y yo tengo mucho por hacer, como ya le he dicho. Así que, discúlpeme —concluyó Elaine antes de salir por la puerta y cerrarla a su espalda.

Caleb dio un puñetazo sobre el colchón, frustrado como nunca en su vida, pero se contuvo cuando el dolor volvió a atravesarle.

El *sheriff* Rafferty tiró de las riendas de su caballo y detuvo su montura frente a la casa. Desmontó y ató el caballo en uno de los postes del porche antes de mirar a su alrededor. Todo parecía en calma, casi como si estuviera abandonado. Hacía mucho tiempo que no iba al rancho Gallagher y no pudo evitar que la nostalgia le atravesara. Cuando Carter aún estaba vivo y la guerra no había destrozado miles de vidas a lo largo del país, aquel lugar era próspero y un centenar de cabezas de ganado deambulaban por los pastos adyacentes a la casa. Ahora apenas eran unas docenas.

—Shane, ¿qué haces aquí? —preguntó una voz a su espalda, y al girarse descubrió que se trababa de Elaine, la hermana de Justin, uno de sus mejores amigos.

—Buenos días, Elaine —la saludó mientras se quitaba el sombrero y se acercaba a ella con una sonrisa amable—. Perdona por la hora temprana, pero tengo un día muy ocupado y no podía venir en otro momento.

—No hay problema —replicó la mujer mientras se ajustaba la bata en torno a su cuerpo envuelto en un camisón—. Pero pasa, por favor, hay café recién hecho.

—Gracias —expresó Shane, disfrutando del olor que llegó a sus fosas nasales al cruzar el umbral de la casa.

Elaine le invitó a sentarse con un gesto de mano y luego dispuso sobre la mesa unas rebanadas de pan junto a un poco de mantequilla que había hecho el día anterior. Luego sirvió sendas tazas de café y se sentó frente a él antes de hablar.

—Tú dirás —expresó directa. Conocía a Shane desde que eran niños y tenían la suficiente confianza como para no andarse por las ramas.

—Vengo a conocer a tu «invitado» —respondió el hombre directo.

—¿Te habló Justin de él? —indagó Elaine sorprendida.

—Sí, cuando vino a visitarme antes de irse. Me pidió que estuviera pendiente de ti. Estaba preocupado por tener que dejarte sola con un extraño.

—¡Ja! —exclamó Elaine sin poder controlar el mal genio que la acompañaba desde hacía una semana, que fue cuando su hermano había reaparecido en el rancho tras meses desaparecido—. Si realmente se preocupara por mí no se habría largado sin decir una sola palabra. Y no contento con eso, cuando regresa deja a un desconocido herido en mi casa antes de volver a huir.

Shane clavó su mirada en el rostro sulfurado de Elaine, cuyas mejillas estaban arreboladas a consecuencia del enfado monumental que contenía su cuerpo. Le hubiera gustado rebatir sus palabras, decirle que no tenía razón, pero no podía hacerlo. Elaine tenía juicio en cada una de las palabras pronunciadas.

—Te entiendo —intentó tranquilizarla—, pero tu hermano ya no es el hombre que conocíamos desde la muerte de Cassie. La venganza corroe su alma.

Elaine se frotó la frente y suspiró pesadamente. Deseaba odiar a su hermano, desterrarlo de su vida por haberla dejado sola a su suerte. Pero Justin había recibido un gran golpe tras el asesinato de la mujer a la que amaba. Tampoco tenía obligación de ayudarla, de ocuparse de ella y de Faith. Entonces recordó lo que solía decir su madre: «Las cosas no cambian si tú no las cambias». Tenía que tomar las riendas de su vida, aprender a llevar el rancho y ser una mujer fuerte que no dependiera de nadie. Solo entonces podía deshacerse de la soga que Emerson, su vecino, había colocado en su cintura, como si se tratase de una res.

—Elaine, ¿estás bien? —preguntó Shane preocupado mientras extendía su

mano y cogía los dedos femeninos, que estaban helados, entre los propios.

—Solo estoy cansada —confesó la aludida—. El rancho se cae a pedazos, a duras penas logro lidiar con el ganado, y si no fuera por los trabajos de costura que hago no tendríamos para comer. Luego está el asunto de... —nuevamente se frotó la frente. Había estado a punto de confesarle a Shane su situación con Emerson. Pero no quería más problemas si al *sheriff* se le ocurría hablar con su vecino, cosa que solo lograría agravar la situación, ya por sí complicada—. Nada, no es nada.

—Es Emerson, ¿verdad? —sacó el tema Shane. No era estúpido, era un secreto a voces el interés que tenía Emerson en Elaine, y más después de que hubiera pagado varias veces su cuenta en el colmado.

Elaine elevó su mirada y la clavó en el rostro de Shane, sorprendida por sus palabras. Había sido como un jarro de agua fría.

—La gente habla —expresó Shane mientras soltaba la mano de la mujer y acababa con los restos de su café—. No voy a inmismirme a no ser que tú me lo pidas, pero por favor, ten cuidado con ese hombre. No me gusta. No le dejes entrar en tu vida. Y ahora voy a conocer a tu «invitado» —dijo mientras abandonaba su silla—. ¿Está en tu dormitorio? —preguntó, arrepintiéndose al instante. Había sonado fatal, y se lo confirmaron las mejillas de Elaine, que se habían tintado nuevamente de color, pero esta vez por una razón muy distinta.

—Sí, yo duermo con Faith —se justificó Elaine incómoda—. Está herido y no podía dejarle en el granero.

—Comprendo —replicó Shane escuetamente antes de desaparecer por la puerta del dormitorio principal.

—¡Soy una estúpida! —se reprochó Elaine en voz alta antes de levantarse de la silla con la intención de despertar a Faith para llevarla a la escuela.

Capítulo 4

Shane entró en el dormitorio y se sintió incómodo con la situación. Podía recordar con claridad los días que había pasado trabajando junto a Justin y Carter, sus mejores amigos desde la infancia, para construir aquella casa. Sin poder evitarlo sintió que la tristeza le atravesaba como un cuchillo.

Deseando despejar su cabeza giró su rostro y lo dirigió a la cama, donde descansaba el desconocido del que le había hablado Justin. No tenía derecho a desconfiar del herido, pero la sorpresiva aparición de Justin tras desaparecer de la noche a la mañana le había tomado por sorpresa. Todo lo que le había relatado su amigo, más lo que había indagado por su cuenta, no le gustaba un pelo. Resuelto se encaminó hacia el lecho y se detuvo a escasos centímetros de él antes de hablar.

—¿Es usted Caleb Henderson? —preguntó directo.

Caleb abrió los ojos de golpe, sorprendido. Hubiera jurado que estaba despierto, pero quizás había entrado en un estado de duermevela, ya que ni siquiera había escuchado abrirse la puerta. Más repuesto, estudió el aspecto de aquel hombre y descubrió la estrella plateada en su camisa.

—Sí, soy yo, *sheriff* —respondió.

—Tengo que hablar con usted.

Caleb clavó su mirada en su rostro y achicó los ojos por unos instantes. No entendía que podía querer el *sheriff* de él. Se suponía que nadie sabía de su presencia en aquel lugar, pero no tenía nada que ocultar.

—¿Y podría indicarme sobre qué?

—Me gustaría que me contara su historia.

—¿Mi historia? —preguntó Caleb confuso.

—Sí, sobre cómo comenzó a perseguir a Bradley y el porqué. Estoy al tanto de parte de los sucesos, pero necesito más datos para poder investigar a fondo la cuestión.

—Señor... —comenzó Caleb, pero fue interrumpido por el oficial.

—Rafferty —aclaró Shane.

—Rafferty, ¿quién le ha hablado de Bradley? —preguntó Caleb desconfiado.

—Justin Chandler —respondió Shane.

—Claro, el *doc* —expresó Caleb con una media sonrisa al recordar al hombre que le había salvado la vida en un callejón de Denver una noche lluviosa no muchas semanas antes.

Llevaba una semana en aquella casa y a pesar de que al principio tenía una maraña de imágenes en su cabeza, ya había logrado organizar el puzle. Pero lo que no tenía tan claro era por qué tenía que relatar al *sheriff* de aquel lugar la historia de su vida en los últimos años. Para él solo era un desconocido.

Shane pudo leer en su rostro las dudas. Comprendía por la dureza de sus rasgos que aquel hombre no había llevado una vida fácil, y podía llegar a entender su desconfianza, teniendo en cuenta los ambientes donde se había movido.

—Señor Henderson, puede confiar en mí, y no porque sea la ley, si no porque soy el mejor amigo de Justin. Necesito más datos de la historia para intentar resolver este asunto de una maldita vez.

Caleb observó al *sheriff* durante un minuto que pareció eterno, estudiando la expresión de su semblante hasta convencerse de que podía fiarse de él.

—Está bien. ¿Qué quiere saber?

—¿Por qué persiguen usted y su prima a Bradley? —preguntó Shane directo.

—Shannon realmente no es mi prima, aunque para mí es mucho más, es una hermana. Llegó al rancho de mi padre junto a mi tía siendo una niña. Se había criado en un prostíbulo junto a su verdadera madre hasta que Bradley la asesinó a sangre fría. Después de eso vivió años felices, en un verdadero hogar hasta que un día Bradley se volvió a cruzar en su camino. Eso cambió nuevamente el rumbo de su vida, deseaba venganza, pero logré frenarla. Después de la guerra retomó su idea de buscar a ese hombre y sabía que nada ni nadie le haría cambiar de opinión, de modo que decidí acompañarla.

—¿Dejando atrás su propio hogar, su vida?

Una sonrisa torcida se dibujó en los labios de Caleb antes de contestar a la pregunta del *sheriff*.

—Cuando regresé de la guerra mis padres ya habían muerto, la única familia que me quedaba era Shannon.

—¿Y no dejó atrás ninguna mujer? —preguntó Shane con curiosidad, arrepintiéndose al instante. Hasta a él su pregunta le había recordado a los chismorreos de algunas mujeres que formaban corrillo tras el oficio

dominical.

—Me hubiera gustado conocer a una buena mujer con la que formar una familia, pero desgraciadamente la vida no me ha dado tregua en los últimos años. Tampoco soy un santo —añadió con una sonrisa pícaro—, y durante este viaje he disfrutado de la vida, no soy de piedra.

—Pues aquí no encontrará esas «diversiones» —expresó Shane a modo de advertencia—. El *saloon* más cercano está a cien millas. Aquí solo hay mujeres decentes...

—Tranquilo, *sheriff* Rafferty —le interrumpió Caleb—, no tengo la intención de incomodar a ninguna mujer decente. Soy perfectamente capaz de controlar mis instintos y mantenerme célibe el tiempo que sea necesario. No pienso quedarme aquí eternamente. En cuanto esté recuperado, me iré.

—Eso espero. Conozco a Elaine desde que éramos niños y quisiera que los rumores, que seguramente se multiplicarán en cuanto las gentes del pueblo sepan de su presencia en el rancho, sean silenciados lo antes posibles. No son buenos para una mujer y una niña que están solas.

«Elaine», reverberó el nombre en la cabeza de Caleb. Recordó entonces la primera conversación que había mantenido con su anfitriona, cuando aún se sentía confuso y perdido. No le había pasado inadvertido que la bella mujer se había cuidado mucho de no pronunciar su nombre de pila, enfatizando su apellido. Con aquel gesto había demostrado que no quería familiaridad con él, y ahora lo comprendía. Estaba claro que su presencia en el rancho solo podía acarrearle problemas y no pudo evitar sentir cierta culpabilidad.

—Siento que mi presencia pueda traer problemas a la señora Gallagher —y en verdad se sentía incómodo ante la posibilidad de poner a la mujer en el disparadero, pero realmente no había sido idea suya—. Me comportaré correctamente, pero no me culpe a mí por la situación, sino a su amigo —concluyó, sin inmutarse ante la mirada torva que le dedicó el *sheriff*.

Shane se sintió molesto por sus palabras, pero en el fondo sabía que aquel hombre tenía razón. Cuando Justin había decidido dejar al señor Henderson en el rancho Gallagher no había pensado en las repercusiones que tendría eso en la vida de su hermana. Estaba claro que su amigo ya no era el mismo, y esperaba que todo aquel asunto se acabara cuanto antes para que recuperara la cordura.

Elaine retiró la olla del fuego y vertió parte de su contenido en una pequeña palangana de hojalata. Luego añadió un poco más de agua, esta vez fría, antes de cogerla entre sus dedos y dirigirse al dormitorio. Con cuidado de no quemarse, sostuvo el recipiente con una mano y con la otra giró el pomo antes de entrar en la estancia.

—Buenos días, señor Henderson —expresó con voz animada mientras colocaba la palangana sobre una mesa—. He traído agua caliente para afeitarte.

—Es usted muy amable —replicó Caleb, observando cada movimiento de la mujer, que en aquel momento le daba la espalda.

Elaine abrió el primer cajón de la cómoda y sacó una caja de madera. Se acercó a la cama, donde permanecía Caleb sentado, apoyando la espalda sobre el cabecero, y se sentó en la silla situada junto a la misma.

—Puedo hacerlo yo solo —expresó Caleb.

—Señor Henderson —dijo Elaine elevando su mirada para encontrarse con la masculina, que parecía insondable—, apenas puede levantar el brazo —le recordó bajando la vista mientras desenvolvía la navaja de afeitar que había pertenecido a su marido y luego la pastilla de jabón que siempre la acompañaba.

Caleb iba a renegar de sus palabras, incluso elevó su brazo, apenas unos centímetros, con la intención de coger la navaja que la señora Gallagher sostenía, pero un dolor intenso atravesó su hombro.

—¡Maldita sea! —exclamó cerrando los ojos, conteniendo el aliento.

—Señor Henderson, agradecería que controlara su lenguaje. Tengo una hija pequeña —dijo en alusión a Faith.

—¿Una hija? —preguntó Caleb, viendo una oportunidad de ampliar la poca información que tenía.

—Sí, Faith, tiene siete años —respondió Elaine mientras movía la brocha sobre la pastilla de jabón para formar una nube de espuma que comenzó a aplicar sobre la mejilla del hombre.

Caleb imaginó una niña muy parecida a la señora Gallagher y no pudo evitar una sonrisa. Eso le llevó a otro pensamiento que llevaba carcomiéndole desde el día que conoció a aquella mujer.

—¿Y su marido? —preguntó con curiosidad. A pesar de que el *sheriff* ya le había dado algunos datos quería saber más sobre su verdadera situación.

Elaine, que cogía en aquel momento la hoja acerada, se sorprendió por su pregunta, que le pareció del todo incorrecta, aunque podía entender su curiosidad. Dudó unos segundos y finalmente habló.

—Murió en la guerra. Ni siquiera llegó a conocer a Faith —confesó con tristeza. Caleb, al escuchar la respuesta a su pregunta, sintió como su cuerpo se tensaba. De nuevo las imágenes vividas en aquel horrendo suceso se sucedieron ante sus ojos.

—Lo siento mucho —dijo con honestidad—. Yo también estuve allí, pero tuve más suerte que su esposo.

Elaine pudo ver el cambio que se produjo en su rostro. Estaba claro que la guerra cambiaba a los hombres, como le había sucedido a su hermano. ¿Le habría pasado lo mismo al señor Henderson? No lo podía saber, no lo conocía, pero no podía negar que sentía lástima por él. Aprovechó el silencio, que pareció más cómodo que las palabras, y comenzó a rasurar la piel masculina.

Caleb se tensó nuevamente al sentir el frío de la hoja afilada de la navaja. Ni siquiera respiró cuando comenzó a moverse por su mejilla diestramente. Nunca nadie le había afeitado, ni una sola vez había acudido al barbero porque no se fiaba. Y a pesar de eso se relajó al descubrir el buen pulso de la señora Gallagher.

De forma casual y debido a la cercanía que ahora compartían no pudo evitar preñar su mirada en el rostro femenino. La primera vez que la vio le pareció una de las mujeres más hermosas que había conocido en su vida, pero ahora, a escasos veinte centímetros le pareció «la única» mujer más bella que se había cruzado en su camino.

Sus facciones eran de proporciones perfectas, encuadradas en un rostro ovalado de piel ligeramente dorada por el sol, lo que lograba resaltar sus expresivos ojos verdes que en aquel momento mostraban concentración, al igual que sus labios, que estaban apretados, pero que sabía que eran generosos y sugerentes. Su cabello castaño claro estaba recogido en un moño, pero algunos mechones se habían escapado de su encierro y acariciaban su piel.

—¿Y la niña, cómo lo lleva? —preguntó, deseando desterrar los sentimientos que estaba despertado aquella mujer en su interior.

—Bien —respondió Elaine, concentrada en su tarea, intentando no prestar demasiada atención a las facciones masculinas, que a su pesar le parecieron demasiado atractivas—. No puedes extrañar a alguien que no conociste. A

veces sí pregunta por él, sobre todo cuando los otros niños hablan de sus padres. —Se podía translucir el dolor en su voz, y Caleb deseó elevar su mano y acariciar su mejilla con un dedo.

—Lo siento —expresó, controlando los deseos de consolar el dolor que parecía atravesar a la mujer.

—No tiene por qué hacerlo, usted no tiene la culpa. La vida es como es, y uno tiene que tomarla como viene. No soy la única viuda del país. Desgraciadamente, la guerra ha sesgado demasiadas vidas dejando en ruinas edificios y personas. Pero yo me considero afortunada —expresó con una sonrisa que apenas iluminó su rostro, mientras cogía la toalla de lino y comenzaba a secar las mejillas masculinas—. No estoy sola, tengo a Faith, el mejor regalo que me ha dado Dios.

Caleb se sintió hipnotizado con sus palabras, con su mágica expresión, y una sensación extraña recorrió su cuerpo. «¿Qué me está pasando?», se preguntó confuso.

—Pues esto ya está —expresó Elaine vivaz, mientras se apartaba para estudiar el perfil de Caleb, ajena a sus pensamientos—. Y ahora le dejo —añadió mientras abandonaba su silla y cogía la palangana de la mesilla—, tengo que comprobar si el ganado está bien.

—Gracias, señora Gallagher —expresó Caleb con una voz que no reconoció como la propia.

Elaine clavó su mirada fugazmente sobre el rostro masculino, sintiéndose apabullada por la intensa mirada que él le dedicó, y sin poder evitarlo giró su rostro antes de retribuir sus palabras.

—De nada —replicó antes de salir de aquella habitación precipitadamente y con el corazón acelerado.

«¿Qué me está pasando?», se preguntó Elaine cuando llegó a la cocina y dejó la palangana sobre la mesa antes de cubrir sus mejillas acaloradas con sus manos.

Capítulo 5

Faith aprovechó que su madre había ido a visitar a la señora Lifford, una vecina próxima, para acercarse a la fachada sur de la casa y asomarse a la ventana del dormitorio de su madre, ocupado ahora por un desconocido.

Recordó aquella tarde, unos días antes, cuando llegó de la escuela y su madre le anunció que a partir de esa noche compartirían habitación. No pudo evitar hacer preguntas, cuyas respuestas fueron escuetas. Desde entonces su curiosidad había aumentado y por fin tenía la oportunidad que había estado esperando.

Con cautela se acercó al cristal y desde allí pudo ver por primera vez al hombre que reposaba sobre la cama. En aquel momento él se movió sobre el lecho, y giró su tronco para ponerse de lado, pero su movimiento se detuvo al instante y en su rostro se reflejó el dolor. Aun así, alargó su mano e intentó llegar a una estantería cercana.

Resuelta, la niña salió de su escondite y corrió rauda al interior de la casa. Sin pensárselo dos veces entró con estrépito en el dormitorio antes de quedarse quieta, como un poste junto a la cama. Ahora que estaba allí se sentía avergonzada y cohibida.

Caleb estaba intentando coger uno de los libros que vislumbraba en la estantería cercana, deseando ocupar su mente en algo después de días encerrado en aquella habitación. Pensó que no sería muy difícil atrapar uno, pero cuando se recostó contra su costado inevitablemente sintió que el dolor atravesaba su hombro. Aún así no cejó en su empeño y casi había rozado con las yemas de los dedos la piel del lomo del ejemplar, pero su movimiento se quedó congelado en el tiempo cuando la puerta se abrió con estrépito y apareció ante sus ojos una pequeña de cabellos dorados que le miraba con cierta desconfianza. Con un esfuerzo sobrehumano, e intentando que el dolor que sentía no se reflejara en el rostro, volvió a posicionarse sobre el colchón y habló.

—Hola —saludó amablemente a la niña—. Tú debes de ser la señorita Faith —afirmó, disfrutando de la expresión de sorpresa que mostró la pequeña.

—Sí, soy yo —contestó tímidamente mientras aferraba sus manos a su espalda y balanceaba su cuerpo de izquierda a derecha.

—Encantado de conocerte. Yo soy Caleb Henderson.

—¿Y qué hace usted aquí? —preguntó la niña directa, movida por la curiosidad que su madre no había saciado.

Caleb dudó unos instantes, dado que no sabía lo que le había contado la señora Gallagher a su hija, y aún así respondió a su pregunta.

—Soy amigo de tú tío Justin, y cuando me hiri... tuve un accidente, me trajo aquí para que tu madre me cuidara.

—¿Qué le pasó? —indagó la niña.

—Me picó una serpiente —Era una verdad a medias.

—¿Y le duele mucho? —preguntó Faith preocupada. Perdiendo el miedo, se acercó hasta él.

—No, ya estoy mucho mejor, pero me aburro —confesó, poniendo una expresión que hizo reír a la niña—. ¿Podrías pasarme uno de esos libros? —solicitó.

—Por supuesto, señor Henderson —replicó Faith mientras se acercaba a la estantería y cogía uno de sus favoritos, de fábulas y leyendas, que a veces le leía su madre antes de dormir.

Cuando la niña se lo entregó, Caleb leyó el título y una sonrisa surgió en sus labios. Estaba claro lo que pretendía la pequeña.

—Qué buena elección —expresó con seriedad—. ¿Quieres que lo lea en alto? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta. Al instante el rostro de la niña se iluminó.

—Sí, por favor.

Elaine aparcó el carro junto a la casa y bajó con movimientos bruscos. Miró a su alrededor en busca de Faith y no la encontró. Se sentía iracunda tras la conversación que había mantenido con el señor Lifford, que no parecía comprender el estado delicado de su esposa por mucho que ella se lo había indicado. La señora Lifford había sido una de las mejores amigas de su madre y sentía no poder ayudarla más, pero su marido tampoco facilitaba las cosas. Incluso le había dicho claramente que se metiera en sus asuntos.

—¿Dónde se habrá metido esta niña? —se preguntó contrariada mientras entraba en la casa.

Todo parecía en su sitio, lo que quería decir que Faith solo podía estar

fuera. Estaba a punto de salir nuevamente en dirección al granero, con la esperanza de que la pequeña estuviera allí con su perro, cuando a sus oídos llegó una voz profunda y bien entonada que narraba una de las fábulas favoritas de Faith.

—... y por eso la rana comprendió...

Escuchó al señor Henderson, hipnotizada por su voz hasta que concluyó el relato. Con cuidado, procurando no hacer ruido, se acercó a la puerta entre abierta y se asomó para descubrir a su hija sentada en la silla junto a la cama. Su rostro parecía refulgir de felicidad.

—¿Puede leerme otro? —preguntó esperanzada.

Elaine decidió que era el momento de hacerse visible. No quería que su hija molestara más a su invitado.

—Faith, te dije que no entraras aquí —le recordó a la niña mientras traspasaba el umbral—, creo que fui muy clara. No me gusta que me desobedezcas.

—¡Mamá! —exclamó la niña abandonando la silla precipitadamente, mientras se frotaba las manos con nerviosismo al verse descubierta.

Caleb observó a la niña con ternura, y a pesar de que sabía que no era la mejor idea, decidió inmiscuirse.

—Señora Gallagher, no se enfade con Faith. Yo la llamé, necesitaba ayuda —dijo guiñándole un ojo a la niña sin que su madre se percatase—. Además, me está haciendo compañía —añadió, aunque como esperaba, toda la ira que parecía almacenar la mujer explotó contra él.

—Señor Henderson, que me enfade o no con mi hija no creo que sea de su incumbencia.

Faith, conociendo a su madre, supo que estaba muy enojada.

—Lo siento, mamá —intervino, colocándose frente a su madre, interponiéndose entre ella y su nuevo amigo—, no ha sido culpa suya. No te enfades con Caleb...

—¿Caleb? —preguntó Elaine más furiosa, si es que aquello era posible—. Te he dicho que debes tratar con respeto a los desconocidos...

—Caleb no es un desconocido —rebatía Faith—, es amigo del tío Justin.

—Faith —intervino Caleb antes de que la cosa fuera a peor—. ¿Podrías traerme un vaso de agua?, estoy sediento.

—Claro —replicó la niña antes de salir del dormitorio.

Elaine esperó hasta que Faith desapareció de su vista y se acercó a la

cama. Solo entonces habló:

—Señor Henderson —comenzó con voz acerada—. Le he abierto la puerta de mi casa, pero no a mi familia. Le agradecería que no se inmiscuyera en las disputas que mantenga con mi hija. Estoy intentando educarla.

—Lo siento, señora Gallagher, tiene razón —replicó Caleb—. No volverá a suceder, pero por favor, no se enfade con la niña, es maravillosa. Nunca tuve la intención de interferir en su familia.

No supo por qué, pero las alabanzas de aquel hombre hacia su hija evaporaron en parte su ira, que tenía que reconocer que no tenía nada que ver con lo que acababa de suceder, si no con el señor Lifford. Sin percatarse, se frotó la frente con agotamiento.

—Se lo agradezco —expresó antes de desaparecer por la puerta, deseando poner distancia con aquel hombre.

Caleb no la perdió de vista, clavando su mirada en su espalda, que parecía tensa como una cuerda, hasta que desapareció tras el hueco de la puerta. Estaba claro que algo le preocupaba a la señora Gallagher, y le hubiera gustado preguntarle el qué para poder ayudarla, pero estaba claro que aquella hermosa mujer había levantado un muro para protegerse y él no estaba invitado a traspasarlo.

Simon notaba que le ardían las palmas de las manos ante el esfuerzo de tirar de la cuerda para levantar una viga de gran volumen. Su intención era reconstruir el altillo del granero donde se solía guardar el heno para los animales. Hacía una semana que se había derrumbado, aunque era lo habitual en aquel lugar porque todo estaba descuidado y viejo. Cuando no se rompía una cosa era otra, y su tío no parecía asumir que si quería que el rancho prosperara tenía que hacer un esfuerzo económico.

Llevaba un año allí y en ese tiempo su vida se había convertido en un verdadero infierno. Su madre había muerto tras unas fiebres y al ser menor de edad, el estado había decidido buscarle un nuevo hogar. En principio no le pareció la mejor de las ideas, pero lo aceptó, lo que nunca esperó fue descubrir que tenía un familiar vivo; el hermano de su madre. Ella nunca le había hablado de él, y ahora, tras convivir con Elliot Emerson, entendía el porqué. Su única esperanza era aguantar los meses que le restaban para

cumplir la mayoría de edad para poder largarse de aquel maldito lugar.

—¡Muchacho! ¿Qué demonios haces? —tronó la voz de su tío desde el exterior.

Simon soltó la cuerda con sobresalto y maldijo para sus adentros cuando la gruesa cuerda rasgó su piel.

—¡Maldita sea, Simon! ¿Quieres venir aquí de una maldita vez? —insistió la voz que el muchacho había aprendido a odiar.

Dejó lo que estaba haciendo y se aproximó a la puerta, hasta donde había llegado Emerson cojeando plausiblemente.

—¿Qué quiere, señor? —preguntó Simon observando las puntas de sus botas, sabía que a su tío no le gustaba que le miraran de frente.

—Te he dicho un centenar de veces que cuando te llame vengas inmediatamente.

—Estaba ocupado —se excusó, aunque le hubiera gustado mandar al infierno al viejo. Lo había soñado desde el primer día que puso sus pies en aquellas malditas tierras, pero sabía que si no le hablaba con respeto su espalda acabaría surcada a golpes por el cinto de su tío—. Lo siento —añadió con esfuerzo.

—Necesito que hagas un recado. Quiero que vayas al pueblo y compres esto —dijo entregándole una nota de papel.

—Claro, señor —respondió.

Medía hora después llegó a la calle comercial y agradeció que aquel día el pueblo pareciera tranquilo, y más cuando descubrió que el colmado estaba vacío. Tras colocar en el carro las cajas con el encargo de su tío se agarró al lateral para subirse al pescante, pero la voz de la señora Sheridan, la dueña de la tienda, le retuvo.

—Espera, chico, ¿me harías un favor? —preguntó la mujer esperanzada.

—Claro, señora Sheridan —respondió Simon amablemente.

—¿Podrías llevarle un encargo a la señora Gallagher?

—Por supuesto —dijo Simon, al fin y al cabo no le robaría tiempo, puesto que era la vecina más próxima.

—Bien —dijo la mujer antes de adentrarse en la tienda y volver cargada con una caja que le entregó—. Te lo agradezco, muchacho.

—Es un placer.

Poco después llegó al rancho Gallagher y aparcó el carro. Miro a su

alrededor, con la esperanza de ver a la dueña del lugar para no perder demasiado tiempo, y al no encontrarla bajó del pescante y subió los dos escalones del porche, cargado con la caja, con la intención de dejarla en la cocina, pero al escuchar su nombre se detuvo en seco y se giró.

—¡Simon! —exclamó Faith al descubrir al joven. No era la primera vez que visitaba el rancho y se había hecho amigo de la niña. En múltiples ocasiones había ayudado a su madre con algún arreglo.

—Hola, pequeña. ¿Dónde está tu mamá? —indagó.

—Dando de comer a las gallinas —respondió la niña.

—Pues dile que le dejo el encargo del colmado en la mesa de la cocina —dijo, con la intención de entrar en la vivienda, pero la voz de la pequeña le retuvo.

—¡No entres!

—¿Por qué? —preguntó Simon confuso.

—No puedes hacer ruido, Caleb está durmiendo.

—¿Caleb? —indagó con curiosidad.

—El amigo de mi tío. Está enfermo, le picó una serpiente —relató la niña sintiéndose importante.

«Se avecinan problemas», se dijo Simon chascando la lengua. No era estúpido, y sabía el interés de su tío por aquella mujer. Cuando se enterara de que la señora Gallagher tenía un invitado, y para más inri, un hombre, se iba a poner furioso.

—Está bien, pues la dejaré aquí —dijo colocando la caja sobre la mesa del porche—. ¿Avisarás a tu mamá?

—Claro.

—Gracias, pequeña —agradeció con una sonrisa.

Aquella niña era la única que lograba que sus labios se curvaran. Recordó entonces lo que tenía guardado en el bolsillo trasero de sus pantalones y lo sacó. Era un pequeño paquete envuelto en papel de estraza, y cuando lo abrió, Faith descubrió un palo de caramelo de nata y fresa.

—Toma, para ti —dijo Simon entregándole el obsequio a la niña.

—Gracias, Simon —exclamó Faith estampando un sonoro beso en su mejilla.

—Nos vemos, pequeña —expresó el joven antes de bajar los escalones del porche y encaramarse al pescante para regresar al rancho Emerson.

Capítulo 6

Caleb cerró el libro y lo dejó sobre la mesilla. Llevaba demasiados días encerrado en aquella habitación y sentía que estaba a punto de explotar. Era un hombre activo y trabajador y se sentía como un holgazán allí tumbado. Resuelto, apartó las sábanas que cubrían su cuerpo y no sin cierto esfuerzo obligó a sus piernas a moverse. «Demonios», maldijo cuando notó el dolor en su hombro al revolverse, pero no por ello iba cejar en su empeño. Cuando al fin pudo colocar los pies descalzos sobre el suelo sintió ánimos renovados y finalmente se impulsó con los brazos para ponerse en pie. Sintió un ligero mareo y se tomó unos segundos para recuperarse antes de dar el primer paso, luego otro, y otro, hasta que logró alcanzar la ventana.

No pudo evitar sentir nostalgia de su hogar, del rancho donde había crecido junto a su prima Shannon. Las vastas tierras ante sus ojos no distaban mucho de las propias, pero el estado de las edificaciones era muy distinto. El rancho Gallagher parecía a punto de derrumbarse.

Elaine había acostado ya a Faith y había preparado una bandeja para el señor Henderson. No llamó a la puerta, imaginando que estaría absorto en la lectura, como había sido la tónica desde que había descubierto los viejos libros de Carter en una estantería cercana. Cuál no fue su sorpresa al descubrirle en pie, frente a la ventana, mientras los últimos rayos del día se filtraban a través del cristal. Su imponente altura parecía ocuparlo todo, pero lo que aceleró su respiración fue su ancha espalda desnuda, surcada por la gasa del vendaje. Sin ser consciente de ello, su mirada descendió hasta su estrecha cintura, donde el calzón largo de lino blanco se ajustaba perfectamente a su trasero...

—Esa sopa huele estupendamente —expresó Caleb sobresaltando a Elaine.

—¿Qué hace levantado? —preguntó atropelladamente mientras dejaba la bandeja sobre la mesilla, dándole la espalda para tomarse unos minutos para recuperarse.

«Dios mío, ¿qué ha sido eso? —se preguntó Elaine enfadada consigo misma. Sentía el cuerpo enfebrecido—. Te estás volviendo loca», se

recriminó, y más cuando la imagen del cuerpo del señor Henderson seguía grabada a fuego en su cabeza.

—Señora Gallagher, ¿se encuentra bien? —indagó Caleb preocupado. Se había girado y había descubierto a la mujer, que le daba la espalda, tensa como una cuerda. «¿Me he perdido algo?», se preguntó, confuso.

—Perfectamente, señor Henderson —respondió Elaine tajante, antes de girarse para enfrentarse a él.

Nuevamente una excitación muy conocida recorrió su cuerpo al descubrir su pecho musculado, que parecía revolucionar sus hormonas. Por no hablar de su rostro, que mostraba una expresión sorprendida pero del todo atractiva: sus ojos azules, su nariz recta y su mandíbula cuadrada, repleta de una barba castaña de varios días del mismo tono que su pelo revuelto que parecía necesitar un corte.

—¿Podría ayudarme? —preguntó Caleb, que se sentía débil como un minino. Tenía la imperiosa necesidad de regresar a la cama para cubrirse con las sábanas porque la visión del rostro azorado de Elaine estaba despertando en su ser. «Llevas demasiado tiempo sin una mujer», se dijo mientras intentaba controlar su cuerpo traicionero antes de que fuera demasiado tarde.

Ella, tras escuchar su petición, deseó salir corriendo, negarle la ayuda que le pedía. Pero no lo hizo, por el contrario se acercó a él y se situó a su lado.

«Quizás no ha sido una buena idea», pensó Caleb cuando su característico olor floral llegó a sus fosas nasales. Era una mezcla de lavanda y flores silvestres.

—¿Cómo lo hacemos? —preguntó Elaine balbuceante.

—Me apoyaré en usted —expresó Caleb mientras elevaba su brazo bueno y lo colocaba sobre los hombros femeninos—, y usted rodee mi cintura —añadió.

Elaine pudo notar el peso de su brazo, su calor, pero nada comparado con lo que sintió cuando elevó el suyo, enlazando la estrecha cadera y sus dedos se encontraron con el tacto de su suave piel. Una corriente eléctrica recorrió su cuerpo y sus pulmones parecieron quedarse sin aire.

—Vamos —expresó Caleb, deseando llegar al lecho cuanto antes, necesitando desesperadamente romper el contacto con la mujer. Caminó aceleradamente a pesar de la debilidad de sus piernas, y solo respiró cuando pudo sentarse y apartarse de ella. Con un movimiento brusco se cubrió con la sábana y rezó porque ella no se hubiera percatado de su erección.

—¿Le ayudo con la sopa? —preguntó Elaine, aunque lo que realmente deseaba era salir de aquel dormitorio.

—Creo que podré apañarme solo —replicó Caleb.

—Está bien —dijo Elaine aliviada antes de caminar hasta la puerta con paso rápido. Se sintió consolada cuando la cerró a su espalda provocando un sonido sordo.

Ya en la cocina seguía sintiendo que un calor insoportable había anidado en su cuerpo y salió al exterior en busca de aire fresco. Notaba el corazón acelerado y el cuerpo en llamas. Estaba excitada, conocía bien esa sensación, con su marido Carter había conocido la pasión, pero no lo que había sentido con la simple visión del cuerpo semidesnudo del señor Henderson. Había sido una sensación distinta, como si hubiera subido un escalafón. «Soy una perdida», se dijo mientras se cubría el rostro con las manos.

Caleb se incorporó y se sintió agradecido cuando su hombro no se resintió como la vez anterior. Con ánimos renovados, colocó sus piernas al borde del colchón y plantó los pies en el suelo. Apoyó las palmas de las manos sobre el mismo y tensó sus brazos para poder incorporarse. Si hubiera tenido más fuerzas hubiera saltado de alegría, pero prefirió conservarlas para vestirse y salir al exterior. Tenía la imperiosa necesidad de respirar aire fresco y que el sol acariciara su rostro. Tardó más de lo esperado en lograr su objetivo, pero finalmente llegó al porche y observó atentamente lo que le rodeaba.

Algunas vallas estaban a punto de derrumbarse y el viejo abrevadero parecía haber conocido tiempos mejores, ya que tenía una fuga por donde se escapaba el agua. Estaba seguro de que en otro tiempo había sido un lugar hermoso y próspero.

—Señor Henderson, ¿qué hace levantado? —le sobresaltó una voz infantil.

Caleb se giró y descubrió a la pequeña de pelo dorado que alzaba su rostro para observarle.

—Quería andar un poco —respondió con una sonrisa. En los días que llevaba allí, la niña le visitaba cada tarde y siempre lograba hacerle reír con sus ocurrencias.

—Pues como se entere mamá le va a castigar —dijo Faith preocupada.

—¿Cómo? —preguntó, curioso por su respuesta.

—Le dejará sin postre. Hoy ha hecho una tarta de manzana que tiene una

pinta estupenda —le contó a modo de confidencia.

Caleb iba a replicar a sus palabras cuando una voz desconocida sorprendió a ambos.

—Buenas tardes.

Faith observó al recién llegado e instintivamente se situó tras las piernas de Caleb, sorprendido por la reacción de la niña. Más repuesto, observó al hombre que tenía frente a sí.

Era alto, aunque no tanto como él. Su cuerpo era delgado y parecía ligeramente encorvado, pero lo que realmente llamó su atención fue su rostro cansado, surcado por algunas arrugas. Sus ojos marrones estaban fijos en él y parecían querer fulminarle, hacerle desaparecer.

—Buenas tardes —respondió al saludo, a pesar de su mirada torva.

Emerson notaba que la tensión se apoderaba de su cuerpo ante el descubrimiento de aquel desconocido. Había ido al rancho Gallagher para comprobar que Elaine y la niña estaban bien, pero no había imaginado una sorpresa semejante. «¿Quién demonios eres y qué haces aquí?», se preguntó mientras sus manos, ocultas en los bolsillos del pantalón, se cerraban formando puños. «¿Por qué ella no me ha contado nada? Necesito respuestas ya».

—¿Quién eres? —preguntó ariscamente.

Caleb frunció el ceño al percatarse de la actitud hostil de aquel hombre. No tenía ni idea de dónde había salido ni lo que pretendía, pero si tenía intención de enfrentarse a él, no tenía ningún problema, aunque no delante de la niña.

—Faith, ve dentro —solicitó cogiendo el hombro de la niña e instándola a caminar hacia la puerta.

—¿Por qué? —preguntó ella, confusa.

—El señor... —comenzó, y su rival acabo la frase por él.

—Emerson.

—El señor Emerson y yo tenemos que hablar.

—Pero...

—Faith, por favor, haz lo que te digo —ordenó Caleb tajante, granjeándose una mirada dura por parte de aquel hombre, como si le hubiese incomodado su trato para con la niña.

—Está bien —aceptó la pequeña a regañadientes, antes de desaparecer en el interior de la casa.

Cuando se quedaron solos, el silencio se instauró durante dos largos minutos, hasta que Emerson lo rompió.

—¿Quién demonios eres? —dijo Emerson rechinando los dientes.

—Mi nombre es Caleb Henderson y estoy aquí para ayudar a la señora Gallagher en el rancho.

—¿De dónde saliste? —persistió Emerson, acortando la distancia que los separaba en una actitud amenazante.

—Le he contratado yo —sonó la voz tensa de Elaine, que llegó para interponerse entre ambos.

—¿Cuándo? —indagó Emerson frustrado, deseando coger a la mujer por los hombros y zarandearla. Pero la presencia de aquel tipo se lo impedía. Su mirada estaba fija en él de forma peligrosa.

—Hace unos días. Llegó al rancho pidiendo trabajo y decidí contratarlo.

—¡Elaine! No necesitas a nadie, me tienes a mí. Además, no creo que debas gastar un dinero que no te sobra —manifestó ofensivamente.

Elaine notó como sus mejillas se teñían de rubor al escuchar sus palabras. Se sentía mortificada y avergonzada a partes iguales. Ya se arrepentía de haber permitido que Emerson pagara su cuenta en el colmado, a pesar de que él lo había hecho sin su consentimiento.

—Eso no es asunto suyo —soltó Caleb sin poder contenerse. No le había gustado la forma que utilizaba aquel hombre para dirigirse a Elaine. Se comportaba como si ella fuera una propiedad o tuviera algún derecho sobre su persona.

—¿Qué no es asunto mío?! —gritó Emerson, perdiendo los papeles. Avanzó hacia Caleb con la intención de estampar el puño en su atractivo rostro.

Elaine, al ver sus intenciones, dio un paso atrás y acabó empotrada contra el amplio pecho masculino de Caleb. Pudo percibir el calor de su cuerpo y el acelerado latido de su corazón. Tenía que detener aquello antes de que la situación se descontrolara. Con esfuerzo, volvió a dar un paso hacia adelante para enfrentarse a Emerson. Era la primera vez que encontraba el coraje para hacerlo.

—Emerson, será mejor que te marches —dijo con gravedad.

—¿Me estás echando? —siseó, sorprendido.

—No, claro que no —replicó la mujer dibujando en sus labios una sonrisa que no sentía, con la intención de apaciguar las aguas—. Mañana hablamos —

le lanzó la promesa—, en la reunión del ayuntamiento.

Emerson solo deseaba apalear a ese hombre que parecía esconderse tras Elaine. Pero la sonrisa que ella le dedicó tranquilizó su ánimo.

—Está bien, hasta mañana —concluyó antes de girarse y bajar los escalones del porche con genio. Se subió a su caballo y salió galopando a toda velocidad, levantando una nube de polvo a su paso.

Elaine necesitó unos minutos para recomponerse, pero una vez logrado se giró y clavó su mirada en el rostro de Caleb. Estaba más enfadada que nunca en su vida, y dejó fluir la ira que sentía.

—¿Qué demonios hace levantado? ¿Quién le ha dado permiso?

Caleb permaneció en silencio, con la mirada fija en el rostro femenino. Su pelo estaba recogido en un moño, aunque algunos mechones de su cabello castaño habían escapado de su confinamiento y acariciaban sus altos pómulos, sonrojados en aquel momento por la rabia. Sus ojos, de un verde indefinible, estaban arrasados por llamas incandescentes, pero de donde realmente no podía apartar la mirada era de sus carnosos y rosados labios.

—¿Me está escuchando? —insistió Elaine al ver que él no reaccionaba.

—Alto y claro, señora Gallagher, pero no me trate como a un niño, soy un hombre.

Elaine frunció el ceño ante su respuesta.

—Pues no se comporte como tal, señor Henderson. Aún no está del todo recuperado...

—Me encuentro perfectamente y creo que es el momento ideal para comenzar a ayudar en el rancho. Creo que le hace falta.

—Yo, y solo yo —recalcó Elaine enfatizando sus palabras golpeando su pecho con una mano— decidire qué necesita o no *mi* rancho —concluyó, elevando su rostro altanaramente.

Caleb la observó y cruzó los brazos sobre el pecho antes de hablar.

—Lo comprendo, pero entonces ¿por qué permite que ese hombre gobierne su vida? —preguntó, elevando una de sus espesas cejas oscuras.

Elaine sintió los nervios bullir en su interior al escuchar esa pregunta tan directa. No podía negarlo, era evidente, y nuevamente se sentía avergonzada ante Caleb Henderson.

—No lo hace —mintió descaradamente.

—Pues eso no es lo que me ha parecido a mí. Ese hombre se comporta como si usted fuera de su propiedad, pero no es así ¿verdad? —preguntó

Caleb, deseando escuchar su respuesta. Esperaba que fuera un rotundo «no», pero si la señora Gallagher estaba manteniendo una relación con aquel insufrible hombre no dudaría en interponerse. «No está hecha la miel para la boca del asno».

Su pregunta sorprendió a Elaine, y sin ser consciente de ello contestó con celeridad y con voz titubeante.

—No, por supuesto que no.

Una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Caleb al escuchar su respuesta. Estaba dispuesto a seguir con la conversación que mantenían, pero fue interrumpido por la intempestiva llegada de Faith.

—¿Ya te ha castigado sin postre? —preguntó la niña alegremente—. Mamá, ¿me puedo comer su parte?

A pesar del momento tenso que protagonizaban, Elaine y Caleb no pudieron evitar estallar en sonoras carcajadas tras escuchar la pregunta de la niña. En su rostro se podía leer la esperanza.

Capítulo 7

Elaine se puso una falda azul oscuro y una camisa blanca aquel día. Eran sus mejores prendas, además del vestido floreado que solía usar los domingos para ir al oficio. El día anterior había acabado de confeccionar los manteles que le había encargado Nancy y quería entregárselos lo antes posible. Aprovecharía el viaje para ir al colmado. Tenía planeado utilizar el dinero de aquel encargo para pagar su cuenta y llenar la despensa, que ya estaba en las últimas, y luego se acercaría a la reunión vecinal.

Tras comprobar que ni un solo cabello del moño que se había hecho en lo alto de la cabeza estaba fuera de su lugar, contenta con su aspecto, decidió que estaba lista para comenzar el día. Abrió la puerta con resolución y llegó a la cocina, donde se sorprendió al encontrar al señor Henderson sentado frente a la mesa degustando una taza de café humeante.

—Buenos días, señora Gallagher —la saludó Caleb sobresaltándola.

—Buenos días, señor Henderson —replicó mientras se acercaba a la alacena para coger una taza y servirse un café antes de sentarse frente a él.

—Está usted muy guapa esta mañana —expresó Caleb clavando la mirada en su rostro sin coartarse. Disfrutó del sonrojo de sus mejillas antes de continuar—. ¿Va a alguna parte?

—Voy al pueblo —respondió Elaine maldiciendo para sus adentros la facilidad de su piel para pigmentarse—. Procuraré venir lo antes posible —dijo preocupada ante la posibilidad de dejar a Faith sola, ya que era sábado y no había escuela, aunque no tenía otra alternativa.

—Pues vaya tranquila, yo me ocuparé de la pequeña.

—Gracias —dijo Elaine—, pero no es su obligación.

—Ni la de usted cuidar de mí, y aun así lo hace —respondió Caleb antes de dar el último trago a su taza y levantarse para dejarla en el barreño de hojalata donde se lavaba la loza—. Voy a preparar el carro —indicó de camino a la puerta.

—No hace falta —saltó Elaine con voz cortante—. Soy perfectamente capaz...

—Lo sé, señora Gallagher, y no dudo de sus capacidades, pero déjeme

ayudarla o me sentiré un verdadero inútil.

Elaine iba a replicar a sus palabras, molesta porque el señor Henderson se empeñara en organizar su vida, aunque en el fondo sabía que solo pretendía ayudarla, y sin ninguna pretensión. «Él no quiere controlarte, no es Emerson», se reprochó, molesta consigo misma.

Tras lavar las dos tazas cogió el chal que colgaba del perchero junto a la puerta y se lo colocó sobre los hombros. A pesar de la época del año, a esas horas de la mañana solía hacer frío. Tras coger el voluminoso paquete envuelto en papel de estraza, y la limosnera, salió al exterior y descubrió que el carro ya estaba situado frente a la puerta. El señor Henderson esperaba junto al mismo y acariciaba distraídamente el pelaje de uno de los caballos de tiro. «Debes disculparte», se dijo antes de bajar los dos escalones del porche.

—Señor Henderson —comenzó, logrando que él se girara y le prestara toda su atención—. Gracias por su ayuda, me gustaría disculparme por mis malos modos.

Caleb clavó su mirada en el hermoso rostro de Elaine y una media sonrisa se dibujó en sus labios. Aquella mujer era encantadora, a pesar de que con él solo mostraba mal genio.

—No se preocupe, señora Gallagher, lo comprendo.

—He dejado una jarra de leche en la alacena. Si no le importa, ¿podría calentarla para Faith si se despierta? Le gusta tibia.

—Será un placer —dijo Caleb cuando ella estuvo a su altura. Entonces cogió su cintura y la alzó para subirla al pescante. Disfrutó cuando sus mejillas volvieron a colorearse.

—No debería haberlo hecho —dijo Elaine mientras cogía las riendas con dedos temblorosos—, su herida aún es reciente.

—Señora Gallagher, usted pesa menos que una pluma.

Elaine decidió ignorar aquel último comentario, que hizo que mariposas revolotearan en su estómago y azuzó a los caballos para emprender la marcha.

Caleb se apoyó en una de las columnas del porche despreocupadamente y observó cómo se alejaba el carro. Sabía que no era una buena idea, que no tenía derecho, pero no podía evitar sentirse atraído por la señora Gallagher. Cuando la había tenido en sus brazos, aunque solo había sido una fracción de segundo, su cuerpo había reaccionado, más cuando su dulce olor penetró le invadió.

Lorraine detuvo su andar sobre la colina donde tenía una visión completa de Rocky Meadow. Durante largos minutos permaneció allí, impassible, como si se tratara de una escultura de piedra. «Vamos, Lorraine, tienes que seguir. No has venido hasta aquí para nada», se ordenó mentalmente. Sentía como si algo invisible aferrara sus pies al suelo, aunque sabía bien lo que era, el miedo que atenazaba su cuerpo.

Suspiró pesadamente y reanudó su camino a pesar de que sus pies estaban llenos de llagas tras semanas de viaje.

El sonido de un carro rompió el silencio y sin percatarse, su cuerpo se tensó. Se volvió a detener y con temor mal disimulado giró ligeramente su cuerpo para poder descubrir quién llegaba.

—¿Lorraine Glover?! —exclamó una voz sorprendida.

Lorraine se sintió aliviada al ver un rostro conocido. Durante su largo viaje había tenido que enfrentarse a malas experiencias que quería olvidar.

—Buenos días, señora Gallagher —saludó educadamente, aunque ahora permanecía con la cabeza gacha, avergonzada por su aspecto, que debía ser horrible.

Elaine la estudió desde su posición con detenimiento. Lorraine no tenía nada que ver con la joven que había conocido. No era muy alta, pero su extrema delgadez le hacía parecer minúscula en aquel vestido de color indeterminado que colgaba de su cuerpo. Su cabello trigueño, que siempre había ido perfectamente peinado, ahora parecía haber perdido todo su brillo y permanecía suelto y enredado sobre sus hombros. «Dios mío, ¿qué le habrá podido pasar?», se preguntó con preocupación.

No era una mujer a la que le gustaran los chismes, pero era imposible permanecer inmune al escándalo que protagonizó unos meses antes la hija del dueño de uno de los ranchos más prósperos de la zona. A pesar de la reciente guerra, Dale Glover había logrado mantener centenares de cabezas de ganado gracias a que había contratado a un pequeño ejército de hombres de dudosa reputación que habían mantenido alejados a los ladrones y soldados hambrientos.

Si mal no recordaba, su hija se había enamorado de uno de esos vaqueros, y a pesar de que su padre no había aprobado aquella relación la joven había huido con él. Desde entonces no se había sabido nada de ella, hasta aquel

momento.

—Si te diriges al pueblo, puedo llevarte —se ofreció Elaine, deseando ayudar a la joven.

Lorraine elevó su mirada y la clavó en el rostro de Elaine, sorprendida por sus palabras. No estaba muy segura de lo que se iba a encontrar si regresaba a Rocky Meadow, y aún así la amabilidad de la señora Gallagher la descolocó.

—No es necesario... —comenzó, con la intención de rechazar su ayuda. Conocía a su padre, e imaginaba que no sería bien recibida por él. No quería que la señora Gallagher fuera diana de su mal genio.

—Claro que lo es, se te ve agotada —cortó Elaine a la joven antes de tenderle la mano para ayudarla a subir al pescante.

Lorraine dudó unos instantes, pero finalmente aferró la mano que le tendía la señora Gallagher. Apenas conocía a la mujer, pero se veía una buena persona y estaba siendo amable, una cosa que no había visto en meses.

Durante el trayecto, ninguna de las dos habló.

Lorraine agradeció el silencio, que resultaba cómodo, aunque le sorprendía que la señora Gallagher no le hubiera preguntado nada. Solo escuchó su voz cuando estaban a pocos metros de la entrada al pueblo.

—¿Cuánto tiempo llevas sin comer? —preguntó Elaine directa. El sonido del estómago de la joven no le había pasado inadvertido.

Lorraine sintió que sus mejillas se teñían de rubor, pero en el tiempo que había pasado fuera de casa había aprendido que no tenía sentido mentir, ni mentirse a ella misma y negar lo evidente.

—Varios días —confesó.

—Pues habrá que solucionar eso —dijo Elaine mientras detenía el carro frente a la puerta del hostel Colton.

—Pero... —comenzó a balbucear la joven.

Elaine clavó su mirada en su rostro por primera vez tras haberla recogido y no pudo evitar que sus labios esbozaran una sonrisa triste.

—Tengo que entregarle a la señora Colton un encargo que me hizo hace unos días. ¿Me acompañas? —preguntó a modo de invitación.

—Claro, señora Gallagher.

—Puedes llamarme Elaine.

Lorraine no respondió, simplemente sonrió ligeramente, y los músculos de su rostro parecieron resistirse por la falta de costumbre. Luego bajó del carro y siguió a Elaine al interior del hostel, con la vista fija en el suelo de madera.

No quería mirar a los lados, saber si alguien la observaba o no. Ya en el interior, se sintió más relajada. Sin percatarse, oteó a su alrededor con curiosidad. A pesar de que había crecido en Rocky Meadow nunca había entrado en el hostel donde solían hospedarse los forasteros.

—¡Elaine! —exclamó una voz alegre.

—Nancy, he acabado con lo que me encargaste —dijo la aludida dejando un paquete marrón sobre el mostrador del recibidor.

Hacía unos meses que hacía pequeños trabajos de costura para la señora Colton y le estaba muy agradecida por el dinero extra que eso suponía. En esta ocasión había cosido algunos manteles nuevos para el restaurante situado en la planta baja.

La mujer no respondió, estaba observando a la joven que permanecía semi oculta tras Elaine. Sin disimular, se movió del lugar que ocupaba para tener mejor perspectiva y finalmente descubrió la identidad de la desconocida, que resultó no serlo.

—Señorita Glover —la nombró, notando como la joven se sobresaltaba. Parecía un animalillo asustado y no pudo evitar sentir lástima por ella. Finalmente logró reaccionar, y como era de naturaleza abierta, le dedicó unas palabras amables—. Qué alegría volver a verla.

La joven pareció sorprenderse y elevó su rostro antes de hablar.

—Gracias, señora Colton —dijo balbuceante.

—He tenido una mañana de locos —comentó Nancy— y estoy agotada. ¿Qué os parece tomar un café? —ofreció, deseando alargar la visita de las dos mujeres.

Elaine dudó, pero Lorraine parecía famélica y no le vendría mal meter algo caliente en el cuerpo.

—Me parece una idea fantástica.

—Se lo agradezco, señora Colton —comenzó a hablar Lorraine, que no creía correcto aceptar la invitación de la mujer—, pero será mejor que me marche, no quiero molestar.

Lorraine se sentía extraña en aquella situación, con dos mujeres con las que apenas había tenido trato en el pasado. Lo mejor era salir de allí y prepararse para regresar a casa a pesar de que no sabía cómo le recibiría su padre. Solo pensar en ello le revolvía el estómago.

Nancy Colton se hizo cargo de la situación como era su costumbre.

—¿Y qué prisa tienes, niña? Anda, ven —dijo saliendo del mostrador y

enlazando el brazo de la joven, comprobando su extrema delgadez—, que acabo que sacar un bizcocho del horno. Vamos, Elaine —animó a la mujer, que las siguió con una sonrisa en los labios al percatarse de lo intuitiva que era Nancy.

Lorraine iba a negarse, pero la señora Colton no se lo permitió y en un santiamén se encontró sentada frente a una pequeña mesa junto a la ventana. Poco después, una joven en avanzado estado de gestación que le resulto familiar, llegó para servirles café en finas tazas de porcelana, pero lo que de verdad llamó la atención de la joven fue el succulento trozo de bizcocho que colocó frente a sus ojos.

—Vamos, niña, come —la instó Nancy—, que te va a llevar el aire cuando salgas a la calle.

—Gracias, señora Colton —expresó Lorraine, notando como sus mejillas se coloreaban tras el comentario. En los últimos meses había adelgazado varios kilos, aunque no era de extrañar, apenas había comido durante semanas.

Tiempo después, y tras un segundo café, Elaine decidió que era el momento de regresar a sus tareas. Estaba intranquila por Caleb, además no le parecía bien cargarle el cuidado de Faith, no era su responsabilidad.

—Bueno, está siendo un momento muy agradable, pero tengo que marcharme —expresó, aunque no podía evitar sentirse preocupada por la joven ante sí—. Lorraine, ¿qué piensas hacer ahora? —indagó.

—Creo que iré al rancho de mi padre —respondió Lorraine, aunque no estaba segura de cómo sería recibida.

—¿Estás segura, niña? —preguntó Nancy. Conocía Glover y no era un tierno corderito.

—No tengo otra opción —expresó Lorraine, y era la verdad.

—Si tienes cualquier problema, ven a mi casa —ofreció Elaine—. Puedo ofrecerte una cama y un plato caliente. —Aunque su situación no era la mejor, no pensaba dejar a la joven en la calle.

—Y si necesitas un trabajo —intervino Nancy—, Clarisa pronto dará a luz y tendrá que dejar el puesto de camarera en el restaurante. Son unas cuantas horas, y el sueldo no es muy alto —ofreció la dueña del hostel sorprendiendo a la joven y a Elaine.

Lorraine tuvo que contener las lágrimas tras escuchar la oportunidad que aquellas dos mujeres le ofrecían para comenzar una nueva vida, pero sabía que si no iba al rancho antes de que su padre se enterara de que estaba allí, la

cosa se pondría fea.

—Se lo agradezco a las dos de todo corazón —dijo con la voz cargada de emoción—, pero creo que debería regresar a mi hogar.

Elaine y Nancy se miraron la una a la otra, pero ninguna de las dos se atrevió a rebatir las palabras de la joven.

Capítulo 8

Cuando Elaine salió del hostel descubrió que a pesar de la hora temprana la calle principal de Rocky Meadow ya estaba en funcionamiento. Sus gentes iban y venían por la acera haciendo sus recados. Resuelta, caminó por la acera de madera, saludando amigablemente a sus vecinos, y llegó hasta el colmado, que era su destino.

—Buenos días, Megan —saludó a la dueña con una sonrisa en los labios.

—Buenos días, Elaine —retribuyó el saludo su amiga mientras se erguía tras dejar la última banasta con género en la acera—. Hacía mucho tiempo que no venías —expresó mientras ambas entraban al local.

—He estado muy ocupada —mintió, no quería decirle a Megan que la razón era que no quería aumentar su cuenta, que ya alcanzaba una cifra desorbitada.

—Eso me han dicho —comentó Megan mientras se situaba tras el mostrador con una sonrisa pícaro.

Elaine se sorprendió al escuchar sus palabras, y su ceño se frunció.

—¿Qué se supone que te han dicho? —indagó con nerviosismo.

—Que tienes en el rancho a un desconocido.

Elaine tuvo que cerrar la boca, que había permanecido abierta por unos instantes antes de cerrarla.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó con demasiada celeridad.

—Entonces, ¿es verdad? —inquirió Megan con excitación—. ¿Quién es?, ¿de dónde ha salido?

Elaine quería mucho a Megan, eran amigas desde niñas y siempre se había sentido arropada por ella. Pero si tenía un defecto era ser demasiado curiosa. Imaginaba que se debía a regentar el colmado, un lugar idóneo para los chismorreos.

—Contestaré a tus preguntas cuando tú respondas a las mías.

—Esta bien —se rindió Megan, deseosa de saber todo lo referente a aquel forastero que ahora vivía bajo el mismo techo que su amiga—. Me lo ha dicho Alice, se lo ha contado Faith.

Elaine se frotó la frente inconscientemente al escuchar su respuesta. Si su hija se lo había contado a sus amiguitos del colegio, medio pueblo ya estaría

al tanto. Estaba cansada de que la gente disfrutara tanto de los cotilleos, como había pasado con la pobre Lorraine. Pero ni aquella joven ni ella podían hacer nada para cambiar la mentalidad de sus vecinos.

—Bueno, es un viejo amigo de mi hermano —se vio forzada a mentir—. Llegó hace unos días pidiendo trabajo a cambio de comida y techo, y no pude negarme.

—¿Y qué pensará Emerson sobre eso? —cuestionó Megan preocupada.

—Pues no lo sé, aunque tampoco tendría nada que opinar al respecto.

—Pensé que te ibas a casar con él —expresó Megan sorprendida.

—¿Y de dónde ha salido eso? —preguntó Elaine notando como el mal genio se adueñaba de su cuerpo—. Déjalo, da igual —añadió, barriendo el viento con su mano—. Dame una bobina de hilo negro —solicitó para cambiar de tema, olvidando su intención de abonar el dinero que le debía a Megan.

Megan tardó unos segundos en reaccionar. Le hubiera gustado hacer más preguntas a Elaine, pero sabía que no era buena idea. Se giró, resuelta, y buscó en una de las estanterías a su espalda. Tras localizar la bobina de hilo se volvió nuevamente hacia el mostrador.

—¿Vas a ir a la reunión del pueblo? —preguntó cambiando de tema.

A Elaine no le apetecía nada ir a aquella asamblea, pero sabía que tenía que cumplir con su deber para con sus vecinos. Si no asistía a dichas reuniones, donde se trataban cuestiones importantes para el pueblo, luego no tendría ningún derecho de protestar. Aunque la verdadera razón por la que no quería ir y deseaba regresar a casa era para no enfrentarse a Emerson.

—¡Elaine! —sonó la voz insistente de Megan.

—Sí, voy a ir —contestó.

—A mí me encantaría, pero no puedo cerrar la tienda.

—Si puedo, luego me paso por aquí y te cuento —dijo Elaine colocando unas monedas sobre el mostrador—. Ahora tengo que irme, que vaya bien —dijo antes de salir por la puerta.

La asamblea se solía realizar el primer miércoles de cada mes en la iglesia. Era el espacio más grande para albergar a los vecinos, aunque al párroco no le gustaba la idea, ya que muchos de los que asistían no solían cumplir con su deber cristiano de presentarse cada domingo al oficio.

Cuando Elaine llegó, muchos de sus conciudadanos ya se agrupaban a la entrada. Se acercó y saludó a varios vecinos. Estaba hablando con la señora

Everett cuando una voz a su lado las interrumpió.

—Señora Gallagher, ¿podríamos hablar de una cuestión? —expresó Emerson educadamente.

—Por supuesto, señor Emerson —dijo Elaine, aunque no deseaba afrontar esa conversación.

—Hasta luego, Elaine —dijo la señora Everett con una sonrisa antes de desaparecer entre el gentío a su alrededor.

—Usted dirá, señor Emerson —dijo Elaine.

—¿Podemos alejarnos un poco? —preguntó Emerson. No le gustaba la gente, y si había ido a aquella reunión había sido para poder hablar con Elaine. Desde que había descubierto que tenía a un forastero viviendo bajo su mismo techo apenas había podido dormir.

Elaine afirmó con la cabeza, aunque realmente no le gustaba la idea de quedarse a solas con Emerson. Luego le siguió hasta una arboleda cercana y se situó ante él.

—¿Qué desea?

—Elaine, no me trates con tanta frialdad —le espetó él mientras se frotaba la nuca con nerviosismo—. Siempre nos hemos tuteado.

Elaine chascó la lengua molesta.

—Eliot, ¿qué quieres?

—Explicaciones —respondió directo él, clavando su mirada en su rostro.

—¿Sobre qué? —preguntó, aunque sabía bien el motivo de su interrogatorio.

—Ese forastero. Quiero saber la verdad, y no me vengas con ese cuento de que ahora trabaja para ti. Sé que no puedes pagarle con dinero.

Elaine sintió ascender la ira por su cuerpo tras su insinuación y explotó contra él por primera vez.

—Me estás ofendiendo —expresó con voz acerada.

«Contrólate, pisas arenas movedizas», se dijo Emerson. Estaba furioso, no lo podía negar, pero sabía que si se mostraba brusco con ella solo lograría alejarla. Llevaba demasiados años intentando acercarse a Elaine y no lo tiraría todo por la borda por la llegada de aquel cabrón.

—Lo siento, Elaine, me he excedido. Solo estoy preocupado por ti.

—Gracias, pero no tienes por qué estarlo.

—Pues cuéntame la verdad para que no lo esté.

—Está bien —cedió Elaine, la mirada de cordero que le dedicó Emerson

la ablandó—. El señor Henderson es un amigo de mi hermano. Me pidió que le diera cobijo hasta que se encontrara mejor y él regresara.

—¿Qué le pasó a ese hombre? —preguntó Emerson con sospecha.

—Le picó una serpiente venenosa cuando viajaba con mi hermano — contestó con una verdad a medias.

—Yo el otro día vi que se encontraba perfectamente. ¿A qué espera para largarse? —preguntó perdiendo el control que había intentado mantener.

—Como te he dicho, se marchará cuando regrese mi hermano.

—Elaine, no me gusta nada este asunto. La gente comenzará a hablar.

—No me importa lo que la gente diga...

—¡Pues a mí sí! —gritó, sobresaltando a la mujer—. Todo el mundo piensa que tarde o temprano nos casaremos...

Elaine sintió que se quedaba sin respiración al escuchar sus palabras. Había intentado evadir esa conversación un centenar de veces, pero había llegado el momento de enfrentarse a Emerson y destruir sus ilusiones. Nunca le había dado esperanzas, pero parecía que él sí se las había hecho.

—Emerson, yo nunca te he prometido nada —soltó, sintiéndose liberada por primera vez en mucho tiempo.

—Elaine, deja ya de jugar conmigo —replicó Emerson aproximándose a ella peligrosamente—. Recuerda que todos estos años he sido el único que te ha ayudado, incluso te he prestado dinero.

—Un dinero que pienso devolverte —dijo Elaine contrariada, mientras retrocedía, preocupada por la agresividad que mostraba su rostro.

—No quiero el dinero, te quiero a ti, y te tendré —dijo Emerson cogiendo su muñeca y aferrándola con fuerza.

—Elaine, ¿va todo bien? —preguntó una voz a su espalda. Emerson soltó a Elaine con desgana y se giró para descubrir que se trataba de la señora Colton.

—Sí, lo estoy —mintió la aludida mientras se alejaba de Emerson.

—Pues vamos, la asamblea va a empezar —dijo la mujer cogiendo el brazo de la mujer e instándola a andar, pero antes de alejarse clavó nuevamente sus ojos en Emerson, que parecía querer fulminarla con la mirada.

La reunión resultó de lo más tediosa, pero Elaine la soportó estoicamente a pesar de que lo único que deseaba era salir de aquella iglesia y regresar a casa. Durante la hora que duró la asamblea notó la mirada de halcón de Emerson clavada sobre su persona, recordándole la conversación que habían

mantenido. Estaba segura que lo sucedido, su rechazo a la propuesta de matrimonio, tendría consecuencias que no tardaría en descubrir.

Elaine se sobresaltó al escuchar la campana que anunciaba el final de la comisión y, desorientada, abandonó el banco que había ocupado.

—Espera, niña —le dijo Nancy, situada a su lado—, tenemos que hablar de lo que ha sucedido con Emerson y me tienes que contar quién es el hombre que acoges en tu hogar.

—Nancy, te lo agradezco, pero debo regresar —intentó zafarse mientras ambas abandonaban la iglesia.

—Todo puede esperar menos esta conversación, te vendrá bien para despejar la cabeza y colocar tus ideas en orden. Además, Emerson te está controlando. ¿No querrás que te siga hasta el rancho?

Elaine suspiró pesadamente, girando su rostro levemente para descubrir a Emerson apoyado contra un árbol cercano a su carro, esperando su regreso al vehículo.

—Tienes razón —aceptó finalmente.

—Luego mandaré a James que venga a recoger tu carro —dijo Nancy mientras enlazaba su brazo y la obligaba a dirigir sus pasos a la calle principal.

Nancy la obligó a entrar en el hostel y decidió llevarla hasta una sala privada situada junto a la cocina. Era una estancia pequeña donde una mesa redonda presidía la misma, rodeada de cuatro sillas. En una esquina había una pequeña estufa de hierro fundido y la ventana situada frente a la puerta dejaba entrar la luz. Era la guarida de la señora Colton.

—Siéntate, querida —dijo Nancy mientras se aproximaba a un pequeño aparador de dónde sacó dos pequeñas copas y una botella que colocó sobre la mesa. Luego llenó ambas hasta el borde y puso una frente a Elaine.

—Nancy, no bebo —dijo Elaine, intentando rechazar su ofrecimiento.

—Es brandy, tranquila, y te vendrá bien para relajar los nervios.

Elaine dudó unos instantes, pero finalmente cogió la copa y dio un par de tragos, que como vaticinó Nancy, relajó un poco sus nervios.

—Y ahora cuéntame lo que sucede —expresó Nancy directa—. Empezando por quién es ese forastero que está en el rancho. No me hablaste de él esta mañana —le reprochó.

Elaine dudó unos instantes, pero finalmente decidió confesar a Nancy, la

única persona en la que confiaba ciegamente y que conocía cada uno de sus secretos, los sucesos que habían acontecido en los últimos días.

—Sí, lo siento, Nancy —se disculpó—, pero no te lo conté porque no quería preocuparte —dijo antes de relatarle de dónde había salido el señor Henderson.

—Comprendo —expresó Nancy escuetamente tras escuchar su historia—. Y supongo que ese encuentro entre Emerson y el señor Henderson ha dado como resultado la escena que he presenciado junto a la iglesia.

Elaine se frotó la frente con los dedos en un acto reflejo y luego dio un largo trago a la copa que dejó sobre la mesa una vez vaciado su contenido.

—Sí, Emerson me ha acorralado y he tenido que decirle que no voy a casarme con él. Tarde o temprano tenía que hacerlo.

Nancy meditó largo tiempo sobre sus palabras antes de hablar.

—Mal asunto, niña —expresó con seriedad—. Hasta ahora te las has apañado para lidiar con este espinoso asunto. Pero al confesarle a Emerson que no piensas casarte con él has abierto la caja de pandora. Lo sabes, ¿verdad?

Elaine se levantó de la silla que ocupaba y comenzó a caminar en círculos alrededor de la mesa mientras Nancy volvía a servirle más bebida.

—¿Acaso crees que no lo sé? —expresó Elaine en voz alta—. Y toda la culpa la tiene el señor Henderson.

—Elaine, siéntate de una maldita vez y bebe —ordenó Nancy.

La aludida dudó, pero finalmente siguió la orden de la mujer.

—No culpes a ese forastero de tus problemas. Te advertí que lo que estabas haciendo podía ser peligroso. Una y mil veces te dije que debías hablar con Emerson, que ese hombre te creía de su propiedad y que si no le dejabas las cosas claras esto acabaría mal.

—Lo sé, Nancy, lo hice mal, pero no puedo cambiar el pasado. Te aseguro que si tuviera ese don volvería al día en que Carter se puso ese maldito uniforme y salió de casa para no regresar jamás.

Nancy pudo ver como el dolor transfiguraba el rostro de Elaine. No tenía sentido seguir presionándola. Tenían que mirar al futuro y jugar las cartas con las que contaba de la mejor manera posible.

—Esta bien, centrémonos en los recursos que tenemos. Ahora lo importante es mantener el ganado que tienes y seguir pagando el préstamo que debes al banco. En cuanto llegue la primavera que viene venderás las reses y te

repondrás económicamente, para entonces Emerson solo será un mal recuerdo. Ya sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

Elaine clavó su mirada en el rostro de la mujer y sonrió por primera vez en mucho tiempo. Sí, realmente sabía que podía contar con Nancy, que la había protegido en la medida de lo posible.

Capítulo 9

Cuando Elaine llegó al rancho descubrió al señor Henderson arreglando uno de los vallados cercanos a la casa. Su hija permanecía a su lado, pendiente de cada uno de sus movimientos mientras charlaba animadamente con el hombre.

Bajó del carro y se aproximó al extraño dúo. Ninguno pareció percatarse de su presencia. Se quedó a pocos pasos de ellos y los observó.

—Clavo —dijo Caleb mientras extendía su mano.

—Cuarenta y siete —dijo Faith mientras sacaba uno del paquete de papel de estraza donde estaban las puntas de acero.

—¿Vas a contar cada uno de ellos? —preguntó Caleb con humor.

—La señorita Holly dice que tenemos que contar cosas —dijo ofendida la niña.

—Si es por eso, no hay ningún problema, puedes seguir contando clavos —dijo Caleb antes de dar un martillazo sobre la madera.

Ese momento fue el que eligió Elaine para hacerse presente.

—Ya estoy aquí —expresó con buen ánimo.

—¡¡Ah!! —exclamó Caleb antes de soltar el martillo y aferrar uno de sus dedos.

Elaine se sobresaltó, y preocupada se abalanzó sobre él para ver la gravedad del supuesto martillazo.

—¿Está bien, señor Henderson? —dijo aferrando su mano para ver la herida.

Cuando sus pieles se rozaron Caleb se quedó quieto, incapaz incluso de respirar.

—¿Señor Henderson? —insistió Elaine confusa al descubrir que no había ningún signo de daño en sus dedos. Con celeridad soltó su mano y se apartó para clavar su mirada en él.

—Sí, estoy bien, solo era una broma —confesó Caleb mientras notaba que sus mejillas se coloreaban. Estaba avergonzado de su comportamiento infantil.

Elaine frunció el ceño al escuchar sus palabras.

—Pues no ha tenido ninguna gracia —le espetó mientras se apartaba de él y

colocaba sus manos en sus caderas.

—¡Oh, oh! —exclamó Faith, situada a su espalda—. Caleb, te has metido en un buen lío.

—Sí, creo que tienes toda la razón, pequeña —dijo Caleb con una media sonrisa dibujada en los labios a pesar del gesto severo que mostraba el rostro de la señora Gallagher.

—Faith, ve a recoger los huevos —solicitó Elaine, no quería discutir con él delante de su hija.

—¿En serio? —replicó la niña mientras golpeaba el suelo con su bota antes de desaparecer por el camino. Sabía que su madre no estaba de buen humor. «¿Pero cuando lo está?», se preguntó molesta.

—Elaine, no se enfade... —comenzó Caleb, pero no pudo acabar la frase.

—¿Quién le ha dado permiso para llamarme por mi nombre?

—Bueno, pensé que viviendo juntos no habría problema. A mí no me importa que me llame Caleb.

—¿Por qué ha hecho esa tontería? —preguntó Elaine, ignorando el tema anterior—. Me ha asustado.

Caleb se sintió mal e intentó aproximarse a ella, pero Elaine retrocedió.

—Lo siento —se disculpó—. Solo ha sido una tontería. Por cierto —prosiguió intentando cambiar de tema—, he pensado en hacer algunos arreglos en el rancho, pero no quiero incomodarla.

—No es necesario —intentó rebatir Elaine.

—Sí, lo es. Llevo semanas en su casa, ocupando su dormitorio y alimentándome de su comida. Me gustaría retribuirle el favor.

—Se lo agradezco, pero tampoco tengo la posibilidad de costear esos arreglos.

—Eso es lo de menos.

—Pero... —intentó rebatir Elaine.

—Si no le importa, me gustaría acabar con esto —dijo señalando el vallado que estaba arreglando.

Elaine dudó unos instantes, pero finalmente lo aceptó.

—Me parece bien. Cuando esté la comida, le aviso —dijo antes de encaminarse a la casa, dejando solo a Caleb, que no apartó su mirada de su espalda hasta que desapareció tras la puerta de la casa.

Lorraine llegó a la entrada del rancho Glover y se detuvo antes de traspasar el arco donde se podía ver el símbolo *DG* de su padre. Su cuerpo deseaba retroceder y salir corriendo en dirección contraria, pero su cabeza le decía otra cosa: «Debes ser fuerte, en tu interior tienes el coraje para enfrentarte a él y al mundo entero», se dijo intentando infundirse unos ánimos que no sentía.

—Señorita Lorraine, ¿qué hace aquí? —sonó una voz que logró que fijara su mirada en el hombre que había frente a ella, subido en un caballo y con un rifle colgando de una de sus manos. Era Gerald, uno de los hombres de su padre.

Lorraine tragó saliva antes de contestar.

—He vuelto —fue su escueta respuesta.

Gerald achicó los ojos y observó el aspecto desastrado de la joven. Dudó unos instantes antes de tomar una decisión.

—Venga —dijo tendiéndole la mano para subirla a la grupa.

Lorraine receló, pero pensó que no tenía sentido seguir castigando sus pies. Acortó la distancia que los separaba y se aferró a la mano que él le tendía.

En el corto trayecto, Gerald no dejaba de pensar en la reacción que tendría su jefe cuando descubriera que su hija había regresado. Los últimos meses, desde la huida de la joven, el señor Glover se había vuelto más huraño y duro. Casi todos los empleados, hombres que no temían a nada, procuraban no cruzarse en su camino. Conocía a la joven desde que era una niña y no pudo evitar sentir cierta lástima por ella. En aquel lugar no podía esperarle nada bueno.

Cuando llegó frente a la puerta detuvo el caballo y esperó unos segundos.

—¿Está segura, señorita Lorraine? —expresó, sin decir nada y diciéndolo todo.

—Sí, no tengo más opciones —replicó la joven con voz apagada.

—Está bien —dijo Gerald ayudándola a bajar.

Observó el paso cansado de la joven mientras se dirigía a la casa y subía los dos escalones del porche hasta que llegó frente a la puerta. Solo entonces azuzó a su caballo para alejarse al galope en dirección al granero cercano. Algo le decía que era mejor mantenerse cerca de la casa.

—Ha llegado el momento —se dijo Lorraine mientras golpeaba con los nudillos la puerta y esperaba pacientemente a que esta se abriera.

La espera se le hizo eterna, a pesar de que fue cuestión de segundos que el

ama de llaves, la señora Bucknell, se personara ante sus ojos.

—¡Dios todopoderoso! —exclamó la mujer mientras se cubría las mejillas con las manos antes de ser capaz de reaccionar. Finalmente se acercó a la joven y la estrechó entre sus brazos con sentimiento—. He rezado por ti cada noche —le indicó antes de apartarse y clavar su mirada en su rostro—. ¿Hace cuánto que no comes? Niña, estás en los huesos.

—¿Qué está sucediendo aquí? —tronó una voz que se aproximaba por el pasillo.

Lorraine sintió que su cuerpo se estremecía mientras su padre se acercaba a ellas. Como esperaba, pudo ver su mirada torva cuando descubrió su presencia. La señora Bucknell se retorció las manos con nerviosismo.

—¿Qué haces tú aquí? —escupió la pregunta, si apartar la mirada de la imagen que presentaba su hija. Y a pesar de eso, nada ablandó su duro corazón.

—He vuelto —fue la escueta respuesta de la joven. Ante la presencia de su padre le costaba incluso hilar más de dos palabras seguidas.

—Eso veo, pero te recuerdo que cuando decidiste marcharte te dije que si lo hacías no volvieras.

—¡Pero soy tu hija! —expresó Lorraine desesperada.

—Una zorra es lo que eres —replicó Glover con acritud en su voz.

—Señor Glover... —intentó intervenir el ama de llaves, incrédula ante las duras palabras de su jefe.

—Señora Bucknell, ¿no debería estar ocupándose de la comida? Recuerde que tiene muchos hombres a los que alimentar.

—Pero, señor...

—¡Basta! —grito Glover perdiendo la paciencia—. Largo de aquí —exigió, enfatizando sus palabras con un gesto de mano, indicando la dirección en la que se encontraba la cocina.

El ama de llaves dedicó una última mirada cargada de tristeza a la joven y se giró con los ojos anegados de lágrimas antes de desaparecer en la oscuridad del corredor.

Lorraine sentía el corazón acelerado en su pecho mientras esperaba las siguientes palabras de su padre. Ella poco más podía añadir, solo rezar para que él la aceptara nuevamente en su casa, el único lugar al que podía ir.

—¿No has escuchado bien? Te he dicho que aquí ya no tienes nada que buscar, puedes volver por dónde has venido.

—Pero, papá... —comenzó la joven, dispuesta incluso a suplicar si era necesario.

—Te he dicho que te quiero lejos de mis tierras y de mi vida. Ya no eres mi hija, no eres nadie —dijo Glover antes de girarse y entrar nuevamente en la vivienda y cerrar la puerta con un fuerte golpe.

Lorraine se quedó allí plantada, incapaz de moverse. Cuando había decidido regresar al rancho Glover tuvo claro que no sería fácil, que su padre la insultaría y despreciaría y que la relación que habían tenido anteriormente nunca sería la misma, pero nunca pensó que la desterraría para siempre.

—¿Y ahora qué voy a hacer? —se preguntó en voz alta.

—Señorita Lorraine, ¿quiere que la lleve al pueblo? —ofreció Gerald, que había sido testigo de lo sucedido desde la lejanía. Cuando vio que su jefe cerraba la puerta en la narices de la joven, regresó. Ahora le tendía nuevamente la mano.

—¿No te meterás en un lío? —dijo Lorraine preocupada por el hombre.

—Podré asumirlo, vamos —le apremió él.

Lorraine dudó, pero finalmente cogió su mano y se aposentó en la silla antes de que Gerald incitara a su caballo a emprender la marcha. Durante el trayecto no pudo dejar de llorar en silencio, dolida por el trato de su padre, por sentirse sola en el mundo. Cuando llegaron al pueblo, Gerald se detuvo a la entrada y esperó.

—¿Dónde quiere que la deje? —preguntó preocupado.

Lorraine dudó unos instantes, pero finalmente respondió a su pregunta.

—Déjame junto al hostel Colton.

—Por supuesto —replicó Gerald antes de espolpear con sus talones los flancos del caballo.

—Aquí estamos, señorita —informó cuando llegó al lugar indicado—. ¿Y ahora qué piensa hacer?

Lorraine no tenía respuesta para aquella pregunta. Pero comprendía que Gerald estaba preocupado por ella y no quería que fuera así.

—Me encontré esta mañana a la señora Colton y me ofreció un empleo. Creo que ha llegado la hora de aceptarlo.

Gerald se sintió aliviado al escuchar sus palabras. Había temido que la joven acabara en la calle, y lo que era peor, que decidiera marcharse de allí para buscarse la vida en otro lugar donde podría acabar perdida en una mala vida. Mientras estuviera en Rocky Meadow estaría medianamente a salvo.

Mejor o peor, sus vecinos se encargarían de que así fuera, no como el maldito hijo de perra de su padre, que no parecía tener corazón.

—Entonces me quedo más tranquilo —indico Gerald mientras descendía de la grupa y ayudaba a la joven a bajar—. Espero que pueda forjarse una nueva vida, señorita Glover —Rebuscó en su bolsillo y sacó unos pocos billetes que le tendió—. Tome, con esto tendrá para ir tirando.

—No puedo aceptarlo —intentó negarse, pero el hombre atrapó su mano y la obligó a cerrar los dedos en torno a ellos.

—Nos veremos por aquí —dijo Gerald antes de subir de un solo salto a la silla de montar y espolear a su caballo para alejarse en dirección al rancho Glover.

Lorraine clavó su mirada en Gerald mientras se alejaba por la calle principal. Tuvo que contener las lágrimas que anegaban sus ojos. El gesto de Gerald había logrado emocionarla, aunque eso también le recordó el rechazo de su padre, su inmisericorde comportamiento para con ella. Finalmente se giró y fijó su mirada en el edificio que tenía ante sí. Durante largos minutos observó su puerta, dudando si acercarse o seguir caminando por la calle principal.

Capítulo 10

Shane Rafferty sentía que los ojos le escocían. Le costaba horrores mantenerlos abiertos y centrarse en las líneas que tenía ante sí. Había pasado la noche buscando unas reses que se le habían perdido a un ranchero, y que sospechaba habían sido hurtadas, y al llegar a su oficina descubrió un fajo de cartas sobre su mesa. Estaba deseando descansar y dejar al cargo a su ayudante, Martin Lamson, pero el tema de la correspondencia que recibía periódicamente del Estado era prioritario.

Estaba abriendo el último sobre cuando la puerta de su oficina se abrió con estrépito, dando paso a la señora Morristown, la esposa del pastor. Al verla no pudo evitar fruncir el ceño y chascó la lengua antes de ponerse recto sobre la silla.

—¡Es indignante! —expresó la mujer sin tan siquiera saludar. Se situó frente a su escritorio y comenzó a relatar lo que la había llevado allí—. *Sheriff*, tiene que hacer algo.

—Buenos días, señora Morristown, ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó con educación y paciencia.

—¿No es su labor mantener las calles limpias de maleantes? —preguntó mientras se sentaba en una silla próxima.

—¿A qué se refiere? —preguntó confuso.

—Salía de la iglesia, tras mis rezos matutinos, cuando he descubierto en un callejón entre el banco y el colmado, a un desarrapado durmiendo.

—¿Está segura de eso? —preguntó mientras agrupaba las cartas sobre la mesa y las guardaba en el primer cajón.

—¿Insinúa que miento? —preguntó molesta.

—No, por supuesto que no —intentó Shane reconducir la conversación. No soportaba a la señora Morristown, pero sabía de sobra que no le convenía un enfrentamiento directo con ella—. Si me permite —dijo abandonando su silla y cogiendo su sombrero del clavo situado en la pared a su espalda—, ahora mismo voy a ocuparme de ese asunto.

—Bien, se lo agradezco —dijo levantándose del lugar que ocupaba, para dirigirse a la puerta escoltada por el *sheriff*.

—Por supuesto, es mi deber —dijo Shane abriendo la puerta galantemente para que ella pasara.

Shane agradeció cuando la señora Morrystown desapareció de su vista y se giró para encaminar sus pasos al lugar indicado por la mujer. Se internó en el estrecho callejón y descubrió un bulto, cubierto por unos sacos, que le pareció pequeño para ser de un hombre adulto. Se acercó con cautela, y por precaución colocó sus dedos sobre la culata de su Colt.

—¡Eh, oiga, despierte! —dijo antes de acercar su bota al bulto y darle una pequeña sacudida. Pero no hubo respuesta—. ¡Eh! —repitió—, no tengo todo el día —añadió molesto.

El bulto se movió, y ante sus ojos se descubrió la persona oculta tras la tela marrón y basta que la cubría.

—¿Señorita Glover? —preguntó incrédulo, clavando su mirada en el rostro femenino que parecía avergonzado.

Ella no respondió, simplemente agachó la cabeza. Él la estudió desde su posición y sintió que su corazón se le encogía al descubrir su extrema delgadez, su vestido ajado que colgaba de su cuerpo, su pelo enmarañado y su rostro, donde se marcaban sus facciones, lleno de suciedad. Con sumo cuidado se acuclilló a su lado e intentó llamar su atención.

—Por favor, hábleme, dígame que está bien.

Lorraine no quería contestar, se sentía más abochornada que en toda su vida, y no porque en los últimos tiempos no hubiera vivido momentos vergonzantes, pero enfrentarse al señor Rafferty en aquella situación era demasiado.

El día anterior, tras salir del rancho de su padre, se había sentido destruida y cansada. Pensó en la opción de acercarse al hostel Colton en busca de refugio, pero finalmente decidió que no era buena idea, no quería crear molestias a nadie. Agotada física y mentalmente decidió buscar un lugar donde pasar la noche y acabó en aquel callejón.

Pasados unos minutos, Shane estiró su brazo y elevó el rostro femenino colocando su dedo bajo la barbilla. Con aquel leve contacto, notó su piel gélida. A pesar de la época del año en la que estaban, las noches eran frías, y si Lorraine la había pasado en aquel lugar debía estar congelada.

—Lorraine —dijo olvidando utilizar formalismos—, tienes que tomar algo caliente si no quieres enfermarte —la advirtió.

—No tiene por qué preocuparse por mí, *sheriff*... nadie lo hace.

Al escuchar sus palabras Shane apretó los dientes. No sabía que la hija de Glover había regresado, pero no había que ser adivino para imaginar que la joven había intentado regresar al hogar y su progenitor la había echado. Si no, la joven no habría acabado en aquel maldito callejón.

La huida de la señorita Glover había sido un gran escándalo en el pueblo, aunque muchos pensaban que no era de extrañar, teniendo en cuenta cómo era su padre. Glover era un hombre duro e inmisericorde que no se había apiadado de sus vecinos en la guerra, cuando el hambre acuciaba. Solo pensaba en su propio beneficio.

—Te equivocas, Lorraine, a mí me importa —Las palabras que habían salido de su boca no eran mentira. A pesar de que hacía meses que la joven había abandonado el pueblo, ahora estaba allí, era uno de sus conciudadanos y se había convertido nuevamente en su responsabilidad.

Lorraine, al escuchar sus palabras, sintió que su corazón comenzaba a latir aceleradamente y elevó su rostro para clavar la mirada en el rostro masculino y buscar la verdad en él. Durante largos segundos le estudió y finalmente descubrió que sus palabras eran ciertas.

—He vivido un infierno durante todo este tiempo —confesó— y regresé aquí para refugiarme en el único hogar que he conocido, pero mi padre me ha repudiado. ¿Qué será de mí ahora?

«Maldito hijo de perra», pensó Shane mientras apretaba la mandíbula. Nunca le había gustado Glover, siempre había pensado que era una mala persona, pero jamás imaginó que llegaría a tal punto de crueldad. Estaba claro que no tenía corazón. La pregunta era qué iba a hacer ahora con aquella joven sola y desvalida. Intentando ganar tiempo, habló.

—Bueno, no te preocupes por eso ahora. Vamos —dijo con voz segura—, ven conmigo —concluyó enderezándose y tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse.

Lorraine dudó, pero finalmente la aferró para levantarse y le siguió para salir del estrecho callejón.

Lorraine dio un nuevo sorbo y agradeció el calor que el café le prodigó. Dejó la taza sobre el plato y elevó su mirada para descubrir la del *sheriff* clavada en ella.

—Gracias, señor Rafferty —dijo con voz suave. Se sentía algo más respuesta de la vergüenza que la había embargado al verse descubierta por el *sheriff* en aquel callejón.

—Es solo un café —replicó él con una sonrisa.

—Sabe que no me refiero a eso —dijo Lorraine, bajando nuevamente la mirada. Aquella sonrisa en aquel atractivo rostro despertó algo en su interior—. Sé que podría haberme detenido por ello, y no lo ha hecho.

—Sí, sé que eso es lo que marca la ley, pero nunca he metido a nadie en un calabozo por dormir en la calle, y menos en su caso. No creo que lo haya hecho por gusto. ¿Me equivoco? —indagó, deseando saber más para poder ayudarla.

—No, la verdad es que no. Después de mi regreso fui a casa de mi padre en busca de su amparo, pero me echó como a un perro —confesó, intentando controlar las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

—Comprendo —dijo Shane—. ¿Y qué piensa hacer ahora?

—Pues de momento ir a vivir con la señora Gallagher —respondió por ella la señora Colton, sorprendiendo a ambos—. Elaine ha sido tan amable de ofrecerle techo, y creo que es la mejor opción. De esta forma, la señorita Glover tendrá un nuevo hogar y Elaine tendrá una situación más «decente» tras la llegada de ese forastero —expuso mientras dejaba un plato de huevos con beicon frente a Lorraine—. ¿Qué le parece, señor Rafferty?

Shane había tomado nota de cada una de las palabras de la señora Colton y no podía dejar de admirar la inteligencia de la mujer. De esa forma mataban dos pájaros de un tiro. Sin percatarse, una sonrisa adornaba sus labios.

—Señora Colton... —comenzó Lorraine cuando pudo hablar.

—¡Ah!, y no se olvide del empleo que le ofrecí, en cuanto esté libre el puesto la avisaré inmediatamente.

—Pero... —insistió Lorraine.

—No hay peros que valgan —rebató la señora Colton—. Y ahora les dejo, tengo trabajo —añadió, señalando con un gesto de cabeza a la mesa donde en aquel momento se sentaban unos nuevos clientes.

Cuando se quedaron solos, Shane esperó pacientemente a que la joven acabara con el desayuno. Lorraine intentaba comer despacio, pero se notaba a la legua que estaba hambrienta. Nuevamente sus labios se curvaron, por tercera o cuarta vez en la mañana. Cuando la joven terminó fue el momento que eligió para hablar. Quería llevar a Lorraine al rancho de Elaine. A su

pesar, no podía dedicarle más tiempo a la joven. Le esperaba trabajo en la oficina.

—Señorita Glover... —comenzó, pero sus palabras fueron interrumpidas por un gesto de mano de la joven.

—*Sheriff*, ya nunca más seré la señorita Glover. Tomaré el apellido de soltera de mi madre. A partir de ahora seré la señorita Otis.

Shane se quedó sorprendido por esas palabras. La creía una joven dulce, bondadosa y apocada, pero nunca pensó que la valentía fuera una de sus cualidades.

—Está bien, señorita Otis, siento tener que prescindir de su compañía, pero debo llevarla al rancho Gallagher. Tengo que volver a mi puesto.

—Se lo agradezco, señor Rafferty, pero no estoy segura, a pesar de que todo lo que han dicho no creo que sea una buena idea. No quiero ser una carga.

—No lo mire de esa forma, señorita Otis. Si acepta, ayudará a proteger la reputación de la señora Gallagher y me haría un gran favor —añadió, granjeándose una sonrisa por parte de la joven.

—Está bien —aceptó Lorraine. A pesar de la maraña de ideas que llenaba su cabeza, supo que esa era la mejor decisión.

Elaine estaba dando de comer a las gallinas cuando descubrió en la lejanía que un caballo se aproximaba. Dejó el saco de tela colgado de un clavo y salió del gallinero para aproximarse al camino. No tardó en reconocer a Shane, pero lo que de verdad le sorprendió fue que a su espalda parecía llevar a una joven de cabellos dorados.

—¿La señorita Glover?! —exclamó sorprendida.

—¿Quién es la señorita Glover? —preguntó Caleb a su espalda, disfrutando cuando ella dio un respingo.

Elaine se giró y clavó su mirada inquisitivamente en el señor Henderson.

—Me ha dado un susto de muerte —dijo con la mano colocada sobre su pecho para aplacar los alocados latidos de su corazón.

—Lo siento, Elaine —contuvo una sonrisa al ver que su ceño se fruncía cuando la llamó por su nombre de pila—. No era mi intención. ¿Quién es esa joven?

—Es la señorita Glover, una joven caída en desgracia —contestó antes de que el caballo del *sheriff* se detuviera junto a ellos.

Shane descabalgó y ayudó a Lorraine a hacer lo propio.

—Vamos —dijo a la joven instándola a acercarse a Elaine y el señor Henderson, que estaba a pocos pasos.

—Shane, señorita Glover... ¿Sucedó algo?

—La señorita Glov... Otis ha decidido aceptar la proposición que le hiciste el otro día —explicó el *sheriff*.

—¡Oh, claro, por supuesto! —reaccionó Elaine más repuesta de la primera impresión. Tenía un montón de preguntas que hacerle a Shane, pero prefirió atender antes a Lorraine, que parecía necesitar un buen baño y ropa limpia—. Vamos, pequeña —dijo enlazado su cintura con un brazo y la instó a entrar en la casa, dejando a los hombres solos.

Capítulo 11

Henderson las vio alejarse, y cuando la puerta se cerró se giró para enfrentarse al *sheriff*, que en aquel momento estaba a punto de subirse a su caballo. Quería aprovechar su visita para indagar sobre la situación de su prima Shannon, de la que no sabía nada desde hacía semanas.

—Espere, señor Rafferty —le solicitó.

Shane se sorprendió por su requerimiento, pero volvió a atar las riendas de su caballo al poste.

—Claro, señor Henderson. ¿Qué desea?

—Quiero saber si ha tenido noticias de su amigo y mi prima.

—Claro, recibí un telegrama ayer —Shane dirigió su mirada a la casa para comprobar si Elaine estaba asomada—. Pero será mejor que hablemos en otro sitio.

—Solo le estoy preguntando si mi prima está bien, no creo que sea tan difícil de responder —replicó Caleb molesto.

—Escuche, no quiero que Elaine se entere de lo que está ocurriendo. No quiero que se preocupe, ya tienes bastantes problemas.

Sus palabras alertaron a Caleb y su cuerpo se tensó sin pretenderlo.

—¿Qué problemas? —preguntó mientras seguía a Shane, que se dirigía al granero con paso decidido.

—Se acerca la fecha de la recogida del heno, tiene que ocuparse del ganado y la niña, y si eso no fuera poco ahora también tiene que encargarse de usted y de la señorita Otis.

—Comprendo, y nunca pretendí ser una carga para la señora Gallagher. Ya casi estoy recuperado y mi intención es seguir a Shannon y el *doc*...

—Ni se le pase por la cabeza ir tras ellos —advirtió Shane con más dureza de la pretendía, pero necesitaba a ese hombre allí.

—¿Y eso por qué? —preguntó Caleb molesto.

—Porque Justin le agradecería que se quedara aquí para proteger a su hermana.

Caleb, que en aquel momento estaba apoyado contra la pared del granero, achicó los ojos y los clavó en el agente de la ley, que permanecía a pocos

pasos de su persona con los dedos pulgares enlazados en la cinturilla de sus pantalones.

—¿Protegerla de qué? —preguntó, aunque ya sospechaba la respuesta que le daría el *sheriff*.

—No me gusta demasiado su vecino —confesó Shane.

—Supongo que se refiere al señor Emerson —replicó su interlocutor.

—Sí, hablo de él.

—¿Podría ampliar la información? —indagó Caleb.

—No mucho más, debería ser Elaine quien le cuente qué sucede aquí, pero por los rumores que corren por el pueblo, ese hombre se cree con ciertos derechos. Una y cien veces me hubiera gustado intervenir en este asunto, pero como le he dicho, todo lo que se dice son solo rumores, y Elaine no parece muy dispuesta a hablar sobre el asunto, a pesar de que lo he intentado en múltiples ocasiones. Con su llegada, creo que Emerson se ha puesto un poco nervioso. Si estuviera al pendiente, se lo agradecería.

—Está bien —aceptó Caleb. Era un hombre de honor y no tenía el valor de dejar a Elaine y a su hija solas con el señor Emerson de por medio.

—Gracias, señor Henderson, me deja más tranquilo. Y ahora le contaré lo que me ha dicho mi amigo en el telegrama —dijo antes de exponer la información que tenía sobre Shannon y Justin.

Elaine examinaba el armario. Cuando dio con lo que buscaba, regresó a la cocina, donde Lorraine permanecía de pie, con la mirada clavada en el suelo. Elaine no pudo evitar cierta lástima ante la estampa que presentaba.

—Lorraine, relájate, por favor. Aquí estarás bien, te lo prometo.

—No lo dudo, señora Gallagher, y se lo agradezco mucho.

—Elaine, llámame Elaine, por favor.

—No sé cómo voy a poder corresponder a su bondad.

—Por favor, no te preocupes por eso —dijo Elaine acercándose a la joven, acariciando su mejilla con las yemas de sus dedos—, además, me vendrá bien tu compañía. Estoy cansada de estar sola. Y sé que Faith se pondrá muy contenta, espero que no te resulte muy agotadora —dijo con una sonrisa que iluminó su rostro—, mi hija puede llegar a serlo si se lo propone.

—No lo creo, Elaine —dijo Lorraine esbozando una leve sonrisa—. Estoy

segura de que es una niña maravillosa.

—Ya me contarás cuando te sature a preguntas, ahora está en esa fase. Y ahora vamos a calentar un poco de agua para que puedas darte un baño.

Unas horas después, Elaine salió al exterior, tranquila al dejar a Lorraine y Faith charlando animadamente en la cocina mientras la joven se ocupaba de la cena. La llegada de Lorraine cambiaría la rutina en el hogar y estaba segura de que iba a ser el aire fresco que necesitaban. Llevaban demasiado tiempo solas.

Con sus brazos cargados, se encaminó hasta del granero. Ahora debía acometer el primero de los cambios que supondría tener un miembro más bajo su techo. Estaba a punto del llegar al edificio cuando vislumbró al señor Henderson, que proseguía con el arreglo de las vallas.

—Señor Henderson, tenemos que hablar.

Caleb se secó el sudor de la frente con la manga de la camisa y se quitó el sombrero antes de clavar su mirada en la mujer.

—Claro, Elaine. La escucho.

—Vera, señor Henderson, con la llegada de Lorraine...

—Hay que buscarme otro lugar para dormir, ¿me equivoco? —preguntó antes de dejar en martillo en la caja de herramientas.

Achicó los ojos, fijos en ella y en lo que transportaba, mientras se cruzaba de brazos después de colgar su sombrero en uno de los postes de la valla situada a su espalda.

—Lo siento muchísimo —respondió Elaine—, me disculpo por la situación.

—No tiene que hacerlo. Me ha acogido en su casa, a pesar de que la idea no la entusiasmaba demasiado, y ha saciado mi estómago. Ya me había preparado un jergón en el granero.

—¿Seguro que estará cómodo allí? —preguntó preocupada.

—Elaine, en la guerra he dormido en sitios peores.

—Aun así, le traigo unas sábanas y mantas —indicó señalando con un gesto de cabeza lo que portaba en sus brazos.

—Traiga, yo llevaré eso —dijo Caleb abandonando su postura despreocupada. En un movimiento diestro liberó a la mujer de su carga y se encaminó al granero, situado a pocos pasos.

Elaine dudó unos instantes, pero finalmente le siguió, dispuesta a preparar la cama del hombre, como era su intención. Le siguió hasta uno de los apartados, donde descubrió un mullido jergón hecho a base de paja vieja. A su

lado Henderson había colocado una caja de madera al revés, y sobre la base descansaba un candil. Varios clavos situados en la pared servían de perchero para su escasa ropa.

—Deje eso ahí —le ordenó a Caleb, que tras la duda inicial siguió sus órdenes—, yo le hago la cama.

—Elaine, de verdad, no es necesario, soy perfectamente capaz de... —comenzó Caleb, pero ella le cortó con un gesto de mano.

—Lo haré yo, no quiero discutir —afirmó Elaine segura mientras colocaba una manta sobre la base del montón de heno que hacía las veces de colchón. No quería que las pajas traspasaran la tela de las sábanas.

Caleb permaneció de pie, apoyado sobre la puerta del apartado sin dejar de observar cada movimiento de la mujer. Sabía que estaba mal, que debía de haberse alejado con cualquier excusa, pero la visión del trasero de Elaine mientras se inclinaba para colocar las sábanas era demasiado agradable.

Ahora recordaba la primera conversación que había mantenido con el *sheriff* Rafferty, donde este le había advertido sobre las mujeres del pueblo, que eran todas decentes. En aquel entonces él le había dicho que no tenía que preocuparse por eso, que podía controlar perfectamente sus bajos instintos. Ahora sabía que había mentido al *sheriff* y a sí mismo. Lo que Elaine despertaba en su cuerpo era una gran tentación.

—Pues esto ya está —expresó Elaine, satisfecha con su trabajo.

Al girarse descubrió a Caleb con la vista fija en su persona. No era estúpida, las llamas que zigzagueaban en sus ojos azules eran consecuencia del deseo. Con nerviosismo se alisó la falda y se encaminó a la salida del pequeño habitáculo, pero el ancho pecho de Caleb se lo impidió.

—Disculpe, señor Henderson, debo regresar a la casa —comenzó a hablar, con la esperanza de que él se apartara, pero no fue así.

—Caleb, mi nombre es Caleb —dijo él mientras acertaba la distancia que los separaba—. Creí que ya habíamos pasado esa etapa. Para mí hace tiempo que dejaste de ser la señora Gallagher —Ella retrocedió, pero no por ello Caleb se detuvo—. Para mí eres simplemente Elaine —dijo mientras elevaba su mano y acariciaba su mejilla, disfrutando de la suavidad de su piel.

—Caleb, no hagas eso —le rogó, notando cómo su cuerpo temblaba—, no está bien —le advirtió, aunque no podía negar que el contacto rugoso de las yemas de sus dedos logró que una corriente eléctrica recorriera su cuerpo.

—¿Por qué no está bien? —preguntó Caleb, acertando la distancia entre

sus rostros, deteniéndose a escasos milímetros de sus labios. Pudo notar en sus mejillas su suave aliento y le costó un mundo controlar su deseo de besarla.

—Yo... —comenzó Elaine, aunque realmente no encontraba ningún motivo para que él no se acercara. Es más, llevaba varias noches soñando cómo sería que él la besara—. No lo sé —confesó finalmente.

Caleb, tras escuchar sus palabras no dudó en coger su rostro entre sus manos antes de hablar. Había llegado el momento de la verdad. Si la besaba, y pensaba hacerlo, ya no habría marcha atrás.

—Un «no lo sé» no es suficiente impedimento para realizar una de mis mayores fantasías —replicó, deseando materializar los deseos que había controlado desde el primer día que puso sus ojos en Elaine.

—Caleb, no —rogó Elaine.

—Sí, Elaine —replicó él antes de atrapar sus labios entre los propios.

Elaine sintió que su corazón se paraba en seco cuando notó el roce de los labios masculinos sobre los suyos. Sabía lo que era ser besada, no por nada había estado casada con Carter cerca de tres años, pero cuando sus pieles entraron en contacto y su lengua penetró en su boca, dominante, supo en aquel preciso instante que nunca había sentido nada parecido a aquello.

Caleb, al ver que ella no le detenía, decidió ahondar en la caricia, perfilando sus labios con su lengua, esperando a que le diera acceso, y cuando ella abrió su boca para él, se sintió en el paraíso.

Como esperaba, su sabor era exquisito, pero necesitaba más. Sin poder controlarse bajó sus manos, que hasta el momento habían acunado el rostro femenino y descendió por su cuello, luego acarició sus hombros y siguió su camino hasta su cintura. La aferró y tiró hacia sí para obligarla a pegarse a su cuerpo. Sintió como el deseo incontrolable ascendía por sus entrañas, endureciendo su masculinidad de una forma alarmante.

Elaine se sentía perdida en la marea de la pasión, disfrutando de cada caricia, de cada roce. Y cuando Caleb la pegó a su cuerpo pudo notar su masculinidad presionando contra su estómago. Sabía lo que eso significaba, no era una joven dulce e inocente. Y reconoció los propios cambios en su cuerpo. Su piel se erizó y mariposas revolotearon en su estómago antes de que su zona íntima se humedeciera.

Sabía que tenía que detenerle, que no podía seguir con aquella locura, pero aquel beso la estaba haciendo sentir viva por primera vez en años y era una sensación maravillosa. ¿Por qué tenía que negarse algo tan bueno? «Porque no

está bien», le contestó su voz interior, la voz de la conciencia. Era una mujer decente con una hija a su cargo. No podía permitirse dejarse llevar por lo que aquel hombre le hacía sentir, por mucho que le gustara. Él solo estaba de paso, no podía enamorarse de él, no quería acabar con el corazón destrozado.

Caleb estaba disfrutando de cada caricia, de cada roce, pero un sonido proveniente de la entrada del granero le obligó a apartarse de Elaine y poner distancia entre ambos. No por ello rompió el contacto visual con Elaine, donde pudo leer la misma pasión que él sentía en su cuerpo.

«Maldita sea», se dijo mientras chascaba la lengua.

—Mamá, la cena ya está lista —se escuchó la voz de Faith, que se acercaba a ellos por el pasillo central del edificio.

—Claro, mi amor —pronunció Elaine con esfuerzo, saliendo del apartado y dejando atrás a Caleb.

—¿Vienes, Caleb? —preguntó Faith al descubrir al hombre, que se había situado tras Elaine.

—Sí, tengo que hacer algo antes, ahora voy —dijo Caleb. Necesitaba unos minutos para que su cuerpo se relajara.

Capítulo 12

Elaine tiró de las riendas obligando a su montura a detenerse y colocó su mano a modo de visera sobre su frente para comprobar que todo el ganado avanzaba hacia los pastos del sur. Arrear ganado no era una tarea fácil, pero al ser un número tan reducido de animales normalmente se apañaba bien con la ayuda de Toby, el perro de Faith.

Estaba a punto de proseguir con su tarea de azuzar a las reses retrasadas, cuando el sonido de unos cascos al galope le hizo girarse sobre su montura para descubrir que un jinete iba a su encuentro. A pesar de la distancia no le costó reconocer a Caleb y un hormigueo recorrió su estómago. Dudó entre esperar a que Caleb llegara a su encuentro o espolear los flancos del cuadrúpedo para seguir con su tarea. «No sería huir», se dijo, aunque sabía que se estaba mintiendo a sí misma.

—Elaine —escuchó como pronunciaba él su nombre. Había dudado demasiado, él ya estaba a su lado, y a pesar de que no le miraba, podía notar su mirada clavada en su persona.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó directa, sin disimular su malestar.

—Llevas dos días evitándome —expuso Caleb con voz neutra—. Pero creo que deberíamos hablar.

—¿Sobre qué? —preguntó Elaine, aunque sabía de sobra a que se refería.

—¡Maldita sea, Elaine! —expresó Caleb molesto porque ella se hiciera la tonta—. Lo sabes perfectamente. ¿No es por eso por lo que me estás evitando?

Elaine se mantuvo impertérrita, sin moverse ni un ápice de su lugar.

—Yo no te evito —repuso con total tranquilidad.

La aptitud de Elaine sacó de sus casillas a Caleb, que en un gesto diestro cogió las riendas de su montura y la obligó a moverse hasta que ambos quedaron cara a cara.

—Te creía más valiente. El otro día compartimos unos de los besos más especiales de mi vida, y necesito saber si para ti también lo fue —dijo Caleb, desnudando sus sentimientos ante ella.

A su pesar, Elaine elevó el rostro y clavó su mirada en el semblante masculino. Fue entonces cuando descubrió que la intensidad que había notado

en su voz se reflejaba también allí. Podía ver la sinceridad en sus ojos y no pudo evitar sentirse honrada porque él se estuviera abriendo a ella, pero ella tenía el corazón dormido desde la muerte de Carter y no pensaba dejar que nada ni nadie lo despertara para volver a sufrir.

—Caleb, siento que te hayas llevado una impresión equivocada.

—¿Qué? —boqueó él, incrédulo ante sus palabras.

—No voy a negar que respondiera a ese beso —continuó Elaine—, que lo disfrutara, pero fue un error. Y ahora, si no te importa, estoy ocupada —dijo antes de tirar de las riendas que Caleb sostenía entre sus dedos y azuzar a su caballo para alejarse de él al galope.

Caleb se quedó allí plantado, incapaz de reaccionar tras lo sucedido. Luego la incredulidad dio paso a la frustración mientras la veía alejarse. Hubiera deseado seguirla, obligarla a escucharle, pero sabía que no era buena idea a pesar de que algo oscuro y triste se había apoderado de su pecho al escuchar sus palabras. Quería apartar ese dolor que estaba a punto de adueñarse de su pecho, pero sus palabras le herían a pesar de que sabía que eran una gran mentira. De nuevo se chocó contra el muro que Elaine parecía haber erigido a su alrededor para protegerse.

Un trueno retumbó en el cielo y el estruendo despertó a Elaine, que se incorporó con sobresalto. Instintivamente clavó su mirada en su hija, situada a su lado, y agradeció que no se hubiera despertado. Con sumo cuidado se apartó de ella, procurando no despertarla salió de la cama para aproximarse a la ventana, donde una luz extraña llamó su atención.

Al asomarse al cristal, descubrió algo que le heló la sangre.

—¡Dios Santo! —exclamó con horror al ver las llamas sobre el tejado del granero—. ¡Caleb! —pronunció mientras un temor atravesaba su pecho.

Se dirigió a la habitación de Faith, que ahora ocupaba Lorraine, y la zarandeo hasta que la joven se despertó. Abrió los ojos ampliamente y los clavó en ella.

—¿Qué sucede? —preguntó Lorraine confusa mientras se incorporaba.

—Hay una tormenta —expresó Elaine intentando recuperar su voz.

—No comprendo —dijo la joven. No era extraño que a pesar de estar en pleno verano las tormentas se presentaran por sorpresa.

—Un rayo ha caído en el tejado del granero y ha provocado un incendio —

explicó Elaine, con la apremiante necesidad de salir corriendo.

—¡Dios mío! —exclamó Lorraine atemorizada.

—Por favor, quédate con Faith, voy fuera.

—Yo puedo ayudar —se ofreció Lorraine, ya despierta del todo.

—No, prefiero que te ocupes de la pequeña —dijo mientras se dirigía a la puerta de la casa.

Corrió hacia el granero todo lo que le dieron las piernas, sin importarle que la pertinaz lluvia empapara su camisón. Solo le importaba comprobar que Caleb había salido del edificio a tiempo, que estaba bien.

Cuando llegó a la puerta frenó en seco, con el corazón palpitando en su pecho y la respiración acelerada. «Tiene que estar bien», se dijo para intentar tranquilizarse. Un nuevo trueno irrumpió en el firmamento y solo pudo hacer una cosa: gritar su nombre con desesperación.

—¡Caleb! ¡Caleb!

—Tranquila, estoy aquí, estoy bien —dijo una voz cerca de su oído.

Al girarse Elaine descubrió un rostro con restos de hollín. Un gran alivio se apoderó de su cuerpo y sin pensar en su acción se lanzó contra su cuerpo y lo abrazó fuertemente, apoyando su cabeza contra su ancho pecho.

Caleb se vio sorprendido ante su gesto pero no dudó en estrecharla entre sus brazos, disfrutando del calor que le reportó. A pesar de la situación, había sentido que una honda emoción traspasaba su alma cuando la había oído llamarle con desesperación, como si temiera que algo le hubiera sucedido. Quizás la conversación que habían mantenido aquella misma mañana respecto al beso compartido solo había sido un paso atrás, fruto del miedo, por parte de Elaine. «Quizás sí siente algo por mí», se dijo con el corazón acelerado.

«Deja de pensar en eso ahora», se reprochó cuando una pequeña explosión se produjo en el granero, que era pasto de las llamas. Con desgana se apartó de la mujer y estudió las opciones que tenían.

Elaine, más recuperada, estudió la situación en la que se encontraban. Su corazón se volvió a encoger al pensar en los animales que solían ocupar el granero, sobre todo en la vaca a la que tanto cariño le tenía su hija. Si algo le pasaba al animal Faith sentiría una gran tristeza.

—Tenemos que sacar a los animales —dijo con una voz que no reconoció como propia.

—Tranquila, cuando descubrí el incendio lo primero que hice fue sacar a los animales. Están todos a salvo.

Elaine asintió, sin apartar la mirada del edificio. El incendio seguía propagándose a pesar de la lluvia y, debían detenerlo si querían salvar algo.

—Debemos ocuparnos del fuego —dijo con la necesidad de hacer algo.

—Sí, vamos, no hay tiempo que perder —dijo Caleb mientras cogía su mano y la arrastraba prácticamente hasta la bomba de agua, donde poco antes había colocado unos cubos—. Tú llénalos y déjalos aquí, y yo volveré a por ellos.

Despuntaba el alba cuando Caleb arrojó el último cubo. Habían acabado con el fuego, pero ya era demasiado tarde, había arrasado con todo a su paso. Se sentía agotado, pero en un último esfuerzo se acercó hasta la bomba donde Elaine, que mostraba los mismos síntomas de cansancio en su rostro, seguía ejerciendo fuerza sobre la palanca para lograr succionar agua. No pareció percatarse de su presencia, y tuvo que situarse a escasos centímetros y colocar la mano sobre su hombro para que detuviera su movimiento.

—Elaine, ya puedes parar —le dijo preocupado, había sido una noche muy larga.

—¿Qué? —boqueó la aludida sorprendida, parecía desorientada.

—El incendio está apagado —dijo Caleb.

—¿Y ha quedado algo del granero? —preguntó Elaine esperanzada.

Caleb negó con la cabeza y se sintió derrotada. Sin ser consciente de ello sus hombros se hundieron. Caleb había salvado a los animales, pero no así la comida con la que alimentarlos. Sin el granero, tampoco tendría lugar donde cobijarlos cuando llegara el invierno.

—¡Dios mío!, lo he perdido todo —verbalizó en voz alta sin percatarse.

Caleb fue testigo del momento exacto en el que ella se derrumbo, perdiendo las esperanzas, pero no se lo iba a consentir. Se aproximó nuevamente a ella y no dudó en colocar el brazo sobre sus hombros, la estrechó contra su costado antes de obligarla a caminar hacia la casa.

—Tranquila, Elaine, ya pensaremos qué hacer. Ahora tienes que descansar para poder ver las cosas con claridad.

—Tengo un millón de cosas en la cabeza ahora mismo —rebatía Elaine.

—Pero no podrás tomar las decisiones correctas hasta que no descanses. Los dos lo sabemos.

Elaine sabía que Caleb tenía razón, pero la situación era desesperante. Si

anteriormente las cosas en el rancho no iban bien, ahora se encontraba en una situación desesperada y la idea de pedir un nuevo préstamo al banco, aquella que había descartado un centenar de veces, se veía como la única salida.

—¿Dónde dormirás ahora? —preguntó preocupada al percatarse del nuevo problema, uno más que añadir a la lista.

—En la cocina —dijo Caleb, enternecido por su preocupación.

—¿Dónde?

—En el suelo.

—Pero...

—Ya hemos tenido esta conversación. Ahora ve a asearte —dijo cuando llegaron al porche—. ¿No querrás que Faith te vea de esta guisa?

—No, tienes razón —aceptó mientras se apartaba de él y se dirigía a la parte trasera de la casa donde estaba el cobertizo donde estaba la tina donde solían bañarse.

Esperaba que hubiera un cubo con agua porque se veía incapaz de accionar ni una sola vez más la bomba.

Cuando volvió a la casa, descubrió que Caleb también se había aseado y trajinaba en la alacena. No había rastro de Lorraine ni de Faith.

—¿Dónde están? —preguntó preocupada.

—La señorita Otis ha pensado que lo mejor es que Faith siga con su rutina habitual. Ha llevado a la niña a la escuela.

—Pero no tenemos carro —dijo Elaine, recordando otra de sus pérdidas.

—Ha ido andando, por eso ha salido tan temprano.

Elaine se arrastró hasta una de las sillas en torno a la mesa y se dejó caer en ella con agotamiento.

Caleb puso sobre la mesa un par de tazas y vertió el oscuro brebaje en ellas. La jarra de la leche y el azúcar ya descansaban sobre la superficie.

—Tómate el café, te vendrá bien —le aconsejó acercándole la misma.

Elaine hizo un amago de cogerla entre sus manos, pero sintió el escozor en sus palmas y la apartó. Incrédula las observó y descubrió las grandes ampollas que las surcaban. No había sido consciente de ello hasta entonces.

Caleb vio su gesto y no dudó en tomar una de sus manos y girarla para ver sus palmas. No tardó en descubrir lo que sucedía. Algunas de las ampollas se habían abierto y de ellas supuraba líquido.

—¡Maldita sea! —dijo sin poder evitarlo—. Hay que curar eso —dijo mientras se dirigía al perchero tras la puerta y cogía sus alforjas, lo único que

había logrado salvar del incendio gracias a que estaba en la casa. Sacó una pequeña caja de latón y se acercó a la mesa, donde la dejó—. ¿Dónde tienes vendas? —preguntó.

—En la balda superior de la alacena —respondió Elaine, sorprendida por su comportamiento.

—Bien —dijo él mientras se acercaba al lugar indicado. Tras coger las vendas volvió a la mesa y se sentó en la silla situada a su lado.

Con sumo cuidado cogió su mano derecha y obligó a Elaine a girarla y abrirla.

—Esto te va a doler —le advirtió.

Cogió una gasa limpia y la impregnó con el ungüento de la lata, tras lo cual comenzó a limpiar cada una de las ampollas y llagas. Esperaba un grito o llanto por parte de la mujer, pero cuando observó su rostro de soslayo descubrió algo muy distinto. A pesar de tener los labios apretados, y que parecía contener la necesidad de derramar sus lágrimas por el dolor, se mantenía firme, segura. Tras impregnar sus manos con el ungüento, las vendó. Cuando ató el último cabo, habló.

—Ya está. Y ahora téminate ese café y acuéstate.

—Gracias, Caleb —le llamó, prescindiendo del formalismo. Hasta entonces lo había utilizado para crear una barrera entre ambos. Ya no la necesitaba, se fiaba de ese hombre y no quería darle más vueltas al asunto.

Caleb se vio sorprendido por su tuteo, y a su pesar sintió que un calor especial atravesaba su pecho. Hubiera deseado decir algo coherente, hacer algo, pero lo único que pudo hacer fue elevar su mano y acariciar su mejilla con la yema de sus dedos.

—Ve y descansa —dijo antes de apartarse y levantarse de la silla para salir por la puerta. Necesitaba alejarse antes de cometer una locura.

Con cada día que pasaba se daba cuenta de que la cercanía con Elaine estaba desestabilizando su vida. Tenía claro que la deseaba, no era para menos, era una de las mujeres más hermosas que había visto en su vida, pero eso no era el problema, podía lidiar con eso, pero no con los sentimientos que despertaba en su pecho, en su corazón.

Elaine acabó con los restos de la taza y se levantó de la silla para dirigirse a su dormitorio. Se acostó sobre la cama y se dejó llevar por el agotamiento que había acumulado su cuerpo. No tardó en cerrar los ojos, que le pesaban como losas, pero volvió a abrirlos cuando en su mente se personó el sonriente

rostro de Caleb, tendiéndole la mano. «¿Qué me está pasando?», pensó antes de desterrarlo de su cabeza.

Capítulo 13

Emerson llegó al pueblo a primera hora de la mañana y se dirigió directamente al hostel Colton, donde sabía que encontraría a Barbrow. Su viejo amigo era un animal de costumbres, y una de ellas era ir a desayunar a ese lugar. Como esperaba, nada más traspasar las puertas del comedor lo encontró cómodamente sentado en una de las mesas situadas frente al amplio ventanal. Con paso zigzagueante se dirigió hasta allí antes de ocupar la silla frente a Barbrow.

—Barbrow, buenos días —saludó, disfrutando cuando su amigo elevó la vista del diario que estaba leyendo para clavarla en su persona.

—Emerson —dijo mientras cerraba el periódico en cuatro partes—, qué sorpresa verte por aquí. Creía que no te gustaba venir al pueblo.

—No te equivocas, pero tenía que hablar contigo.

—Debe de ser algo importante para que hayas salido de tu guarida —replicó Barbrow con humor.

Emerson iba a replicar a sus palabras, pero la llegada de la camarera se lo impidió. No tenía ganas de desayunar, pero solicitó un café bien cargado antes de proseguir con su discurso.

—Barbrow, no te robaré mucho tiempo —comenzó mientras añadía al café solo una cucharada de azúcar, el único lujo al que no era capaz de renunciar.

—Ya sabes que puedes robarme el que necesites, para ti siempre tengo tiempo.

—Bien. Solo quería advertirte de la visita de la señora Gallagher, no creo que tarde en ir al banco para hablar contigo.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó Barbrow preocupado. Sabía del interés que tenía su amigo por aquella mujer.

—Ayer por la noche se incendió el granero de la señora Gallagher. Un rayo cayó sobre su tejado.

—¡Oh, vaya! —exclamó Barbrow con una extraña expresión en su rostro. No era la mejor noticia, y más teniendo en cuenta el dinero que la señora Gallagher debía a su banco—. Qué desgracia.

—Tú lo has dicho.

Barbrow no notó que la noticia pareciera inquietar demasiado a Emerson, y achicando los ojos soltó la pregunta que quemaba en su lengua.

—¿Y qué quieres de mí?

—Estoy seguro que no tardará en venir a hablar contigo y quiero que le niegues el préstamo que estoy seguro que va a solicitar.

Barbrow se acarició la barbilla con la mano derecha mientras tamborileaba con los dedos de su otra mano sobre la mesa. Estaba pensando en la petición de Emerson, que no era del todo lícita y le creaba un conflicto moral.

Eran amigos desde hacía muchos años, y si Emerson llevaba más de una década cojeando era porque le salvó cuando hubo un derrumbe en la mina que pertenecía a su familia. Por aquel entonces él estaba al frente de la misma y Emerson era su mano derecha. Tras años de lucha, la mina finalmente había dado sus frutos cuando encontraron una veta de oro que había logrado que el banco familiar, que en aquella época estaba a punto de cerrar gracias al crápula de su hermano, remontara.

Sí, era mucho lo que le debía. Y a pesar de que no le parecía ético negarle el préstamo a la señora Gallagher, a su vez también era una buena decisión empresarial, ya que estaba seguro de que no podría cumplir con los pagos y finalmente tendría que embargar sus bienes. No era estúpido y sabía que el interés de Emerson no solo era por la mujer, que era una de las más hermosas del pueblo, si no porque codiciaba unir ambos ranchos.

—¿Te has decidido? —preguntó Emerson.

—Está bien, Emerson, lo haré —decidió finalmente.

—Gracias, Barbrow —replicó Emerson antes de abandonar su asiento y tenderle la mano para estrecharla antes de girarse y dirigirse a la salida.

Caleb apenas había dormido, preocupado por el futuro del rancho Gallagher. Sabía que no era asunto suyo, que él solo estaba de paso, pero no podía evitar la necesidad de ayudar a Elaine y Faith. Llevaba toda noche dándole vueltas al asunto y finalmente había tomado una decisión; ayudarlas en todo lo que pudiera.

Cansado de dar vueltas sobre el jergón situado en el suelo, junto a la cocina de hierro, decidió levantarse. Resuelto se acercó hasta la entrada, donde sus alforjas colgaban de un clavo, y rebuscó en su interior hasta dar con

la pequeña botella de whisky que siempre le acompañaba. Hacía semanas que no probaba una gota de alcohol, pero en aquel momento lo necesitaba. Cogió un vaso de la alacena y se sirvió una generosa cantidad antes de dejar la botella sobre la mesa y aproximarse a la ventana para otear el exterior. Gracias a la luna llena tenía una magnífica visión de los prados frente a sí, al igual que el rectángulo negro que había quedado tras la desaparición del granero a causa del incendio.

Dio el primer trago a su vaso y mentalmente hizo una lista de cosas por hacer; la primera de todas, reagrupar el rebaño que se había dispersado por el lugar. Había decidido abrir la puerta del redil en el que se encontraban junto al granero para evitar daños mayores cuando se originó el incendio. Luego tendría que plantearse la reconstrucción del edificio, aunque para eso haría falta dinero.

—¿Qué haces despierto? —preguntó Elaine con voz sobresaltada.

Al girarse, Caleb descubrió una imagen que le dejó sin aliento. Ante sus ojos estaba Elaine, la mujer que no abandonaba su cabeza amenazando con volverle loco. Cada día era más difícil controlar la necesidad de abrazarla, de besarla, de sentirla. Como en aquel momento, cuando Elaine estaba frente a él con un fino camisón de lino, que a pesar de ir abotonado hasta el cuello era de lo más sugerente, por no hablar de su cabello suelto a su espalda. Era la primera vez que lo veía fuera de su confinamiento y descubrió que le llegaba casi hasta la cintura.

—No podía dormir —confesó, apartando su mirada de ella para evitar que su cabeza se dejara llevar por lo que aquella mujer provocaba en su interior.

—Yo tampoco —confesó Elaine mientras se acercaba a la mesa y clavaba la mirada en la botella.

Caleb se rascó la nuca al ver que Elaine había descubierto el alcohol y se sintió algo avergonzado. Con celeridad se aproximó a la mesa, con la intención de guardar nuevamente la botella, pero ella se lo impidió al hablar.

—Caleb, ¿me pones un vaso? —solicitó Elaine.

Caleb cerró la boca, que había mantenido abierta durante unos segundos, antes de acercarse nuevamente a la alacena y coger un vaso que poco después llenó hasta la mitad y le tendió.

—Aquí tienes.

Elaine no solía beber alcohol, y aún así agradeció el sabor tras el primer trago, aunque su garganta parecía quemarse. Dio otro sorbo, y cerró los ojos

durante unos instantes.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Caleb preocupado.

—No estoy del todo segura —confesó Elaine con una leve sonrisa—. Se supone que los hombres beben para eso y para aclarar sus ideas.

Caleb no pudo evitar sonreír al escuchar sus palabras.

—Creo que es una excusa que ponemos «los hombres» para abandonarnos al vicio de la bebida —dijo con humor.

—¡Oh, vaya! Entonces tendré que buscar otra fórmula.

—¿Qué tienes pensado hacer ahora? —preguntó Caleb directo.

«No lo sé», se dijo Elaine mientras se frotaba la frente. Sabía que tenía que empezar a tomar decisiones, pero su cabeza parecía embotada y no se veía capaz.

—¿Elaine? —pronunció Caleb, preocupado al ver su actitud.

—No tengo dinero para reconstruir el granero. Y sin granero no podré recoger y almacenar el heno para alimentar al ganado durante el invierno —confesó, sin tener la más mínima idea de por qué verbalizar sus miedos frente a Caleb la ayudaba—. Mi única opción es ampliar el préstamo que tengo sobre el rancho —prosiguió—, y rezar para que cuando llegue la primavera el ganado me reporte el dinero suficiente para poder afrontar todos los gastos —dijo Elaine, que notaba la mente más despejada.

—¿Y crees que eso es posible? —preguntó Caleb. No era estúpido, si Elaine no pagaba religiosamente cada cuota, acabaría en la calle.

—No, maldita sea, no lo sé, pero no tengo otra salida —dijo, maldiciendo por primera vez en su vida.

Sus palabras eran una verdad a medias. Sí tenía otra opción, una que había descartado una y mil veces: aceptar a Emerson si le proponía matrimonio después de lo sucedido la última vez que se encontraron. Si lo hacía no tendría que preocuparse de nada más, volvería a ser una esposa y solo tendría que ocuparse de tener preparada la comida y la casa limpia. ¿Pero realmente quería pertenecer a Emerson? La respuesta la tenía clara desde hacía mucho tiempo y era un rotundo NO.

Caleb vio la desesperación reflejada en el rostro de la mujer, y sus músculos se tensaron convirtiéndose en hierro. «La cosa está jodida», se dijo tras escuchar las palabras de Elaine. Imaginaba que el rancho no iba bien, pero no esperaba que la situación fuera tan grave. «Piensa, Caleb, piensa», se dijo mientras daba un nuevo trago a su vaso. Su padre siempre le decía que no

se podían tomar decisiones en caliente, con la cabeza llena de inquietudes.

—Vale, tenemos que mantener la mente fría —comenzó—. La primera opción es la del préstamo, pero si eso no funciona buscaremos otra salida antes de rendirnos. ¿De acuerdo? —expresó clavando su mirada con intensidad en el rostro de Elaine, que parecía sorprendida por sus palabras.

—Caleb, ¿por qué haces esto? —preguntó con desconfianza.

—Porque tengo el deber de cuidar de vosotras, igual que tú hermano está cuidando de mi prima. Me parece lo más justo.

Elaine hubiera deseado rebatir sus palabras, pero sonaban coherentes, a pesar de que en los tiempos que corrían la integridad en los hombres parecía haber desaparecido. ¿Quién era ella para dudar de su honor, de sus convicciones?

—Gracias, Caleb. Y ahora, si no le importa, voy a intentar descansar. Mañana nos espera un día muy largo —dijo antes de abandonar el vaso sobre la mesa y dirigirse a su dormitorio.

Elaine se había levantado al alba y se había puesto su mejor vestido, el que solía usar los domingos, para ir a visitar al señor Barbrow, el dueño del banco. Cuando salió de su dormitorio encontró la cocina desierta y no pudo evitar sentir cierta desilusión. Sobre la mesa encontró una hoja de papel, y al cogerla descubrió un par de líneas, escritas con una cuidada caligrafía, donde Caleb le indicaba que pasaría parte de la mañana reagrupando el ganado. Se acercó a la cocina y descubrió café recién hecho. No pudo resistirse a una buena taza antes de salir.

Al llegar al pueblo guió a su caballo hasta el banco y allí se detuvo. Bajó de la silla y ató su montura en el poste acondicionado para dicho fin. Se cuadró de hombros, suspiró hondo y finalmente se animó a subir los dos escalones y entrar por la puerta de la única sucursal del pueblo. Agradeció que no hubiera clientes a una hora tan temprana, y con resolución se acercó hasta el mostrador y carraspeó para hacerse de notar, ya que el empleado estaba concentrado en la lectura de la gaceta.

—Buenos días, señor Bowen —saludó con una leve sonrisa—. Necesito hablar con el señor Barbrow —expresó.

Bowen se ajustó la montura metálica de sus gafas y observó a Elaine unos

segundos antes de responder.

—El señor Barbrow aún no ha llegado.

—¿Y tardará mucho? —preguntó, no quería perder el valor para acometer lo que estaba pensando.

—Ha ido a desayunar al restaurante Colton —comentó el empleado, arrepintiéndose al instante al recordar que a su jefe no le gustaba que le molestaran en el desayuno—. Pero no tardará en llegar —intentó arreglarlo, pero supo que era demasiado tarde cuando escuchó las siguientes palabras salir de los labios de la señora Gallagher.

—Gracias por la información, señor Bowen, voy a reunirme con él, no puedo esperar, es algo urgente.

—¡Señora Gallagher! —insistió el empleado, pero ya era demasiado tarde.

Elaine entró en el hostel Colton y fue directa al comedor, y como le había dicho Bowen, encontró a Thadeo Barbrow disfrutando de un succulento desayuno. Imaginaba que era el primer cliente del lugar cada mañana. Era la única mesa ocupada. Se acercó hasta él, y cuando estuvo a escasos centímetros habló.

—Buenos días, señor Barbrow —comenzó, mientras se frotaba una mano contra la otra sin percatarse, descubriendo su nerviosismo al hombre que elevó su mirada oscura para clavarla en su persona.

—Buenos días, señora Gallagher —respondió al saludo mientras doblaba el diario que había estado ojeando. Tras dejarlo en una esquina de la mesa indicó con un gesto de mano la silla frente a él—. Por favor, siéntese —dijo educadamente.

Elaine dudó unos instantes, pero finalmente aceptó su ofrecimiento y ocupó el lugar indicado por él.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó Barbrow directo, como era su costumbre. Era lo que tenía ser una de las personas más influyentes del lugar.

—Verá, me preguntaba si podría ampliar el préstamo que me concedió la primavera pasada —comenzó Elaine, temiendo que su lengua se transformara en una tela y se trabara.

—¿Ha sucedido algo, señora Gallagher? —preguntó, aunque lo sabía de sobra. Aún tenía fresca la conversación que había mantenido con Emerson el día anterior.

Elaine tragó saliva antes de responder a su pregunta.

—Mi granero se incendió tras la caída de un rayo —confesó.

—Entiendo su situación, señora Gallagher, pero comprenderá que no puedo ampliar su crédito —zanjó el asunto, su café se estaba enfriando.

—Pero, señor Barbrow... —intentó hablar Elaine, pero él le cortó con un gesto de mano mientras cogía la taza frente a sí.

—Lo lamento, señora Gallagher, pero no insista, no hay nada que hacer. Y ahora, si me disculpa, me gustaría desayunar tranquilo —añadió apartando su mirada de la mujer e ignorándola sin miramientos.

Elaine se levantó, sintiéndose derrotada, pero no era estúpida. Sabía que el señor Barbrow no le daría aquel préstamo ni aunque se pusiera de rodillas. Con paso cansado, se dirigió a la salida del hostel.

Capítulo 14

Elaine estaba a punto de salir por la puerta del hostel, con la imperiosa necesidad de llegar a casa y llorar hasta reventar, cuando una voz bien conocida la hizo detenerse.

—¡Elaine! —sonó la voz cantarina de Nancy—. ¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó curiosa mientras se aproximaba a ella, al ver su rostro ceniciento se preocupó—. ¿Qué sucede?

—Nada —mintió Elaine.

—Mira, niña, ni se te ocurra mentirme. Te conozco desde que correteabas entre las faldas de tu madre —expresó Nancy con voz grave—. Me lo vas a contar ahora mismo o no saldrás de aquí.

Elaine conocía muy bien a Nancy, había sido la mejor amiga de su madre, y sabía que cuando se obcecaba en algo no había forma humana de hacerla retroceder. No tenía ganas de un tira y afloja con ella.

—He venido a ver al señor Barbrow.

—¿El dueño del banco? —preguntó Nancy, a cada instante más alarmada.

—Sí, el mismo.

«Esto tiene que ser grave», se dijo Nancy mientras colocaba una mano en la cintura de la mujer y la guiaba hasta la parte trasera del hostel, donde se encontraba la cocina. Cuando estuvo allí la soltó y la instó a sentarse en una silla.

—James, ponle a Elaine un café bien cargado —ordenó a su marido, situado tras los fogones de la gran cocina de hierro.

—Por supuesto —dijo el hombre, que solo giró levemente la cabeza para estudiar la situación. Dejó el guiso que estaba removiendo en una gran olla y se dirigió a la alacena de donde cogió una taza.

—Elaine, habla de una maldita vez. ¿Por qué querías hablar con Barbrow? —interrogó Nancy.

—Ha sucedido algo.

—¿Qué, niña? Vas a acabar con mis nervios.

—El día de la tormenta un rayo cayó sobre el granero y hubo un incendio.

—¡Dios santo! —exclamó Nancy cubriendo su rostro con ambas manos.

—Se ha quedado reducido a cenizas. Si no puedo almacenar el heno no podré dar de comer al ganado en invierno, y sin esos animales el rancho acabará en manos de Barbrow. Le he pedido una ampliación del préstamo, pero se ha negado —confesó con la mirada baja.

—¡Maldita sea, qué hijo de perra! —vociferó Nancy mientras golpeaba con un puño la mesa de madera.

—Tranquilízate, mujer —dijo James mientras colocaba la taza frente a Elaine—. Blasfemando no vamos a arreglar nada.

—Lo sé —dijo Nancy arrepentida—. Nosotros podemos dejarte algo de dinero —ofreció, sabiendo de antemano que su marido estaría de acuerdo.

—No puedo aceptarlo, además, es una suma considerable. Tengo que reconstruir el establo. Solo tengo una opción —confesó Elaine deprimida.

Nancy no necesitaba preguntar cuál era. Sabía que Emerson llevaba años cortejando a Elaine. Ella había logrado evitar compromiso alguno hasta entonces, subsistiendo a duras penas, pero dadas las circunstancias, parecía que la joven iba a rendirse y aceptar la propuesta de matrimonio de aquel piojoso.

—No puedes hacer eso —pronunció Nancy sin percatarse.

Elaine, que en aquel momento estaba dando un sorbo al café que le dio algo de fuerzas, dejó la taza sobre la mesa con más fuerza de la requerida.

—¿Crees que lo hago con gusto? —expresó con voz fría. Clavando su mirada con intensidad en la mujer. Sabía que Nancy no tenía la culpa de lo que estaba sucediendo, pero estaba furiosa con el mundo.

—Tiene que haber otra manera —insistió la mujer, sin tomar en cuenta las malas formas que había mostrado Elaine. Imaginaba cómo podía sentirse en aquel preciso instante.

—Ya me gustaría a mí, pero no la hay —Nancy iba a replicar, pero Elaine la cortó con un gesto de la mano—. Tengo que pensar en Faith. Por favor, no me hagas esto más difícil de lo que es —añadió.

—Lo comprendo, pero por favor, dame tres días, solo tres, para ver si se me ocurre algo que podamos hacer —le rogó Nancy.

Elaine hubiera querido negarse, pero al clavar su mirada en el rostro de Nancy no pudo hacerlo. «¿Qué son tres días?», se dijo antes de abandonar su silla.

—Está bien. Tres días. Después haré lo que tenga que hacer —vaticinó antes de abandonar la cocina con paso lento.

Cuando se quedaron solos James se acercó a la mesa y se sentó en la silla que había ocupado Elaine poco antes frente a su mujer, clavando su mirada en su rostro.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó preocupado. Conocía a Elaine desde que era un bebe llorón en brazos de su madre, y la quería como a una hija.

—No lo sé, James, pero algo se me ocurrirá —aseveró Nancy segura.

—Bueno, y si no encuentras solución a esto, quiero que le ofrezcas cobijo a Elaine y la niña. No quiero que se case con Emerson, es un mal hombre.

—Lo sé, James, lo sé.

Caleb tiró de las riendas, obligando al caballo a detenerse, y bajó del mismo cuando llegó a la oficina de telégrafos. Con resolución ató su montura a un palo y subió los escalones con premura. Al entrar se sintió aliviado al descubrir que no había ningún cliente, solo el empleado, que permanecía con la vista fija en el diario que tenía abierto frente al mostrador. Cuando le escuchó entrar elevó su vista por encima de sus gafas de metal y cerró el diario antes de hablar.

—Buenos días, caballero. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó amablemente, aunque se notaba a la legua que estaba cansado de su trabajo.

No le extrañaba, él no habría aguantado pasar largas horas sentado en una silla tras un escritorio. Él adoraba el aire libre, trabajar con las manos y los animales. En el tiempo que llevaba fuera de su hogar lo había extrañado. Al principio, la vida errante había sido emocionante, viajando de pueblo en pueblo y moviéndose en la vida nocturna en busca de Bradley, el asesino de la madre de Shannon. Pero las semanas habían dado paso a los meses, e incluso creía que a años.

—Buenos días, señor —dijo, para acabar con aquella gestión cuanto antes—. Necesito mandar un telegrama urgente.

—Por supuesto —expresó el hombre mientras cogía un lapicero y una hoja en blanco—. ¿A quién va dirigido? —indagó mientras mojaba la punta del mismo con la lengua.

—A la atención del señor Clayton. Small Plain, Utah... —comenzó a relatar. Hacía una eternidad que no se ponía en contacto con el amigo de su padre para saber cómo estaba su rancho y el lugar donde se crió.

Media hora después se dirigió a la barbería, dispuesto a cortarse el pelo, que ya rozaba sus hombros y luego iría a comprarse algo de ropa, cuando alguien se cruzó en su camino.

—Buenos días —saludó una voz de mujer—. Usted debe de ser el señor Henderson —indagó la señora Colton.

Caleb se sorprendió porque aquella desconocida conociera su apellido. Era la primera vez que entraba en el pueblo y solo conocía al *sheriff*, e indiscutiblemente aquella mujer de rostro afable, pero con voz contundente, no lo era.

—Sí, señora —respondió educadamente mientras se quitaba el sombrero y jugueteaba con él entre sus dedos—. ¿Nos conocemos? —preguntó, intentando averiguar qué quería aquella mujer de él.

—No, por supuesto que no —replicó Nancy con una sonrisa en los labios. No había imaginado que aquel hombre fuera tan atractivo. «Qué calladito te lo tenías, Elaine», pensó con picardía—. Pero he supuesto que es usted el hombre que ahora trabaja para la señora Gallagher. Somos amigas —amplió la información.

—Sí, soy ese hombre —dijo Caleb con una media sonrisa.

—Pues tengo que hacerle un encargo —expresó la mujer.

—Por supuesto —replicó Caleb, aunque algo confuso por la dotes de liderazgo de la mujer. Estaba claro que era de armas tomar—. Dígame en qué puedo serle útil —dijo dispuesto.

—Lo primero, tenderme su brazo y acompañarme hasta el hostel. Le aseguro que allí probará el mejor desayuno del condado, y no porque yo sea la propietaria —dijo mientras enlazaba su brazo en el de Caleb, que estuvo a punto de estallar en sonoras carcajadas tras escuchar su comentario.

—Lo siento, señora, pero tengo algo de prisa. Dígame qué necesita —dijo cuando llegaron frente a la puerta del hostel.

—Primero desayunará conmigo, y luego me dirá cómo está Elaine. Estuvo aquí ayer y me dejó muy preocupada.

Caleb dudó, pero al escuchar sus palabras su cuerpo se tensó. Elaine había estado muy rara desde que había estado en el pueblo el día anterior y no le habían pasado desapercibidos sus intentos de rehuirle. La camaradería que habían compartido desde el incendio se había esfumado.

Dudó un instante, pero finalmente subió las escaleras y se internó en el hostel, que le sorprendió gratamente. Más bien parecía un hotel. Todo estaba

limpio y en su sitio y varios trabajadores pululaban por el lugar.

—Por aquí, señor Henderson —indicó Nancy mientras le guiaba hasta el comedor. Se cruzó con la camarera y le dio indicaciones antes de volver su atención a Caleb, que esperaba pacientemente para ayudar a sentarse a la mujer.

—Es usted muy galante —expresó Nancy con una sonrisa.

—Mi madre me educó bien —replicó Caleb mientras ocupaba el asiento frente a la simpática mujer. Pero no tenía paciencia para cortesías, y soltó la pregunta que quemaba en su lengua—. Bueno, señora Colton. ¿Me va a contar qué sucede con Elaine?

Nancy se vio sorprendida por la pregunta directa, y a su pesar le gustó la actitud de aquel hombre. Esperó a que los sirvieran para hablar.

—Estoy preocupada por ella. Temo que pueda tomar una decisión de la que pueda arrepentirse más pronto que tarde.

—¿A qué se refiere? —indagó Caleb confuso.

—Supongo que estará al tanto de que la primavera pasada, Elaine pidió un préstamo para comprar unas cabezas de ganado. Un rancho sin vacas no tiene mucho sentido. Pero si no vende esas cabezas, todos sus esfuerzos no habrán servido para nada, y esos animales no sobrevivirán si nada que comer —expresó mientras se frotaba la frente—. El otro día, cuando estuvo aquí, derrotada después de que señor Barbrow le hubiera negado el préstamo...

—¿Qué? —boqueó Caleb, notando como un sudor frío recorría su cuerpo. Ahora entendía el extraño comportamiento de Elaine, su forma de rehuirle. Debía de sentirse desesperada.

—Señora Colton, no se preocupe por eso —dijo Caleb seguro—. Yo me encargaré de que eso no suceda.

—Eso espero, señor Henderson, de lo contrario sospecho que Elaine caerá en las garras de Emerson. Es la oportunidad que ese cabrón estaba esperando.

Caleb se sorprendió al escuchar el juramento de la señora Colton. Acto seguido, apretó la mandíbula. Aquel apellido... Se había olvidado por completo de ese hombre, pero estaba claro que estaba más metido en la vida de Elaine de lo que había sospechado en un principio.

—Cuéntemelo todo —pidió, sin inmutarse cuando la mujer clavó su mirada en su rostro con intensidad. Estaba claro que no se fiaba de él, aunque no era de extrañar, se acababan de conocer—. Si no lo hace, no podré ayudarla.

—¿Qué intenciones tiene en este asunto, señor Henderson? —preguntó

Nancy mientras entrecerraba los ojos y se frotaba la barbilla.

—Ayudar a Elaine —expresó directo.

—¿Y qué más? —insistió Nancy, sus palabras escuetas no eran suficientes.

—Ya se lo he dicho, nada más. Simplemente tengo la intención de saldar una deuda que tengo con ella cuando me ayudó.

—Comprendo, señor Henderson, y eso es loable por su parte, pero sé que hay algo más. ¿Me lo va a contar?

Caleb se vio sorprendido por la insistencia y la dirección del interrogatorio de la señora Colton. No era estúpido, pero ni él sabía lo que le impulsaba a inmiscuirse en la vida de Elaine. Sí, no podía negar que sentía algo especial por aquella mujer, que había disfrutado besándola, pero de ahí a admitir algo más había un trecho que aún no había recorrido. Y por muy bien que le estuviera cayendo aquella mujer, no pensaba exponer sus sentimientos ante ella.

Con calma Caleb se limpió los labios y dobló la servilleta blanca para dejarla sobre la mesa antes de hablar.

—En otro momento, señora Colton. Ahora tengo gestiones que hacer. ¿Qué favor quería? —preguntó.

Nancy se sintió sorprendida por su respuesta evasiva. Pero entendía su modo de actuar. Había llegado demasiado lejos con sus preguntas, al fin y al cabo se acababan de conocer. Sí, definitivamente le gustaba ese hombre, y esperaba que el destino cumpliera su misión respecto a Elaine.

—Claro, señor Henderson —dijo con voz dulce—. ¿Le importaría decirle a la señorita Otis que ya puede ocupar su puesto?

—Por supuesto, señora, será un placer —dijo mientras abandonaba su silla—. Y gracias por el desayuno. Tenía usted razón, es el mejor que he probado, después del de mi madre —añadió con una sonrisa tímida antes de colocarse el sombrero y hacer un gesto con él a modo de despedida.

Capítulo 15

Elaine había ido a los pastos del norte, donde Caleb había reagrupado al ganado, para comprobar que estaba bien. Subida sobre el caballo y con la mano colocada en su frente en forma de visera, contó las reses para comprobar que estaban todas. Algunas vacas estaban a punto de parir y tenía que estar más pendiente de ellas que nunca. Con esa intención, se aproximó al cercado donde pacían, separadas del resto, y bajó de su montura para aproximarse a la puerta, pero el sonido de los cascos de un caballo acercándose la hizo girarse para descubrir que se trataba de Caleb.

«Maldición», se dijo para sus adentros. Aún no estaba preparada para enfrentarse a él y a las preguntas que él le haría después de su última conversación. Por ese mismo motivo había intentado evitarle en los últimos días, pero parecía que su suerte se había acabado en aquel preciso instante.

Caleb llevaba cerca de una hora recorriendo los pastos del rancho Gallagher en busca de Elaine, y cuando finalmente la descubrió junto al cercado de las vacas que él mismo se había encargado de separar se sintió aliviado.

Golpeó con los talones los flancos de su caballo obligándole a comenzar una carrera hasta el lugar donde la mujer parecía esperarle. Se bajó de su montura de un salto seguro y tras atar las riendas a uno de los palos del vallado, se acercó hasta Elaine, cuyo rostro parecía desconcertado.

—Caleb, ¿qué haces aquí? —preguntó ella, notando como los nervios bullían en su interior.

—Quería hablar contigo, llevas días rehuyéndome —expresó Caleb directo, percatándose de que los pómulos de la mujer se sonrojaban.

—Eso no es cierto —replicó Elaine, aunque sabía que él decía la verdad. Desde que el señor Bartlow le había negado el préstamo, había evitado el enfrentamiento con Caleb. Sabía que no tenía que darle explicaciones, que la decisión que estaba a punto de tomar solo la concernía a ella, y aún así la simple idea de que Caleb supiera de sus intenciones de casarse con Emerson la avergonzaba porque eso quería decir que se había rendido. Pero no solo

podía pensar en ella, estaba Faith.

Caleb esperó pacientemente apoyado contra una de las vallas, con los brazos cruzados sobre el pecho. Podía leer la indecisión en su rostro, y la decena de cambios que se produjeron en él.

Estaba claro que no pensaba contarle la verdad, esa que rondaba en su cabeza. Fue entonces cuando decidió ir al grano.

—¿Has tomado una decisión respecto a Emerson? —preguntó directo.

«Lo sabe, ¿cómo lo sabe?», se preguntó Elaine, incrédula ante la situación que estaba viviendo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó haciéndose la desentendida.

—Por favor, Elaine, no te hagas la tonta.

—¿Cómo lo has sabido? —indagó Elaine titubeante.

—Eso es lo de menos —dijo Caleb abandonando su aptitud relajada, acortando la distancia que le separaba de ella—. Sé que no te han dado el préstamo, ahora la pregunta es si te venderás a Emerson o no.

Elaine sintió que la ira ascendía por su cuerpo, apretó la mandíbula y su mano se precipitó sobre la mejilla masculina con fuerza.

Caleb sintió el impacto y cómo su rostro se giraba. Sabía que se lo tenía merecido. Con lentitud, enderezó la cabeza y clavó su mirada nuevamente en los ojos de ella, que estaba aún más sonrojada.

—Me lo tengo merecido —dijo mientras se frotaba la mejilla agraviada.

—Sí, te has excedido.

—Me disculpo por ello, pero eso no cambia la situación. Necesito saber qué es lo que vas a hacer para tomar mis propias decisiones.

Elaine se frotó la frente con los dedos. Caleb la estaba presionando, acorralando. Se sentía en medio de una encrucijada. Entre la espada y la pared, y no sabía cuál sería la decisión más correcta.

—Elaine, yo solo pretendo ayudarte. Déjame hacerlo, no quiero que me des nada a cambio, que es lo que pretende tu vecino.

Tras varios minutos de dudas, Elaine decidió sincerarse. No tenía sentido mentir, e incluso, pensándolo bien, una tercera persona, en este caso Caleb, que no tuviera que ver con el asunto ni que tuviera intereses involucrados, le podría ayudar a despejar sus dudas.

—Sí, tienes razón, me han negado el préstamo —dijo mientras se giraba y clavaba su mirada en la lejanía. No quería ver el rostro de Caleb, porque si leía en él un amago de desprecio se derrumbaría—. Si no puedo reconstruir el

granero ni almacenar alimento para el invierno para el ganado, no podré generar los ingresos que necesito para hacer frente al préstamo que ya cargo sobre los hombros. Para mi desgracia solo tengo una salida, una que llevo años intentando evitar: entregarme a Emerson y casarme con él.

—No puedes hacer eso —le rebatió Caleb con voz fría.

Elaine, tras escuchar sus palabras, se giró con virulencia y clavó su mirada en el rostro de él.

—¿Crees que me gusta la idea? —preguntó con voz aguda—. Pero no solo debo pensar en mí, tengo una hija.

—Hay otra salida.

—¿Qué salida? —preguntó Elaine.

—Te propongo que seamos socios.

—¿Socios? —repitió Elaine sorprendida.

—Socios al cincuenta por cien. Yo pondré el capital que se necesita para reconstruir el granero, hacer mejoras al rancho y contratar jornaleros en primavera para recolectar el heno.

—¿Y qué quieres a cambio? —preguntó con desconfianza.

—Ya te lo dije antes, no quiero nada. Te doy un par de días para que tomes una decisión. Solo tienes dos opciones, casarte con Emerson o asociarte conmigo. Ahora tengo que irme —expresó Caleb antes subir a la montura y espolear a su caballo para marcharse.

Elaine observó cómo se alejaba y permaneció así durante largos minutos, quieta sobre el suelo de tierra mientras Toby mordisqueaba el bajo de su falda. No daba crédito a la conversación que acaba de compartir con Caleb. Era una propuesta de lo más tentadora y extraña a su vez, ya que no era muy común que un hombre se atreviera a asociarse con una mujer. «¿Qué voy a hacer?», se preguntó mientras se frotaba la frente con nerviosismo.

Elaine pelaba las patatas con maestría, mientras su cabeza no dejaba de darle vueltas a la proposición que le había hecho Caleb aquella tarde. De la noche a la mañana su vida se había puesto patas arriba y no sabía cómo afrontar la situación. Se encontraba en la peor encrucijada y por primera vez deseó esfumarse como si fuera humo.

—¡Ah!, maldición! —exclamó cuando notó que el acero del cuchillo se

clavaba en su dedo.

—¡Mamá, eso no se dice! —le espetó Faith, que estaba sentada frente a la mesa, haciendo sus tareas de la escuela.

Elaine se chupó el dedo herido y puso los ojos en blanco antes de replicar a las palabras de su hija.

—Lo siento, se me ha escapado. ¿Has acabado? —preguntó dejando la patata en el plato y acercándose a la mesa para comprobar las líneas de la copia de un libro que Faith practicaba en su pizarra.

—¿Está bien? —preguntó la niña con expectación.

—Sí, mi amor —dijo antes de besar la coronilla de la niña—. Y ahora que has acabado, puedes salir a jugar con Toby —concedió, pensando que le vendría bien desfogar algo de adrenalina antes de cenar.

Cuando Faith desapareció por la puerta, Elaine comenzó a recoger los utensilios de escritura de la niña para poner la mesa. Estaba colocando los platos cuando la puerta se abrió para dar paso a Lorraine. Sin percatarse, soltó el aliento que había estado conteniendo al escuchar los goznes de la puerta, temiendo que se tratara de Caleb.

—Elaine, ya estoy aquí —expresó la joven con una sonrisa jovial que le caldeó el corazón. Se alegraba que Lorraine día a día fuera recuperando la alegría perdida—. Y no vengo sola —añadió.

Elaine se sorprendió ante sus últimas palabras y al dirigir allí su mirada descubrió a Nancy, que traspasaba en aquel momento el umbral de la puerta. Una sonrisa se dibujó en sus labios y sin dudar se aproximó a ella y la abrazó.

Nancy notó que algo pasaba cuando Elaine se aferró fuertemente contra su pecho, en un abrazo estrecho y desesperado. Cuando se separaron clavó su mirada en su rostro y descubrió las ojeras bajo sus ojos. Hacía varios días que no sabía nada de ella, desde su última visita al pueblo, y había decidido ir al rancho para averiguar qué decisión había tomado la joven.

—Qué sorpresa, no esperaba tu visita —dijo Elaine—. ¿Quieres tomar algo? —preguntó hospitalariamente.

—No, gracias, cielo, solo he venido a ver como estabas y hacerte un nuevo encargo —dijo señalando el paquete de estraза que Lorraine portaba en sus manos.

—¿Un encargo? —indagó Elaine confusa. En los últimos meses había renovado todo el ajuar del hostal.

—Sí, pero esta vez quiero que me hagas un vestido —respondió Nancy—.

Lorraine, ¿te importaría ir a por una docena de huevos? A James le encantan, dice que son los mejores del pueblo.

—Claro —dijo Lorraine dejando el paquete sobre la mesa. Rescató una cesta situada sobre un banco cercano y salió de la casa.

—Nancy, ¿qué pasa? —preguntó Elaine. No le había pasado desapercibida la estrategia de la mujer para quedarse a solas.

—¿Qué pasa? —preguntó la aludida mientras apartaba una silla y se sentaba frente a la mesa—. Eso me pregunto yo. Llevo varios días con el alma en vilo, preocupada por ti. No aguantaba más. ¿Has hablado ya con Emerson? ¿Te vas a casar con él? ¿Crees que es lo correcto?

Elaine se sentó a su vez en la silla frente a Nancy. Cuando la mujer soltó la batería de preguntas que tenía, sin darle tiempo para contestar, elevó su mano para parar su discurso.

—No he hablado con Emerson todavía —contestó a la primera de ellas—. No sé qué voy a hacer, y no sé si la decisión que tome será la correcta. Han pasado cosas desde nuestra última conversación —aclaró.

Nancy abrió ampliamente los ojos al escuchar sus palabras.

—¿A qué te refieres? —indagó curiosa.

Elaine cogió aire y le contó su conversación con Caleb y su ofrecimiento. Expresó sus dudas y confesó que no era capaz de tomar una decisión.

Nancy escuchó cada sílaba que salía de la boca de Elaine, estudiando cada cambio que se producía en su rostro, y cuando conoció la proposición que le había hecho Caleb, tuvo que cubrirse la boca con la mano.

—Y eso es todo —concluyó Elaine, aliviada de haberse confesado con Nancy—. ¿Tú qué piensas que debería hacer?

—La decisión es tuya, cielo —le dijo la mujer mientras cogía la mano de la joven y la estrechaba—. Pero si me preguntas qué es lo que haría yo, lo tengo claro.

—¡¿Qué?! —preguntó Elaine expectante.

—Aceptaría la proposición del señor Henderson.

—Pero no es muy usual que una mujer se asocie con un hombre, y menos con un desconocido —expresó Elaine mientras se mordía el labio inferior.

—¿Y qué tiene eso de malo? —dijo Nancy mientras una de sus perfectas cejas canosas se elevaba—. Preferiría tener un socio que tener que aguantar a un marido, y menos uno como Emerson —dijo frunciendo el ceño—. Ser esposa, desgraciadamente, solo te convertirá en una propiedad más para

Emerson, además de una esclava. Lo que te ofrece el señor Henderson es muy distinto; te da la posibilidad de seguir siendo independiente, de tomar tus propias decisiones y reflotar el rancho. Yo no vacilaría.

—Todo suena muy bonito, pero tengo una duda que no me deja avanzar.

—¿Cual?

—¿Qué interés tiene él en ayudarme? —pronunció en voz alta con desconfianza.

—No lo sé, cielo, pero no dejes escapar esta oportunidad de oro que se te presenta para liberarte de yugo de Emerson —le aconsejó.

—Pero no conozco tanto a Caleb —expresó Elaine inquieta.

—¿Y qué te dice tu instinto? —indagó Nancy, clavando su mirada en su rostro.

—Que es un buen hombre —respondió Elaine, segura de sus palabras.

—Pues eso es lo más importante, lo demás habrá que verlo.

Capítulo 16

Caleb decidió ir al pueblo para visitar al sheriff Rafferty con la esperanza de que hubiera recibido algún telegrama de Justin. No podía evitar sentirse culpable por no haber pensado en cómo se encontraría su prima en varios días, aunque conociendo a Shannon estaba seguro que estaría bien.

No era de extrañar que tuviera la cabeza en otro sitio porque lo acontecido en los últimos días en el rancho Gallagher era preocupante y él se había metido de lleno en el asunto. Aún no llegaba a entender de donde había surgido la idea de asociarse con Elaine. Le había hecho dicha proposición llevado por un impulso y una vez hecha, no quería darle más vueltas al tema, a pesar de que ser socio de un rancho lejos de su hogar nunca había entrado en sus planes.

«La prioridad es alejar a Emerson de Elaine y la niña, luego ya pensaré sobre qué hacer con el resto», se dijo para ordenar sus ideas, que parecían un ovillo de lana. «No pongas la venda antes de hacerte la herida», continuó con su conversación interna mientras hacía detenerse a su montura y bajaba de un salto. «Ella aún no te ha aceptado —intentó consolarse—, y si dice que no, puedes seguir con tu vida».

—Señor Henderson, qué sorpresa verle por aquí —sonó una voz a su espalda, y al girarse descubrió que se trataba del *sheriff*.

—Señor Rafferty, qué casualidad. Precisamente venía a verle a usted.

—¿Y eso? —preguntó Shane elevando una de sus espesas cejas.

—Quería preguntarle si ha recibido algún telegrama del *doc*.

—Siento decirle que no, pero estoy seguro que todo va bien. La última noticia que tengo es que se dirigen a un rancho de un buen amigo mío y de Justin. Allí estarán seguros.

—Gracias por la información.

—Ya que estamos aquí, ¿por qué no me acompaña a tomar un café? —preguntó amigablemente—. Así me cuenta cómo van las cosas en el rancho y como está Elaine.

Caleb dudó, pero finalmente aceptó su ofrecimiento.

—Está bien, no me vendría mal, he salido de casa y no he desayunado.

—Perfecto —dijo Shane mientras palmeaba la parte baja de la espalda de Caleb instándole a cruzar la acera hacia el hostel Colton.

Estaban a medio camino, cuando Caleb vislumbró por el rabillo del ojo algo que llamó su atención. Tras girar el rostro descubrió a un hombre con una marcada cojera. Se trataba de Emerson, que en aquel momento se encontraba frente a la puerta del banco conversando con un hombre impecablemente vestido.

—¿Quién es el hombre que está hablando con Emerson? —preguntó.

Shane dirigió su mirada al punto donde señalaba Caleb y descubrió a Emerson.

—Es el señor Barbrow, el dueño del banco.

—¿Y qué relación tiene con Emerson? —indagó.

—Son buenos amigos, según tengo entendido. He oído que vinieron en la misma época al pueblo. No sé si se conocen de antes.

—¡Maldita sea! —expresó Caleb sin poder contenerse.

Shane volvió a clavar su mirada en el rostro de Caleb y achicó los ojos con sospecha. Estaba claro que algo rondaba por la cabeza de aquel hombre.

—¿Qué sucede? —preguntó directo.

—Hace unos días, Elaine pidió ampliar su préstamo para reconstruir el granero después del incendio y se lo negó.

—Señor Henderson, ¿estás insinuando que no se lo concedió por su amistad con Emerson? —preguntó Shane sorprendido por el razonamiento.

—Yo no insinuó nada, solo es una observación —dijo intentando quitar hierro al asunto—. ¿Entramos? —dijo señalando el porche del hostel.

—Claro, por supuesto —replicó Shane.

Media hora después, Caleb abandonó el hostel despidiéndose del *sheriff* Rafferty en la puerta. Su segunda intención cuando se había dirigido aquella mañana a Rocky Meadow era ir al banco para hacer un giro de su cuenta personal, donde tenía un dinero ahorrado tras haber venido unas tierras de su familia antes de emprender el viaje con su prima Shannon.

Quería tener las cosas organizadas por si Elaine aceptaba su propuesta. Pero tras descubrir la amistad de Emerson con el dueño del banco había cambiado de opinión desbaratando sus planes y obligándole a barajar otras opciones. No se fiaba del tal Barbrow, algo le decía que no era trigo limpio, y su instinto no solía fallarle.

Resuelto se dirigió a la oficina de telégrafos para mandar un nuevo telegrama al amigo de su padre. Tras acabar con las gestiones que tenía pendientes, y lograr algo de información del empleado de la oficina, volvió a subirse a su caballo y emprendió el viaje de vuelta al rancho para hablar con Elaine.

Elaine dio una nueva puntada, y por cuarta vez la aguja acabó clavada en su dedo. Con un gesto brusco dejó su labor sobre la mesa y se levantó para dirigirse hacia una de las ventanas para dejar vagar su mirada en el exterior. Habían pasado cuarenta y ocho horas desde su conversación con Caleb, y el plazo que él le había dado expiraba ese día. Suspiró pesadamente y decidió salir al exterior con la intención de dar una vuelta para intentar relajarse. Sin pretenderlo sus pasos la llevaron hasta el lugar donde se había erigido el granero y sintió que la tristeza volvía a inundarla.

—Elaine, ¿podemos hablar? —preguntó una voz bien conocida a su espalda, al girarse descubrió a Caleb.

—Sí, claro —respondió mientras se colocaba un mechón de cabello, que había escapado de su recogido, tras su oreja con nerviosismo—. ¿Vamos a casa? —instó, necesitando poner distancia entre ambos.

—Claro —dijo Caleb siguiendo a la mujer de cerca.

Ambos entraron en la vivienda en completo silencio. Se podía notar la tensión, producto del nerviosismo, que rodeaba a ambos.

Elaine se dirigió a la cocina de hierro y se entretuvo en preparar café. Necesitaba estar ocupada para apaciguarse. Cuando hubo cargado la cafetera y la colocó sobre el fogón, se giró para enfrentarse a Caleb.

—Bueno, tú dirás —expresó directa.

Caleb, que se había acercado a la mesa, donde ahora apoyaba su cadera en una de sus esquinas, se cruzó de brazos antes de hablar.

—Sabes bien cuál es el asunto, ¿has tomado una decisión? —expresó directo.

Elaine se mordió el labio inferior, notando cómo los nervios burbujearon en la boca de su estómago. Sí, ya había tomado una decisión, pero eso no quería decir que no tuviera un millón de dudas, que el miedo se hubiera instalado en su persona.

—¿Elaine? —pronunció Caleb con voz pausada.

—Sí, acepto tu oferta, pero tenemos que aclarar algunos puntos.

—Por supuesto —aceptó Caleb mientras se apartaba de la mesa y separaba una de las sillas situadas junto a la misma—. Será mejor que nos sentemos —ofreció, haciendo un gesto con su mano para que ella ocupara el lugar.

—Está bien —dijo Elaine una vez sentada—. Me parece bien la idea de ser socios, es lo justo, pero no al cincuenta por cien.

—Lo comprendo, me conformaría con un treinta. Y puedes estar tranquila, todo será legal. Buscaremos un buen abogado para redactar el contrato. No pretendo aprovecharme de ti —dijo Caleb fijando su mirada en su rostro para que ella pudiera leer la verdad de sus palabras en sus ojos.

—¿Y el asunto de las decisiones sobre el rancho? —preguntó Elaine. Era otro punto que le preocupaba. No quería tener que acatar las decisiones de él.

—Las tomaremos entre los dos, te repito, no pretendo gobernar tu vida de ningún modo. Te lo prometo.

—Bien, pues estamos de acuerdo —dijo Elaine, sorprendida de la sensación de vértigo que atenazó su cuerpo—. El café ya está listo —dijo abandonando su silla y aproximándose a la cocina.

Caleb, por su parte, se acercó a la alacena y dispuso las tazas y un jarrito de leche. Sabía que a Elaine le gustaba así.

Elaine llevó la cafetera a la mesa y llenó ambas jarras. Luego volvió a sentarse y ambos bebieron el brebaje en completo silencio, disfrutando del momento.

—Elaine, voy a tener que marcharme un par de días —soltó Caleb por sorpresa, como esperaba, el rostro de la mujer pareció asombrado.

—¿Por qué? ¿Dónde?

—Tengo que ir a por el dinero.

—¿Por qué no vas al banco de Rocky Meadow? —preguntó Elaine confusa.

Caleb no quería contarle sus sospechas sobre el dueño del banco, por lo que le dijo lo primero que se le ocurrió.

—También buscaré al abogado para que redacte el contrato. Me han dicho que en Crower hay uno.

Elaine no quería que se fuera, solo pensar en quedarse sola nuevamente le provocó una sensación de angustia que conocía demasiado bien. ¿Y si le pasaba algo? ¿Y si no volvía?

Le hubiera gustado pedirle que no lo hiciera, que se quedara con ella.

Ahora se daba cuenta de que desde que Caleb estaba en el rancho se sentía a salvo y protegida por primera vez en mucho tiempo. «Basta ya, no tienes ningún derecho a pedirle nada», se amonestó mentalmente.

—¿Y cuánto tiempo vas a estar fuera? —indagó antes de dar un nuevo sorbo a su taza, acabando con los restos de su café.

—Solo serán un par de días, te lo prometo. Hablaré con Rafferty para que esté pendiente. Y por favor, evita a Emerson hasta que yo regrese. No quiero que se entere todavía de la nueva situación. ¿Me lo prometes?

—Sí, claro, por supuesto —afirmó Elaine.

—Y ahora, si te parece, tomaremos la primera decisión juntos.

—¿Cuál?

—Tenemos que decidir cómo va a ser el nuevo granero —respondió Caleb con una sonrisa que iluminaba su rostro.

Lorraine regresó a la cocina y cogió los platos para la mesa que estaba sirviendo. Llevaba una semana trabajando en el hostel, y a pesar de que al principio le costó adaptarse a su nueva labor, ya estaba cogiendo el ritmo.

Estaba sumamente agradecida al señor y la señora Colton por la oportunidad que le habían brindado, al igual que a Elaine, que le había dado un lugar donde dormir y el cariño que tanto necesitaba en aquel momento de su vida.

Cuando llegó al salón se cruzó con Nancy, que se situó ante ella para detener su avance sorprendiéndola.

—Ya los sirvo yo, niña —dijo mientras cogía de sus manos los platos humeantes—. Tú toma nota al *sheriff*. Estoy segura de que tiene más prisa que el resto —le dijo guiñándole un ojo.

Lorraine se giró y descubrió al señor Rafferty sentado en una mesa cercana. Se sintió cohibida cuando descubrió que tenía la mirada clavada en su persona, y para su disgusto, sus mejillas se colorearon.

«Lorraine, deja de comportante como una tonta», se amonestó, molesta consigo misma. Decidida, se encaminó hasta la mesa y sacó la pequeña libreta y el lápiz que guardaba en el bolsillo de su mandil.

—Buenos días, señor Rafferty —le saludó educadamente.

—Señorita Otis, me alegro que finalmente se haya decidido a aceptar la

oferta de trabajar en el hostel —dijo Shane amablemente—. Los Colton son muy buena gente —dijo Shane. Realmente apreciaba a los dueños del hostel.

—Sí, ha sido muy amables conmigo. Y dígame, *sheriff*, ¿qué quiere para desayunar? —preguntó, dispuesta a anotar el pedido.

—Me conformaré con la especialidad de la casa. Dígale a James que el beicon esté bien crujiente —dijo guiñándole un ojo a la joven—. Mi estómago está desesperado —confesó con una sonrisa traviesa.

Lorraine apartó la mirada ruborizada, y se concentró en anotar el pedido antes de hablar, agradecida de tener las manos ocupadas.

—Perfecto, señor Rafferty —dijo más recuperada—. Ahora le traigo un café —Y encaminó sus pasos a la cocina.

Shane la vio alejarse con una sonrisa en los labios. La joven parecía más repuesta. Su pelo, ahora recogido en un modesto moño, había recuperado el brillo y refulgía como oro líquido. La camisa blanca y la falda castaña ensalzaban su cuerpo, aunque aún necesitaba ganar algunos kilos más para ser la que fue.

—¿Cómo la ve? —preguntó una voz a su espalda sobresaltándole. Al girar su rostro descubrió a la señora Colton situada a su lado.

—Mucho mejor, señora Colton. Aunque supongo que tiene mucho que ver con usted y con Elaine. Ya podrían aprender de ustedes las señoras del club cristiano que tanto se llenan la boca promulgando la caridad y luego rechazan a los más desfavorecidos —dijo Shane sin poder contenerse.

—*Sheriff*, esas «señoras» creen que son mejores cristianas que el resto por rezar más, aunque luego no hagan nada por el prójimo, como dicen las Sagradas Escrituras.

—No le quito la razón, señora Colton —replicó Shane con humor.

—Ahora le dejo, el trabajo se me acumula —dijo Nancy señalando el salón con un gesto de cabeza antes de apartarse.

Poco después Lorraine reapareció con el café prometido y un plato humeante que dejó frente a él. La joven no elevó la mirada de la bandeja que portaba, y su voz le pareció apenas audible antes de despedirse para seguir con su trabajo.

Su actitud le recordó a Shane a la de un animal asustado, y sin poder evitarlo pensó en su padre. El señor Glover era uno de los hombres más influyentes de la comunidad, y para su desgracia había tenido que enfrentarse a él en varias ocasiones. Siempre le había parecido un hombre frío y déspota,

pero nunca pensó que sería capaz de echar a su única hija a la calle.

Capítulo 17

Elaine se sentía como un animal enjaulado en su propia casa. No era capaz de concentrarse en sus actividades cotidianas y eso la enervaba. Hacía un día desde que Caleb se había marchado y una sensación de pérdida la asolaba a pesar de que estaría de vuelta en pocas horas. Ese sentimiento la asustaba aunque no quisiera reconocerlo, como la preocupación que sentía por él.

Aquella mañana decidió ir al pueblo tras llevar a Faith a la escuela. Lo primero que hizo al llegar fue acercarse a la herrería para alquilar un carro. El suyo había desaparecido en el incendio junto al granero. No podía seguir sin vehículo, más cuando tenía que hacer una compra en el colmado. El señor Aubart fue muy amable y poco después salió de la herrería a pie con la idea de volver a recogerlo cuando hubiera acabado de hacer sus recados.

Resuelta caminó por la acera de madera, saludando amigablemente a sus vecinos, y llegó hasta el colmado. Al entrar descubrió a la propietaria colocando unas telas que le acaban de llegar del Este. El comercio poco a poco estaba volviendo a ser fluido y el género estaba mejorando.

—Buenos días, Megan —saludó a la dueña con una sonrisa en los labios.

—Buenos días, Elaine. Mira qué telas más bonitas —expresó la tendera orgullosa, mientras le indicaba que se acercara con un gesto de mano.

Elaine se aproximó a la mesa donde estaban los rollos de tejidos y no pudo evitar sentirse tentada por los colores y estampados que encontró. Hacía siglos que no se compraba nada ni estrenaba vestido.

—Megan, son preciosas —dijo mientras acariciaba una de ellas, asombrada por la suavidad de su tacto y la calidad.

—¿Por qué no te llevas unos metros? —propuso, cumpliendo su labor de vender su género.

—No debería —dudó. Sabía que con el capital que insuflaría Caleb al rancho las cosas irían mejor, pero no quería aprovecharse de él para darse un antojo que no necesitaba.

—¡Oh, vamos, cielo! Por una vez que te des un capricho no pasará nada. Además, ahora tu cuenta está a cero.

—¿Cómo? —preguntó Elaine con sorpresa.

—Ayer estuvo aquí Emerson y canceló tu cuenta.

—¿Qué? —boqueó Elaine incrédula. «Otra vez no», se dijo frustrada con la situación—. ¿Y tú lo has aceptado? —preguntó, molesta con su amiga, cuyo rostro mostraba confusión.

—Elaine, lo siento, no pensé que fuera a molestarte tanto. Emerson insistió mucho, y como se comenta que está a punto de pedirte matrimonio pensé que no tenía importancia.

—Pues no debiste hacerlo —la amonestó.

—Elaine, comprende que yo tengo varias bocas que alimentar —intentó justificarse Megan.

—Pues todos esos rumores no son ciertos. No tengo ningún tipo de relación con Emerson, lo creas o no. A partir de ahora yo misma pagaré mis cuentas, nadie más, ¿entendido? —expresó con voz acerada—. Y ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer —dijo antes de emprender su camino hacia la puerta.

—¡Espera, Elaine, espera! —intentó Megan retenerla sin ningún éxito.

Elaine notaba la sangre hervir en sus venas. Sus ojos estaban a punto de anegarse de lágrimas de impotencia. «Tengo que acabar con esto de una vez por todas», rumió mientras se acercaba a su caballo y se situaba sobre la montura.

Cuando llegó al rancho de Emerson tiró con fuerza de las riendas, sintiéndose culpable al instante por el animal, y aún así la expresión resuelta de su rostro no se borró. Recordó entonces la promesa que le había hecho a Caleb, pero no podía permitir que Emerson siguiera creyéndose con derecho sobre su persona. Estaba decidida a enfrentarse a él de una vez por todas.

—¡Señora Gallagher! —exclamó una voz a su espalda, y al girarse descubrió a Simon, que parecía sorprendido con su presencia.

—Buenos días, Simon. ¿Está tu tío? —preguntó directa, antes de que le abandonara la valentía que necesitaba para enfrentarse a él.

—Sí —dijo el joven—, está en el granero.

—Perfecto —respondió Elaine antes de encaminarse al lugar indicado.

Simon la observó mientras se masajeaba la nuca. Estaba claro que la señora Gallagher estaba de un pésimo humor, como nunca la había visto, pero el genio de su tío era insuperable. Esperaba que la situación no se desbordara, porque si era así, no estaba seguro de poder enfrentar la situación.

Shane esperaba pacientemente la llegada de su ayudante, sentado en una silla en el porche desde el cual tenía una visión completa de la calle principal. Estaba siendo una semana tranquila a pesar de la llegada de la diligencia, que se detenía en el pueblo cada dos semanas. En aquella ocasión, ningún forastero se había bajado para quedarse, cosa que agradecía porque la llegada de desconocidos solo podía traer problemas, como en la última ocasión, en la que un conocido pistolero estuvo a punto de armar un gran revuelo tras emborracharse.

—Jefe, ya estoy aquí —afirmó Martin Lamson situándose a su lado.

—Gracias, Martin —respondió Shane mientras abandonaba el asiento que ocupaba y se ajustaba el sombrero sobre su cabeza—. Mi estómago te lo agradece —añadió con humor—. Sobre las doce te relevo.

—Aquí le espero —replicó Martin mientras colocaba sus pulgares en su cinturón y oteaba a su alrededor.

Shane hizo un gesto con su sombrero a modo de despedida y encaminó sus pasos hacia el hostel Colton, pero algo llamó su atención en la acera de enfrente. La señora Sheridan, la dueña del colmado, se paseaba de una punta a la otra de la fachada de su establecimiento con nerviosismo.

Megan estaba preocupada por Elaine, no podía evitarlo, ahora se arrepentía de haber cedido a los deseos de Emerson de pagar la cuenta de su amiga, pero no pensó que ella se lo tomaría tan mal. Estaba girando su cuerpo para comenzar un nuevo paseo cuando una voz detuvo su movimiento.

—Buenos días, señora Sheridan. ¿Qué le sucede? —preguntó Shane preocupado al ver el estado de la mujer.

—¡Oh, *sheriff* Rafferty! —exclamó la mujer colocando una mano sobre su pecho con sobresalto—, me ha dado un susto de muerte.

—Lo siento, señora Sheridan, no lo pretendía, pero me preguntaba qué le ocurría. ¿Puedo ayudar en algo? —se ofreció mientras echaba hacia atrás su sombrero con un dedo.

Megan dudó unos instantes, temiendo volver a meterse donde no la llamaban, pero estaba verdaderamente preocupada por Elaine. Finalmente decidió compartir con él sus dudas.

—Verá, hace un momento ha estado aquí la señora Gallagher.

—¿Y? —indagó Shane sin comprender el problema.

—Pues que se ha ido muy molesta porque el señor Emerson había pagado su cuenta. Cuando se lo conté no creí que se enfadaría tanto, y me temo que ha ido a hablar con él.

—¡Mierda! —exclamó Shane en voz alta sin poder contenerse.

—¡Señor Rafferty! —expresó Megan afeando su vocabulario, oteando a su alrededor por si había algún pequeño a su lado.

—Disculpe, señora Sheridan —dijo con apremio, tenía que ir al rancho Emerson—. Debería irme —dijo haciendo un amago de saludo con su sombrero antes de cruzar precipitadamente la calle en dirección a las caballerizas de la herrería donde solía dejar su montura.

Emerson estaba concentrado en golpear una herradura en el yunque, dispuesto a herrar él mismo a su caballo. No estaban los tiempos para malgastar un penique pagando a otro por un trabajo que podía realizar él mismo. Escuchó unos pasos a su espalda y chascó la lengua, molesto por la interrupción.

—Chico, ¿no te dije que fueras a dar de comer a las vacas? —espetó con malos modos. Estaba cansado de tener que decirle a su sobrino lo que tenía que hacer.

—Emerson, tenemos que hablar —expresó Elaine mientras aferraba su limosnera entre sus dedos, notando como su corazón cabalgaba en su pecho.

El aludido se giró, sorprendido por su presencia, y clavó su mirada en la mujer con intensidad. No se habían vuelto a ver desde el día de la reunión vecinal. La conversación que habían mantenido no había acabado como hubiera esperado. Estaba seguro que todo era culpa de aquel maldito forastero que ahora campaba a sus anchas por el rancho Gallagher. Sintió la ira ascender por su cuerpo e intentó controlarla. «Tranquilo, las cosas han cambiado. Ha llegado tu hora», se dijo, recordando la conversación que había mantenido con su viejo amigo Barbrow, el dueño del banco.

—¿Sobre qué? —preguntó cauto.

—He estado en el colmado y Megan me ha dicho que habías cancelado mi cuenta. No es la primera vez que hablamos sobre este asunto. No quiero que te hagas cargo de eso.

—Elaine, por Dios, no digas sandeces. Por mucho que te empeñes, no dejaré que la cría y tú paséis hambre.

—No quiero tu caridad —replicó Elaine molesta.

—Mujer, no seas estúpida —dijo Emerson perdiendo la paciencia, que no

era una de sus mayores virtudes—. Con el orgullo no saciarás tu estómago ni el de tu hija.

Elaine sintió que un escalofrío recorría su cuerpo al ver la mirada que él le dirigió, pero sus palabras habían logrado infundirle el coraje que necesitaba para enfrentarse a él de una vez por todas.

Se cuadró de hombros y elevó su rostro para plantarle cara. Llevaban mucho tiempo jugando al ratón y al gato y había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. Había tomado una decisión, aunque no sabía si sería buena o mala, pero lo que sí tenía claro era que no quería que aquel odioso hombre la tratara de esa forma. No era de su propiedad.

—Emerson, eso es asunto mío. Solo quiero devolverte el dinero —dijo mientras rebuscaba los billetes en su limosnera y tendía su mano para entregárselo—. Con esto estamos en paz.

—No quiero tu dinero —expresó él con voz fría, sorprendido por su acción, mientras achicaba los ojos para estudiar a Elaine.

—Pero es tuyo —insistió con el brazo extendido hacia él—, no tienes obligación de pagar mis deudas. No quiero que la gente del pueblo se lleve una impresión errónea —añadió.

Emerson perdió el control que había intentado mantener y lanzó el martillo, que había sostenido en su mano hasta entonces, contra la pared a su derecha antes de hablar.

—¿Que no quieres que la gente hable?! Te recuerdo que tienes a un desconocido viviendo bajo tu mismo techo, en tu cama —añadió con rabia mal disimulada—. ¿Cómo crees que puedo sentirme yo? —le recriminó.

Elaine deseaba salir corriendo, no estar en aquel lugar, pero tenía que enfrentarse a sus actos anteriores, a su cobardía del pasado para decirle a Emerson que entre ellos no había nada, que no tenía ningún derecho sobre su persona.

Resuelta se acercó a la mesa donde descansaba el yunque y tiró allí los billetes. Eso le sirvió para poner la distancia que necesitaba.

—Emerson, no tengo que darte explicaciones sobre ese asunto —dijo mientras le daba la espalda—. El señor Henderson está en mi casa por un motivo y no va a marcharse.

El aludido apretó los puños a los costados y en dos zancadas estuvo junto a la mujer, que pareció temblar ante su cercanía. En un gesto brusco atrapó su brazo y la hizo girarse para quedar frente a frente.

—¡Me debes un respeto! —le recriminó con los ojos cargados de ira—. Llevo años ayudándote, rompiéndome los cuernos por ti. La gente piensa que vamos a casarnos...

—No quiero casarme contigo —afirmó con seguridad, intentando zafarse de su agarre sin éxito.

—Me importa una mierda lo que quieras o no —dijo tajante—. Me lo debes, y si hay Dios que lo vas a hacer.

«Ha llegado el momento», se dijo Elaine antes de replicar a sus palabras. No era tiempo de tener miedo, aunque su cuerpo se encogió sin que ella se percatara.

—No voy a hacerlo, nunca te hice una promesa.

—¡Maldita sea, Elaine! —vociferó Emerson mientras la zarandeaba fuertemente, sin importarle la expresión de terror del rostro femenino—. Me importa muy poco si me hiciste o no una promesa. Has aceptado mi ayuda y mi dinero, y quiero que ahora cumplas con tu parte. Te vas a casar conmigo, no tienes otra opción. Sé que Barbrow te ha negado el préstamo. Estás en mis manos.

—¡No, no lo voy a hacer! —se negó Elaine logrando liberarse del agarre de las manos masculinas.

—¡Harás lo que yo diga, zorra del demonio! —vociferó Emerson antes de asestar un certero golpe en la mejilla de ella con el dorso de su mano.

Elaine sintió el fuerte escozor en la piel, y elevó su mirada para clavarla en el rostro masculino, que parecía transfigurado por la cólera.

—Emerson, apártate de ella —expresó una voz dura.

Elaine y Emerson se giraron para descubrir al *sheriff* Rafferty en el quicio de la puerta. Su mano derecha se apoyaba sobre la culata de su arma y la postura de su cuerpo era tensa. Había sido testigo de lo sucedido y le hubiera gustado moler a palos a Emerson, pero no quería que sucediera una desgracia.

—Lárguese, Rafferty —replicó Emerson a sus palabras, sin importarle que Shane fuera la máxima autoridad en el pueblo como agente de la ley.

Shane ignoró sus palabras y se acercó hasta Elaine, a la que cogió del brazo para apartarla de su atacante y obligó a elevar su rostro con un dedo para comprobar que el golpe asestado había logrado que su pómulo se tiñera de rojo. Estaba claro que en pocas horas tornaría el color al morado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupado.

—Sí, tranquilo, estoy bien —respondió Elaine más repuesta.

—¿Quieres denunciar? —preguntó, dispuesto a meter tras las rejas a Emerson por la agresión que acababa de cometer y de la que había sido testigo.

—No es necesario... —comenzó a hablar Elaine, pero se vio interrumpida por la voz acerada de Emerson.

—Rafferty, métase en sus asuntos —expresó Emerson—. Esta conversación es entre la señora Gallagher y yo.

—Cualquier ciudadano de Rocky Meadow es asunto mío. Y no creo que la señora Gallagher desee quedarse aquí.

—Por supuesto que no —respondió Elaine más repuesta—. Lo que teníamos que hablar el señor Emerson y yo ya está dicho.

—¡Elaine! —pronunció Emerson amenazante, pero la aludida se giró y comenzó a andar hasta el exterior, escoltada por el *sheriff*.

Capítulo 18

Elaine dio una nueva vuelta sobre las sábanas, incapaz de dormir por el dolor palpitante de su mejilla. Como le había advertido Shane, su pómulo se había hinchado y había cambiado de color, que ahora se había tornado verdoso. Cuando Faith le había preguntado al respecto le había dicho que se había caído en el porche golpeándose contra el escalón y la niña la había creído. Lo que le preocupaba era lo que sucedería cuando regresara Caleb, él no aceptaría una excusa tan pobre.

Cansada se levantó de la cama y fue hacia la cocina. Su intención era avanzar algo de la costura que le había encargado Nancy. Cuál no fue su sorpresa al descubrir que había una luz encendida. Tuvo que colocar una mano sobre su pecho al descubrir una sombra situada junto a la ventana.

—¿Caleb?! —preguntó Elaine titubeante. Tras lo sucedido con Emerson se podía esperar cualquier cosa.

Caleb se giró y clavó la mirada en Elaine antes de contestar.

—Sí, soy yo —replicó.

No esperaba encontrarla a unas horas tan tardías. Al ver su mano sobre su pecho y su cuerpo tembloroso supo que algo no andaba bien, y en dos zancadas estuvo a su lado. Fue cuando descubrió el moratón de su pómulo y su corazón se detuvo en su pecho durante un instante.

—¿Qué demonios te ha pasado? —preguntó preocupado

Elaine cerró los ojos y apretó los dientes por el contacto.

—Nada —mintió, apartándose de su contacto.

—Elaine, por favor —pronunció su nombre como ella misma solía hacer cuando su hija parecía querer ocultar algo.

—Me caí... —comenzó, pero Caleb la cortó con un gesto de mano.

—No me mientas —le exigió.

Elaine dudó, pero finalmente optó por la verdad. Tarde o temprano Caleb descubriría la descubriría.

—Ha sido Emerson. No se tomó demasiado bien que rechazara su propuesta de matrimonio —confesó.

Caleb, tras escuchar sus palabras apretó la mandíbula mientras intentaba

controlar su ira. No podía evitar estar enfadado con Elaine por romper la promesa que le había hecho. Pero que su rostro estuviera marcado no era responsabilidad de ella, si no de ese maldito Emerson. La imperiosa necesidad de poner sus manos sobre el cuello de aquel cabrón le consumió a pesar de saber que no era lo más inteligente.

—Por favor, no hagas nada —le suplicó Elaine preocupada al ver la expresión de su rostro, cuyas facciones parecían de granito.

La voz femenina traspasó la nebulosa de la ira que ocupaba su mente. Fijó nuevamente la mirada en el rostro femenino y sin poder contenerse elevó su mano y acarició con delicadeza su mejilla.

—No puedo prometerte nada, y más si no voy a cumplirlo —dijo mientras bajaba el brazo, pero no se apartó de ella.

—Es lo justo —dijo Elaine, a fin de cuentas ella misma había roto la promesa que le había hecho—. Pero por favor, piensa en nuestro proyecto, en nuestro futuro. Eso es más importante que la venganza. Acuérdate de Justin y Shannon.

«Futuro». La palabra retumbó en la cabeza de Caleb. El resto del discurso de Elaine se perdió. Hasta aquel preciso instante no se había percatado de a dónde le llevaban las decisiones que estaba tomando en los últimos días. Nunca había pensado en lo que sería de él más allá de lo que sucedería al día siguiente.

Cuando volvió de la guerra se zambulló directamente en la búsqueda del asesino de la madre de su prima, sin importarles el mañana. Pero en pocas semanas todo había cambiado, se había metido de lleno en la vida de Elaine y sin percatarse estaba haciendo planes de futuro.

«¿Por qué estoy haciendo esto?», se preguntó, aunque temía darle respuesta a esa pregunta. Suponía asumir que la mujer que había invadido su cabeza, y sospechaba que su corazón, se había convertido en el eje de su vida.

—¿Caleb? —preguntó Elaine, confusa ante la extraña expresión que presidía el rostro masculino.

El aludido movió su cabeza de un lado a otro, intentando despejar su cabeza, pero cuando volvió a centrar su mirada en el rostro femenino la imperiosa necesidad de besarla le asolaron.

—Te he echado de menos —confesó mientras acortaba la distancia que los separaba. Hubiera esperado que ella se apartara, pero no fue así.

—Yo también —replicó Elaine. No podía mentir a Caleb ni a sí misma.

—¿Y eso qué significa? —preguntó él a pesar de sus dudas anteriores. Necesitaba saber que pensaba ella, que sentía.

—No lo sé, la verdad —respondió Elaine con sinceridad—, pero me gustaría descubrirlo —concluyó sin importarle lo que su confesión supondría.

Caleb sintió que su corazón se aceleraba al escuchar sus inesperadas palabras. Con temor, elevó su mano y acarició nuevamente su mejilla antes de bajar la cabeza para acortar la distancia que separaba sus labios. Primero fue un leve roce, tanteando la situación, temiendo su rechazo a pesar de las palabras de ella. Para su sorpresa, Elaine se puso de puntillas, enlazó sus manos tras su nuca y ahondó el beso como un sediento en el desierto. A pesar de sentirse sorprendido por su acción, no desaprovechó la ocasión y con la mano libre cogió su estrecha cintura entre sus dedos y la obligó a pegarse a su cuerpo. Sus lenguas se encontraron y se sintió subyugado con su sabor, aquel que ya había probado y anhelado tanto.

Durante largos minutos el beso se prolongó y subió en intensidad. Las manos de Caleb se movían libremente sobre la espalda femenina, y a pesar de la tela de lino de su camión, se sintió frustrado al no poder tocar su piel. Su cuerpo estaba revolucionado, su masculinidad había engrosado de forma alarmante y la imperiosa necesidad de poseerla le asolaba. Con esfuerzo se apartó de ella y tras tragar saliva decidió dar un paso más.

—Elaine, esto es una tortura, no puedo más —confesó mientras apoyaba su frente sobre la de ella—. Si vas a echarte atrás, hazlo ahora —le dijo, concediéndole la opción de huir.

Elaine notaba que su cuerpo estaba en llamas, que la necesidad atenazaba su estómago.

—¿Me prometes que mañana no te vas a arrepentir de esto? —le preguntó Caleb, notando que de su respuesta dependía el resto de su vida.

—Te lo prometo, Caleb Henderson. No sé a dónde nos llevará esto, pero tampoco me importa —confesó—. Solo quiero sentirte, volver a sentirme viva.

—¿Y Faith? —preguntó él, temiendo que la niña estuviera en el dormitorio que poco antes había abandonado Elaine.

—Está con Lorraine —expresó la aludida con una media sonrisa.

Caleb sonrió a su vez tras escuchar su respuesta y sin perder tiempo la cogió en brazos, alzándola por los aires, y se dirigió al dormitorio a toda velocidad. Con paso acelerado se acercó al lecho y la dejó con sumo cuidado

sobre él.

No se tumbó junto a ella directamente, se tomó unos segundos para estudiar la estampa que presentaba. Su cuerpo iba envuelto en un delicado y fino camisón de lino, que con la luz de la lámpara sobre la mesilla no dejaba nada a la imaginación. A través de la tela podían distinguirse sus pezones, que en aquel momento estaban enhiestos. Su mirada fue descendiendo a lo largo de su cuerpo y llegó hasta el vértice entre sus piernas, donde también podía distinguir una sombra. Su postura, completamente despreocupada con las piernas flexionadas, le excitó aún más.

—¡Caleb! —sonó como un ruego la voz femenina.

El aludido elevó su mirada hasta su rostro, fue entonces cuando su corazón se detuvo en seco. Su hermoso semblante estaba acalorado y sus ojos verdes resplandecían con las llamas de la pasión.

—Eres la mujer más hermosa que he conocido en mi vida —confesó mientras colocaba una rodilla sobre el colchón, luego la otra, dejando el cuerpo femenino entre ambas.

Elaine respiró entrecortadamente cuando Caleb se colocó a horcajadas sobre ella. Para su sorpresa, él extendió sus manos y comenzó a acariciar su rostro con delicadeza, pudo vislumbrar la devoción en su mirada y cuando uno de sus dedos rozó sus labios incluso se olvidó de respirar.

Caleb, una vez recorrida cada una de sus facciones, descendió a lo largo de su garganta hasta llegar al cuello del camisón. Comenzó a desabrochar uno a uno los botones, aunque cuando logró liberar el último estaba a punto de perder la paciencia. Luego apartó la tela para dejar a la vista su clavícula. Con necesidad hizo descender su cabeza hasta la altura de sus pechos y atrapó uno de ellos a través de la tela para succionarlo, logrando arrancar un jadeo de la garganta femenina. Luego se ocupó de su otro pecho, repitiendo la misma acción. Fue entonces cuando la mujer elevó sus manos y aferró su pelo para obligarle a ahondar la caricia.

Caleb se sintió excitado, notando cómo su masculinidad se enardecía. Con esfuerzo logró apartarse de su pecho y se movió para que sus rostros quedaran a escasos milímetros. Clavó intensamente su mirada en las pupilas de Elaine, que en aquel momento estaban oscurecidas por la pasión. Entonces habló.

—Shhh, tranquila, no tenemos prisa. Pienso saborear cada centímetro de tu piel, pero quiero hacerlo poco a poco. Aunque para eso deberíamos quitarnos la ropa —dijo con humor mientras le guiñaba un ojo.

Elaine sonrió a su vez ante su gesto.

—Pues deberías quitarte de encima mía para que pueda cumplir tus deseos —replicó con picardía.

Fue dicho y hecho. En un movimiento diestro Caleb abandonó el lecho y comenzó a desabrocharse la camisa, mientras que con un pie presionaba contra el talón del otro para quitarse una bota. Elaine por su parte se situó de rodillas sobre el colchón y en un gesto rápido cogió la punta de su camisón y se lo sacó por la cabeza, quedando en un instante desnuda.

—¡Eh, eso es jugar con ventaja! —protestó Caleb mientras lidiaba con la segunda bota, mientras sus dedos luchaban con la hebilla de su cinturón. Se vio recompensado con la risa cantarina de Elaine. Era la primera vez que la escuchaba y sintió un aleteo en su corazón.

—Oh, vamos, deja de protestar y acaba de una vez —replicó Elaine mientras se acomodaba sobre las sábanas, disfrutando de la visión del cuerpo masculino, que iba perdiendo capas de tela por momentos.

En pocos segundos, Caleb se reunió con Elaine en la cama y la pegó a su cuerpo, sin dejar ni un milímetro de piel sin rozarse.

—¿Y ahora qué? —preguntó mientras frotaba su nariz contra la de Elaine.

—¿Tengo que decírtelo? —replicó ella con otra pregunta.

Ahora fue Caleb quien rio antes de tomar su boca ferozmente.

Sus lenguas se encontraron y se batieron en un duelo del que nadie sería el vencedor, saboreándose el uno al otro. A su vez las manos de él recorrían la piel de Elaine, cuyo vello se erizó y un escalofrío recorrió su cuerpo cuando los expertos dedos de Caleb llegaron al vértice entre sus piernas. Sin ninguna misericordia comenzó a mimar su clítoris, acariciándolo circularmente y luego se introdujo en su interior, donde fue abrazado por el calor y la humedad que anhelaba como nada en su vida.

—¿Te gusta? —susurró junto a su oído.

A Elaine le costó concentrarse en lo que Caleb le decía, estaba completamente perdida en la marea de pasión que la envolvía. Pero finalmente pudo contestar con la voz entrecortada.

—Claro, pero no me gusta ser egoísta —dijo sorprendiendo a Caleb, que no sabía a qué se refería hasta que notó sus suaves manos moviéndose por su cuerpo.

Elaine abandonó la espalda masculina que había estado acariciando hasta entonces para desplazar las caricias hacia abajo, donde se encontró con su

trasero que no dudó en presionar, pero su objetivo era otro. Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando sus dedos atraparon su pene, que estaba duro como una piedra. Era suave como el satén y estaba caliente como esperaba. Comenzó a acariciarlo y se vio recompensada con un jadeo que surgió de la garganta masculina.

—Elaine, estás acabando conmigo.

—¡Oh! —exclamó Elaine—. Yo creía que acabábamos de empezar.

—Eres muy mala —dijo Caleb cogiendo su cintura para girarla y colocarla a horcajadas sobre su cuerpo—, y el caso es que creo que eso me encanta.

—Pues me alegro, porque tú también me encantas a mí —replicó Elaine, complacida con sus palabras.

Después de eso no hubo más palabras, solo besos y caricias. Cuando Caleb se creía a punto de explotar no dudó en guiar su masculinidad hasta la hendidura que parecía reclamarle y la penetró con una fuerte embestida. Tuvo que cerrar los ojos por un instante a riesgo de perder el sentido. Después ambos comenzaron a moverse al compás y poco después llegaron al orgasmo al mismo tiempo.

Elaine cayó desplomada sobre el pecho masculino, intentando recuperar la respiración. No recordaba cuánto tiempo hacía que no se sentía tan plena y feliz, pero lo que tenía claro era que no quería volver a perderse en la oscuridad de la soledad.

Capítulo 19

Caleb se despertó cuando un rayo de sol se filtró a través de la ventana. Abrió los ojos con esfuerzo y durante un instante se sintió extraño. Cuando su mirada se adaptó a la luz, giró la cabeza y se encontró con Elaine, cuyo rostro parecía relajado. Hubiera querido acariciar su mejilla, pero se contuvo por miedo a que se despertara. Estudió sus rasgos a conciencia, aprovechando el momento furtivo, y sintió que su corazón se aceleraba.

Por un lado se sentía pletórico por lo que había sucedido aquella noche. Tenía que reconocer que había sido la mejor experiencia de su vida, pero por otro lado estaba preocupado por lo que sucedería a partir de entonces. «¿Y si se arrepiente de lo que hemos hecho?», se preguntó con el corazón en un puño, percatándose en ese momento de que sus sentimientos hacia Elaine eran más profundos de lo que había supuesto en un principio.

Estaba asustado, no lo podía negar, aunque no se debía a sus propios sentimientos si no por los de Elaine, que desconocía. El nerviosismo bullía en su interior y sintió la imperiosa necesidad de levantarse. Se movió sobre el lecho con sumo cuidado para abandonarlo sin que ella se despertara. Cogió sus ropas de la silla donde descansaban y abrió la puerta con cuidado y oteó antes de salir del dormitorio. No quería que ni Lorraine ni la niña le vieran saliendo de allí.

Ya en la cocina se vistió con celeridad, echó unos troncos en la cocina de hierro y preparó la cafetera, que colocó sobre el fogón. Luego salió al exterior para empezar con sus tareas cotidianas, aquellas que había comenzado a realizar desde el mismo día que abandonó su convalecencia.

Bajó los dos escalones del porche y elevó los brazos por encima de su cabeza para estirar el cuerpo, notando vibrar cada músculo. Calculó que el café tardaría en estar listo el tiempo necesario para dar de comer a las gallinas y recoger los huevos. Cuando regresó, el café ya burbujeaba, lo apartó del fuego y lo dejó a un lado antes de acercarse a la alacena y coger una taza.

—Buenos días, señor Henderson —le saludó Lorraine, que en aquel momento salía del dormitorio que compartía con Faith—. ¿Cuándo ha regresado? —preguntó la joven curiosa.

—Buenos días, señorita Lorraine. Anoche a última hora —respondió amigablemente mientras sacaba una taza más y las colocaba sobre la mesa.

—Déjelo —expresó la joven mientras comenzaba a organizar el desayuno —, yo me ocupo de esto.

—Gracias, pues yo traeré la leche antes de que la pequeña glotona llegue y se enfade conmigo.

—¡No soy una glotona! —exclamó Faith, frotándose los ojos adormilada.

—Faith, no te enfades —la reprendió Elaine, que salía en aquel momento de su habitación—. Caleb tiene razón, eres una comilona —añadió con humor, granjeándose un bufido por parte de su hija, que se cruzó de brazos mientras fruncía el ceño.

Caleb, que estaba a punto de salir de la casa, se detuvo un instante y clavó su mirada en el rostro de Elaine, temiendo lo que encontraría. Para su sorpresa ella no apartó la mirada y le dedicó una enorme sonrisa. Su corazón comenzó a galopar sobre su pecho.

—¡Caleb!, ¿vas a traer la leche o no? —expresó Faith con voz estridente.

—Sus deseos son órdenes —dijo Caleb haciendo una reverencia burlona antes de salir por la puerta—, pero antes quiero mi beso —añadió acucillándose.

La niña sonrió fugazmente y se lanzó prácticamente a sus brazos para estampar un sonoro beso en su mejilla.

—Te he extrañado —confesó Faith mientras se apartaba—, pero tengo hambre —añadió, logrando que la risa de los adultos llenara la cocina.

—Está bien, ahora vuelvo —dijo Caleb saliendo por la puerta en dirección al redil donde ahora se hospedaba la vaca.

Cuando regresó, el desayuno estaba dispuesto y los habitantes de la casa desayunaron entre risas y bromas. Poco después, Lorraine y Faith salieron en dirección al colegio.

Caleb permanecía sentado frente a la mesa, jugando con su taza, a pesar de que ya estaba vacía. No despegaba la mirada de la mesa, por miedo a enfrentarse a Elaine. Se sentía como un niño.

—Caleb, ¿qué sucede? —preguntó Elaine, preocupada por el extraño comportamiento de él.

Caleb, al escuchar su voz elevó su mirada y la clavó en el rostro expectante de la mujer que tenía frente a sí.

—Nada —replicó escuetamente.

—No estoy segura de que tu respuesta sea verdad. ¿Te arrepientes de lo sucedido? —preguntó Elaine preocupada.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Caleb, cogiendo la mano femenina, que en aquel momento jugueteaba con una servilleta con nerviosismo—. Temía que fueras tú la que se arrepentía.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Elaine cuando escuchó sus palabras. Desde que Caleb había aparecido en su vida le había dado pruebas de ser un hombre resuelto, valiente, pero en aquel momento parecía un niño inseguro y eso la enterneció en lo más hondo de su corazón.

—Quizás la decisión que tomé anoche no sea la más acertada, pero no pienso renunciar a sentirme viva.

—¿De verdad? —indagó Caleb sorprendido—. No te he hecho ninguna promesa y no sé a dónde llegará esto...

—¡Shhh! —le chistó Elaine para que dejara de hablar—. Yo no te he pedido promesas, disfrutemos del día a día. Es otra lección que me ha dado la vida en los últimos tiempos. El pasado no se puede cambiar, el futuro es incierto, pero el presente está en nuestras manos.

Caleb notó cómo el corazón se le aceleraba en su pecho. Si antes se había sentido atraído por Elaine, ahora se rendía a sus pies. En un movimiento rápido se levantó de su asiento, se acercó a ella y la obligó a levantarse antes de acercarla a su cuerpo. Tomó su rostro entre las manos antes de besar sus labios ardientemente. Sus lenguas no tardaron en encontrarse, y la mecha de la pasión encendió sus cuerpos.

Elaine se dejó llevar por aquel beso lento y abrasador, pero aquella mañana tenían un millón de cosas por hacer y estaba entusiasmada con el nuevo comienzo que se presentaba ante sus ojos. Con un esfuerzo sobrehumano se apartó para poder hablar, a escasos centímetros de sus labios.

—Debemos parar —expresó colocando sus manos sobre el pecho masculino.

—¿De verdad? —preguntó Caleb con voz melosa. Lo único que deseaba en aquel momento era hacerle el amor una y mil veces.

—Sí, Caleb, de verdad —dijo Elaine logrando al fin poner distancia entre sus cuerpos—. Tenemos que ir a encargar la madera para el granero.

Caleb soltó un bufido, se sentía frustrado, pero Elaine tenía razón. Lo primero era lo primero, y la reconstrucción del granero era el comienzo de su proyecto común.

—Está bien, seré bueno —aceptó a regañadientes—. Voy a preparar el carro, no tardaré mucho.

Dale Glover llegó a la entrada del Rocky Meadow y se tomó su tiempo para enfilar hacia la calle comercial. Cuando llegó al lugar que le había llevado aquel día al pueblo tiró de las riendas y obligó a su caballo a detenerse. Descendió de su montura y lo ató en el palo dispuesto horizontalmente para dicho fin.

El edificio del hostel Colton parecía imponente con sus tres pisos de altura. El blanco de sus paredes parecía resplandecer con los rayos del sol que se proyectaban sobre su fachada. Se notaba que los propietarios cuidaban hasta el último detalle de su negocio, no por nada era uno de los hospedajes más reconocidos de la zona por su servicio, limpieza y eficacia. Él mismo había acudido a su restaurante un centenar de veces, atraído por la buena cocina del señor Colton, pero no era eso lo que le llevaba allí aquel mediodía.

No era un hombre que disfrutara demasiado socializando. Estaba acostumbrado a la tranquilidad de su rancho, donde tenía todas las comodidades y lo que pudiera necesitar. Evitaba expresamente ir al pueblo, mezclarse con sus conciudadanos, pero el día anterior había recibido la visita de Thadeo Barbrow, el dueño del banco.

Barbrow había ido para que firmara unos documentos que necesitaba, y en una conversación de lo más usual salió a colación el nombre de su hija. Hubiera deseado decirle que no quería saber nada de ella, que para él estaba muerta. Habían pasado semanas desde que la había echado del rancho y supuso que se habría ido de Rocky Meadow, pero al parecer había comenzado a trabajar de camarera en el hostel Colton.

Tras unos minutos, finalmente subió los dos escalones del porche, se adentró en el interior y llegó hasta la zona donde se encontraba el restaurante, que a esa hora estaba en su máximo apogeo. Se quedó plantado en el arco que daba entrada al comedor y estudió el interior hasta que sus ojos encontraron la figura de Lorraine, que en aquel momento cargaba con una pesada bandeja repleta de platos. Chascó la lengua, molesto, y se adentró en la sala. Solo había una mesa vacía, una situada cerca de la entrada, y allí se sentó, esperando pacientemente para ser atendido.

Lorraine dejó la bandeja en el aparador cercano y estudió la sala en busca del algún cliente que necesitara de sus servicios. Cuando descubrió a su padre, que mantenía la mirada fija en su persona, se quedó sin aire y le costó un mundo volver a llenar sus pulmones. «¿Qué hace él aquí?», se preguntó mientras sus dedos se aferraban a la tela de su delantal sin apenas percatarse.

Nancy, que llegaba en aquel momento con la libreta y el lápiz entre sus dedos para entregar un nuevo pedido a James, se percató de cómo el color abandonaba las mejillas de la joven y el gesto de sus dedos sobre la tela.

—Lorraine, ¿estás bien? —preguntó preocupada.

La aludida tardó unos segundos en reaccionar, pero finalmente lo hizo y clavó su mirada en el rostro preocupado de la mujer.

—Él está aquí —pronunció con voz estrangulada.

—¿Quién? —indagó Nancy confusa mientras oteaba a su alrededor.

—Mi padre —respondió a duras penas.

Nancy se giró levemente y descubrió a Dale Glover sentado en una de las mesas, con la vista fija en ellas. Su expresión era dura, fría, aunque aquello no era una novedad. Nunca en su vida había visto sonreír a aquel hombre, ni tan siquiera el día que se casó con la pobre madre de Lorraine.

—¿Quieres que le atienda yo? —preguntó mientras su mano se posaba sobre el antebrazo de Lorraine.

La joven dudó unos instantes. No podía negar que sentía temor a enfrentarse nuevamente a su progenitor. «Él ya no es nadie, él decidió salir de tu vida», se dijo para intentar infundirse ánimos. Quería ser una nueva persona, una mujer fuerte y valiente como lo eran la señora Colton y la señora Gallagher, y para eso el primer paso era enfrentarse a uno de sus fantasmas.

—No, gracias Nancy, lo haré yo —dijo con resolución antes de soltar la tela de su delantal y buscar en el bolsillo del mismo su libreta y el lápiz. Se cuadró de hombros y caminó con firmeza hacia la mesa que ocupaba su padre.

Nancy la vio alejarse, y a pesar del temor de que ese maldito de Glover volviera a herir a su hija, se sintió orgullosa por la valentía de la joven.

—Buenos días, señor —saludó educadamente Lorraine cuando llegó hasta la mesa. Luego clavó su mirada en la libreta y se ordenó mentalmente tratar a su padre como a cualquier otro cliente—. ¿Quiere que le diga cuál es el menú de hoy? —preguntó mientras se preparaba para relatar la lista de platos.

—No, quiero que desaparezcas de Rocky Meadow para siempre —soltó Dale sin miramientos.

Lorraine elevó su mirada y la clavó en el rostro granítico de su padre sin dar crédito a sus palabras. Comprendía su enfado, su ira, pero no pudo evitar que el dolor la atravesara. Siempre había creído que su padre era un hombre duro y atormentado a consecuencia de la muerte de su madre. Había intentado aliviar su alma con amor, pero parecía que de nada había servido. Su trato para con ella tras lo sucedido era excesivo y no se lo iba a permitir.

—¿Quiere que me vaya? —preguntó con voz estrangulada.

—Sí, eso exactamente. A poder ser, quisiera que mañana ya no estuvieras aquí.

El dolor volvió a atenazar el pecho de Lorraine, pero la dureza de su voz provocó que la mecha de la ira se encendiera en su interior. Frunció el ceño y se irguió antes de hablar.

—No —expresó taxativamente—, no pienso huir.

—No será la primera vez —rebatió Dale con una sonrisa sarcástica.

—Rocky Meadow es mi pueblo, mi hogar y no pienso marcharme.

Dale sintió como su rostro se crispaba tras las palabras de Lorraine. No estaba acostumbrado a que nadie le llevara la contraria, nadie se atrevía, y que lo hiciera su hija, una joven insulsa y débil, le enervó. Sin importarle el mundo que le rodeaba se levantó como un resorte, provocando que la silla que ocupaba acabara en el suelo. Todos los ojos se fijaron en ellos, pero eso no logró detener su genio.

—¿Quién te crees, mocosa del demonio? —gritó exasperado—. ¿Acaso piensas que los habitantes de este maldito pueblo te aceptarán? —prosiguió con sus preguntas con sorna—. ¿Qué alguien te quiere? —concluyó antes de soltar una sonora carcajada.

Nancy era testigo de la escena, incrédula ante la crueldad de aquel hombre. Dejó la bandeja que portaba sobre el aparador y estaba a punto aproximarse a la mesa, cuando otra voz sonó en el salón que permanecía en completo silencio.

—Señor Glover —expresó Shane con voz fría. Había llegado justo a tiempo para escuchar las duras palabras vertidas por Glover hacia su hija, y tuvo que controlarse para no estampar su puño contra su rostro—, creo que será mejor que se vaya —le invitó, a pesar de la mirada torva que este le dedicó.

—*Sheriff*, métase en sus asuntos —escupió Dale, volviendo su atención a Lorraine, que se había quedado quieta como un poste, incapaz de moverse tras

las aseveraciones de su progenitor—. Vamos —dijo cogiendo el brazo de Lorraine, dispuesto a sacarla de aquel lugar, de Rocky Meadow y de su vida—. Te daré algo de dinero antes de dejarte a la salida del pueblo.

—Suéltela —le exigió Shane acortando la distancia, dispuesto a todo.

—¿O qué hará? —le rebatió sin inmutarse.

—Arrestarle por escándalo público.

Ambos hombres cruzaron sus miradas, midiéndose mutuamente. La tensión reinante en el restaurante se podía cortar con un cuchillo. Transcurrieron largos minutos, y a su pesar, Dale Glover soltó el brazo de su hija y se apartó un paso.

—Esto no quedará así, *sheriff* Rafferty, hablaré con sus superiores —le advirtió a Shane antes de salir precipitadamente.

Lorraine notaba el cuerpo tembloroso, y en pocos segundos las lágrimas anegaron sus ojos. La primera en reaccionar fue Nancy, que se aproximó a ellos y rodeó los hombros de Lorraine con su brazo.

—Vamos, niña, necesitas una infusión —dijo mientras obligaba a la joven a moverse, pero antes de alejarse clavó su mirada en Shane, que permanecía quieto como una estatua, incapaz de moverse a consecuencia de la tensión que atenazaba sus músculos—. Gracias, Shane —dijo Nancy antes de seguir con su camino.

—De nada, Nancy —replicó con una tenue sonrisa, dedicando una última mirada a la joven, cuya piel parecía blanca como la cera—. Cuídala —le pidió antes de salir por la misma puerta por la que poco antes había desaparecido Glover.

Ya en el exterior, Shane se sintió gratificado cuando una ligera brisa acarició sus mejillas. Poco a poco los latidos de su corazón se fueron ralentizando y recuperó el pulso normal y acompasado. Lo que acaba de suceder le había desestabilizado de una forma que apenas recordaba. Odiaba las injusticias, las había visto un centenar de veces a lo largo de la guerra, pero ser testigo del trato que Glover le había dispensado a su hija había logrado que unas ansias desmedidas de darle una paliza inundaran su cuerpo. No le había pasado desapercibida la amenaza que había vertido Glover. No era estúpido, sabía que ese tipo era uno de los hombres más poderosos de la zona y que tenía muchos contactos, pero no por ello se iba a amedrentar. Lorraine era una joven dulce e inocente y no pensaba permitir que Glover la

destruyera. Con esa promesa, bajó los dos escalones del porche y se encaminó a su oficina.

Capítulo 20

Caleb cargó la última viga con ayuda del señor Bree, el carpintero, y cerró la puerta trasera del carro. Le hubiera gustado cargar todos los materiales de una vez, pero tendría que hacer un segundo viaje.

—El viernes sin falta tendrá el resto de la madera —prometió Bree mientras se limpiaba las manos en las perneras de su pantalón.

—Ahora le hago el primer pago —dijo Caleb, nervioso ante el proyecto que se presentaba ante él.

—Perfecto, le espero dentro —replicó el hombre antes de internarse en su taller, dejando solos a Elaine y Caleb.

—Bueno, me temo que tendré que hacer un segundo viaje —informó a Elaine, que observaba las grandes vigas de madera nueva—. ¿Vienes conmigo? —preguntó.

La aludida dejó de prestar atención a la carga del carro y giró su rostro para clavar su mirada en Caleb.

—Me quedo, tengo que hacer unos recados y me gustaría ir a ver a Nancy.

—Está bien —dijo Caleb—, cuando acabes ven aquí, te esperaré —añadió, incapaz de apartar la mirada de los labios de la mujer, deseando volver a besarlos, como había hecho en el camino, cuando detuvo el carro para poder saciarse de ella.

—No me mires así, por favor —le rogó Elaine, oteando a su alrededor, temiendo que alguien pudiera observarlos.

—¡Oh, vamos, Elaine! —exclamó Caleb, aguantando las ganas de reír—. No estamos haciendo nada.

—Lo sé, pero tus ojos te delatan —rebató Elaine—. ¿Podrás esperar hasta esta noche? —añadió con una mirada pícaro.

Caleb, que se había apoyado en la parte trasera del carro despreocupadamente, con los brazos cruzados sobre su pecho, tuvo que moverse cuando la excitación comenzó a hacer reacción en su cuerpo.

—¿Eso es una promesa? —preguntó sensualmente.

—Puede ser, pero hasta esta noche, cuando Lorraine y Faith estén durmiendo, no lo sabrás —replicó Elaine enigmáticamente mientras le guiñaba

un ojo y se giraba para emprender su camino.

Emerson, apostado en el callejón frente a la carpintería no apartó la mirada de la mujer hasta que desapareció entre el gentío de la calle comercial. Aflojó sus puños, hasta entonces atenazados por la ira y maldijo sonoramente. Había sido testigo del tongo entre Elaine y aquel malnacido, y deseó intervenir, pero sabía que tenía pocas posibilidades en un cuerpo a cuerpo contra él. Henderson era un hombre duro y curtido, y al menos medía veinte centímetros más que él. En una pelea él sería el que acabaría tendido sobre la tierra y humillado.

—Acabaré contigo de una forma u otra —dijo en voz alta, formulando la promesa que tenía pensado cumplir aunque le llevara una vida entera. Nadie le robaba a Eliot Emerson lo que era suyo.

Esperó pacientemente a que Caleb se subiera al carro y desapareciera por el camino de tierra para salir de su escondite, y luego encaminó sus pasos al colmado Sheridan, imaginando que esa sería una de las paradas que realizaría Elaine.

Como suponía, allí se encontraba, aunque ya salía del establecimiento y comenzaba cruzar la calle para dirigirse al hostel Colton. Aceleró el paso, a pesar de la tensión que eso provocó en su pierna mala, y llegó hasta ella antes de que Elaine traspasase el umbral del hostel.

—Elaine —pronunció su nombre, logrando que ella se detuviera en seco y girara su rostro hacia él. Pudo comprobar la marca en su mejilla, aquella que él mismo había provocado.

—Emerson —pronunció la aludida con el corazón acelerado en su pecho. En las últimas horas se había olvidado de su existencia, de lo ocurrido cuando había ido a visitarle, pero lo sucedido se volvió a aparecer ante sus ojos y logró que su mandíbula se tensara—, no tenemos nada que hablar —expresó, dispuesta a seguir con su camino, pero una mano de hierro aferró su brazo, aunque sin dureza.

—Quería disculparme por lo que sucedió el otro día —comenzó Emerson, dispuesto a cambiar de táctica mostrándose débil ante ella, aunque no le gustaba demasiado la idea sabía que no tenía otra alternativa para ganarse nuevamente la confianza de la mujer—. Me comporté como un estúpido.

—Sí, lo hiciste, pero eso ya no importa —replicó Elaine mientras se deshacía de su agarre—. Y ahora, si me disculpas, tengo que cosas que hacer.

—Por favor, Elaine —rogó, dibujando una expresión de animal apaleado que nada tenía que ver con su persona—. Es de humanos errar...

Elaine clavó su mirada en su rostro con intensidad y, a pesar de todo no pudo evitar sentir lástima por aquel pobre hombre, pero eso no quería decir que no lo quisiera fuera de su vida.

—Te perdono, si eso te sirve de algo, pero te quiero lejos de mí y de Faith —sentenció antes de girarse y avanzar con paso firme hasta desaparecer tras la puerta del hostel.

Emerson se quedó allí plantado, sintiéndose ridículo. Hubiera deseado seguir a Elaine, obligarla a entrar en razón, pero estaba claro que la había perdido para siempre y toda la culpa era de ese maldito hombre que había salido de la nada. «Esto no va a quedar así», se prometió mientras apretaba los puños a los costados.

Shane dejó el telegrama que acaba de leer sobre la mesa y una enorme sonrisa se dibujó en sus labios. Las noticias eran más que buenas. Justin había sido escueto al respecto, pero lo importante es que todo había acabado por fin y que tarde o temprano su amigo regresaría a Rocky Meadow. El sonido de la puerta al abrirse hizo que elevara su mirada para descubrir que se trataba de su ayudante, que entraba en aquel momento para hacerle el relevo.

—Buenas noches, *sheriff* —saludó Martin a su jefe, que en aquel momento abandonaba su silla.

—Buenas noches, Lamson. ¿Has comprobado lo que te pedí? —interrogó mientras rescataba su sombrero del clavo donde estaba y lo colocaba sobre su cabeza.

—Sí, jefe —respondió el joven—. Todo tranquilo en el restaurante, no ha habido ningún altercado más.

—Perfecto, entonces nos vemos mañana —dijo dirigiéndose a la puerta.

Martin observó sus movimientos y a pesar de que sabía que su jefe era el hombre más discreto que conocía, no pudo evitar preguntar.

—¿No se va a casa? —preguntó señalando las escaleras que subían al apartamento donde vivía Shane.

—No, tengo que hacer algo antes —respondió mientras se guardaba el telegrama en el bolsillo de su camisa. Luego hizo un gesto despedida con su

sombrero y salió de la oficina en dirección a la herrería, donde solía dejar a su caballo.

Llego a la herrería justo a tiempo. Aubart, el herrero, estaba cerrando sus puertas en aquel momento.

—Espere, Aubart, necesito mi caballo. Perdone las molestias —se disculpó.

—No hay problema, *sheriff* —replicó el hombre mientras le dejaba entrar.

Shane puso la silla sobre *Rifle* y ajustó las cinchas en tiempo record gracias a los años de práctica. Luego cogió las riendas y obligó al cuadrúpedo a avanzar hacia la puerta. Antes de salir se dirigió nuevamente a Aubart, que había aprovechado el tiempo para ordenar sus herramientas.

—Ya puede cerrar, esta noche dejaré a *Rifle* frente a la oficina, no quiero darle más molestias.

—Esta bien, gracias *sheriff*, que tenga buena noche —replicó el hombre mientras le seguía para poco después cerrar la puerta a su espalda.

Shane subió a su montura con un salto diestro, y tiró de las riendas para dirigirse a la salida del pueblo, en dirección al rancho Gallagher. Estaba seguro de que Henderson le agradecería las nuevas noticias que tenía sobre Justin y su prima.

Estaba a pocas millas del mismo, cuando escuchó un revuelo en el camino. A pesar de ser de noche, la luna llena le permitió distinguir a un grupo de tres personas. Estaba claro que algo sucedía, y sin dudar descabalgó y ató a *Rifle* en un árbol cercano antes de aproximarse. Según iba acortando la distancia, pudo descubrir que se trataba de dos hombres y una mujer, que para su sorpresa resultó ser Lorraine. «Joder», maldijo mientras se aproximaba, colocando sus dedos sobre la culata de su revólver.

Lorraine pestañeó, dispuesta a deshacerse de las lágrimas que anegaban sus ojos. «Ni se te ocurra llorar», se ordenó mentalmente, a pesar de que le estaba costando un mundo lograrlo. Sabía que si sus hermanos descubrían su debilidad se aprovecharían de ella para ser más crueles. Así había sido siempre, desde que tenía uso de razón.

Sloan y Rob nunca habían sido los hermanos amorosos que se hubiera esperado. Lorraine siempre había sido la diana de sus crueles bromas, como en aquel momento, que no cesaban de insultarla.

—No sé por qué no sigues el consejo de papá —decía Sloan, el mayor de

los tres—, es lo mejor que puedes hacer. Si quieres te puedo acompañar a Tucker Town —dijo en alusión a un pueblo situado a varias millas de allí—, donde está el mejor prostíbulo de la zona —cortó su parlamento cuando Rob comenzó a carcajearse sonoramente—. ¡Cállate, estúpido! —le recriminó antes de clavar nuevamente su mirada en su hermana, acorralada entre ambos y un árbol, donde la joven apoyaba su espalda, incapaz de retroceder un palmo más—. Conozco al dueño, estoy seguro de que te contrataría encantado.

—Por favor, dejadme ir —rogó Lorraine, necesitaba respirar desesperadamente.

—Ni lo sueñes —continuó Sloan, el que solía llevar siempre la voz cantante—, no hasta que nos prometas que te vas a largar. Papá esta de un humor de perros gracias a ti. Desaparece de nuestras vidas de una maldita vez.

—¡Eh, alejaos de ella! —ordenó Shane, sorprendiendo a Sloan y Rob, que se giraron con sobresalto al descubrirle.

—*Sheriff*, esto no es asunto suyo, es una cuestión familiar —replicó Sloan más repuesto.

—Eso es —intervino Rob, después de dar un trago a la botella que portaba en su mano—, esta zorra es nuestra hermana.

Shane apretó la mandíbula y en un gesto rápido afianzó sus dedos en su arma, sin apartar la mirada de ninguno de los dos. Estaba claro que al menos uno de ellos se había excedido con el alcohol.

—¡Cállate, Rob! —gritó Sloan molesto, cansado de su hermano pequeño. No le había pasado desapercibido el gesto del *sheriff*. El cañón de su pistola brillaba en la oscuridad gracias a la luna llena que presidía el firmamento—. Quizás le ha dado una mala impresión toda esta situación, pero nuestra única intención es que mi hermana entre en razón. Todos sabemos lo que hizo, lo que piensan las buenas gentes de Rocky Meadow. Lo mejor es que empiece una nueva vida en otro lugar.

—¿En el prostíbulo de Drake? —expresó Shane con voz acerada.

Sloan perdió la escasa paciencia con la que solía contar y se encaró con él sin importar las consecuencias. No estaba acostumbrado a que nadie se metiera en sus asuntos, y no le importaba que Rafferty fuera un agente de la ley.

—Rafferty, sigue tu camino y no te metas en nuestros asuntos.

Shane acortó la distancia que los separaba antes de hablar.

—No puedo, en este momento Lorraine es también mi asunto.

—No me jodas —intervino Rob—, ¿te acuestas con ella?

Shane se movió con rapidez, a Rob no le dio tiempo a reaccionar, su puño ya impactaba contra su mejilla. A partir de ahí, toda la situación se precipitó.

Lorraine se pegó aún más a la corteza del árbol, si aquello era posible, y observó la escena que se sucedía ante sus ojos.

Ahora Sloan sujetaba a Shane mientras Rob se desquitaba por el rechazo recibido, luego se centró en su estómago, dejando al hombre sin respiración por unos segundos, pero no por ello le dieron tregua.

«Tienes que hacer algo», se dijo Lorraine, a pesar de que su cuerpo estaba atenazado por el miedo. «¡Vamos! Esos animales van a acabar con él», prosiguió con su discusión interna. Finalmente cogió aire y se apartó del tronco del árbol, miró a su alrededor, buscando algo con lo que defenderse y finalmente dio con una rama que no dudó en coger entre sus manos antes de asestar un certero golpe contra la espalda de Rob. Su hermano soltó un alarido de dolor antes de girarse para enfrentarse a ella.

—¡Zorra! —vociferó mientras se cernía sobre ella.

Shane aprovechó la ocasión para deshacerse del agarre de Sloan antes de golpear su rostro. Golpe a golpe fue logrando doblegar a su enemigo, que con un último y certero puñetazo acabó en el suelo.

Cuando se giró descubrió que Rob había logrado quitar la rama que Lorraine había utilizado contra él, y la acorralaba nuevamente contra el árbol. Con lo que Rob no contaba era que su hermana elevara su rodilla con fuerza, impactando con dureza contra su masculinidad. Rob cayó, dolorido y maldiciendo, retorciéndose en el suelo.

Shane se aproximó a la joven y palpó su rostro antes de hablar.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—Sí, ahora sí —respondió Lorraine, sintiéndose orgullosa al haber hecho frente a su hermano.

—Bien —expresó Shane aliviado, pero no podía perder tiempo. Si esos dos volvían atacar estaría en desigualdad numérica nuevamente—. Quédate aquí —dijo apartándola de los dos hombres, dirigiéndose a su caballo, situado a pocos pasos—. Tengo que atarlos —le explicó mientras cogía la soga que siempre le acompañaba—. En cuanto acabe con esto te llevaré al rancho y luego vendré a por ellos —dijo mientras arrastraba a Sloan hasta un árbol cercano y lo ataba a él. Luego se encargó de Rob. Cuando acabó se acercó nuevamente a Lorraine y sonrió antes de hablar.

—¿Nos vamos? —le preguntó.

—Sí —balbuceó Lorraine, quedándose sin aire cuando él la aupó y la puso sobre la silla para luego subirse él mismo y colocarse a su espalda.

Capítulo 21

Caleb estaba descargando los últimos tablones del carro, a pesar de que la noche ya había dado paso a la oscuridad, empeñado en acabar la tarea que se había autoimpuesto aquella mañana. Estaba dejando las maderas apoyadas contra la fachada de la casa cuando escuchó los cascos de un caballo acercándose. Instintivamente su cuerpo se tensó y se puso en alerta. La luna estaba llena y la claridad le permitió ver que sobre el caballo no solo iba un jinete, sino dos, y alarmado se aproximó a su encuentro al descubrir que se trataba del *sheriff*.

—Rafferty, ¿qué ha sucedido? —preguntó cuando se detuvo a su lado, y descubrió que su acompañante era Lorraine, que mostraba su rostro desencajado.

No esperó respuesta, inmediatamente se situó junto al cuadrúpedo y colocó sus manos en la cintura de la joven, ayudándola a descabalgár.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado. Apreciaba a Lorraine, y no le gustaba verla mal.

—Sí, señor Henderson —replicó la joven a media voz.

Shane, que ya había bajado del caballo y lo había atado en el poste, se acercó a ellos y se dirigió a la joven.

—Lorraine, entra y dile a Elaine que te prepare una infusión —le indicó—. Tienes que tomar algo caliente.

La aludida giró levemente su rostro y clavó su mirada en el de Shane con intensidad. Por alguna extraña razón, separarse de él le producía angustia. En el pequeño trayecto que habían recorrido se había sentido a salvo, en paz, cosa que no le sucedía desde hacía meses.

—Tranquila —dijo Shane, adivinando en sus ojos la duda—. Todo irá bien, yo estaré contigo —le prometió—. Ahora ve.

Lorraine dudó, pero finalmente asintió en respuesta a sus palabras y se dirigió a la casa con paso cansado.

Caleb fue testigo de toda la situación, aunque sin datos no podía juzgar lo que sucedía. Cuando se quedaron solos no dudó en preguntar.

—¿Qué ha sucedido? —indagó directo.

—Nada, un problema con la gente del pueblo —Shane no quería dar demasiadas explicaciones que no le competían—. Yo venía a traerle noticias sobre Shannon y Justin y me encontré con la señorita Lorraine en el camino. De todas formas a partir de mañana la acompañaré al rancho cuando salga del restaurante, los caminos son solitarios a esas horas.

Una docena de preguntas se formularon en la cabeza de Caleb, pero respetó su evasiva. Anotó mentalmente estar más pendiente de Lorraine. Parecía que el trabajo se le acumulaba.

—Está bien, y si algún día no puede, me avisa e iré a recogerla yo mismo. ¿Quiere pasar? Seguro que a Elaine le encantaría que cenara con nosotros —le invitó.

—No puedo —se excusó Shane—, tengo cosas que hacer —«Meter a Sloan y Rob entre rejas», se recordó mentalmente—, pero se lo agradezco, señor Henderson.

—Bueno, ¿y cuáles eran esas noticias? —preguntó curioso.

—He recibido este telegrama —dijo mientras buscaba el papel doblado en su bolsillo y se lo tendía.

Caleb lo atrapó entre los dedos y lo abrió con nerviosismo. Paseó sus ojos por las escuetas líneas y dibujó una sonrisa.

—Ya era hora de que llegaran buenas noticias —expresó en voz alta.

—Eso mismo pensé yo, aunque al parecer el regreso de Justin y Shannon se complica. Supongo que tendremos que esperar para saber lo que ha sucedido.

—Bueno, no pasa nada, con saber que están bien me conformo. La verdad es que no tengo ninguna prisa —comentó Caleb enigmáticamente.

Shane achicó los ojos y los clavó en el rostro de Caleb. Estaba claro que algo ocultaba, y estaba más que seguro de que tenía que ver con Elaine.

—Bueno, ahora tengo que regresar al pueblo —dijo antes de ajustarse el sombrero sobre la cabeza y aproximarse al caballo para montar de un solo salto—. Nos vemos, señor Henderson.

—Por supuesto, Rafferty —replicó Caleb a modo de despedida.

Caleb acabó con los restos del guiso de ternera de su plato y se limpió los labios con la servilleta. La cena había transcurrido tranquila y más silenciosa de lo habitual. Lorraine parecía taciturna y se notaba a la legua que Elaine

estaba preocupada por ella. Si no hubiera sido por la pequeña Faith, que les contó varias anécdotas de su día en la escuela, la cena hubiera parecido un velatorio.

—Vamos, Faith, bebe la leche —le ordenó Elaine al ver que la taza estaba llena.

—Pero, mamá... —comenzó a protestar.

—Ni pero ni pera —replicó Elaine frunciendo el ceño—. Si no lo haces no te contaré el cuento esta noche.

La amenaza pareció surtir efecto porque la pequeña cogió la taza entre sus pequeñas manos y bebió su contenido a la velocidad del rayo. Caleb tuvo que cubrirse los labios con su mano para que la niña no se percatara de su sonrisa.

—Ya he acabado, mamá —dijo Faith, deseosa de que su madre le leyera un nuevo capítulo del libro que le había regalado la señora Colton varios días antes, y que le había hecho llegar a través de Lorraine.

Elaine, que ya recogía los platos de la mesa, suspiró frustrada. El día había sido muy largo y solo deseaba meterse en la cama.

—No te preocupes, yo me ocupo en cuanto recojamos —se ofreció Lorraine al percatarse de que Elaine estaba agotada.

—Gracias, Lorraine, te lo agradezco.

Caleb se levantó y se dirigió a la chimenea, donde había colocado una olla con agua que ya burbujeaba. Estaba deseando darse un buen baño, y con esa intención vertió parte del contenido en un cubo.

—Si me disculpáis —dijo mientras se dirigía a la puerta cargado con el cubo—, yo voy a darme un baño.

—Claro —respondieron ambas mujeres al unísono.

Caleb se dirigió al cobertizo de la parte trasera de la casa y vertió el agua en la tina, que se llenó hasta poco menos de la mitad. Se quitó la ropa, y cuando estuvo como Dios lo trajo al mundo no dudó en meter primero un pie y después el otro en el interior de la bañera antes de sentarse y suspirar sonoramente, sintiéndose en la gloria.

Cogió la pastilla de jabón que descansaba sobre una banqueta cercana y la frotó con las palmas de sus manos hasta que logró crear la espuma deseada. Con ella lavó sus brazos y su pecho y el olor a limpio le subyugó. Sus músculos se relajaron por primera vez en el día y apoyó su nuca en el borde, cerrando los ojos.

Lorraine y Faith se acababan de meter en el dormitorio. Elaine, con todo

recogido, decidió verter el resto del agua caliente de la olla y llevarla al cobertizo trasero, segura de que el agua que se había llevado Caleb ya debía estar fría. Rodeó la casa, y cuando llegó a la puerta dejó el cubo a su lado y la abrió, asomándose.

El corazón se aceleró en su pecho al descubrir la postura relajada de Caleb. Era un hombre grande, pero en aquella pequeña tina parecía gigante. Estaba sentado y sus rodillas estaban flexionadas hacia su amplio pecho. Sus brazos estaban colocados sobre el borde y su espalda apoyada contra la madera. Su cabeza estaba echada hacia atrás. El pelo le brillaba a la luz de la lámpara de aceite por el efecto del agua y sus ojos estaban cerrados. No podía negar que era uno de los hombres más atractivos que había conocido en su vida.

Era la primera vez que veía sus facciones relajadas, al igual que sus gruesos labios, que deseó besar. Todo el cansancio que la había acompañado durante la tarde se disipó como por arte de magia y solo pudo pensar en meterse en la minúscula bañera con aquel hombre que ahora ocupaba todos sus pensamientos.

Resuelta, cogió el cubo que había dejado a su lado, y con cuidado entró en el habitáculo. Agradeció que él no se hubiera percatado de su presencia y una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios cuando una idea surgió en su cabeza.

Comenzó a quitarse la ropa y cuando ni una fibra de tela quedó sobre su cuerpo se aproximó a la banqueta y cogió la pastilla de jabón que él había abandonado a su suerte; comenzó a frotarla contra un lienzo hasta obtener el resultado deseado. Luego se arrodilló junto a la tina y metió la mano en el agua, pasando la tela jabonosa sobre el pecho masculino.

Caleb abrió los ojos en toda su amplitud, sobresaltado por la intromisión. Cuando descubrió el rostro sonriente de Elaine no pudo evitar curvar los labios a su vez, y más al descubrir que estaba tan desnuda como él.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó con voz estrangulada cuando la mano de Elaine descendió y se perdió bajo el agua, en dirección a su masculinidad.

—Ha sido un día muy largo y caluroso y pensé en darme un baño —respondió Elaine mientras atrapaba entre los dedos su pene, que parecía más que dispuesto.

—Lo siento, señora Gallagher, pero esta tina está ocupada —respondió Caleb con humor antes de que un jadeo surgiera de su garganta gracias a las caricias que estaba recibiendo.

Elaine se sintió recompensada por el sonido gutural y se acercó un poco más a él, hasta que sus labios quedaron a escasos milímetros de su oído.

—¿Y no podría hacerme un hueco, señor Henderson? Muero por un baño.

—Elaine —susurró Caleb, notando que estaba a punto de perder el control de un momento a otro—, eres muy mala.

—Creí que te gustaría mi sorpresa —dijo antes de atrapar entre los dientes el lóbulo de su oreja—. Si no es así, me iré...

Caleb reaccionó ante la caricia y sus palabras. En un movimiento diestro y rápido se enderezó sobre la tina. Le dedicó a una sorprendida Elaine una sonrisa lobuna y la cogió por la cintura para colocarla sobre su cuerpo a horcajadas.

—¿Qué haces? —preguntó Elaine, notando como el agua humedecía su rostro.

—Cumplir sus deseos, señora Gallagher —dijo Caleb con humor antes de apoderarse de su boca en un beso devastador.

La cerradura hizo un ruido metálico cuando Shane giró la llave. Solo entonces pudo respirar tranquilo. No había sido una tarea fácil llevar a los hermanos Glover hasta el pueblo. Principalmente porque ambos estaban borrachos como cubas y eran grandes como torres.

Tras pensar en cómo trasladarlos durante largos minutos decidió que su única opción era atarlos a su montura. Fue una tarea costosa, porque tardó cerca de una hora en llegar a Rocky Meadow, aunque lo peor de aquel viaje fue que aquellos dos no se callaban. En más de una ocasión tuvo la tentación de taparles la boca con un pañuelo.

—¡Rafferty! —vociferó Rob—, ¡suéltanos ahora mismo! —exigió mientras aferraba los barrotes entre sus dedos.

Shane se pinzó el puente de la nariz con los dedos índice y pulgar, notando que un incipiente dolor de cabeza estaba a punto de apoderarse de él.

—Sloan, haz que tu hermano cierre el pico de una maldita vez —pidió al mayor de ellos.

El aludido permanecía sentado en el catre de la celda, taciturno. Estaba claro que de los dos hermanos Sloan era el que tenía algo más de cerebro.

—¡No pienso callarme! —replicó Rob enfurecido.

—Rob, siéntate —ordenó Sloan tajante.

Rob se giró y clavó su mirada en el rostro de su hermano. Le enervaba la actitud tranquila de Sloan.

—Sloan, este hijo de puta se ha atrevido a arrestarnos sin motivo.

Shane no pudo evitar intervenir en la conversación.

—Si solo fuera un motivo.

Sloan reaccionó al escuchar aquellas palabras. Abandonó el jergón que ocupaba y se acercó a la puerta. Solo entonces habló.

—Rafferty, no sabes lo que estás haciendo. Cuando mi padre se entere de que nos tienes aquí vas a saber lo que es bueno.

—¿Eso es una amenaza? —preguntó Shane mientras cruzaba los brazos sobre su pecho antes de apoyar el trasero en la mesa a su espalda.

—No, una realidad. Mi padre tiene buenos amigos, contactos, y cuando hable de lo sucedido con tu superior se te va a caer el pelo. Más vale que comiences a recoger tus cosas.

Shane sonrió ante sus palabras. Si los Glover pensaban que se iba a amilanar ante su apellido estaban muy equivocados. Cada vez que recordaba el trato que Sloan y Rob habían dispensado a su hermana la ira agarrotaba su cuerpo. Si antes había sentido empatía hacia la joven, ahora la imperiosa necesidad de protegerla surgía de lo más hondo de su ser. Aburrido con la conversación que había mantenido con aquellos dos, descruzó los brazos y se enderezó antes de dirigirse a Martin, su ayudante, que esperaba su reacción expectante.

—Lamson, vigílalos. Yo voy a dormir, ha sido un día muy largo —dijo antes de aproximarse a las escaleras que daban acceso a su apartamento.

Capítulo 22

William cabalgaba aceleradamente, azuzando a su montura con las riendas, sin importarle que su caballo echara espumarajos por la boca. Cuando llegó a la casa del rancho se paró en seco y bajó de un salto. A pesar de la premura que le había empujado hasta allí, dudó unos instantes antes de traspasar la puerta.

—¿Pero qué te crees que estás haciendo? —le sobresaltó la voz de la señora Bucknell, el ama de llaves. Se encontraba en la entrada del comedor, y permanecía recta como un palo y con los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba claro que estaba más que enfadada—. ¿No ves tus botas? —le recriminó señalando el lugar.

William bajó su mirada y descubrió un pequeño montículo de barro seco, procedente de sus botas, sobre el suelo de madera. Notó como sus mejillas se coloreaban y se quitó el sombrero, comenzó a jugar con él entre los dedos.

—Lo siento, señora Bucknell —se disculpó.

—¿Tanta prisa tenías que no pudiste limpiarte en la entrada?

Las palabras de la señora Bucknell le hicieron recordar lo que le había hecho salir de Rocky Meadow como alma que llevaba el diablo. Estaba seguro de que cuando su jefe se enterara de lo sucedido iba a entrar en cólera. Sin mediar una palabra más, y a pesar de seguir escuchando al ama de llaves farfullar, se dirigió al despacho. Tocó con los nudillos y esperó a que le invitaran a entrar.

Dale Glover estaba revisando las cuentas del rancho cuando unos fuertes sonidos en la puerta le sobresaltaron. Chascó la lengua, molesto por la intromisión, pero instó a la persona al otro lado de la hoja de madera a entrar. Cuando descubrió que se trataba de William, que parecía nervioso, habló.

—¿Qué haces aquí? —le interrogó cuando su hombre se acercó al escritorio—. ¿No deberías estar en el pueblo mandando las cartas que te ordené?

—Lo sé, señor Glover, pero me he enterado de algo —dijo mientras sacaba los sobres del bolsillo de su chaqueta y los dejaba sobre la mesa.

—¿Por qué has traído el correo de vuelta? ¡Te dije que era urgente!

William tragó el nudo que se había formado en su garganta antes de contestar a la pregunta. El jefe estaba de un humor de perros, y eso que aún no sabía lo de Sloan y Rob. Hubiera deseado no ser él quien le diera la noticia, pero no tenía otra opción.

—Creí que era más urgente la noticia que tengo.

—¡Suéltalo ya, muchacho! No tengo todo el día.

—Vera, señor, estaba esperando a que abriera la oficina de correos, cuando he escuchado un rumor...

Dale se exasperó y golpeó con su puño la mesa, haciendo tambalear la lámpara de aceite sobre la misma.

—¿Rumores? ¿Acaso tengo pinta de ser una vieja chismosa?

William decidió soltar lo que tenía que decir de una vez para acabar cuanto antes.

—Sloan y Rob están en el calabozo —soltó.

Dale, al escuchar sus palabras, tardó unos minutos en reaccionar. Hubiera esperado cualquier cosa menos eso. Conocía de sobra a «sus chicos», estaba claro que no eran unos angelitos, pero de ahí a acabar en el calabozo de la oficina del *sheriff* había un trecho.

—¿Estás seguro? —indagó, aunque ya abandonaba su silla y cogía su pistola, que colocó en la cartuchera que rodeaba su cintura—. Déjalo, da igual. Vamos a ver qué demonios ha pasado. Y no olvides las cartas —le indicó a William, que siguió su orden con celeridad.

Shane estaba sentado en el porche, oteando la calle principal para comprobar que todo estaba en orden. Hacía un calor de mil demonios, pero prefería estar ahí fuera que aguantar la continua verborrea del hermano pequeño de los Glover.

En aquel momento el tráfico de la calle estaba tranquilo, pero cuando divisó en la lejanía la llegada de dos jinetes que entraban en el pueblo a toda velocidad, levantando polvo a su paso, supo que la paz de aquella mañana había finalizado. Dale Glover había llegado para sacar a sus cachorros de la celda donde se encontraban.

Resignado, abandonó su asiento y se irguió mientras comprobaba que el cinturón de su cartuchera estaba en su sitio. Glover y William ya desmontaban sus caballos, los ataban en el poste y subían los dos escalones del porche para situarse frente a él.

—Rafferty, ¿me puede explicar qué está sucediendo? —soltó Dale directo. Shane achicó los ojos y una leve sonrisa adornó sus labios antes de hablar.

—Buenos días, señor Glover —le dijo, afeando su mala educación—. Me imagino que se refiere a sus hijos.

—¿Entonces es verdad? —indagó Dale, que había tenido la esperanza de que solo hubiera sido un chismorreó.

—Sí, pero será mejor que hablemos dentro —dijo Shane mientras invitaba a entrar en la oficina al señor Glover con un gesto de la mano.

Dale dudó, pero finalmente aceptó con un gesto de cabeza antes de girarse a su hombre, que permanecía a su lado.

—William, lleva esas cartas de una maldita vez —dijo antes de seguir a Shane, que ya se había perdido en el interior de la oficina.

—Ya has vuelto, maldito hijo de perra. Estoy hambriento —protestó Rob, pero cuando vio entrar a su padre olvidó su estómago—. Padre, sácanos de aquí —le rogó.

Dale volvió el rostro y clavó la mirada en sus hijos. El mayor, Sloan, permanecía tumbado en el catre, tranquilo como era su estado habitual. Rob, como siempre, andaba berreando como un niño pequeño.

—¡Cállate, estúpido! —le ordenó Dale.

Rob, al escuchar el tono de la voz de su padre, cerró la boca y se encaminó a una esquina de la celda donde se sentó en el suelo.

Shane, por su parte, ya ocupaba su lugar tras el escritorio. Esperó pacientemente a que Glover se sentara frente a él, y solo entonces habló.

—Sus hijos, en principio, están detenidos por escándalo público.

—¿«En principio»?

—No he querido añadir a la lista agresión a un agente de la autoridad —expresó Shane.

—¿Podría contarme de una maldita vez qué ha sucedido? Soy un hombre muy ocupado y no tengo tiempo para tonterías.

—Está bien, señor Glover —dijo Shane cambiando de postura, inclinándose hacia adelante y colocando sus codos sobre la mesa—. Anoche sus hijos agredieron a una joven del pueblo. Estaban borrachos y cuando llegué y les ordené que dejaran a la joven, me agredieron.

Dale volvió el rostro a la derecha y clavó la mirada en sus hijos. «¿Qué demonios han hecho estos dos estúpidos?», se preguntó. Estaba más que harto de ellos, un día sí y otro también se metían en un lío. Había tenido la

esperanza de que alguno de los dos se hiciera cargo del rancho cuando él no estuviera, pero ante sus ojos solo veía un abismo más negro que el mismísimo infierno.

Sloan, que hasta entonces había permanecido en silencio, ignorando expresamente la situación, se sentó sobre el camastro y cruzó una mirada con su padre antes de hablar.

—Estábamos en nuestro derecho, Lorraine es nuestra hermana —expuso, creyéndose dueño de la verdad.

Shane apretó la mandíbula tras escuchar sus palabras. Estaba claro que todos los Glover eran unos estúpidos de marca mayor. Creer que una mujer les pertenecía por llevar su mismo apellido, y que tenían derecho a hacer lo que les placiera con ella por ese motivo, era una locura.

—Sloan —rebatía a su escueto discurso—, ser hermano de Lorraine no te da derecho a maltratarla como hiciste ayer.

Dale, tras escuchar las palabras del *sheriff* estalló con toda su furia. Rafferty, por mucho que fuera agente de la ley, no tenía ningún derecho a inmiscuirse en sus asuntos familiares.

—Rafferty, respeto su opinión, aunque no la comparto. Mis hijos y yo procederemos como creamos necesario con mi hija, porque no olvide que lo es.

Shane apretó el puño que permanecía bajo la mesa y con esfuerzo dibujó una sonrisa fría en sus labios.

—No, por supuesto que no lo olvido, pero le recuerdo que fue usted el que echó a su hija de su rancho con una mano delante y otra detrás, sin importarle qué sería de ella. No creo que eso le dé derecho sobre Lorraine, ya no depende de usted.

—Pero tengo derechos...

—Que yo sepa, Lorraine cumplió la mayoría de edad hace unos meses.

—¡Me importa una mierda que sea o no mayor de edad! Tengo derechos...

Shane perdió la escasa paciencia que le restaba desde que su camino se había cruzado con los Glover el día anterior. Con un movimiento brusco echó su silla hacia atrás y se levantó antes de apoyar las palmas de sus manos sobre la mesa, proyectándose hacia adelante para que su rostro quedara a la misma altura de los ojos del señor Glover.

—No tiene ningún derecho, y pienso encargarme personalmente de que ni usted ni sus hijos se acerquen a ella. Como se atrevan a causarle cualquier

daño a Lorraine tendrán que enfrentarse a mí.

Dale se dejó caer sobre el respaldo de su silla, en una postura relajada. Achicó los ojos y los clavó en el rostro sulfurado del *sheriff*.

—Señor Rafferty, ¿me está amenazando? —preguntó con voz pausada.

—Tómeselo como quiera —replicó Shane sin amilanarse.

—Recuerde que conozco a gente importante.

—¿Es ahora usted quien me amenaza? —inquirió Shane, deseando estampar su puño en el rostro sonriente del señor Glover, que parecía mofarse de él.

—No, solo le advierto de que no debe olvidar su cometido como agente de la ley. Estoy seguro de que a sus superiores no les gustaría que traspasara los límites. Y ahora, si no le importa —dijo abandonando su silla—, suelte a mis hijos, me está haciendo perder un valioso tiempo.

Shane se enderezó y disfrutó del efecto que tendrían sus palabras cuando las pronunciara.

—Lamento decirle que hasta mañana a primera hora sus hijos no podrán salir de esta celda. Estoy cumpliendo estrictamente con mi «cometido», como marca la ley.

Emerson llenó nuevamente el vaso y lo colocó frente a sus ojos para estudiar el ambarino licor antes de bebérselo de un solo trago. Elevó nuevamente la botella de whisky, de donde cayó la última gota. Suspiró frustrado antes de dejarla junto a otra, también vacía.

—¡Maldita sea! —gritó frustrado al percatarse de que se había quedado sin el suministro que tanto necesitaba.

Llevaba varios días derrotado y hundido, hasta el punto de abandonar las riendas de su rancho, dejándose mecer por los efluvios del alcohol. No recordaba encontrarse en una situación parecida desde hacía años, cuando tuvo el accidente y su pierna le hizo descubrir el infierno. Le costó un mundo salir de aquel agujero y seguir luchando.

Volver a su hogar, al rancho que había construido su abuelo a su llegada a aquel territorio, había sido su tabla de salvación. Le había costado sacar aquello adelante. Incluso había logrado ganar dinero en los últimos años, aunque había aprendido a no malgastar.

En cuanto conoció a Elaine se enamoró de ella instantáneamente. Durante años sintió envidia de Carter Gallagher. Un millón de veces en su cabeza se presentó la idea de deshacerse de él para siempre, pero la llegada de la guerra le ahorró el trabajo. Cuando se enteró de su muerte no pudo evitar sentir alegría, a pesar de saber que era un sentimiento cruel, porque eso le dio la oportunidad de acercarse a Elaine.

En los últimos años había logrado estar a su lado, y estaba a punto de culminar su gran plan de unir ambos ranchos para poder competir con Glover y quedarse con la mujer que le robaba el sentido, cuando apareció aquel maldito hijo de perra de Henderson. Había salido de la nada y no parecía dispuesto a desaparecer.

El castillo de naipes que había construido se estaba derrumbando y no sabía si podría reconstruirlo. Se estaba haciendo mayor y no estaba seguro de tener las fuerzas necesarias para continuar luchando.

Desesperado, intentó controlar las lágrimas que pugnaban por salir. Elevó sus manos y se frotó los ojos con fuerza.

—Señor, ¿se encuentra bien? —le sobresaltó la voz de Simon, que se encontraba a pocos pasos de la mesa. Ni siquiera le había escuchado entrar en la casa.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —preguntó malhumorado.

Simon clavó la mirada en el rostro de su tío y se percató de que la cosa pintaba mal. Ahora se arrepentía de haber hecho la pregunta y no pasar desapercibido, pero ya no había marcha atrás.

—¡Responde, maldita sea! —explotó Emerson levantándose de golpe, dejando caer la silla a su espalda.

—Acabo de entrar —replicó Simon balbuceante mientras se encogía al ver que su tío se sacaba el cinturón del pantalón y se acercaba a él.

—No mientas, pequeño hijo de puta —explotó Emerson antes de soltar el primer correazo contra el muchacho.

—¡No, por favor! —rogó Simon al notar el escozor del primer golpe.

Capítulo 23

Caleb cambió de posición la escalera y tras comprobar que su bolsillo estaba lleno de clavos, se encaramó sobre ella para llegar a la estructura superior del granero, que todavía mostraba un desnudo esqueleto. Ahora se encontraba afianzando unas tablas para luego colocar las tejas. Cuando llegó a la cumbre, descubrió que se había quedado sin tablas para seguir con su trabajo.

—¡Maldita sea! —maldijo sonoramente al percatarse de que tendría que volver a bajar de la escalera, que estaba a tres metros de altura. Estaba a punto de descender cuando una voz le sobresaltó.

—¿Necesitas ayuda?

Caleb, más recuperado de la sorpresa anterior, fijó su mirada en el suelo, a varios metros bajo sus pies, y descubrió que la pregunta provenía del *sheriff* Rafferty. Permanecía bajo la escalera, sosteniéndola. Estaba seguro de que si no hubiera sido por eso ya estaría estampado contra el suelo.

—Bueno, para empezar deberías aprender a no asustar a alguien que está a varios metros sobre el suelo.

Shane sonrió mientras se frotaba la nuca.

—Lo siento, señor Henderson.

—Caleb, creo que ya tenemos la confianza suficiente —replicó el aludido, sonriendo a su vez—. ¿A qué has venido?, ¿hay noticias de Justin y Shannon? —indagó.

—No he vuelto a saber nada desde el otro día —respondió Shane.

—¿Entonces?

—Ya te lo he dicho, he venido a ayudar. Me dijo la señorita Lorraine que estabas trabajando en el tejado. Hoy es mi día libre y pensé que podrían venirte bien unas manos extra.

—¿Y no tiene nada mejor que hacer? —preguntó Caleb con sospecha. No le había pasado desapercibida la forma de comportarse del *sheriff* con Lorraine. Desde hacía un par de días la acompañaba cada noche cuando la joven salía de trabajar.

—Puede, pero el trabajo físico no me vendría mal.

—Bueno, pues empecemos. Toma —dijo Caleb lanzándole una cuerda—, agrupa cuatro o cinco tablones y átalos. Luego ya los izaré yo.

—A sus órdenes —replicó Shane antes de ponerse manos a la obra.

Elaine suspiró aliviada cuando el largo oficio del pastor Morristown concluyó. No sabía si era su impresión, pero parecía que cada domingo el reverendo robaba más minutos a las horas. El rumor de los bancos la alertó de que los feligreses ya comenzaban a salir al exterior. Deseando hacer lo propio, aferró la mano de Faith y la instó a caminar. La niña bostezó sonoramente y Elaine no pudo evitar sonreír. Parecía que no era la única que se había aburrido con el monótono discurso.

Ya en el exterior, se aproximó al carro y ayudó a la niña a subir en el pescante antes de ocupar su sitio en el mismo.

—Mamá, tengo hambre —confesó la niña mientras se frotaba el estómago.

—Tranquila, mi vida. Vamos a buscar a Lorraine y nos iremos a casa. Pero si quieres tengo una manzana en la cesta —le ofreció.

La niña sonrió y rebuscó en el lugar indicado. Poco después sacó una manzana roja y le dio un gran mordisco. Cuando llegaron al hostel Colton, Faith había acabado con la fruta. Saltó del pescante y entró a buscar a Lorraine, y poco después ambas salían charlando animadamente. Elaine sonrió al verlas llegar y suspiró, sorprendida porque por primera vez en mucho tiempo se sentía feliz con la vida y la gente que la rodeaba.

Estaban a medio camino del rancho y Elaine volvió el rostro para comprobar que Faith, situada en la parte trasera del carro, estaba bien. Iba muy entretenida con el nuevo libro, con algunas ilustraciones, que le había regalado Nancy. La mimaba y malcriaba como si la niña fuera su nieta y Elaine se sentía sumamente agradecida.

Atrás quedaban los días grises que habían presidido su mundo en los últimos años, y por primera vez veía un rayo del sol. Pero no podía negar que eso la asustaba; temía que todo lo bueno se esfumara como por arte de magia.

Volvió su atención al camino y, luego, de soslayo, oteó a Lorraine, que iba más callada de lo que era habitual en ella. Parecía más taciturna desde hacía dos días, la noche en que Shane la acompañó hasta el rancho. Desde entonces cada día lo hacía, aduciendo que los caminos no eran seguros a esas horas,

pero Elaine sospechaba que sucedía algo más.

—Lorraine, ¿estás bien? —preguntó, sobresaltando a la joven.

La aludida elevó la mirada, hasta entonces fija en su regazo, y la clavó en el perfil de Elaine, que no había apartado la propia del camino que recorrían.

—Sí, por supuesto —balbuceó.

—¿Seguro? —dudó Elaine.

—Claro.

—¿Entonces por qué no me cuentas lo que pasó el otro día? —indagó segura.

Lorraine se vio sorprendida por la pregunta directa. Durante días había evitado aquella conversación. Sabía que estaba en su derecho de guardar lo sucedido, que no tenía por qué darle explicaciones a Elaine, pero por otro lado sabía que su salvadora lo único que pretendía era ayudarla.

—Está bien —aceptó. Al fin y al cabo no le vendría mal verbalizar todo el dolor que le había provocado el comportamiento de sus hermanos.

La habían criado en la creencia de que la familia era sagrada, que los de la misma sangre no se dañaban, que se protegían, pero en las últimas semanas aquella creencia se había diluido como la sal en el agua. Había aprendido que la familia no siempre era aquella a la que te unía la sangre, sino la gente que te rodeaba y cuidaba. Quienes se preocupaban de ti sin juzgarte, con el único fin de que fueras feliz.

—El otro día, cuando regresaba a casa —comenzó con el relato—, me crucé con mis hermanos; Sloan y Rob...

Lorraine continuó. Elaine estaba pendiente de cada una de sus palabras mientras su rostro mudaba en una variedad de expresiones: comprensión, lástima, ira. Solo habló cuando la joven se silenció.

—Lorraine, comprendo tu dolor —dijo mientras cogía las riendas con una de sus manos y con la otra atrapaba la mano fría de la joven—, pero cuando antes lo dejes atrás, mejor. El pasado ya está escrito, el futuro es incierto, pero el presente es ahora. No te niegues a ser feliz con lo que tienes, no dejes de luchar por tus sueños.

—¿Qué sueños? —preguntó la joven derrotada.

—Cualquier sueño u objetivo, da igual la palabra que utilices. Lo importante es fijarte una meta y que te propongas conseguirla. Eso te dará las fuerzas que necesitas para despertarte cada mañana con ilusión. Paso a paso, despacito, pero sin desistir.

Lorraine meditó largamente sobre las palabras de Elaine. Tenía razón, no podía aferrarse a un pasado que no tenía retorno. Su familia la había desterrado de su lado y estaba claro que no estaban dispuestos a volver a aceptarla en su hogar. Tenía que mirar al frente, a su futuro inmediato, y quedarse con lo positivo.

Se recordó a sí misma unas semanas antes, en una loma situada sobre el pueblo. En aquel momento se encontraba sola, vestida con harapos y con un agujero en el estómago. Muchas cosas habían cambiado desde entonces. Ahora tenía un techo sobre la cabeza, ropa limpia que cubría su cuerpo y un plato en la mesa. También contaba con un trabajo y amigos que ahora se habían convertido en su sustento. Sí, realmente tenía cosas por las que luchar, e incluso podía permitirse el lujo de soñar con un futuro mejor.

—Gracias, Elaine —expresó con voz emocionada.

La aludida sonrió y apretó la mano de la joven en una muestra de afecto.

—¡Esa es mi chica! —exclamó—. De momento te dejo tranquila, pero la próxima vez me vas a contar qué pasa entre tú y Shane —dijo Elaine, disfrutando cuando las mejillas de Lorraine se colorearon.

Caleb bajó de la escalera y tiró el martillo en la caja de madera, provocando un sonido sordo. Luego se limpió el sudor de la frente con un pañuelo y suspiró pesadamente antes de hablar.

—Bueno, Shane, creo que lo mejor será dejarlo por hoy —dijo clavando la mirada en el hombre que reagrupaba las cuerdas para colgarlas de un clavo situado en el cercado junto al edificio en construcción.

—Sí, eso parece.

—Será mejor que nos aseemos antes de que lleguen las mujeres —aconsejó mientras se encaminaba a la bomba de agua. Comenzó a mover la palanca y el agua manó del brocal, cayendo directamente al cubo situado bajo la misma—. Mi próximo proyecto será llevar el agua a la casa para que Elaine no tenga que acarrear cubos —dijo antes de coger agua entre sus dedos y lavarse el rostro.

Shane, situado a su lado, escuchó sus palabras con atención. No era estúpido, hacía tiempo que se había percatado de que algo había surgido entre Elaine y Caleb, pero tenía serias dudas respecto a las intenciones de él. No

podía negar que Caleb había resultado ser un buen hombre, pero temía que hiciera daño a Elaine.

—¿Eso quiere decir que piensas quedarte aquí? —indagó, sin perder de vista a Caleb, que en aquel momento se estaba quitando la camisa para terminar de asearse.

Caleb se vio sorprendido por la pregunta, aunque comprendía que Shane se la hiciera. A fin de cuentas, él era como de la familia y simplemente se preocupaba por Elaine. El problema era que no podía darle una respuesta, porque ni él mismo sabía lo que iba a hacer.

—No te quiero mentir —comenzó mientras dejaba la camisa colgada de la palanca de la bomba de agua—. Aún no sé qué va a pasar, pero sí te puedo prometer que no voy a dañar a Elaine, si es eso lo que te preocupa.

Shane iba a replicar a sus palabras, pero la llegada de las mujeres interrumpió su discurso. Dejó solo a Caleb y se aproximó al carro para ayudarlas a bajar.

Poco después los cinco estaban situados frente a la mesa, degustando un delicioso guiso de ternera. Charlaron animadamente, rieron a carcajadas y disfrutaron de una bonita tarde de domingo hasta que Shane se tuvo que marchar.

Capítulo 24

Elaine dobló la sábana que poco antes había cogido de la cuerda y la metió en la cesta a su lado. Cogió la siguiente y, al hacerlo, pudo ver a Caleb, que en aquel momento estaba a varios metros. Se encontraba en medio del campo de heno, que ya le llegaba a la cintura. Parecía pensativo, con la mirada perdida en la lejanía.

Sonrió antes de dejar la sábana en el cesto y se encaminó al lugar. Cuando llegó a su altura dirigió su mirada al campo que él estudiaba.

—¿Qué haces? —preguntó curiosa.

Caleb, que no se había percatado de su llegada, volvió el rostro y en sus labios se dibujó una sonrisa. Eso era lo que Elaine provocaba en él, que sus labios se curvaran sin percatarse, que se sintiera completo y pleno. Extendió la mano y atrapó su cintura para aproximarla a su cuerpo antes de besarla en los labios levemente.

—Estaba pensando que no podemos relegar por más tiempo la recogida del heno, o será demasiado tarde.

Elaine se colocó la mano sobre la frente, a modo de visera, y suspiró pesadamente al ver el trabajo que había por hacer.

—Son demasiadas hectáreas —verbalizó sus dudas.

—Sí, eso mismo estaba pensando yo. Me temo que tendremos que contratar a alguien para que nos ayude.

Mil dudas surgieron en la cabeza de Elaine.

—¿Estás seguro?, ¿podemos permitirnoslo? —inquirió, preocupada por el coste.

Caleb sonrió nuevamente antes de apretar los dedos en la cintura de Elaine y obligarla a pegarse a su costado. Ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Por supuesto, por eso no debes preocuparte. Si no, ¿para qué estamos arreglando el granero? Tenemos que recoger todo el heno para el invierno. ¿Conoces a alguien que pueda estar interesado?

—No sé —dijo Elaine pensativa—, podríamos poner un anuncio en el tablón del colmado.

—Me parece una buena idea. ¿Por qué no te preparas y vamos al pueblo?

Necesito más clavos, y de paso podemos poner el cartel. Incluso podríamos ir a comer al restaurante Colton, me han hablado muy bien de él —dijo guiñándole un ojo cuando ella volvió la cabeza y clavó la mirada en su rostro—. Es imperdonable que después del tiempo que llevo aquí aún no haya comido allí.

—Me parece bien —aceptó Elaine, sintiendo mariposas en el estómago ante la perspectiva de hacer algo diferente y nuevo junto a Caleb.

—Pues vamos —la alentó Caleb separándola de su cuerpo y empujándola hacía el camino que zigzagueaba hasta la casa.

Cuando llegaron al pueblo dejaron el carro en la herrería, ya que pensaban pasar toda la mañana en Rocky Meadow. Comenzaron a avanzar por la calle principal y a Caleb no le pasó desapercibido que varios pares de ojos se fijaban en ellos. Estaba claro que su aparición conjunta en el pueblo iba a ser el inicio de un chismorreo, y no pudo evitar sentirse culpable.

—No te preocupes por eso —dijo Elaine, que caminaba a su lado—. No me importa lo que puedan decir —añadió con voz segura.

Caleb se quedó sorprendido ante sus palabras. Pareciera que Elaine hubiera leído sus pensamientos. Un escalofrío recorrió su cuerpo al percatarse de hasta qué punto ambos estaban conectados. «¿Qué significa esto? —se preguntó, para al segundo siguiente contestarse—. No seas estúpido, lo sabes perfectamente».

Cuando llegaron al colmado Caleb se percató de que el *sheriff* Rafferty se encontraba en el porche de su oficina y decidió ir a preguntarle si tenía noticias de Justin y Shannon.

—Elaine, ve entrando —le dijo—, tengo que hablar con Shane.

—Está bien —aceptó antes de traspasar la puerta de la tienda.

Al entrar descubrió a Megan situada tras el mostrador. Su rostro mostraba aburrimiento mientras la señora Morristown, la mujer del pastor, parloteaba sin cesar. Pensó en no prestar atención a sus palabras, sabiendo de antemano que se trataría de un nuevo rumor, la excusa perfecta para Mary Morristown para criticar a algún pobre desgraciado, pero cuando se aproximó a ellas y escuchó su discurso sintió que la ira ascendía por su cuerpo. Sin percatarse apretó los puños en los costados.

—... Augusta me ha dicho que el *sheriff* se dedica a acompañar a la señorita Glover todos los días al rancho Gallagher. —Estaba claro que la mujer no había advertido su presencia—. Me parece intolerable, no pagamos

al señor Rafferty para que malgaste su tiempo con una descarriada que a saber qué hizo mientras estuvo fuera. Se rumorea que trabajó en un burdel...

Esa afirmación fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Elaine. Desde que tenía uso de razón los rumores y chismorreos habían estado presentes en su vida. Parecía una ley no escrita arraigada en la vida cotidiana de las personas desde tiempo inmemorial. Pero ella ya estaba cansada de que la gente se creyera con derecho a despellejar a su prójimo por simple diversión.

Antes le importaba lo que la gente pudiera decir de su persona, vivía continuamente con temor por ello, pero ya no era así. No le importaba lo que se dijera o pensara de ella. Era la única responsable de sus acciones, fueran acertadas o erróneas, y nadie tenía derecho a juzgarla porque ella, y solo ella, sabía la realidad de sus circunstancias.

—Señora Morrystown, ¿por qué no se mete en sus asuntos de una maldita vez?

La aludida se giró y clavó la mirada en Elaine. La sorpresa se podía leer en su rostro, que le pareció de lo más cómico. Su boca se había abierto y asemejaba a la de un pez, y sus mejillas se habían tintado de un rojo escarlata.

—¿Cómo se atreve, señora Gallagher? —boqueó la mujer con esfuerzo, mientras alzaba un dedo acusador contra su persona—. Y para colmo maldice. No sé qué pensará mi marido de esto.

Elaine se cuadró de hombros antes de poner las manos en sus caderas. Si pensaba que aquellas palabras iban a lograr silenciarla estaba muy equivocada.

—Pues no lo sé ni me importa, la verdad. Y espero que sea la última vez que el nombre de Lorraine salga de su boca, si no, tendrá que vérselas conmigo —amenazó—. Esa joven a la que tanto critica es más caritativa y tiene mejores principios que usted. Debería lavarse la boca con jabón antes de hablar de ella. No le llega ni a la suela de los zapatos.

La señora Morrystown parecía al borde del desmayo. Sus brazos se movían, haciendo extraños aspavientos como si buscara aire, y finalmente se encaminó a toda velocidad hacia la puerta, hasta desaparecer de su vista.

Megan, testigo mudo de lo sucedido, no daba crédito. Solo cuando la señora Morrystown desapareció pudo estallar en sonoras carcajadas. Tardó varios segundos en recuperarse y poder hablar.

Elaine se mantenía en postura defensiva, con los labios fruncidos y la

mirada fija en la puerta. Solo reaccionó cuando escuchó las risas de Megan, y fue cuando se giró nuevamente hacia el mostrador.

—¡Elaine! ¿Qué ha sido eso? —preguntó, intentando recuperar el aliento mientras se colocaba la mano sobre el estómago.

—Nada, simplemente he hecho lo que tenía que hacer. Estoy cansada de que esa mujer, y otras muchas, se crean con derecho a lapidar a otras como si poseyeran el don de la verdad.

—Ha sido fantástico —replicó Megan excitada.

Caleb, tras hablar unos minutos con Shane, dirigió sus pasos al colmado. En su camino se cruzó con una mujer que parecía más que sofocada, y sin poder evitarlo le preguntó preocupado:

—¿Se encuentra usted bien? —inquirió intentando acercarse, pero la mujer clavó la mirada en su persona y abrió los ojos como platos antes de seguir con su camino casi a la carrera.

Sorprendido por su reacción, se rascó la nuca. Cuando llegó al colmado no dudó en entrar y descubrió a Elaine al fondo del local junto a la dueña del negocio. Ambas parloteaban mientras revolvían las telas frente a sí. Mientras se acercaba a ellas descubrió que la mirada de Elaine se quedaba fija en una tela azul adornada con diminutas flores blancas.

—¡Señor Henderson! —exclamó Megan al percatarse de su presencia—. No me diga más —dijo con una sonrisa—, viene a por más clavos —añadió con humor.

—¿Cómo lo ha sabido? —replicó Caleb con una sonrisa.

—La semana pasada me dejó sin existencias. Ahora mismo se los traigo —dijo Megan mientras se internaba en la trastienda.

Caleb aprovechó que estaban solos para aproximarse a Elaine. Oteó a un lado y al otro para comprobar que no venía nadie y, con un movimiento rápido, besó sus labios. Para su sorpresa, ella le lamió los labios y ahondó en el beso. Con esfuerzo se apartó de ella y clavó la mirada en su rostro con intensidad.

—¿Qué ha sido eso? —susurró para que Megan no les escuchara.

Elaine sonrió enigmáticamente antes de contestar.

—Nada, solo que tenía ganas de besarte como es debido, no me gusta hacer las cosas a medias.

—¿Y qué hubiera pasado si llega a entrar alguien? —preguntó Caleb confuso.

—Pues no lo sé, pero realmente no me importa.

Caleb iba a replicar a sus palabras, pero fue interrumpido por Megan, que llegaba en aquel momento cargada con una caja. Galantemente se acercó a ella y la liberó de su carga para llevarla hasta el mostrador. Charló animadamente con Megan unos segundos, y cuando buscó a Elaine con la mirada la descubrió comprobando el tacto de la tela azul floreada de antes. Tras dejar el cartel colgado en el corcho, ambos salieron del colmado en dirección al hostel.

Lorraine colocó el último plato que había secado en la alacena, y tras secarse las manos desanudó el delantal blanco que cubría su ropa y lo dejó colgado del perchero situado junto a la puerta trasera de la cocina.

—Pues esto ya está —exclamó Nancy jovialmente.

—Sí, todo está recogido —confirmó Lorraine mientras cogía su chal y se lo colocaba sobre los hombros.

Nancy recorrió la cocina con la mirada, y afirmó con la cabeza, satisfecha. Le gustaba dejar las cosas organizadas para que todo estuviera a punto al día siguiente. James era muy buen cocinero, pero la organización no era uno de sus fuertes.

—Bueno, Nancy, me voy —dijo Lorraine, ya junto a la puerta.

—Espera, niña, ¿has olvidado que es el último viernes de mes? —dijo Nancy con humor. Se acercó a un estante situado junto a la ventana y cogió una caja de hojalata situada en la balda superior. La abrió y extrajo la cantidad indicada antes de encaminarse hacia la joven, que esperaba pacientemente.

—Toma —dijo tendiéndole varios billetes—, tu primer sueldo.

Lorraine los aferró entre sus dedos. Una sensación extraña se formó en su estómago. Era la primera vez que recibía dinero por un trabajo; su primer sueldo. Siempre había dependido de su padre, y luego de aquel maldito vaquero del que se había enamorado.

Notó el escozor de las lágrimas producidas por la emoción, y tuvo que parpadear varias veces para poder controlarlas.

Nancy, que tenía la vista fija en su rostro, pudo ver la humedad en su mirada.

—Mi niña, ¿estás bien? —preguntó preocupada.

Lorraine sonrió a la mujer, enternecida por su preocupación. Nuevas

lágrimas poblaron sus ojos y esta vez las dejó fluir.

—Sí, estoy bien —respondió.

—Entonces, ¿por qué lloras? —preguntó mientras colocaba el brazo sobre los hombros de la joven en actitud protectora.

—De felicidad —confesó en voz alta—, simplemente eso.

—Explícame a qué te refieres —solicitó Nancy.

—Es la primera vez que me siento independiente y es una sensación indescriptible. Esto —dijo elevando la mano donde aferraba los billetes— significa libertad, algo que nunca he tenido.

Una sonrisa comprensiva se dibujó en los labios de Nancy al escuchar sus palabras. Comprendía lo que quería decir, aunque ella había sido libre y autónoma siempre gracias a James, que era el mejor hombre que había conocido en su vida, aunque claro, él era diferente.

La sociedad no estaba acostumbrada a que las mujeres fueran independientes, pero ella tenía la esperanza de que eso cambiara tarde o temprano. Elaine, Lorraine y otras muchas mujeres eran de una nueva generación que aspiraban a gobernar sus propias vidas, y estaba muy orgullosa de ellas.

—Cielo, esto solo es el principio —vaticinó.

Unos golpes en la puerta alertaron a ambas de la llegada de alguien. Nancy sabía que se trataba del *sheriff* Rafferty, que desde hacía una semana iba a recoger a Lorraine para acompañarla a casa. La joven no le había confesado el motivo, pero no había sido difícil sonsacar al *sheriff*, que le había pedido total discreción sobre el asunto.

—Debe ser el señor Rafferty —afirmó la joven con las mejillas sonrojadas.

—Sí, debe ser él —dijo Nancy, sonriendo tiernamente al ver el azoramiento de la joven. Estaba claro que algo estaba surgiendo entre ambos, aunque ninguno de los dos pareciera percatarse—. Corre, ve, no le hagas esperar —dijo antes de besar la frente de la joven.

Capítulo 25

Emerson manoteó para apartar un insecto desconocido que parecía empeñado en posarse sobre su mejilla. Abrió los ojos con esfuerzo y miró a su alrededor para descubrir que el sol despuntaba. Se encontraba sentado en una mecedora en el porche de su casa, llevaba allí cerca de dos días sin moverse. Alargó su brazo con esfuerzo y dio con lo que buscaba: el cuello de la botella, que para su disgusto descubrió vacía.

—Maldita sea —masculló con desgana. Se enderezó y buscó a su alrededor sin hallar lo que quería.

—¡Eh, chico, ven aquí! —vociferó.

Simon no tardó en llegar. En aquel momento se encontraba en el interior de la casa desayunando. No quería enfadar a su tío y pagar las consecuencias.

—Aquí estoy, señor —dijo cuando llegó a su altura.

Emerson tardó unos segundos en reaccionar, aturdido por los efluvios del alcohol. Tenía los ojos inyectados en sangre y tuvo que poner una de sus manos sobre su frente a modo de visera, porque los rayos del sol le molestaban.

—Se me ha acabado el whisky. Ve ahora mismo a por una caja.

—¿Una caja? —preguntó Simon arrepintiéndose al instante. Inconsciente, se encogió, notando el dolor de su cuerpo con el gesto.

—Sí, estúpido, una caja. ¿A qué esperas? —le espetó, para poco después dejar de prestarle atención.

Simon bajó con dificultad del caballo cuando llegó al pueblo. Una mueca de dolor asoló su rostro y tuvo que apretar los dientes cuando sus botas tocaron el suelo. Solo el esfuerzo le produjo un dolor agudo en la zona de las costillas, bastante magulladas después de la paliza que le había propinado su tío días antes. También le escocían horrores las heridas de la espalda, producidas por el cinto de aquel malnacido, pero lo que de verdad tenía dolorido era su orgullo.

«Tienes que tomar una decisión, no puedes seguir así», se dijo mientras se dirigía al colmado. Era la tercera vez en una semana que iba al pueblo en

busca de whisky, aunque esta vez Emerson le había encargado una caja completa.

Entró en el local y agradeció la frescura que le recibió. En el exterior hacía un calor de mil demonios. La señora Sheridan estaba ocupada atendiendo a una anciana que relataba una lista que parecía que nunca iba a acabar. Simon suspiró pesadamente, dispuesto a esperar. Aburrido, se dedicó a pasearse por la tienda y husmear los estantes hasta que sus pies le llevaron al amplio tablón donde la gente colgaba sus anuncios. Se entretuvo en leer cada uno de ellos, hasta que dio con uno que llamó su atención.

Se busca empleado para la cosecha de heno en el rancho Gallagher. Interesados dejen aviso en el colmado.

«No puede ser», se dijo mientras volvía a leer la escueta nota. Desde hacía unos días era mayor de edad, y por fin podía hacer lo que le placiera. Llevaba tiempo pensando en irse muy lejos, pero tenía un problema: no tenía ni un penique en el bolsillo ni cabalgadura propia. Esa era la oportunidad que estaba buscando para poder largarse del rancho de su tío, aunque estaba seguro de que no era la mejor de las ideas. «No te aceptarán», se dijo mientras sus hombros se hundían.

—Chico, ¿querías algo? —le sobresaltó la voz de la señora Sheridan.

Al girarse descubrió que ya estaban solos; la anciana había desaparecido. Se acercó hasta el mostrador antes de hablar.

—Buenos días, señora Sheridan —saludó educadamente—. Sí, venía a por una caja de whisky —pidió, sintiéndose avergonzado cuando la mujer entrecerró los ojos.

—¿Tu tío piensa celebrar una fiesta? —indagó Megan—. Me está dejando sin existencias.

Simon elevó la mano y se frotó la nuca incómodo.

—No lo sé, señora, yo solo sigo órdenes.

Megan clavó la mirada en el rostro del muchacho, donde aún se podían percibir algunos hematomas, y no pudo evitar sentir lástima por él. Ahora se arrepentía de su comentario. Ella no era nadie para meterse en asuntos que no le incumbían.

—Bien, espera aquí mientras voy al almacén —dijo antes de desaparecer por la entrada a la trastienda.

Simon regresó al tablón, y releyó la nota escrita con perfecta caligrafía. La razón le decía que no tenía ninguna oportunidad, la señora Gallagher no le

contrataría por ser sobrino de Emerson. Había sido testigo de lo que había sucedido entre ambos cuando la señora Gallagher fue hasta el rancho y tuvo que salir escoltada por el *sheriff* Rafferty. Pero la esperanza de un nuevo comienzo era más fuerte que las dudas.

Elaine había decidido dedicar la mañana a hacer una limpieza a fondo de la casa. Hacía mucho que no tenía el tiempo ni los ánimos para hacerlo, pero aquel día se había levantado con ganas. Pertrechada tras un delantal, y con su cabello protegido con un pañuelo, comenzó a vaciar y mover muebles.

Caleb llegó al rancho y bajó de un salto del caballo, al que ató a un palo. Rebuscó en sus alforjas y sacó el paquete envuelto en papel de estraza antes de internarse en la casa. Se sorprendió del desorden reinante, y dudó si darse la vuelta para salir corriendo. Un fuerte sonido proveniente del dormitorio rompió el silencio y, preocupado, se encaminó hasta su origen.

Lo que encontró le dejó con los ojos abiertos como platos. Elaine arrastraba con esfuerzo la estructura de la cama a la otra punta de la habitación.

—¿Qué haces? —preguntó curioso.

Elaine dio un pequeño gritito antes de girarse y encontrarse con Caleb, que estaba apostado en la puerta. Cuando se calmaron los alocados latidos de su corazón habló.

—¿No lo ves? Estoy haciendo cambios.

—¿Qué clase de cambios? —indagó Caleb, cada vez entendía menos lo que había sucedido en aquella casa, que estaba en perfecto orden cuando había salido aquella mañana.

—Estoy cansada de cómo está todo. He pensado que la cama quedaría mejor aquí —dijo señalando la posición donde pretendía llegar cuando él apareció—. Así estará frente a la ventana y por las noches veremos las estrellas —explicó emocionada.

Caleb se apoyó en la jamba de la puerta. Inevitablemente se imaginó la escena y su cuerpo comenzó a animarse. Cada noche, cuando todos los habitantes de la casa dormían, él se colaba en el dormitorio de Elaine como un ladrón. Y cada madrugada, antes de que saliera el sol, tenía que escapar, cosa que cada día le costaba más.

—La casa empieza a quedarse pequeña. Creo que deberíamos hacer alguna ampliación...

Caleb la escuchaba a medias, perdido en la contemplación de su rostro iluminado por la ilusión. No era su intención, pero sin percatarse se dejó llevar por la imaginación de Elaine, e inevitablemente se vio a sí mismo formando parte de sus planes, como si fueran una verdadera familia. «Eres un estúpido —se reprochó mentalmente—. Elaine no es tu mujer, ni Faith tu hija». Una sensación de vacío le embargó y la tristeza estuvo a punto de derrumbarle.

—¿Caleb?, ¿me estás escuchando? —le rescató del estado de angustia Elaine.

—Claro, por supuesto —mintió.

Elaine clavó su mirada en el rostro masculino con sospecha. Su expresión, hasta entonces relajada, había mudado a una bien distinta.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó al ver el paquete que Caleb sostenía entre sus dedos—. ¿Son más clavos? —preguntó con humor.

Caleb se sobrepuso de su estado anterior, y con una sonrisa en los labios se aproximó a ella. Entonces le tendió el paquete.

—Esto es para ti.

—¿Para mí? —preguntó Elaine sorprendida, mientras cogía el paquete marrón entre los dedos.

—Sí, claro, eso he dicho —replicó Caleb, tan nervioso como ella—. Vamos, ábrelo —la instó.

Elaine dudó unos instantes, pero finalmente empezó a romper el papel con urgencia, sintiéndose como una niña pequeña. Cuando descubrió la tela que tanto le había gustado en el colmado se quedó con la boca abierta, y elevó su rostro para encontrarse con la mirada insegura de Caleb.

—¿Cómo has sabido que me gustaba esta tela? —preguntó.

—Soy un hombre observador —replicó él, más tranquilo porque sabía que había acertado de pleno.

—Pero no debiste hacerlo —dijo Elaine, recapacitando sobre el regalo. Caleb estaba haciendo mucho por ella y el rancho. Estaba segura de que se había gastado un dineral en la reconstrucción del granero, que ya casi estaba acabado. No quería que malgastara más con ella. Pesarosa, bajó la mirada y la clavó en la tela.

Caleb fue consciente de cada cambio en la expresión de su rostro. Primero la sorpresa, luego la ilusión y por último la tristeza. No sabía qué estaba

pasando por su cabeza, pero no le iba a permitir que dejara de sonreír. Colocó un dedo bajo su barbilla y la obligó a elevar el rostro nuevamente hacia él.

—¿Qué problema hay? —preguntó, dispuesto a llegar a la verdad.

—Que no puedo aceptarlo. No debiste gastarte el dinero en algo así.

—¿Te refieres a un capricho? —Ella no contestó, simplemente afirmó con la cabeza—. Pues te voy a decir una cosa; eres una mujer trabajadora, luchas día a día por los tuyos y por el rancho. Te mereces un regalo. Deja de pensar y hazte un vestido. Si quieres yo te puedo ayudar a tomar las medidas —añadió con humor.

Se sintió recompensado cuando una sonrisa comenzó a formarse en los labios femeninos, hasta volverse radiante.

—Gracias —dijo Elaine emocionada.

—De gracias nada —replicó Caleb mientras cogía su rostro entre las manos con la intención de adueñarse de sus labios—, quiero algo a cambio.

—Sus deseos son órdenes, señor Henderson —replicó Elaine con humor.

Caleb estaba a punto de atrapar sus labios en los propios cuando unos golpes en la puerta les sobresaltaron.

—¡Maldita sea! —farfulló Caleb molesto.

—No te preocupes —le dijo Elaine mientras se separaba de su cuerpo para acudir a la puerta—, tenemos toda la noche —añadió antes de volver ligeramente su rostro para guiñarle un ojo.

Simon jugueteaba con su sombrero entre los dedos mientras esperaba a que la puerta se abriera. Había llegado al rancho Gallagher llevado por un impulso, y a pesar de que había dudado un centenar de veces a lo largo del viaje, no pensaba marcharse hasta tener una respuesta, fuera positiva o negativa.

La puerta se abrió de golpe y ante sus ojos apareció la señora Gallagher, que le observó sorprendida.

—¡Simon! ¿Qué haces aquí?

—Verá, señora Gallagher, quería hablar con usted sobre la nota que ha dejado en el tablón del colmado.

Elaine se vio sorprendida por sus palabras. Volvió el rostro y se encontró con la mirada de Caleb, que había escuchado las palabras del joven. Tras unos segundos de duda volvió su atención a Simon.

—Está bien, anda, pasa, por favor —dijo apartándose de la puerta para que el joven pudiera entrar.

Simon se sintió aliviado cuando la señora Gallagher le dio acceso a la casa. Aunque había leído la duda en su rostro le daba la oportunidad de explicarse, que no era poco. Al menos no le había echado. Se sorprendió cuando al entrar en la cocina descubrió al hombre que llevaba varias semanas viviendo allí.

—Buenos días, señor Henderson —saludó educadamente.

—Buenos días —replicó Caleb escuetamente.

—Por favor, Simon, siéntate —le invitó Elaine—. ¿Quieres algo de beber? —preguntó amablemente.

—No, muchas gracias, señora —respondió mientras ocupaba asiento.

Elaine hizo un gesto con la cabeza a Caleb y ambos se sentaron flanqueando a Simon, que se sorprendió.

—Verás, Simon, es verdad que estamos buscando un trabajador. Todas las decisiones del rancho nos competen a mí y al señor Henderson.

—Comprendo —fue la escueta respuesta del joven.

—Bien, entonces, ¿quieres ese puesto? —indagó Elaine.

—Sí, señora.

—Tengo una duda —expuso Caleb, entrando en la conversación—. ¿No trabajas ahora con el señor Emerson?

—Sí, pero quiero salir de ese rancho —confesó Simon, aunque la angustia se delató en su voz.

—Comprendo —dijo Caleb, al que no le habían pasado desapercibidos los hematomas que adornaban su rostro.

Estaba claro que Emerson no se portaba bien con el chico. No le culpaba por querer buscar otro lugar. El problema residía en que era el sobrino de Emerson, y estaba seguro de que no se tomaría demasiado bien que el chico le abandonara y, aun peor, para trabajar para Elaine, que le había rechazado. Tenía muchas dudas.

—¿No me van a contratar? —indagó Simon temeroso.

—No hemos dicho eso —intentó tranquilizarlo Caleb—. Solo te pedimos que nos dejes pensarlo. Pásate mañana a primera hora por aquí y te daremos una respuesta. ¿Te parece?

Simon tenía sentimientos encontrados, pero la esperanza ganó al desánimo, y con una sonrisa en los labios abandonó su silla.

—Gracias, señor Henderson, señora Gallagher —dijo mientras se aproximaba a la puerta—. Mañana a primera hora —añadió antes de

desaparecer.

Cuando se quedaron solos se miraron el uno al otro antes de hablar. La cuestión que se les presentaba era complicada para tomar una decisión.

—¿Tú qué piensas? —preguntó Elaine.

—No lo sé —confesó Caleb mientras se frotaba la frente—. Sabes tan bien como yo que si Simon empieza a trabajar en el rancho nos traerá problemas con Emerson.

—Lo sé —replicó Elaine—, pero me da pena. ¿Viste su aspecto?

—Claro que me fijé, está claro que Emerson tiene la mala costumbre de ejercer su fuerza contra los más débiles —dijo con voz fría, recordando el pómulo dañado de Elaine no muchos días antes—. Lo inteligente sería decirle que no, apartar los problemas. Pero creo que ese joven necesita una oportunidad. Aunque creo que la decisión deberías tomarla tú.

Capítulo 26

Simon se acababa de marchar. Elaine había visto por primera vez una sonrisa en el rostro de aquel muchacho y eso caldeó su corazón. En principio había pensado en negarle el puesto, pero las palabras de Caleb eran ciertas. Simon era un buen muchacho, y muy trabajador. Se merecía un nuevo comienzo. Apoyada sobre la barandilla del porche, mientras su mirada se perdía en el horizonte, pensó que últimamente no dejaba de recoger a personas, pero no podía negar que eso la hacía feliz.

Se sobresaltó cuando unas manos atraparon su cintura y su espalda acabó prácticamente empotrada contra un amplio pecho masculino, donde se sintió en un refugio seguro. Luego unos fuertes brazos rodearon su cuerpo.

—¿En qué piensas? —preguntó Caleb mientras besaba su coronilla.

—En Simon, en Lorraine, en sus vidas.

—Aún son jóvenes —replicó Caleb—, tienen tiempo de buscar su destino.

—¿Estás diciendo que nosotros no lo somos? —preguntó Elaine elevando una de sus cejas—. Anoche parecías un muchacho —añadió antes de reír alegremente al recordar la noche de pasión compartida.

Caleb sonrió, y notó que su corazón se caldeaba al escuchar esa risa que parecía música para sus oídos. En los últimos días, desde que su relación se había estrechado, había conocido a otra Elaine, una que parecía más relajada, más feliz y hasta tenía sentido del humor. Nunca se había enamorado, y por eso no podía estar seguro, pero creía que lo que sentía por esa mujer era algo especial. «Quizás es amor», se dijo, aunque no estaba seguro de si eso le gustaba o disgustaba.

—¿Estás bien? —preguntó Elaine volviendo el rostro para poder ver su expresión. Caleb se había silenciado y no había respondido a su broma.

Caleb se encontró con los ojos verdes de Elaine y se perdió en ellos sin remisión.

—Claro, por supuesto.

—¿Seguro? —dijo con temor.

—Me siento mejor que en toda mi vida —confesó.

Elaine, tras escuchar sus palabras, e incómoda por lo que significaban, volvió nuevamente el rostro y dejó vagar su mirada por el horizonte. Sus ojos se achicaron cuando descubrió un carruaje que levantaba polvo a su paso en dirección a la casa. Se apartó bruscamente de Caleb y bajó los dos escalones del porche.

—¿Qué pasa? —preguntó él a su espalda.

—Viene un carruaje —dijo alarmada.

—¿Un carruaje? —repitió Caleb sorprendido.

Caleb agudizó su mirada y comprobó que las palabras de Elaine eran ciertas. «¿Quién será?», se preguntó alarmado mientras su cuerpo se tensaba. Inconscientemente se llevó la mano a la cintura, pero no halló su pistola. Había dejado la cartuchera colgada en el respaldo de una silla.

—Ahora vuelvo —dijo antes de correr hacia la casa.

Elaine no dijo nada, estaba más pendiente del carruaje, que se acercaba a pasos agigantados. Cuando Caleb regresó a su lado el vehículo frenaba en seco junto a la puerta. En el pescante iba un hombre que bajó del mismo con un movimiento diestro, nacido de la práctica, y abrió la puerta. Elaine contuvo el aliento hasta que la primera persona descendió por los escuetos escalones que el conductor había desplegado.

Lo primero que vio Caleb fueron unos botines de color crema, luego la tela de una falda rosada. Estaba claro que se trataba de una mujer elegante, y mil preguntas se formularon en su cabeza. Pero cuando la grácil figura femenina terminó de descender, y bajo el sombrero, adornado por unas flores secas, apareció un rostro muy conocido, tuvo que obligar a sus pulmones a insuflarle aire.

—Esto no puede ser verdad —dijo con esfuerzo antes de acelerar el paso y abalanzarse prácticamente sobre ella. La estrechó fuertemente contra su pecho y aspiró el aroma floral que desprendía.

Elaine no entendía nada. Y cuando Caleb abrazó a aquella desconocida sintió la garra de los celos oprimiendo su corazón. Toda la felicidad que había sentido en las últimas semanas se desvaneció como el humo con el paso del aire.

—Caleb —dijo Shannon con emoción contenida.

El aludido sintió que una amalgama de sentimientos le asaltaba. El primero de ellos el alivio, después la alegría, y por último la curiosidad.

—Shannon, ¿qué te ha pasado? —preguntó separándose de ella y

estudiando su aspecto con atención. Era su prima, pero no parecía la misma.

Elaine permanecía quieta como una estatua, intentando digerir lo que estaba sucediendo. La sensación que le había atenazado hasta entonces la abandonó cuando escuchó el nombre de la mujer. «¡Es la prima de Caleb!», se dijo. Pero una pregunta se formuló en su cabeza. Se acercó al carruaje a tiempo de ver descender a su hermano, que era lo que le angustiaba en ese momento.

—¡Justin! —dijo antes de lanzarse en sus brazos, recibiendo un abrazo tan emotivo como el que había protagonizado Caleb poco antes con su prima.

Su hermano la acogió y besó su coronilla, como era su costumbre. Estaba segura de que su regreso significaba que todo había acabado.

—¿Has venido para quedarte? —preguntó contra su pecho.

Justin disfrutó del abrazo, agradecido de que su hermana estuviera bien. Pero no era el momento para darle la respuesta que ella esperaba.

—Tenemos muchas cosas que contaros —dijo evasivamente antes de cruzar una mirada con Shannon—, pero antes no nos vendría mal comer algo —añadió.

—Por supuesto —replicó Elaine dispuesta—. Vamos dentro —invitó.

Los cuatro comieron un delicioso guiso de verduras y pollo, disfrutando de la conversación. Shannon y Justin les relataron a grandes rasgos todo lo acontecido en el tiempo que había pasado desde su marcha.

Para sorpresa de Caleb y Elaine, la muerte de Bradley no había sido el punto final de su aventura. Shannon contó todo lo relacionado con sus orígenes y su conexión con la difunta esposa de Justin, y por último su enamoramiento y boda.

—¿Y cómo es tu abuela? —indagó Caleb preocupado.

La noticia de que su prima tenía familia le había sorprendido hasta un punto insospechado, y a su pesar, el sentimiento de pérdida le embargó. ¿Y si Shannon, su única familia, decidía irse a vivir para siempre con aquella mujer?

Shannon, que conocía a su primo como a sí misma, pudo leer en su rostro la angustia. No pudo evitar que su corazón se encogiera, pero las sospechas de él no eran infundadas. Su abuela era una mujer mayor que se había pasado las últimas décadas sola, muerta en vida tras su desaparición y la de su hermana, y creía que era su obligación regalarle su compañía los años que les restaban. No había sido fácil tomar aquella decisión, pero tenía la esperanza de que Caleb aceptara irse con ella y Justin a San Francisco para comenzar una nueva

vida. Aunque prefería esperar para darle la noticia. Acababan de llegar y quería disfrutar del reencuentro.

—Es una mujer maravillosa, estoy segura de que te va a encantar —dijo Shannon con una sonrisa tierna en los labios—. Tiene un carácter de mil demonios —añadió.

—Entonces ya sé de dónde sacaste tú el tuyo —replicó Caleb con humor.

—¿Y vosotros qué tal? —preguntó Shannon para cambiar de conversación. No le pasó desapercibida la mirada que Caleb y Elaine se dedicaron, y una alarma se encendió en su cabeza.

Tras unos segundos de silencio, Elaine fue la primera en hablar.

—Estas semanas han sido bastante accidentadas en el rancho.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Justin preocupado.

—Hubo una gran tormenta y se desató un incendio que acabó con el granero.

—¡Dios santo! —exclamó Justin, sabiendo las repercusiones del suceso.

—Pero no te preocupes, ya está casi reconstruido. Caleb ha resultado ser un buen carpintero —respondió Elaine con humor—. Si quieres podemos dar una vuelta por el rancho, y podrías acompañarme a recoger a Faith, que está a punto de salir de la escuela. Estoy segura de que le encantará la sorpresa.

Justin cruzó una significativa mirada con Shannon, con la que se dijeron todo sin pronunciar palabra.

—Claro, vamos, estoy deseando —replicó el aludido.

Shannon esperó a que Justin y su hermana desaparecieran por la puerta para clavar su mirada en el rostro de Caleb, que parecía querer rehuirla. Estaba claro que algo ocultaba, y pensaba descubrirlo por las buenas o por las malas.

—Caleb, ¿qué está pasando aquí? —preguntó directa, como era su costumbre.

Caleb evitó su mirada y abandonó la silla para dirigirse a la ventana. Apoyó la palma de su mano en el marco de la misma antes de responder.

—Nada —mintió.

Shannon frunció los labios y se incorporó para acercarse a él, situándose al otro lado de la ventana.

—Por favor, no me tomes por estúpida. Sé que sucede algo entre tú y Elaine. ¿Me lo vas a contar?

Caleb, con los brazos cruzados sobre el pecho, formó un puño con sus

dedos. Y a regañadientes volvió el rostro para enfrentarse a la mirada inquisitiva de Shannon. Comprendía su interés, pero no le gustaba ni un pelo su interrogatorio. Su prima no tenía ningún derecho para hacer esa pregunta cuando ella misma se había casado con el *doc* sin pedirle su opinión al respecto.

—¿Debería? —preguntó elevando una de sus cejas—. Tú te has casado hace unas semanas y es ahora cuando me entero.

—Eso es diferente... —intentó rebatirle, pero se vio interrumpida por un gesto de mano de su primo.

—No, no es diferente. Tú has tomado decisiones en tu vida, y yo he hecho lo propio. No te reprocho nada, incluso me alegro. Justin Chandler es un buen hombre y me alegro de que ahora tengas a alguien que cuide de ti.

—¡Caleb! —exclamó Shannon molesta.

—Respecto a Elaine, yo solo le he devuelto el favor a Justin. He cuidado de su hermana como él ha cuidado de ti.

—Caleb, te estás extralimitando —le advirtió Shannon con voz acerada.

—¿Acaso ese *doc* no se ha divertido contigo bajo las sábanas todo este tiempo a pesar de la promesa que me hizo?, pues eso mismo he hecho yo, divertirme con su hermana —replicó dañino.

Elaine, oculta tras la puerta, tuvo que contener las lágrimas que pugnaban por abandonar sus ojos mientras se colocaba una mano en el pecho. Las palabras de Caleb la habían herido como si le hubiera clavado un cuchillo en el corazón. Había enseñado a Justin el nuevo granero, y ahora estaba preparando el carro para ir a buscar a Faith. Ella había regresado para recoger su limosnera, cuando escuchó la conversación de los primos. No supo cuál fue la réplica de Shannon a Caleb porque salió corriendo en dirección al gallinero, con la intención de serenarse antes de regresar junto a su hermano.

—Oh, por favor, Caleb, no te comportes como un idiota —replicó Shannon, demostrando que a pesar de sus lujosas vestimentas seguía siendo la misma. Seguía teniendo una lengua muy larga—. Estoy segura de que si tienes algo con Elaine es porque sientes algo por ella, no por sentirte más hombre, tú no eres así.

Caleb descruzó los brazos y elevó una mano para frotarse la nuca. Shannon tenía razón, se estaba comportando como un cabrón. Nunca había pensado en

aprovecharse de Elaine, si había cometido la osadía de besarla y conquistarla era porque se sentía irremediabilmente atraído por ella, pero no, no solo se trataba de algo físico. Si había insinuado algo así era llevado por la rabia. Sí, estaba enfadado, no lo podía negar. Sabía que más pronto que tarde Shannon le confesaría que se iba a vivir a San Francisco con su abuela, no era estúpido. Entonces se quedaría solo.

Cambió el peso de su cuerpo de su pierna izquierda a la derecha, y tras colocar los dedos pulgares en la cinturilla de su pantalón, clavó la mirada en el rostro de su prima para enfrentarla.

—No vas a volver conmigo a Small Plane. Te vas a ir a vivir a San Francisco con tu abuela y Justin, ¿verdad?

—Sí, no te lo voy a negar. Esa mujer ha sufrido mucho, y creo que se merece vivir lo que le resta en paz. Espero que sepas perdonarme.

Caleb se sintió cruel por primera vez desde que habían comenzado aquella conversación. Él mismo había planeado quedarse con Elaine para siempre, incluso estaba barajando la posibilidad de pedirle matrimonio. ¿Quién era él para juzgar las acciones de su prima? Lo importante era la luz que ahora tenía su rostro, que la veía feliz por primera vez en su vida. Justin era el hombre que Shannon necesitaba y estaba deseando conocer a esa anciana.

—Lo siento —se disculpó—, tienes razón, soy un idiota —dijo antes de acercarse a ella y estrecharla entre sus brazos.

Shannon se sintió agradecida y se dejó mecer contra el pecho de su primo. Pasaron así varios minutos, disfrutando del abrigo que se reportaban mutuamente. Finalmente Shannon fue quien se apartó para hablar.

—Entonces, ¿sientes algo por Elaine? —preguntó esperanzada.

—Sí, la amo —confesó Caleb por primera vez en voz alta.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —indagó con una ancha sonrisa.

—Casarme con ella —respondió Caleb, por primera vez seguro de lo que quería hacer el resto de su vida: amar a la mujer que se le había metido en las venas y en el corazón.

Capítulo 27

Shane esperaba pacientemente a que Lorraine saliera del hostel Colton. Aquella tarea se había instaurado en su rutina diaria, y lejos de incomodarle, cada día esperaba con impaciencia la hora en la que el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte. Sabía que esa necesidad no era un buen síntoma, y que su cabeza no dejara de pensar en esa joven significaba algo, pero no había querido dilucidar a qué se debía.

—Ya estoy aquí —expresó la voz cantarina de Lorraine, que apareció en ese momento en el porche donde él esperaba—. Perdona por la tardanza —se disculpó con una dulce sonrisa. Hacía tiempo que habían prescindido de las formalidades.

—No pasa nada —replicó Shane respondiendo a esa sonrisa que lograba caldear su corazón—. ¿Nos vamos? —preguntó ofreciéndole su brazo.

—Por supuesto —dijo Lorraine colgándose de él.

Cogidos del brazo, y a pesar de que las buenas gentes de Rocky Meadow ya habían empezado a comentar sobre el asunto, se encaminaron a la salida del pueblo. Conversaron durante un rato sobre temas intrascendentes, como era su costumbre, pero Shane llevaba tiempo queriendo saber qué había sido de ella en los meses que había estado fuera, y decidió que aquel era el mejor momento.

—Lorraine, ¿te puedo hacer una pregunta? —se atrevió a preguntar antes de ir al asunto.

Lorraine volvió levemente el rostro y clavó su mirada en el perfil de Shane. Sabía lo que quería descubrir, no era estúpida. Hacía tiempo que esperaba que esa conversación se produjera, pero eso no quería decir que la entusiasmara. Aun así, decidió que respondería a sus preguntas, que serían varias, porque se las debía.

—Claro, por supuesto —replicó, cuadrándose de hombros inconscientemente.

—Imagino que no es un tema agradable para ti, y que no tiene la mayor importancia, pero me gustaría saber por qué te fuiste, dónde has estado todo este tiempo y por qué regresaste.

Lorraine se quedó sorprendida de que Shane no supiera que se había fugado con uno de los vaqueros de su padre. Hubiera jurado que el rumor debió estallar tras su marcha, pero al parecer no había sido así. Quizás su padre se había encargado de silenciarlo, aunque estaba segura de que no lo había hecho por ella, sino para salvaguardar su apellido, que parecía importarle más que su propia familia.

—Bueno —comenzó desenlazando su brazo del de él, necesitaba distancia para relatar lo que le pedía. Inconscientemente comenzó a frotarse las manos, denotando su nerviosismo—. No es nada complicado. Criarse en el rancho de mi padre no ha sido fácil, casi siempre rodeada de hombres, sin una figura femenina. Siempre me tuvo entre algodones, colmando todos mis caprichos, pero no me enseñó a convivir con otras personas. Siempre estuve recluida en el rancho. Un día apareció un nuevo vaquero, Silver. Cuando le conocí pensé que era el hombre más guapo que había visto en mi vida, y se había fijado en mí —exclamó como si aquello fuera una sorpresa. Estaba claro que no era consciente de lo hermosa que era—. Ningún otro se había atrevido a tan siquiera dirigirme la palabra, ahora entiendo que era porque mi padre no se lo hubiera permitido, pero a Silver no parecieron importarle las normas de mi padre. En unos meses estuve comiendo de la palma de su mano, y cuando me propuso fugarnos no lo dudé.

—¿Y qué pasó después? —indagó Shane, que no era capaz de perderse una sílaba de las que salían de los labios femeninos.

—Nada, que resultó que Silver no me amaba como había jurado. Solo quería el dinero que robé a mi padre, y que él me convenció de coger para la fuga. Después de gastarse todo ese dinero en mesas de juego, pretendía que... yo trabajara en el *saloon* de un amigo suyo —confesó avergonzada, sabiendo que Shane ya no la miraría de igual manera. Ahora se arrepentía de haberle confesado la verdad.

Shane apretó la mandíbula tras escuchar su confesión. Si hubiera tenido delante de él al tal Silver en aquel momento le habría roto los dientes y cada uno de sus huesos. Aunque la actitud de Dale Glover no había sido mucho mejor al echar a su única hija.

—¿Tiene apellido ese tal Silver? —preguntó con una alocada idea en su cabeza.

Lorraine, perdida en el pasado, regresó para descubrir la expresión de Shane.

—Eso ya no tiene importancia —dijo con voz firme—. Lo importante es que yo lo dejé atrás. Recogí mis escasas pertenencias y regresé a mi hogar, aunque descubrí que no lo era cuando llegué.

Shane detuvo su caminar y cogió el brazo de la joven para que hiciera lo propio. Buscar al tal Silver y acabar con él, que era lo que le apetecía, no solucionaría nada. Si Lorraine había huido de ese malnacido y no había permitido que la convirtiera en su esclava, que era seguro lo que pretendía, quería decir que a pesar de su juventud era una mujer inteligente.

—Eres una mujer inteligente y valiente —expresó con orgullo.

Lorraine sintió que su pecho se expandía con sus palabras.

—¿En serio? —preguntó insegura.

Shane se sintió enternecido por sus dudas. Estaba claro que Lorraine no era consciente de lo que había logrado a pesar de las circunstancias vividas en los últimos meses de su vida. Sin poder evitarlo tomó su rostro entre las manos, percatándose de la suavidad de su piel antes de hablar.

—Claro, el problema es que tú no eres capaz de creerlo. ¿Qué mujer en tus circunstancias no se hubiera dejado hundir, rindiéndose ante los deseos de hombres que se creen con derecho sobre ella? Tú te has plantado, has dicho que no, y has comenzado a trazar tu propio camino.

Lorraine sintió la emoción tomar su cuerpo, y sin apenas percatarse comenzó a llorar. Las lágrimas rodaban por sus mejillas sin control.

Shane, al ver las gotas saladas sobre su piel, no pudo evitar secarlas con los dedos, que reposaban sobre sus mejillas, y llevado por un impulso, acortó la distancia que los separaba y la besó con ternura.

Lorraine se vio sorprendida por su acción, y a pesar de sí misma se dejó llevar por la dulce caricia. Sabía que no debía permitirse sentir nada por él. No hacía demasiado se había jurado no dejarse llevar nuevamente por la pasión, que era lo que le había llevado a la situación en la que se encontraba. Pero cuando Shane ahondó en el beso, y su lengua la invadió, su cabeza dejó de pensar y se dejó llevar. Cuando las manos masculinas se posaron en su espalda y la pegaron a él notó como la temperatura de su cuerpo comenzaba a ascender. «Esto no está bien. Tienes que aprender a valerte por ti misma», se dijo, recordándose que los hombres solo le habían traído problemas. Con un esfuerzo sobrehumano colocó las palmas de las manos sobre el pecho masculino y le apartó con un leve empujón.

—Esto no es una buena idea —expresó antes de caminar aceleradamente

por el camino de entrada al rancho Gallagher.

Shane se quedó allí plantado, maldiciendo su torpeza. Ahora sabía que se había precipitado, y no sabía si tendría arreglo. Con desesperanza siguió a la joven por el camino, pero sin atreverse a acercarse demasiado a ella. Estaba claro que ahora necesitaba su espacio y no quería agobiarla.

Se unieron cuando llegaron a la casa, y se sorprendieron del jaleo reinante en el interior. Shane estaba a punto de despedirse, aún apesadumbrado por lo sucedido, pero cuando la puerta se abrió y de la casa salió un hombre que a Shane le costó reconocer por lo elegantemente vestido que iba, se quedó anclado al suelo.

—¡Rafferty! —exclamó Justin bajando los dos peldaños y abrazando a Shane fuertemente—. Estaba deseando verte.

—Justin, ¿cuándo has llegado? —preguntó Shane desconcertado.

—Esta mañana.

—¿Y Shannon? —preguntó preocupado.

—Si te refieres a mi esposa, está dentro —dijo Justin guiñándole un ojo al ver la sorpresa reflejada en el rostro de su amigo.

Justin se apartó del *sheriff* y clavó su mirada en la joven, que parecía incómoda con la situación.

—Y tú debes de ser Lorraine, mi hermana me ha hablado mucho de ti, aunque yo te recuerdo —dijo Justin mientras se aproximaba a la joven y le tendía la mano amablemente.

—¿Me recuerda? —replicó Lorraine confusa mientras estrechaba su mano.

—Te conocí cuando eras pequeña. Era mi primer año como ayudante del señor Sanders. Te habías caído de un árbol y tenías una herida horrible en la rodilla. Eras muy traviesa —añadió con una sonrisa divertida.

Lorraine dobló una de sus dos camisas y luego su falda gris, la que usaba en ocasiones especiales y a la que tenía gran cariño porque se la había regalado Elaine. Antes había tenido un armario ropero repleto hasta los topes, pero no había apreciado tanto su vestimenta como en aquel momento. Sus escasas pertenencias entraban en una pequeña bolsa de mano, pero era más de lo que tenía cuando regresó. Estaba a punto de cerrarla cuando la puerta del dormitorio se abrió para dar paso a la mujer que le había abierto su casa.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Elaine al ver la bolsa sobre la cama.

Lorraine tardó unos segundos en recomponerse de la tristeza que la asolaba. Pero había tomado una decisión y no pensaba echarse atrás. Resuelta, se giró para enfrentarse a Elaine, que permanecía en el quicio de la puerta.

—Recoger mis cosas.

Elaine frunció el ceño al escuchar sus palabras y se aproximó a Lorraine con las manos en las caderas.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó morruda—. Este es ahora tu hogar.

Lorraine sintió un nudo en la garganta al escuchar sus palabras. Elaine era la mujer más buena que había conocido en su vida, y le dolía tener que separarse de ella, pero sabía que era lo mejor. No solo se debía a la llegada del doctor Chandler y su esposa, la casa se había quedado demasiado pequeña con solo dos dormitorios. El otro motivo, quizás el más importante, era lo que había sucedido el día anterior con el *sheriff*. No podía negar que le había encantado ser besada, que se sentía atraída por ese hombre, que sospechaba era el mejor que había conocido en su vida, pero no podía dejarle entrar en su vida; le daba un miedo tremendo, y debía alejarlo de ella. La mejor forma era aceptar el ofrecimiento de Nancy Colton de vivir en el hostel, así se ahorraría el paseo hasta el rancho Gallagher y, por tanto, la compañía de Shane.

—¡Lorraine! —le reclamó la voz de Elaine, que esperaba su respuesta.

La aludida acortó la distancia que las separaba y cogió las manos de Elaine entre sus dedos mientras le dedicaba una dulce sonrisa.

—Elaine, te agradezco todo lo que has hecho por mí todo este tiempo, pero ha llegado el momento de que salga del nido y empiece a vivir mi propia vida. Nunca podré olvidar el cariño y el cobijo que me has prodigado, pero creo que es hora de que acepte lo que Nancy me ofrece; mudarme al hostel. Aquí ya hay demasiada gente, y así me ahorraré la caminata cada día.

Elaine hubiera querido desdecir todas las palabras que había pronunciado la joven, pero entendía la necesidad de volar del nido, de forjarse un futuro. Con lágrimas contenidas abrazó el frágil cuerpo de la muchacha contra su pecho antes de hablar.

—Te voy a extrañar mucho —dijo con voz cargada de emoción.

—Y yo a ti —replicó Lorraine con un nuevo nudo en su garganta—. Pero estaré en el pueblo, estoy segura de que nos veremos a menudo.

—Además, puedes venir a visitarnos cuando quieras. Si no lo haces, Faith

no te lo perdonaría.

—Ni yo podría perdonármelo —replicó Lorraine al recordar el rostro sonriente de la niña a la que adoraba.

Capítulo 28

Elaine retiró la olla del fuego y se sirvió un café antes de sentarse frente a la mesa, donde Justin ya degustaba uno. Parecía taciturno y Elaine estaba segura de que tenía que ver con el futuro. El día de su llegada él y Shannon les habían relatado todo lo acontecido a lo largo de las semanas que llevaban fuera. La noticia de su boda había sido una gran sorpresa, pero se alegraba por su hermano, que ahora parecía feliz y en paz. Se alegraba por él, pero la nueva situación lo cambiaba todo, y un millón de dudas asolaban su cabeza.

—¿Dónde está Shannon? —preguntó, no había visto a su cuñada desde el desayuno, antes de llevar a Faith a la escuela.

—Ha ido con Caleb a cambiar el ganado de posición. Dijo que era para recordar viejos tiempos. Parecía una niña pequeña —añadió con una sonrisa que iluminó su rostro, como cada vez que hablaba de su esposa.

—Faith aún sigue impactada por su parecido con Cassie —confesó Elaine, no había sido fácil explicarle a su hija la historia de ambas mujeres.

—No es para menos, pero parece haber aceptado bien a Shannon —replicó Justin antes de dar otro sorbo a su taza. Tenía que decirle a su hermana que no pensaba quedarse en Rocky Meadow, pero no estaba seguro de cómo hacerlo. Irse a San Francisco con Shannon y su abuela suponía romper la promesa que le había hecho a Elaine.

—Y ahora que todo ha acabado, ¿qué vas a hacer? —inquirió Elaine directa. Llevaba días preguntándose cuáles eran ahora los planes de su hermano.

Justin, sin ser consciente de ello, se pinzó el puente de la nariz. Había llegado el momento.

—Sé que te prometí que cuando acabara con Bradley regresaría a casa, pero no puedo cumplir con esa promesa. Mi lugar está junto a Shannon, y su abuela la necesita —confesó del tirón. Esperaba el brote de ira de su hermana, que sería lo más normal, pero para su sorpresa una sonrisa adornó los labios de Elaine.

—Me alegro por ti y por ella. Tienes derecho a continuar con tu vida después de tanto sufrimiento.

—¿Y tú y Faith? —indagó Justin. En su voz se podía translucir la culpabilidad que cargaba sobre sus hombros.

—Justin —dijo Elaine extendiendo su mano y atrapando los dedos de su hermano para reconfortarle—, nosotras seguiremos con nuestras vidas. Desde tu marcha muchas cosas han cambiado y por fin veo la luz al final del túnel. Si todo sale bien, el año que viene el rancho al fin dará ganancias y podremos soñar con un futuro mejor. Pero tengo que pedirte un favor —le confesó.

—Claro, lo que necesites —dijo aliviado.

—Caleb me ha prestado un dinero para poder arreglar el granero y me gustaría devolvérselo. —No pensaba contarle que eran socios—. No quiero atarlo a este lugar, no es su carga. Me parece que ahora que todo ha acabado está en la misma situación que yo. Quizás quiera regresar a casa. —Solo con pronunciar aquellas palabras el dolor la embargó, pero tenía que darle a Caleb la oportunidad de decidir por sí mismo. Si se quedaba a su lado no quería que fuera por obligación.

Justin se vio sorprendido por sus palabras, pero no pensaba negarle nada a Elaine, se lo debía, al igual que a Caleb. No sabía si Shannon había hablado con él, pero estaba de acuerdo con su hermana; Caleb tenía derecho a decidir su destino, al fin era libre.

—Por supuesto, Elaine, cuenta con el dinero.

—¿Cuándo os iréis? —preguntó Elaine, preocupada por la respuesta. Aún no estaba preparada para despedirse.

—Nos quedaremos hasta que acabes de recoger el heno. Va a ser un arduo trabajo y no pensamos dejaros solos —dijo antes de acercarse la mano de su hermana a los labios y besarla con ternura—. Estoy muy orgulloso de ti.

Shane oteó el exterior para descubrir que el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte. Con cansancio se frotó la nuca con los dedos y cerró los ojos por unos instantes. Llevaba dos días sin dormir y su cuerpo empezaba a resentirse. Toda la culpa era de Lorraine. Sabía que había cometido un error al besarla, pero nunca pensó que ella se plegaría sobre sí misma.

Al día siguiente del beso había abandonado el rancho Gallagher y vivía en el hostel Colton, evitando así su presencia. Y cada vez que iba al restaurante con la esperanza de hablar con ella, le ignoraba sin contemplaciones.

Necesitaba tener una conversación con la joven para aclarar las cosas, pero no se lo ponía fácil.

Frustrado, golpeó la mesa con el puño.

—Jefe, ¿se encuentra bien? —preguntó Martin, su ayudante, que entraba en ese momento para hacerle el relevo.

—Sí, claro —replicó Shane incorporándose en la silla.

—¿Necesita algo? —preguntó el muchacho preocupado al ver las marcas violáceas bajo sus ojos.

—No, tranquilo. Me voy, tengo que hacer algo —dijo antes de descolgar su sombrero del gancho junto a la puerta y salir precipitadamente de la oficina, dejando a su ayudante confuso.

Con paso acelerado cruzó la calle y se internó por el callejón del hostel. En pocos segundos estuvo en la puerta trasera y llamó con fuerza. Iba a hablar con Lorraine quisiera o no quisiera. La puerta se abrió y se encontró con Nancy, que le observó sorprendida.

—*Sheriff*, ¿sucede algo? —preguntó alarmada.

—Sí, tengo que hablar con Lorraine —expresó directo.

Nancy clavó su mirada en el rostro masculino y lo estudió con atención. Se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos antes de hablar.

—Señor Rafferty, estas no son maneras. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente —replicó Shane con la escasa paciencia que le restaba—. ¿Está Lorraine, podría hablar con ella?

Nancy descubrió las ojeras bajo sus ojos, y su expresión impaciente. No era estúpida, había sido testigo del comportamiento extraño de Lorraine, cómo había ignorado al *sheriff* las veces que este había ido a desayunar, comer o cenar al restaurante, y tenía una ligera sospecha del porqué del comportamiento del agente de la ley. Una sonrisa curvó sus labios antes de hablar.

—¿Me permite un consejo? —dijo directa.

Shane se sorprendió por las palabras de la mujer, pero asintió con la cabeza.

—Si quiere conquistar a esa joven, le aseguro que la brusquedad no es la mejor forma. Quizás si me cuenta lo sucedido pueda ayudarle. No ponga esa cara de estúpido, se nota a la legua que siente algo por ella, y usted no le es indiferente, pero tiene que comprender todo lo que ella ha pasado. Es normal que desconfíe de los hombres.

—Pero yo no soy como ese maldito Silver, ni como su padre o hermanos. Yo nunca le haría daño.

—Lo sé, Rafferty, pero ella aún no. Dele tiempo, le aseguro que tarde o temprano se abrirá a usted.

—Pero... —intentó rebatir Shane sus palabras.

—La paciencia es una virtud —aseveró Nancy antes de cerrar la puerta. Dejando a Shane solo y pensativo.

Una franja del campo de heno comenzaba a despejarse gracias al arduo trabajo de todos. Justin, Caleb y Simon se ocupaban de cortar con la guadaña los altos tallos, mientras Elaine y Shannon agrupaban el heno en montones para dejarlo secar por completo antes de empacarlo con cuerdas.

Elaine se detuvo en su trabajo, y apoyada en el mando de la rastrilla oteó el cielo para comprobar la hora. Había dejado la comida hecha desde la madrugada y había llegado el momento de ir a recogerla. Se aproximó a su cuñada, que continuaba segando incansablemente, y le habló.

—Shannon, voy a recoger la comida. No tardo.

Shannon se incorporó y se secó el sudor de la frente con la manga de su camisa antes de responder a sus palabras.

—Claro, gracias, estoy hambrienta —confesó antes de proseguir con su tarea.

Elaine se acercó hasta donde descansaban los caballos y se subió a su montura para emprender la cabalgada por el camino hacia a la casa, situada a pocas millas. Caleb, que había visto su acción, no dudó en tomarse un descanso. Así se lo hizo saber a Justin y Simon, que trabajaban codo con codo con él. Cuando pasó junto a su prima, se vio sorprendido por su voz.

—¿A dónde vas? —indagó Shannon al ver que su primo se dirigía hacia los caballos.

—A por agua fresca —mintió. No quería contarle la verdad, que estaba deseando hablar con Elaine a solas. En los días anteriores la había notado distante, evasiva, y había sido imposible encontrar un minuto de soledad entre los dos.

—¿Y dónde está la cantimplora? —preguntó Shannon con una media sonrisa, consciente de lo que se proponía su primo.

«Joder», maldijo Caleb para sus adentros al verse descubierto. Su prima, con una sonrisa triunfal, le lanzó una cantimplora que había reposado hasta entonces junto a un montón de heno.

—¡Y suerte con Elaine! —le deseó Shannon antes de coger de nuevo el rastrillo y continuar con su tarea.

Caleb farfulló algo entre dientes antes de subirse sobre su caballo y espolearlo para seguir el reguero de polvo que había levantado Elaine poco antes. Cuando llegó, ella ya estaba en el interior y no dudó en internarse en la casa.

Elaine estaba organizando la comida para llevarla al campo cuando una voz a su espalda la sobresaltó.

—Elaine —fue lo único que pronunció Caleb, mientras se aproximaba a ella, que en ese momento metía una olla en una cesta.

La aludida notó que sus manos temblaban, pero intentó controlarse.

—¿Qué quieres? —respondió escuetamente.

Caleb suspiró pesadamente y cuando estuvo a su altura la cogió por los hombros y la obligó a girarse para quedar frente a frente. Clavó la mirada en su rostro con intensidad, sin dejarse amilanar por su gesto severo.

—Saber qué demonios te pasa. Llevas días rehuyéndome y quiero saber el porqué —soltó con toda la ira transluciéndose en su voz.

—No hay ningún motivo. Simplemente me he aburrido de «divertirme contigo bajo las sábanas» —citó textualmente las palabras que él mismo había pronunciado pocos días antes.

«Joder», se dijo Caleb mentalmente cuando escuchó sus palabras, cargadas de dolor, del todo comprensible. «Chico, has metido la pata hasta el fondo», se reprendió mentalmente mientras se frotaba las mejillas con ambas manos.

—Estás sacando mis palabras de contexto... —intentó defenderse, pero ella no se lo permitió, interrumpiendo su discurso.

—¿Sabes? —dijo Elaine elevando su mano y barriendo el aire con ella antes de hablar—. Déjalo, no importa. Esto tenía que acabar tarde o temprano, los dos lo sabemos. Justin y Shannon ya han regresado, y tú harás lo mismo; marcharte para seguir con tu vida donde la dejaste antes de que todo esto ocurriera —dijo antes de girarse y caminar aceleradamente hacia la puerta. Necesitaba aire para respirar, necesitaba alejarse de él.

Caleb pateó el suelo con su bota, frustrado por lo que estaba sucediendo. Las cosas se le escapaban de las manos y tenía que reaccionar o lo perdería

todo. Ahora era consciente y la sola idea de perder a Elaine le paró el corazón en seco.

Comprendía sus palabras, y en cierta forma tenía razón, pero no en todo. Desde que la besó por primera vez supo que era un error, pero sin pretenderlo se había enamorado de ella. En esas semanas había vivido un sueño. Sintió que formaba parte de una familia, aunque sabía que no era la propia, e incluso había visto un futuro junto a ella. Y si no quería perderlo todo tenía que ser valiente.

Con esa resolución se dirigió al exterior, donde encontró a Elaine apoyada contra la barandilla del porche, con la mirada perdida en el campo ante sus ojos. Se acercó a ella con cautela y se detuvo a pocos pasos, con temor de que volviera a huir.

—Elaine...

—¡Déjame! —exclamó rota de dolor.

—No puedo hacer eso, lo siento, ya es demasiado tarde.

—No sé a qué te refieres —replicó ella.

—Es demasiado tarde porque ya te entregué mi corazón. Y estás muy equivocada si piensas que voy a marcharme, porque vivir sin ti sería como estar muerto.

Elaine dejó de respirar por unos instantes, intentando asimilar lo que sus palabras significaban. Ella también le había entregado su corazón, a pesar de que había intentado luchar contra ese sentimiento. Muy despacio, comenzó a girarse hasta que finalmente quedaron frente a frente, y pudo leer en su rostro el temor, aquel que ella misma llevaba días sintiendo en lo más hondo de su ser.

—Elaine, te quiero, es lo único que puedo decir. Comprendo que tienes miedo, yo también, pero me gustaría pasar el resto de mi vida contigo. Si hace falta podemos ir ahora mismo a la casa del párroco...

—¡Oh, cállate, tonto! —exclamó Elaine sonriendo por primera vez—. Yo también te quiero y eso es lo único que importa —dijo antes de tirarse en sus brazos y besarle con toda la intensidad de los sentimientos que la embargaban.

Caleb sintió como el peso que había cargado sobre sus hombros desde hacía tiempo desaparecía. Y cuando Elaine le besó, no dudó en estrecharla contra su pecho con la idea de no dejarla escapar jamás.

Emerson, oculto en una arboleda cercana fue testigo de la escena. Elevó la

botella que portaba en su mano y le dio un trago antes de lanzarla contra el suelo con rabia. Toda la culpa la tenía aquel maldito Henderson, que no solo se había apropiado de Elaine y la niña, ahora también de su sobrino. Estaba más solo que nunca, y la vida había dejado de tener sentido.

Nada tenía que perder, se dijo mientras presenciaba el beso apasionado entre Elaine y Caleb.

Capítulo 29

Elaine había decidido ir al pueblo aquella mañana porque la despensa estaba en las últimas. Se estaba vistiendo cuando unos golpes desesperados tronaron en la casa. Sorprendida corrió hasta allí y al abrirla descubrió que se trataba de la señorita Holly, la profesora de Faith. La mujer estaba despeinada y su falda estaba llena de barro.

En ese momento su corazón se detuvo y un mal presentimiento la asoló.

—¿Qué pasa? —fue lo único que fue capaz de pronunciar.

—Faith... se la ha llevado —pronunció jadeante la señorita Holly.

Elaine se cubrió la boca con una mano mientras con la otra presionaba su pecho, intentando asimilar lo que aquellas escuetas palabras significaban.

—¿Quién se la ha llevado? —preguntó cogiendo a la mujer por los hombros y zarandeándola sin percatarse.

—Emerson —consiguió pronunciar la señorita Holly.

Elaine se quedó quieta como una estatua, comprendiendo lo que aquello significaba. En aquel momento entró Simon, que había ido a por agua fresca, pero no le dedicó siquiera una mirada al muchacho. Sin prestar atención a lo que le rodeaba, se aproximó al armario donde guardaba el viejo Winchester de Carter y, tras colgarse el cinturón con munición al pecho, salió al exterior en dirección al lugar donde pastaban los caballos. Ni siquiera se preocupó de cubrir su camisola con una camisa.

Simon no entendía nada. La reacción de Elaine era de lo más alarmante, y cuando se hubo repuesto lo suficiente, se aproximó a la señorita Holly, que parecía tan confusa como él mismo y preguntó:

—¿Qué sucede?

La mujer parecía con la mirada perdida, pero la voz de Simon la sacó de aquel limbo y contestó a su pregunta.

—Emerson se ha llevado a Faith —pronunció con voz lineal.

—¡Joder! —exclamó Simon sin poder contenerse antes de salir de la casa a la carrera. Se montó sobre un caballo y emprendió una alocada carrera hacia el campo de heno.

Caleb, que en aquel momento estaba tomándose unos minutos de descanso,

vio como una nube de polvo provocada por un caballo, llegaba a su altura. Sus sentidos se pusieron en alerta cuando vio descabalgarse a Simon, cuyo rostro mostraba una expresión de terror.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó acercándose a él con premura.

—Es Emerson, se ha llevado a Faith.

—¿Qué? —boqueó incrédulo.

—La señora Elaine ha cogido una escopeta y se dirige al rancho Emerson —informó con celeridad.

—¡Maldita sea! —exclamó Caleb mientras tiraba la guadaña que tenía en su mano antes de coger el mismo caballo en el que había llegado Simon.

Shannon y Justin, que habían presenciado la escena, se aproximaron al joven.

—¿Qué sucede? —preguntó Justin.

—Señor, va a suceder una tragedia —expresó Simon apesadumbrado antes de relatar lo acontecido.

Caleb azuzó al caballo. Su cabeza estaba a punto de estallar. El aire golpeaba su rostro, pero no le importó, necesitaba llegar antes de que Elaine cometiera una locura. Estaba a pocas millas de la casa de Emerson cuando descubrió a Elaine, que caminaba con las riendas de su caballo en las manos. El animal cojeaba visiblemente, evidenciando que lo había forzado más de lo debido. Solo tiró de las riendas cuando estuvo a su altura y descabalgó de un salto antes de situarse frente a ella, que parecía ida.

—Elaine, para —le pidió, pero la mujer no parecía oírle.

—¡Te he dicho que te pares! —la ordenó. Solo entonces Elaine fijó su mirada en su rostro.

—¡Déjame! —le exigió Elaine fuera de sí—. Emerson tiene a mi pequeña —expresó con voz desgarrada, teñida de desesperación—, tengo que salvarla.

—Elaine, por favor, debes tranquilizarte —le rogó, cogiendo sus hombros, pero ella se deshizo de su agarre con un movimiento brusco.

—Y una mierda, todo es culpa tuya —escupió dañina—, si no hubieras aparecido nunca Emerson no se habría llevado a mi pequeña. ¡Quiero que desaparezcas de mi vida para siempre!

Caleb tuvo que tragar el nudo que se había formado en su garganta. Sabía que las palabras pronunciadas por Elaine eran fruto de la desesperación, y aun así no pudo evitar que un hondo dolor oprimiera su pecho. «Tienes que pensar

con claridad, ahora lo importante es Faith», se dijo, obligándose a mantener la mente fría.

Los cascos de los caballos que se acercaban le sacaron del estado de estupor en el que se encontraba, y cuando se giró descubrió que se trataba de Justin, Shannon y Simon. En pocos segundos les rodeaban, con rostros serios.

—No creo que esté en la casa —expresó Justin, tomando al instante el mando de la situación.

—Voy a comprobarlo —indicó Shannon, que ya portaba su Winchester cruzado a la espalda. Caminaba con determinación hacia la casa, situada a pocos metros.

—¡Chico! —solicitó Justin a Simon—. ¿Tienes idea de a dónde podía haber ido ese malnacido?

Simon se tomó unos segundos para contestar, devanándose los sesos hasta que recordó una choza que solía utilizar su tío en invierno para el pastoreo. No estaba situada a demasiadas millas. Estaba seguro de que habría ido allí.

—En la cabaña situada bajo la ladera —expresó con seguridad.

—Bien —dijo Justin, antes de clavar su mirada en Caleb y Elaine, que parecían dos estatuas de piedra. Algo sucedía, estaba claro, pero ahora no había tiempo que perder, Faith era más importante.

—Nada, la casa está vacía —expresó Shannon, que regresaba en aquel momento.

—Vale —dijo Justin mientras su mente trabajaba a toda velocidad—. Simon, tú acompaña a mi hermana a ...

Elaine reaccionó ante sus palabras, se cuadró de hombros y en dos zancadas estuvo junto a su hermano.

—No pienso hacer eso. Es mi hija la que está en manos de ese maldito hijo de puta —expresó con voz dura.

—Elaine, harás lo que yo diga, aunque para eso tenga que dejarte inconsciente.

—No pienso...

—Elaine, por favor, es lo mejor —dijo Shannon interviniendo—. Estás muy alterada, no queremos que Emerson cometa una locura. Está obsesionado contigo, si te ve quizás empeoremos la situación.

Elaine hubiera querido negarse, pero en el fondo de su ser sabía que Shannon tenía razón. Lágrimas de impotencia ya poblaban sus ojos y las dejó escapar con desánimo.

—Simon, lleva a mi hermana al hostel Colton, luego da aviso al sheriff de lo que pasa. No hay tiempo que perder.

Lorraine estaba ayudando a Nancy a cambiar las sábanas de una de las habitaciones. Le gustaba ayudar a pesar de que no era una de sus funciones. Estaba demasiado agradecida con Nancy y era su manera de retribuir todo lo que hacía por ella. Estaban estirando la sábana bajera sobre el colchón cuando Nancy la sobresaltó con una pregunta.

—¿Cuándo piensas hablar con el *sheriff*?

Lorraine se sobresaltó con la pregunta, y respondió con una evasiva.

—¿Hablar con el *sheriff*? —repitió intentando ganar tiempo—. No creo que tengamos nada que tratar.

Nancy sonrió mientras desdoblaba la sábana superior y la sacudía sobre su cabeza en el aire, dejando que cayera sobre la cama antes de estirla con las palmas de sus manos.

—Vamos, niña, no me tomes por estúpida. Ese hombre viene tres veces al día, en cada comida, con la única intención de verte.

—Quizás deberías preguntarle a él —replicó Lorraine mientras cogía una manta.

—Oh, preciosa, sé perfectamente lo que le trae aquí cada día, y no es esta vieja —dijo mientras se señalaba con un dedo—. Es hablar contigo lo que busca, pero tú no se lo permites.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —rebatía Lorraine, evitando el contacto visual con Nancy mientras doblaba el embozo sobre la manta.

—Porque tienes miedo, mi niña. Pero te diré una cosa: Shane Rafferty es un buen hombre, y nunca te haría daño. Sus intenciones son decentes, si eso es lo que te preocupa. Nunca le he visto interesado por ninguna mujer hasta ahora. Digo yo que eso tiene que significar algo.

Lorraine no quería escuchar ni creer lo que Nancy le decía, pero en el fondo de su corazón sabía que era verdad. Estaba a punto de replicar a sus palabras cuando la puerta se abrió con estrépito para dar paso Darlene, una de las empleadas de Nancy. Su rostro estaba sofocado y al instante Lorraine supo que algo ocurría.

—¿Qué sucede? —preguntó Nancy preocupada.

—La señora Gallagher está aquí...

Diez minutos después, Elaine bebía a sorbos la infusión que Nancy le había preparado, aunque sus manos no dejaban de temblar. No había sido fácil relatar lo sucedido y las tres quedaron sumidas en un silencio ensordecedor.

Simon, por su parte, había ido a la oficina del *sheriff* Rafferty para informarle de la grave situación en la que se encontraban.

Justin, Shannon, Caleb y Shane permanecían ocultos tras una loma, esperando a ver si había movimiento en la pequeña cabaña. Había anochecido y el humo empezó a escapar por la chimenea. Estaba claro que allí había alguien, pero aún no habían comprobado que se tratara de Emerson.

—No aguanto más —expresó Caleb. Notaba los nervios bullir en su interior, y la larga espera estaba acabando con su escasa paciencia—. ¿Por qué no rodeamos la cabaña y obligamos a ese loco a salir?

Shane, situado a su lado, giró el rostro y contestó a su pregunta.

—Tú lo has dicho, Emerson está loco, no podemos poner en riesgo a Faith. Tenemos que esperar a que salga de la casa y entonces será cuando acabemos con él.

—¡Maldita sea! —farfulló molesto—, ¿y si para entonces es demasiado tarde?

Shannon se arrastró y se situó junto a Caleb. Con su mano libre, ya que con la otra aferraba su escopeta, agarró los dedos fríos de su primo.

—Caleb, tienes que tranquilizarte —le ordenó con voz tajante—. Así no vas a conseguir nada.

Caleb se volvió hacia ella y clavó su mirada en la de su prima con intensidad. Algunas lágrimas humedecían sus ojos, y no se molestó en ocultarlas, dejando que cayeran libres por sus mejillas.

—Sí algo le pasa a Faith nunca podré perdonármelo.

—Caleb, no es culpa tuya —intentó rebatirle Shannon, notando el dolor de su primo, que era como un hermano para ella, en sus propias carnes.

—Ha salido —exclamó Justin, que era el encargado de vigilar—, pero lleva a la niña —añadió con voz grave—, y la está encañonando con un Colt.

—Está bien —dijo Shane situándose junto a Justin para estudiar la situación—. Iré a hablar con él —añadió seguro, mientras colocaba su arma en la parte trasera de la cinturilla de su cinturón.

—No, iré yo —se obcecó Caleb.

Shane se giró y clavó su mirada con intensidad en él.

—Ese hombre te odia, si te ve la cosa irá a peor.

Caleb hubiera querido negarse, hacer lo que le dictaba su corazón, pero en el fondo sabía que el *sheriff* tenía razón. Derrotado, aceptó con un gesto de cabeza.

Emerson ató la cuerda que rodeaba las muñecas de la pequeña Faith a un poste cercano mientras rebuscaba en un cobertizo donde siempre dejaba una botella de whisky. Manoteó con la mano que tenía libre, la derecha portaba su arma, apartando objetos de toda clase, y al no hallar lo que buscaba maldijo sonoramente.

—¡Diablos!

Shane se aproximó con cautela, estudiando la situación. Estaba demasiado lejos de Faith, sin posibilidad de salvarla sin enfrentamientos. Emerson se interponía entre él y la pequeña. Tenía que pensar en algo.

—Emerson —le llamó, sobresaltando al hombre que se giró como un resorte—. ¿Necesitas algo? —añadió con voz amistosa, mostrando en todo momento sus manos, para que no se sintiera amenazado.

Emerson notaba la visión borrosa. En un par de zancadas estuvo junto a la niña y volvió a colocar la punta de su revólver en su sien. La niña gimoteaba, amenazando con volverlo loco.

—¡Cállate, mocosa del demonio! —vociferó.

—Emerson, tranquilízate —expresó Shane, avanzando unos centímetros más.

—¿Qué hace aquí, *sheriff*? —preguntó Emerson, siendo consciente por primera vez de la situación.

—He venido a por la niña —expuso Shane, ya estaba a escasos pasos.

—¿Por qué no se larga por donde ha venido? No pienso entregársela.

—¿Qué culpa tiene Faith?

—Ninguna, pero solo se la entregaré a la zorra de su madre.

—¿Qué te parece si lo hablamos?

—No tengo nada que hablar con usted. Si quiere puede ir a buscar a Elaine. Con ella sí hablaré.

—No es mala idea, pero antes, ¿por qué no compartimos un trago? —ofreció Shane, mientras llevaba su mano derecha al bolsillo interior de su chaqueta.

Emerson vio su acción y no dudó en dirigir el cañón de su Colt hacia el *sheriff*. A pesar de que sus sentidos estaban mermados gracias al alcohol, una bala impactó sobre Shane, haciéndole caer al suelo.

Una nueva detonación se escuchó en el silencio de la noche, solo interrumpido por los sollozos de Faith. Esta vez impactó en el centro del pecho de Emerson, que cayó al suelo también, provocando un sonido sordo.

Shannon bajó el cañón de su Winchester, aún humeante, y comprobó que había dado en el blanco. Tras ver cómo Emerson disparaba al *sheriff* había decidido actuar, ya que le tenía a tiro. No podía permitir que aquel loco volviera a encañonar a la niña.

Caleb fue el primero en llegar, y sin dudar se arrodilló junto a Faith.

—¡Shhh!, tranquila, cielo. Ya ha acabado todo. Estoy contigo —pronunció con voz entrecortada.

Desató la cuerda que amarraba sus muñecas y la estrechó contra su cuerpo. Había envejecido diez años en tan solo unos segundos.

Capítulo 30

Elaine no dejaba de pasearse por la habitación que ahora ocupaba Lorraine, quien la observaba preocupada. Aunque quisiera, Lorraine no podía ponerse en la piel de Elaine. Pero sabía que el comportamiento de su amiga no la ayudaba. Decidida, se aproximó hasta ella y la cogió por los hombros para que se detuviera.

Elaine clavó su mirada en el rostro de Lorraine, y habló.

—Si piensas ofrecerme una nueva infusión para que me tranquilice, ni te molestes —expresó segura.

—No, traigo algo que te sentará mejor —expresó Nancy, que acaba de entrar en el dormitorio cargada con una botella de líquido ambarino. Se acercó a la mesa y cogió uno de los vasos que poco después tendió a Elaine—. Bébetelo de un trago —ordenó tajante.

Elaine dudó unos instantes antes de coger el vaso y vaciar su contenido de una sola vez. Notó cómo el licor bajaba por su garganta, arrasando con todo a su paso, y tuvo que toser para poder seguir respirando.

—¿Mejor? —preguntó Nancy mientras llenaba otro vaso que ella misma ingirió, aunque sin alterarse un ápice—. Yo sí —añadió antes de dejar el vaso sobre la mesa—. Y ahora vamos.

—¿A dónde? —preguntaron Elaine y Lorraine al unísono.

—Al salón, todo ha acabado.

—¿Dónde está mi niña?! —preguntó Elaine fuera de sí.

—Abajo, en el comedor.

No necesitó repetirlo, Elaine ya salía por la puerta, precipitándose por la escalera, que bajó de dos en dos hasta llegar al lugar indicado.

Lorraine iba a seguir a Elaine, pero Nancy aferró su brazo deteniendo su avance. Sorprendida giró su rostro y pudo ver la preocupación en el rostro de la mujer.

—¿Qué sucede? —preguntó sin comprender.

—Niña, hay algo más —expresó Nancy con gravedad.

—No entiendo. ¿No ha salido todo bien? —indagó.

—Es el *sheriff*, ha resultado herido —soltó Nancy, no había otra forma de

contarlo—. Pero tranquila, gracias a Dios tenemos aquí al doctor Chandler.

—¿Dónde? —preguntó Lorraine, notando que su corazón se había detenido en su pecho tras escuchar las palabras pronunciadas por Nancy. Un centenar de ideas se cruzaron por su cabeza, pero entre todas ellas la que ganó fue el temor a que algo le pudiera suceder a Shane.

—Está en la habitación dieciséis.

—Tengo que ir a verle —expresó Lorraine desesperada, deseando salir corriendo a la habitación indicada. Pero Nancy no la soltaba.

—No, será mejor que esperes abajo con el resto. No va a ser agradable lo que te vas a encontrar en este momento. Es una herida fea —la advirtió.

—No me importa —expresó Lorraine deshaciéndose del agarre y arrepintiéndose al instante de su comportamiento brusco—. Lo siento, tengo que estar con él —afirmó antes de desaparecer por la puerta.

—Está bien —dijo Nancy, acercándose nuevamente a la mesa para servirse una nueva copa. Estaba segura de que iba a ser una noche muy larga.

Cuando Elaine llegó al comedor del restaurante descubrió a Faith sentada en las rodillas de Shannon, que la acunaba como si se tratara de un bebé. Se precipitó hasta ellas y se arrodilló en el suelo antes de atrapar a su hija entre sus brazos mientras besaba su coronilla.

—Mi amor, menos mal que estás bien. Te quiero, te quiero, te quiero...

—¡Mamá! —exclamó la niña, acabando en el suelo, abrazada a su madre—. He tenido mucho miedo.

—Pero has sido muy valiente —expresó Shannon, abandonando su silla para dejar espacio a Elaine y a su hija.

Caleb fue testigo de la escena, enternecido hasta lo más profundo de su corazón. Notaba un nudo en la garganta, y tuvo que hacer un esfuerzo para poder tragar. Había sentido un gran alivio al descubrir que Faith estaba a salvo, pero pasado el momento de tensión, decidió que había llegado el momento de marcharse.

A Shannon no le pasó desapercibida la expresión del rostro de su primo. Ella misma tuvo que contener las ganas de llorar. Pero cuando vio que sus hombros decaían y se giró para salir del salón, supo que algo pasaba. Aprovechó la llegada de la dueña del hostel para seguir a su primo, que ya

había llegado al porche del edificio.

—¿Dónde vas? —preguntó, antes de que él bajara el primer escalón.

Caleb se vio sorprendido por la voz de Shannon. Su plan era marcharse sin despedirse, sin dar ningún tipo de explicación, pero parecía que su prima no se lo iba a permitir. Tras unos segundos de indecisión finalmente se giró y se encontró con la mirada sorprendida de ella.

—Vuelvo a casa —contestó escuetamente.

—¿Y Elaine? —indagó Shannon incrédula.

—He cumplido con la promesa que le hice a Justin. He cuidado de ella y de la niña lo mejor que he podido. Pero mi tiempo aquí ha acabado.

—Caleb, deja de decir estupideces —expresó Shannon perdiendo la paciencia—. Amas a esa mujer y a su hija con toda tu alma. ¿Me puedes explicar qué significa esto? —le exigió saber.

Caleb acortó la distancia que le separaba de su prima, y con el rostro tenso por el dolor, respondió a su pregunta.

—Hago lo que ella me pidió, desaparecer para siempre.

Shannon sintió el dolor de su primo como propio. Se conocían desde que eran unos niños, pero nunca había visto tal expresión en su rostro, ni siquiera cuando le comunicó la muerte de sus padres. Un nudo se formó en su garganta, y en un gesto tierno elevó su mano y acarició su mejilla.

—Entiendo tu dolor, pero por favor, Caleb, comprende que Elaine se encuentra en estado de shock. No piensa lo que dice.

Caleb no dijo nada, solo elevó su mano hacia su mejilla, donde atrapó la de Shannon. La acercó a sus labios y besó sus dedos.

—Lo siento, Shannon, pero tengo que irme. No me lo hagas más difícil.

—Pero tenemos tantas cosas de las que hablar...

—Prometo ir a visitarte a San Francisco cuando esté preparado, pero por favor, déjame partir o me romperé en mil pedazos.

Shannon hubiera querido retenerle, intentar convencerle para que se quedara, pero sabía que no podría hacerlo. Caleb estaba destrozado por dentro y solo el tiempo sería capaz de sanar su alma. Con un nudo en la garganta apartó su mano, y se puso de puntillas para besar su mejilla antes de que se apartara de ella. No hubo ni una palabra más, solo pudo verle caminar con lentitud hacia su caballo antes de subir a su montura y desaparecer tras un remolino de polvo a su alrededor.

Shannon se apoyó contra la columna del porche, derrotada ante lo

sucedido. Le hubiera gustado cambiar el pasado, sintiendo que todo lo sucedido en parte era culpa suya, que había llevado a Caleb a aquella loca aventura hasta acabar en aquel lugar, con el corazón destrozado. Pero sabía que no había marchar atrás. Una lágrima rodó por su mejilla y la apartó de un manotazo.

—¿Dónde está? —preguntó la voz conocida de Elaine, y Shannon tuvo que cerrar los ojos durante unos segundos, afrontando el reto de enfrentarse a su cuñada.

—¿Quién? —preguntó, con la intención de ganar algo de tiempo.

—Caleb —preguntó Elaine, situándose a su lado.

—Se ha ido —respondió Shannon, sabiendo que rodear la verdad no ayudaría.

—¿Qué? ¿A dónde?—boqueó Elaine incrédula. Necesitó colocar una mano en su pecho, como si con ello pudiera mitigar el dolor que sintió.

—A casa, a Small Plain.

Lorraine entró en la habitación y descubrió al *sheriff* acostado en la cama. El doctor Chandler se estaba lavando las manos en una palangana y el color de la sangre hizo que se llevara una mano a los labios. Se acercó a la cama y descubrió que Shane permanecía con los ojos cerrados. Su frente estaba perlada de sudor y Lorraine no dudó en coger una gasa y sumergirla en el cubo, situado junto a la cama, para luego limpiar con el máximo cuidado su rostro.

—Le he dado láudano para el dolor —comentó Justin mientras se acercaba a la cama, secándose las manos con un trapo limpio—. Estará dormido un tiempo. Pero hay que controlar la fiebre.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Lorraine elevando su mirada para clavarla en el rostro de Justin.

—Por supuesto —expresó Justin con una sonrisa cansada—, la bala solo ha rozado su costado. Gracias a Dios, Emerson no era un buen tirador.

—¿Entonces? —indagó Lorraine.

—En una semana estará como nuevo, puede estar tranquila. ¿Se va a quedar usted con él esta noche?

Lorraine se vio sorprendida por su pregunta, pero replicó sin dudar.

—Claro, yo me encargo.

—Vigile la fiebre, aunque como ya le he dicho, no corre peligro —dijo Justin antes de dejar el trapo sobre la mesilla y bajar las mangas de su camisa para acto seguido salir por la puerta, deseando reencontrarse con su familia, sobre todo con su hermana.

Lorraine volvió a mojar la gasa en el agua y comenzó a limpiar la sangre seca, rodeando la venda que surcaba la mitad de su pecho. Lo hizo con suavidad, con sumo cuidado y luego recogió un poco la estancia tras la cura del médico. Por último, y sin poder hacer mucho más, colocó una silla junto a la cama y observó el rostro de Shane, que parecía relajado.

A pesar de la tenue luz que proyectaba la lámpara de aceite de la mesilla, pudo estudiar sus facciones a su gusto. Sus largas pestañas oscuras ocultaban sus ojos grises, eso lo sabía porque a su pesar había memorizado su color en su mente y más de una vez al día se materializaban en su cabeza. Su cabello castaño, que formaba pequeños bucles estaba revuelto y deseó comprobar si era suave como ella pensaba. Su nariz patricia encajaba perfectamente con su barbilla cuadrada y varonil, en aquel momento poblada por una barba incipiente. Se podía adivinar que pasaba tiempo al aire libre por su piel, dorada por la caricia del sol, a pesar de que el sombrero nunca abandonaba su cabeza. Definitivamente era uno de los hombres más atractivos que había conocido en su vida, pero eso no era lo que le atraía de él. Era su ternura, su tacto al tratarla, su comprensión y que empatizaba con los demás sin apenas percatarse. Eso no le restaba valentía y genio a la hora de defender a quien creía que lo necesitaba, como hizo con ella.

«Te has enamorado de él», se reprochó apartando la mirada de su persona y clavándola en la ventana cercana, a través de la cual tenía una visión completa de la luna llena al otro lado del cristal. «¿Cómo ha sucedido?», se preguntó mientras se mordía el labio inferior en un gesto nervioso. No muchos días antes él la había besado, haciendo que su cuerpo vibrara. Había intentado negarse lo que el *sheriff* le hacía sentir por temor a volver a sufrir, pero estaba claro que uno no podía escapar de lo que sentía su corazón.

—Lorraine —sonó la voz masculina sobresaltándola.

Al girar su rostro descubrió sus preciosos ojos grises clavados en su persona. Nuevamente tuvo la necesidad de marcharse. «No puedes seguir huyendo eternamente», se dijo, obligándose a ser valiente por primera vez en su vida.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con timidez.

—Bien, he tenido heridas peores —replicó Shane con una sonrisa—. Pero tengo sed —dijo, humedeciendo sus labios con su lengua.

—Claro —expresó Lorraine solícita antes de servir un vaso de agua y acercarse a él para ayudarlo a beber. Colocó la mano en su nuca y elevó su cabeza hasta que Shane bebió ávidamente.

—Gracias —dijo Shane cuando Lorraine apartó el vaso que dejó en la mesilla.

—¿Quieres algo más? —preguntó Lorraine amablemente.

—Nada, solo saber qué haces aquí —preguntó directo. La joven bajó su mirada, indecisa a la hora de responder, finalmente se sentó nuevamente en la silla y elevó su rostro para enfrentarse a su mirada.

—Estoy aquí para cuidarte.

—Podía haberlo hecho otra persona, ¿Por qué tú? —insistió, necesitando su respuesta.

—Porque que te lo debo —expresó. Aún no estaba preparada para confesar lo que sentía.

—No es un motivo muy halagador —replicó Shane con desilusión.

—*Sheriff*, debería descansar —replicó Lorraine, deseosa de acabar con aquella conversación—. Es lo que ha indicado el doctor Chandler —insistió—. Y ahora voy a buscar algo de agua fresca —concluyó antes de salir precipitadamente por la puerta, dejando a Shane confuso.

Capítulo 31

Había pasado una semana, siete malditos días desde la marcha de Caleb, y Elaine sentía que cada día le era más difícil continuar adelante. Estaban siendo días muy ajetreados con la recogida del heno, pero a pesar de estar ocupada durante toda la jornada, cuando llegaba a casa y se tumbaba en la cama para descansar era aún peor porque aquella habitación le traía mil recuerdos de él.

Cansada de dar vueltas en la cama, decidió salir al porche. El tiempo estaba cambiando y una leve brisa removió el bajo de su camisón. Cogió la manta que cubría su espalda, y que había rescatado de una silla de la cocina, y la ajustó a su cuerpo antes de sentarse en una mecedora situada en una esquina del porche. Comenzó a mecerse, pero ni siquiera ese movimiento constante y arrullador logró apaciguar su interior.

—Elaine, ¿te encuentras bien? —preguntó la voz de Shannon, situada a pocos pasos de ella.

Elaine elevó su rostro y cruzó una mirada con su cuñada. Ni siquiera había escuchado los goznes de la puerta al abrirse. Necesitó unos segundos para responder a su pregunta, realmente no sabía la respuesta.

—No, creo que no —confesó con sinceridad.

Shannon sintió el dolor de Elaine. Su corazón se oprimió al ver la expresión apenada en su rostro. Cogió una silla cercana y la situó al lado de ella. Durante unos minutos se mantuvieron en silencio, pero finalmente fue Shannon quien lo rompió.

—¿Es por Caleb? —indagó, aunque ya conocía la respuesta.

Elaine dudó, pero finalmente optó por la sinceridad. No tenía sentido mentir.

—Sí, no dejo de pensar en él. No debí tratarle como lo hice. Él no tiene la culpa de todo lo que sucedió.

—Claro que no.

—Pero fui yo quien le culpó —dijo Elaine con pesar—. Si no le hubiera hablado así él aún estaría aquí, conmigo.

—Estabas asustada, fuera de ti, no eras tú la que hablabas si no el miedo.

No te culpes. No te voy a negar que Caleb se sintiera herido y por eso reaccionó como lo hizo, pero estoy segura de que siente algo muy especial por ti.

—Yo le amo, y le aparté de mi lado —dijo Elaine antes de romper en un desgarrador sollozo.

Shannon no pudo evitar levantarse y sentarse en el brazo de la mecedora para abrazar a Elaine y prestarle el consuelo que necesitaba. Nuevamente los malentendidos provocaban dolor a dos personas que se amaban.

—Estoy segura de que él también te ama.

—Lo sé, hicimos planes —dijo Elaine hipando—. Pero ya es tarde —concluyó antes de que el llanto la asolará.

Shannon solo pudo hacer una cosa, consolarla abrazándola contra su cuerpo mientras ambas se mecían. Esperó a que el llanto remitiera para poder expresar su opinión, con la esperanza de que todo pudiera solucionarse.

—Elaine, no es tarde. Te tengo por una mujer valiente. ¿Por qué no vas buscarle y le dices todo lo que sientes?

Elaine se apartó de Shannon y se secó las lágrimas con la punta de la manta que cubría su cuerpo. Su cuñada tenía razón, no tenía nada que perder y mucho que ganar. Sabía que eran cientos de millas las que tendría que recorrer, pero Caleb merecía el esfuerzo. Nunca se había considerado una mujer valiente, pero si quería vivir el amor que hinchaba su pecho no podía rendirse. No obstante, las dudas también ocuparon su cabeza.

—¿Y la cosecha? ¿y Faith?

—Por eso no debes preocuparte, nosotros nos ocuparemos de todo.

—Pero...

—No dudes más, merece la pena luchar por lo que uno quiere —dijo Shannon a modo de consejo.

Elaine dejó que su mirada se volviera a perder en el firmamento, fijando su visión en la luna llena. No le resultaba fácil tomar una decisión porque cabía la posibilidad de equivocarse, de volver a sufrir. Desde la muerte de Carter había erigido un muro para protegerse, pero sin saber cómo ni por qué, Caleb había logrado traspasar esa frontera. «No hay tiempo para dudas, no te engañes, Caleb ya es dueño de tu corazón. Ahora solo tienes una opción: luchar por la felicidad», se dijo antes de girar su rostro hacia donde se encontraba Shannon.

—Está bien, iré a buscarle —afirmó, más segura de lo que había estado en

toda su vida.

Lorraine comprobó que no faltaba nada en la bandeja de desayuno y la tomó entre sus manos antes de dirigirse a las escaleras interiores que utilizaban los empleados para acceder a los dormitorios del hostal. Segura, llegó hasta el dormitorio donde el *sheriff* Rafferty llevaba una semana, enclaustrado recuperándose.

Llegó frente a la puerta número dieciséis y con esfuerzo sujetó la bandeja con una mano, y con la otra colocó la llave sobre la cerradura y luego giró el pomo para abrir la puerta. Para su sorpresa, cuando se internó en el dormitorio, descubrió la cama vacía y, preocupada, dejó la bandeja sobre una mesa y miró a su alrededor.

—Estoy aquí —dijo una voz a su espalda.

Al girarse Lorraine descubrió a Shane junto al mueble donde reposaba el palanganero. Los restos de jabón en sus mejillas evidenciaban que había estado afeitándose. La única prenda que cubría su cuerpo eran los pantalones.

—¿Qué haces levantado? —preguntó Lorraine frunciendo el ceño.

—Llevo una semana encerrado entre estas cuatro paredes. Ya me encuentro bien y tengo que volver a mi trabajo —dijo expresando lo que llevaba varios días rondando su cabeza.

—¿Y si la herida se resiente? —preguntó Lorraine preocupada.

Shane se lavó la cara y secó con una toalla antes de acercarse a la bandeja, de donde cogió un trozo de beicon. Masticó tranquilamente antes de hablar.

—¿Eso quiere decir que te importo? —indagó, clavando su mirada en el rostro femenino.

Lorraine dudó. Llevaba demasiadas noches sin dormir, sin saber qué hacer con lo que sentía por el *sheriff*. Había disfrutado de todas las horas que habían compartido en aquellos días, y la sola idea de no poder volver a gozar de ese tiempo de intimidad la impulsó a expresar lo que sentía.

—Sí —afirmó dispuesta a desnudar su corazón—, me importas mucho, más de lo que puedo asumir. No te puedo mentir —añadió apartando la mirada azorada.

Shane sintió que su corazón se aceleraba tras escuchar sus palabras, y en dos zancadas estuvo junto a la joven.

Lorraine, que tenía la mirada fija en el suelo, se sobresaltó cuando descubrió unos pies desnudos, y al elevar su rostro descubrió que Shane estaba a su lado, cerca, demasiado cerca.

—¿Qué haces? —preguntó nerviosa por su proximidad.

Shane sonrió ampliamente y cogió las manos femeninas en las propias antes de contestar a su pregunta.

—Nada, solo quería estar más cerca de ti.

—Pero...

Shane elevó una de sus manos y selló los labios femeninos con uno de sus dedos. Una ancha sonrisa adornaba ahora sus labios.

—Lorraine, no hay peros. Necesito decirte lo que siento, que cada minuto del día pienso en ti. Cada vez que escucho tu nombre mis oídos se ven imantados y solo deseo que formes parte de mi vida. Sé que no lo has pasado bien en el pasado, que has sufrido, pero puedo hacerte una promesa: si aceptas mi corazón dedicaré toda mi vida a hacerte feliz. No tengo una casa que ofrecerte, solo un trabajo honrado, pero que no me hace un hombre rico. Pero puedo darte mi corazón.

Lorraine no fue consciente de cuando comenzó a llorar, pero sus mejillas estaban humedecidas por las lágrimas. Las palabras de Shane habían encogido su corazón, pero a su vez una sensación de felicidad infinita la había embargado.

—No necesito nada más que tu corazón —confesó—. El mío ya es tuyo.

Shane cogió el rostro de Lorraine entre sus manos y con los dedos pulgares secó la humedad de sus ojos. Eso era lo único que deseaba oír.

—Lorraine, voy a besarte —la avisó, no quería asustarla.

—Y yo voy a responder a ese beso —dijo con seguridad Lorraine.

Shane movió su rostro, descendiendo hasta que finalmente pudo llegar a sus labios, que besó con cuidado, como si temiera que se fuera a esfumar.

Lorraine, al notar los labios masculinos sobre los propios se sintió en el cielo, y deseando perderse en él abrió su boca para ahondar el beso, que se tornó pasional en pocos segundos. Sus manos se movieron por su cuenta y acabaron sobre el pecho masculino, descubriendo que era duro y suave al tacto. Sus dedos reptaron por él y llegaron a su objetivo, su nuca, donde se enredaron en su cabello.

Shane sintió que su cuerpo empezaba a responder a las caricias femeninas. Por mucho que le gustaran, y que él mismo hubiera deseado inspeccionar el

cuerpo de ella, quería comportarse honorablemente. Con esfuerzo, se apartó.

—Lo siento, mi amor, pero te respeto demasiado como mujer y quiero hacer las cosas bien —dijo seguro de sus palabras. No quería que ella tuviera una idea errónea sobre sus intenciones.

Lorraine se apartó y le sonrió antes sus palabras.

—Tranquilo, tenemos el resto de nuestras vidas —replicó—. Y ahora sé bueno y cómete el desayuno. Te necesito en forma cuanto antes —le advirtió con una sonrisa pícaro.

Capítulo 32

Elaine bajó de la diligencia y tras rescatar su pequeña maleta del techo de la misma gracias al conductor, se apartó del revuelo reinante en la parada y buscó un lugar más tranquilo para coger algo de aliento.

Se sintió apabullada ante el movimiento de personas a su alrededor. La gente iba y venía y se cruzaban sin dirigirse tan siquiera una mirada. Leavenworth era muy distinto al pequeño pueblo donde se había criado. A pesar de su firme decisión de viajar hasta Utah para buscar a Caleb, no pudo evitar sentirse insegura en aquel lugar extraño lleno de desconocidos. No sabía si estaría preparada para cruzar medio país cuando ella no había salido nunca de Rocky Meadow, pero ya no había marcha atrás.

Más recuperada, se cuadró de hombros y, aferrando fuertemente el asa de su pequeña maleta, comenzó a moverse. Lo primero que tenía que hacer era llegar a la estación ferroviaria para comprar el billete que la llevaría hasta Kansas City. Tras varios minutos de paseos, decidió que lo mejor era preguntar, y no sin cierta vergüenza, se acercó a un hombre que salía en aquel momento de la barbería.

—Disculpe, caballero, ¿me podría indicar donde se sitúa la estación? —preguntó a media voz.

El hombre la observó con seriedad. Su poblado bigote hizo un gesto extraño, pero finalmente contestó a su pregunta.

—Señora, debe seguir esta calle hasta el final y cuando llegue a la oficina de telégrafos gire a la derecha.

—Gracias por su ayuda —dijo Elaine con una sonrisa. A modo de respuesta, el hombre tocó su sombrero con un dedo, inclinándolo unos milímetros, y luego siguió con su camino.

En pocos minutos llegó al lugar indicado, y tras esperar una larga cola al fin logró comprar el ansiado billete, aunque para su disgusto no pasaría ninguno hasta el día siguiente, lo que la obligaría a pernoctar en aquel lugar.

Se apartó de la taquilla y rebuscó en su bolso hasta dar con la nota donde tenía apuntado el nombre del hotel que le había anotado su hermano por si acaso: Hotel Wildmore, Leavenworth.

A pesar de lo poco que le apetecía preguntar de nuevo a un desconocido, no tuvo más remedio que volver a hacerlo, pero esta vez se cruzó en su camino una amable mujer de cabello plateado que incluso la acompañó hasta la puerta. Tras despedirse agradecida, no pudo evitar clavar su mirada en el lujoso edificio. «Esto tiene que costar un dineral», se dijo agobiada. Tenía dinero para el viaje, su hermano se había empeñado en darle una sustanciosa cantidad, pero le sabía mal malgastar después de los malos momentos que había pasado.

Tras dudar durante unos instantes, finalmente anduvo los pasos que la separaban de la puerta y entró. Ya en el interior se sintió impresionada por los altos techos artesonados, el suelo de roble y el amplio mostrador donde un empleado sonriente la esperaba.

—Buenos días, señora. ¿En qué puedo ayudarla? —preguntó el hombre amablemente.

—Buenos días —retribuyó el saludo—. Quería reservar una habitación para esta noche.

—Por supuesto, señora. ¿Alguna preferencia? —indagó el hombre mientras cogía la pluma situada en el tintero para abrir el registro.

—La más sencilla que tenga —solicitó Elaine mientras aferraba su limosnera con una mano, y con la otra el asa de su bolsa.

—¿A nombre de? —preguntó el hombre elevando por unos instantes su mirada.

—Elaine Gallagher.

—Perfecto —dijo el hombre mientras garabateaba en un gran libro de cuero. Luego se giró para coger una llave de la casilla a su espalda y volvió a colocarse frente al mostrador antes de darle el llavero con el número quince grabado en la chapa de latón—. Pues aquí tiene, ¿desea alguna cosa más? —preguntó diligente.

Elaine dudó, pero el sonido de su estómago le recordó que llevaba casi veinticuatro horas sin apenas probar bocado. Necesitaba ingerir algo de alimento, pero no le apetecía sentarse sola en una mesa, rodeada de desconocidos.

—Sí, por favor, ¿Podrían subirme una bandeja de comida a la habitación?

—Por supuesto, señora. Su habitación está situada en la primera planta —indicó el empleado.

—Gracias —replicó Elaine agradecida antes de ascender por la amplia

escalera que daba acceso a la planta superior.

Cuando llegó al dormitorio descubrió una habitación no demasiado amplia, pero que a pesar de ser modesta, estaba bien acondicionada. Dejó la bolsa sobre una silla cercana y tras deshacerse de su vestido, llenó la palangana con agua limpia para asearse.

El restaurante del hotel Wildmore estaba en pleno apogeo. La llegada de varias diligencias había logrado que todas las mesas estuvieran ocupadas. Caleb esperaba pacientemente en la entrada a que una quedara una libre para comer. Podía haber ido a cualquier restaurante de Leavenworth, pero le gustaba la comida del lugar.

Permanecía apoyado contra la jamba de la puerta, cuando sin pretenderlo escuchó la conversación que mantenía una camarera con el encargado.

—No puedes irte ahora —le decía el hombre ocupado de organizar la sala—, estamos desbordados.

—Lo sé, señor —se disculpaba la camarera—, pero el gerente me ha dicho que tenía que llevar la comida a una de las habitaciones.

—¿Para quién es? —preguntó el hombre contrariado.

—Para la señora Gallagher —informó la empleada leyendo la tarjeta sobre una esquina de la bandeja.

Caleb se irguió de golpe, con el corazón cabalgando sobre su pecho. «No puede ser», se dijo, incapaz de creer que Elaine pudiera estar allí. Pero llevado por una corazonada se acercó a la pareja y habló.

—¿Se refiere a Elaine Gallagher? —preguntó para asegurarse.

El encargado y la camarera clavaron su mirada en él, sorprendidos por la intromisión del hombre.

—Sí, señor Henderson —replicó el encargado cogiendo la nota entre sus dedos para confirmar el nombre de pila. Conocía de sobra a Caleb tras más de quince días tratando con él.

—Yo puedo subírsela si no le importa —No le pasó desapercibida la mirada curiosa del hombre, y amplió la información—. Conozco a la señora Gallagher, es la hermana de un amigo mío.

El hombre dudó, sin saber si sería del todo correcto, pero oteó a su alrededor y tomó una decisión.

—Gracias, señor Henderson. Es la habitación quince —dijo, haciendo un gesto a la camarera para que entregara la comanda.

Caleb subía las escaleras cargado con la bandeja. Aún no era capaz de asimilar que Elaine estuviera en el hotel. Una docena de preguntas se arremolinaron en su cabeza, aunque la que más se repetía era qué hacía Elaine allí. Al llegar a la puerta indicada dudó y finalmente llamó con los nudillos. Pasaron unos segundos, que le parecieron eternos, hasta que finalmente la hoja de madera se abrió y ante sus ojos apareció la mujer que le había hecho pasar muchas noches en vela.

—Elaine —pronunció con esfuerzo, al verla su voz parecía querer abandonarle.

La aludida se cubrió los labios con una mano, y dio un paso atrás, incapaz de reaccionar al encontrarse frente a Caleb.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó confusa mientras la mano que antes cubría su boca ahora se situaba en su pecho.

—Eso mismo me pregunto yo —dijo Caleb, más repuesto—. ¿Puedo pasar? —preguntó, deseando dejar la bandeja en algún lugar.

Elaine asintió y se apartó para que él pudiera entrar. Luego cerró la puerta y girándose apoyó su espalda sobre la madera. Sus piernas temblaban y necesitaba apoyo.

Caleb dejó la bandeja sobre la mesa redonda situada bajo la ventana y volvió su atención a la mujer. Elaine permanecía pegada a la puerta. Su rostro estaba despojado de color, y sus maravillosos ojos verdes estaban clavados en su persona. Su cuerpo, tan solo envuelto por una bata rosada, parecía temblar como una hoja. Ahora que estaba allí, no sabía cómo proceder.

Ninguno de los dos se movió, pero finalmente fue Caleb el primero que hizo un movimiento, acortando la distancia que los separaba. Cuando llegó junto a Elaine cogió una de sus manos, que descubrió frías como el hielo.

—Vamos, será mejor que nos sentemos —dijo tirando de ella hasta la mesa donde reposaba la comida. Cogió la jarra de agua y sirvió un vaso. Luego lo situó ante ella y esperó.

Elaine cogió el vaso y lo bebió ávidamente. No se había percatado de la sequedad de su boca hasta aquel momento. Solo dejó el vaso cuando estuvo vacío.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Caleb, aún preocupado por su tez pálida.

—Sí —respondió Elaine escuetamente.

—Bien —dijo Caleb—, pues ahora explícame que haces tú aquí —expuso

directo, con la imperiosa necesidad de saber.

Elaine dudó, sin saber cómo afrontar aquella conversación. Durante el viaje se había imaginado su reencuentro con Caleb, lo que quería decirle, pero ahora su mente estaba en blanco.

—¡Elaine! —la llamó él, y al elevar su rostro se encontró con la mirada masculina clavada en su persona.

—Me dirigía a Kansas City, mañana sale mi tren —fue lo primero que surgió de sus labios.

—¿Y para qué ibas a Kansas City? —indagó Caleb confuso.

—Iba a buscarte —confesó directa.

Caleb sintió que su corazón comenzaba a bombear con fuerza. Sus palabras le habían sorprendido, pero a su vez le había dado esperanza. Quizás no estaba todo perdido, se dijo deseando saber más.

—¿Para qué? —fue su siguiente pregunta.

—Porque me equivoqué, no debí culparte de lo sucedido. Estaba fuera de mí. Pero te amo —confesó—, y no concibo la vida sin ti.

Su confesión dejó sin respiración a Caleb, que sin dudar abandonó su silla y se arrodilló ante ella, cogiendo sus manos entre las propias antes de hablar con voz contenida.

—Elaine, yo también te amo —confesó—, y lo que sucedió no fue solo culpa tuya. Yo debí comprender lo que sentías, que no eras tú la que hablabas, solo era la rabia que te embargaba. No debí irme, sino esperar a que todo se calmara.

Elaine no habló, simplemente tomó su rostro entre las manos y descendió hasta encontrarse con los labios masculinos, aquellos que parecía anhelar desde hacía una vida.

Caleb se vio sorprendido por su gesto, pero no desaprovechó la oportunidad. Mientras ella le besaba, él cogió su cintura entre sus manos y la obligó a dejar la silla donde había permanecido para terminar los dos en el suelo.

En menos de un suspiro ambos acabaron desnudos sobre la alfombra, devorándose con la necesidad imperiosa de fundirse en un solo cuerpo. Los besos eran feroces, desesperados, como si llevaran una eternidad separados.

Caleb no quería ser brusco, pero cuando sus dedos se encontraron con la humedad entre las piernas femeninas, en un movimiento diestro se colocó sobre Elaine y la penetró. Durante unos segundos sintió que perdía la cabeza,

que su mente se quedaba en blanco, pero cuando Elaine se movió bajo su cuerpo solo pudo hacer una cosa, aumentar el ritmo, exprimiendo cada oleada de placer que embargó cada nervio de su ser. Finalmente ambos culminaron en un orgasmo conjunto que los dejó exhaustos, con los miembros laxos, pero abrazados el uno al otro.

Durante largos minutos permanecieron así, pero cuando el sonido del estómago de Elaine rompió el silencio, Caleb no pudo evitar sonreír.

—¿Hace cuánto tiempo hace que no comes? —preguntó mientras dibujaba arabescos con su dedos sobre el hombro desnudo de Elaine.

—Una eternidad —confesó.

—Pues solucionémoslo —dijo incorporándose y ayudando a Elaine a levantarse. Cuando estuvo de pie recogió la bata, olvidada a su lado, y se la colocó galantemente.

Elaine disfrutó de cada bocado, y cuando se sintió saciada, clavó su mirada en el rostro de Caleb, que nuevamente estaba sentado frente a ella. Más recuperada, las preguntas que se habían formado en su cabeza cuando había descubierto a Caleb en su puerta volvieron a su mente.

—Tengo dudas —expresó antes de limpiarse los labios con la servilleta. Caleb enarcó sus cejas antes de hablar.

—¿A qué te refieres?

—No entiendo qué haces aquí —preguntó directa.

—Bueno, es largo de contar —contestó Caleb evasivamente.

—Tenemos tiempo —indicó Elaine.

—Está bien —se rindió él, no tenía sentido ocultar algo que tarde o temprano saldría a la luz—. No tenía a donde ir, y tampoco sabía qué hacer. Cuando llegué aquí, me inscribí en el hotel. No sabía qué hacer con mi vida.

—¿Y tu hogar?

—Ya te lo he dicho, no tenía donde regresar.

—¿Y el rancho?

—Lo vendí —confesó tras varios minutos de duda.

—¿Qué? —boqueó Elaine confusa.

—Cuando se quemó el granero y supe que si no lo reconstruíamos no habría futuro para ti y Faith. Fue entonces cuando decidí aceptar la oferta por el rancho que me había hecho Clayton, un viejo amigo de mi padre.

—¿Cuándo?, ¿por qué? —preguntó Elaine incrédula.

—Cuando fui a buscar el dinero me reuní con un abogado e hice las

gestiones oportunas. Y el por qué creo que tiene una respuesta simple; entonces ya me había enamorado de ti.

Elaine notó que sus ojos se anegaban de lágrimas. Lo que había hecho Caleb había sido una locura, pero lo había hecho por que la amaba.

—Yo...—comenzó a titubear—. ¿Cómo has hecho algo semejante?

Caleb se sintió enternecido por su actitud y sonrió antes de abandonar su silla y situarse ante ella, cogiendo su mano para obligarla a levantarse. Luego atrapó su rostro entre las manos antes de clavar su mirada en sus maravillosos ojos verdes con intensidad.

—Te amo. Ese rancho no significa nada para mí si tú no estás junto a mí. Mi hogar está donde está donde esté mi corazón, y mi corazón es tuyo.

—Yo también te amo —replicó Elaine elevando su mano para acariciar su mejilla—. Y mi vida no tendría sentido sin ti a mi lado.

—Bien, pues creo que ha llegado el momento de regresar a casa. Tenemos mucho por hacer si queremos que nuestro rancho salga adelante.

—Me parece buena idea, pero ¿no podríamos antes disfrutar unos días de este lugar? —preguntó Elaine con ilusión.

—Por supuesto, pero no creas que vamos a salir demasiado de esa cama. Creo que tardaré una vida en saciarme de ti —confesó Caleb.

FIN

Epílogo

El invierno había dado paso a la primavera y el verde y los colores de las flores adornaban los campos. Era un día especial para los ciudadanos de Rocky Meadow, y muchos de ellos ya comenzaban a rodear la iglesia.

Justin y Shannon habían viajado hasta allí para asistir a la boda. En esta ocasión habían decidido alojarse en el hostel Colton. Con mucho esfuerzo habían logrado convencer a Evangeline, la abuela de Shannon, para que asistiera. La anciana parecía haber rejuvenecido diez años tras el reencuentro con su nieta.

Shannon comprobó su reflejo en el espejo y se sintió conforme con su aspecto. Se había decantado por un vestido sencillo de color azulado, y su cabello oscuro iba recogido en un moño alto. Sonrió al imaginar la cara que pondría su tía, la madre de Caleb, si la viera con ese aspecto. Siempre había peleado con ella para que se vistiera y comportara más femeninamente. Esperaba que allí donde estuviera se sintiera orgullosa de ella.

—¿Ya estás lista? —preguntó Justin mientras se ajustaba el corbatín.

—Sí, mi amor. ¿Te importaría ir a buscar a mi abuela? —solicitó mientras se giraba y clavaba su mirada en el atractivo rostro de su marido—. Me gustaría ir a ver cómo está la novia —dijo sonriendo.

—Claro, preciosa —replicó Justin mientras abría la puerta para que ella pudiera salir—, no te preocupes por nada —añadió antes de dar un ligero beso en los labios femeninos antes de encaminarse por el amplio pasillo hasta la planta superior, donde se encontraba el dormitorio de Evangeline.

Shannon cerró la puerta y avanzó en sentido contrario al de su marido. Cuando llegó a la puerta deseada llamó con los nudillos, protegidos por unos guantes de redecilla, y esperó.

—¡Señora Chandler! —exclamó la joven Lorraine, que estaba preciosa con su vestido color rosado—. Pase, por favor.

—¡Oh, Lorraine! ¿Cuándo me vas a llamar Shannon? —protestó la aludida mientras entraba.

Olvidó su anterior malestar con Lorraine, una joven a la que apreciaba, cuando su mirada se encontró con la imagen de Elaine. Su cuñada siempre le

había parecido una mujer atractiva, pero aquel día además parecía resplandecer. Su cabello castaño claro iba recogido en un sencillo moño adornado con flores silvestres. Su rostro estaba radiante y sus mejillas sonrojadas. Había decidido hacerse ella misma el vestido para aquel día, y para ello había utilizado la tela que le había regalado Caleb.

—Estás preciosa —exclamó Shannon con sinceridad.

—Gracias —replicó Elaine con una enorme sonrisa.

—¿Nerviosa? —indagó Shannon aproximándose para coger el ramo, situado sobre una mesa, para entregárselo.

—Sí, no lo puedo negar. Supongo que como lo estuviste tú el día de tu boda.

Shannon sonrió divertida ante la suposición de su cuñada. Para nada había estado nerviosa el día de su boda, aunque suponía que se debía a que no fue una ceremonia del todo convencional. Pero prefirió guardar para sí ese recuerdo, que solo conocían ella y Justin.

—¿Preparada? —preguntó, suponiendo que llegarían tarde si no salían ya.

—¿Y Faith? —preguntó Elaine preocupada por su hija.

—Está con Nancy —informó Lorraine para tranquilizarla—. Ya sabes que no saben estar la una sin la otra.

—Bien, pues vamos —dijo Elaine, aferrando el ramo entre sus dedos con nerviosismo.

Caleb intentaba colocar correctamente el corbatín que Shannon se había empeñado en comprarle. Frustrado tiró de la seda azul y estuvo a punto de arrojarla sobre la cama. Justin, que había llegado poco antes tras dejar a Evangeline con Nancy y Faith, sonrió ante su exasperación y rescató el corbatín antes de situarse frente a él dispuesto a colocarlo en su sitio.

—No llevaré esa cosa —protestó ceñudo.

—Oh, claro que lo harás, si no tu hombría correría peligro—replicó Justin con humor.

—Esto es ridículo, me siento disfrazado. Preferiría ir vestido de forma sencilla.

—Venga, hombre, solo será un momento —intentó convencerle Justin. Ya ajustaba el corbatín en su lugar—. Luego lo puedes tirar al río.

—Está bien —aceptó Caleb finalmente—. ¿Llevas el anillo? —interrogó preocupado.

—Sí, lo tengo aquí —dijo Justin palpándose el bolsillo de su chaqueta—. ¿Nos vamos? —preguntó señalando la puerta.

—Sí, acabemos con esto de una vez —replicó Caleb. Cuando escuchó la carcajada de Justin bufó sonoramente.

Cuando Elaine llegó a la puerta de la iglesia su hermano Justin ya la esperaba. Se alegraba de que hubiera ido a la ceremonia para ser su padrino. Cuando se lo había pedido había temido que se negara, pero allí estaba, para cumplir con su palabra.

—Estás preciosa —dijo Justin cuando su hermana llegó a su altura. Cogió su mano y descubrió que sus dedos estaban fríos—. ¿Estás bien? —preguntó preocupado—. ¿No te habrás arrepentido? —indagó preocupado.

—Por supuesto que no —respondió Elaine con una enorme sonrisa—. Estoy deseando convertirme en la esposa de Caleb. Amé mucho a Carter —confesó, pudiendo ver la emoción en el rostro de su hermano al nombrar a su amigo—, pero Caleb es el hombre con el que deseo pasar el resto de mi vida.

—Me alegro, te mereces ser feliz al fin —replicó Justin, para tranquilidad de Elaine, que había temido que no le gustara su confesión—. Adelante —dijo Justin colocando la mano de su hermana sobre su brazo antes de cruzar el umbral de la iglesia.

Elaine se sintió emocionada cuando descubrió los bancos del templo adornados con flores frescas y lazos. Sus vecinos, aquellos que conocía desde que apenas levantaba un palmo del suelo, estaban allí para acompañarla, demostrándole así su cariño, y tuvo que contener las lágrimas.

El pastor comenzó con su discurso, y tras una larga ceremonia, finalmente Caleb y Elaine fueron proclamados marido y mujer. Cuando sus miradas se encontraron, se dejaron llevar por lo que sentían y sellaron sus promesas con un beso que provocó sonoros aplausos y algún que otro sofoco.

El banquete se celebró en el hostel Colton. Elaine no hubiera querido dar molestias a Nancy, pero esta se había empeñado y allí estaban, agasajados por ricos manjares y rodeados de todos los que les querían.

Un par de violines estaban amenizando la fiesta y todos parecían felices, disfrutando de risas, chascarrillos y bailes.

Elaine en aquel momento estaba conversando con su ahora marido, cuando junto a ellos apareció Faith, cargada con un plato de tarta de cerezas. Su madre tuvo que contener la risa al ver sus carrillos manchados de color rosa.

—Caleb —llamó la niña mientras tiraba de su manga—. Ahora que te has casado con mi madre, ¿puedo llamarte papá? —preguntó con nerviosismo.

Caleb sintió que un nudo de emoción se formaba en su garganta. Tras tragar, se acuclilló junto a la niña para quedar a la altura de su rostro antes de contestar.

—Sería un gran honor para mí —dijo mientras limpiaba los restos de cereza de su mejilla con el dedo índice.

—¿Y tendré hermanitos? —prosiguió la niña con su interrogatorio.

Caleb se quedó con la boca abierta, sin ser capaz de reaccionar, pero fue salvado por su prima Shannon, que en aquel momento llegó hasta ellos y cogió a la pequeña prometiéndole una sorpresa que le había traído desde San Francisco.

—Salvado por la campana —pronunció Elaine con humor mientras Caleb se incorporaba.

—¿Sabes?, creo que Faith es una niña muy inteligente. Creo que debería hacerle caso. Podríamos empezar esta noche a practicar —replicó, disfrutando cuando las mejillas de Elaine se colorearon—. Te amo, señora Henderson.

—Yo también te amo, señor Henderson —replicó Elaine antes de aproximarse a él y rozar sus labios con los propios. Era un beso lleno de promesas.

Mar Fernández

Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.

Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por “El jardín de las mentiras” de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanta historia de amor cayera entre sus manos.

Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con palabras y frases que llegan al corazón.

Puedes encontrarme en:



<http://marfernandezmartinez.wixsite.com>

Otras obras de la autora

Contemporánea:

Nunca te olvidé.

Atardecer contigo.

Viaje a los sentimientos.

Construyendo un amor.

Bilogía “Los chicos Bradford”:

Atrapado en tu recuerdo.

Savanna, tentadora obsesión.

Bilogía “Town Hope”:

Besos con sabor a lluvia.

Besos con sabor a esperanza.

Histórica:

(Saga Despertar)

Despertar con tu amor (I).

Perdida en tus brazos (II).

El Halcón del Támesis (III).

Colección tierras lejanas:

Cruce de caminos.

El viaje de su vida.

Todas ellas disponibles en Amazon, en digital y papel.